Emily Hattie Vol. I

La doncella que limpiaba los cristales

Patricia OM

Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
Epílogo
Otras obras de la autora

La doncella que limpiaba los cristales

Emily Hattie - 01

Patricia Om

Portada: Rafael Ortega

Página web de la autora:

www.patriciaom.com.ar

Copyright © 2021 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

1

Una espesa niebla envolvía Hillside Bell como un manto de tul; las casas aún estaban oscuras y silenciosas a excepción, claro está, de las áreas de la servidumbre donde a las cinco de la mañana, comenzaba a bullir la intensa actividad que demandaba organizar la limpieza y tener listo el desayuno para cuando los señores decidieran levantarse.

En el número veintiséis de Rose's Path, la cocinera, Hellen Boyle, intentó ver el cielo a través de la ventana del pasillo que conectaba la cocina con las dependencias de los sirvientes; no lo logró. Estaba demasiado oscuro. «Lloverá», pensó con el entrecejo fruncido. Luego giró hacia la escalera y levantó un poco la voz para llamar a los rezagados que aún no salían de las habitaciones.

El mayordomo, Andrew Grubber, sentado muy recto frente a su taza de té, alzó una ceja reprobatoria y le solicitó con gentileza que dejara de gritar «como un vendedor de cerillos».

La señora Boyle sonrió divertida y volvió su gruesa humanidad a la mesa, donde continuó golpeando la masa del pan del día.

—¡Todo tiene un horario, señor Grubber —protestó—, y habrá de respetarse! ¿Qué pasaría si yo me dedicara una mañana, ¡una sola!, a dormir media hora más? —Golpeó con fuerza la masa contra la tabla.

El aludido meneó la cabeza; conocía lo suficiente a la señora Boyle como para saber que, aunque parecía siempre enfurruñada, nunca se enojaba demasiado. Mordió una esquina de su tostada y observó a los chiquillos que acababan de sentarse; eran los mismos madrugadores de siempre: el lacayo, algunos criados y Dorothy, una de las doncellas, que sonreía ante las protestas de la cocinera y a la que esperaban, en el cuarto contiguo, las enaguas y vestidos de su señora para coser y planchar.

Instantes después, el resto de la servidumbre ocupaba su lugar en la mesa mientras que los ya desayunados se aprestaban a comenzar sus tareas.

—¿Lo ve, señora Boyle? —deslizó el mayordomo al ponerse de pie—. Ya estamos todos y apenas han pasado tres minutos de las cinco; debería ocupar sus cuerdas vocales en otros menesteres algo menos... ruidosos.

La cocinera abrió sus ojillos con fingida sorpresa.

El señor Grubber no se inmutó; había entre ellos una agradable camaradería nacida de sus amables temperamentos y de tantos años de convivencia. Repasó con las manos su impecable vestimenta

poniendo especial cuidado en que sus puños y cuello permanecieran tan rígidos como se esperaba de un buen mayordomo y, una vez conforme, se dirigió a sus subordinados.

—En cinco minutos los quiero a todos en sus puestos —indicó. Luego bajó los ojos hasta la muchachita que, de pie frente a él, recogía su largo cabello castaño en lo alto de la cabeza—. Supongo que te las ingeniarás para que *eso* no se vea a simple vista en tu... peinado —le dijo, en referencia a la cinta de dudoso color blanco que colgaba de la boca de la chiquilla.

—No, señor Grubber, la rodearé con mi propio cabello y ya verá usted qué hermosa me veré —aseguró ella con una extraña pronunciación, fruto de mantener la cinta apretada entre los dientes.

—«¡Hermosa!» —masculló el mayordomo, y aclaró—: A tu edad se es bonita, Emily; no «hermosa». —Sintió imperiosos deseos de tocarle la punta de la nariz con el dedo índice como cuando era pequeña, y regalarle dulces; pero la jovencita ya había cumplido trece años, seguramente no agradecería que se la tratara como a una criatura. Decidió entonces marcharse sin más prolegómeno; tenía muchas cosas que hacer.

Al llegar al recibidor se encontró con Elinor Woods, el ama de llaves, severa y enjuta mujer de unos cincuenta años que lo miró de arriba abajo buscando algún desacierto en su vestimenta; al no encontrarlo, desvió la mirada hacia la ventana que daba al jardín y que aún mantenía las cortinas echadas.

—Supongo que la servidumbre ya estará en sus puestos —increpó—. Si esos cristales no se limpian, será imposible descorrer las cortinas.

—Buenos días, señora Woods —saludó el mayordomo con irónica cortesía—. Ni bien terminen de desayunar se pondrán cada uno a lo suyo. —El ama de llaves no respondió—. Por otra parte —continuó Grubber—, no tardará demasiado en llover, por lo que sería algo inútil ponerse ahora a fregar las ventanas, ¿no le parece? Con su permiso, tengo cosas que hacer.

Se retiró silenciosamente y Elinor Woods volvió a mirar, con disconformidad, las cortinas echadas. Luego suspiró y esperó con cierta impaciencia a que todos los sirvientes subieran; entonces bajó a la cocina.

Encontró a la señora Boyle metiendo los panes en el horno y a su ayudante, Molly, lavando el servicio. Ésta la saludó en voz muy baja por encima del hombro, sin dejar de fregar. La cocinera, en cambio, continuó su trabajo fingiendo no haberla visto, aunque su semblante evidenciaba disgusto.

Elinor Woods enlazó las manos sobre su falda negra.

—Molly, ve a ayudar a las niñas con las estufas —ordenó.

—Sí, señora. —La chica secó sus manos en el delantal y salió, presurosa, escaleras arriba.

Hellen Boyle cerró de mal talante la tapa del horno, colgó la pala en el gancho y caminó hasta la batea a terminar de limpiar el servicio.

El ama de llaves se ubicó detrás y le habló en tono desafiante.

—Usted y yo tenemos mucho que aclarar, señora Boyle —dijo.

La cocinera apretó los labios y masculló sin mirarla, enjuagando con furia las cacerolas:

—¡A usted solo he de rendirle cuentas por la comida! Del resto, a mis señores si me lo piden; o a mi marido.

—No le estoy pidiendo explicaciones; no las necesito. Sé lo que tengo que saber.

—¡No tiene idea de nada! —exclamó la señora Boyle girándose, con ojos coléricos—. ¿Qué quiere?

La señora Woods sonrió.

* * *

Timothy Aldridge y su esposa, Mary Louise, desayunaban en el comedor sentados a las cabeceras de la mesa; su hija menor, Amelia, ocupaba uno de los laterales. El matrimonio cruzó una mirada cómplice, aunque no de aprobación, mientras la joven hablaba.

—Da igual —decía ella—. De cualquier manera, con alguien tendré que casarme...

—¡Por supuesto, querida! —coincidió su madre mientras untaba con mermelada una rebanada de pan—. Naturalmente, no será con alguno de esos jóvenes tan... excéntricos que conoces; eres demasiado hermosa como para desesperarte... aún. Te mereces a alguien magnífico y de estupenda posición. —Estiró el cuello para ver por encima de los hombros de su hija—. ¡Vaya! ¡Parece que tu hermano se ha dignado a acompañarnos!

Arthur, el menor de los Aldridge, apareció en la escalera, algo despeinado y con el malhumor pintado en el rostro. Era un joven alto, de buen porte y rostro cuadrado. Llevaba el cabello largo hasta los hombros y sus ojillos azules poseían una brillante mirada que tanto podía parecer divertida como inquietante.

—¡Buenos días, muchacho! —saludó su padre— discutíamos la conveniencia de casar a tu hermana con lord Cartwright, dejando de lado su... entusiasmo por... otros.

Arthur tomó su lugar en la mesa y miró a Amelia con asombro.

—¿Lord Cartwright ha pedido tu mano?

—No, pero lo hará —intervino la señora Aldridge, a quien la conversación había puesto de excelente humor—. ¡Es un hombre tan agradable! ¡Será maravilloso tenerlo de yerno! —Entregó a su hijo un

plato lleno de emparedados y luego miró a su hija con ojos elocuentes —: Créeme, querida, es más importante una buena posición que una pasión pasajera.

La joven ladeó la cabeza con gesto aburrido.

—No sólo es más importante —agregó su padre mientras apartaba la taza vacía—, también más seguro. —Tomó el periódico de una mesita contigua y fue a la sala de lectura donde se acomodó en su sillón favorito, junto a la chimenea—. Un buen matrimonio garantiza la seguridad de una mujer —finalizó.

Mary Louise sonrió.

—Amelia y yo iremos a Londres a visitar a Constance —informó, al cabo de unos minutos.

—¡Estupendo! —respondió Timothy sin desviar la vista del diario—. Envíale mis saludos y dile que pronto iré a verla.

—¿No quieres acompañarnos ahora? —preguntó Amelia.

—Imposible, querida; veré a lord Haston a media mañana para ultimar los detalles de la partida de caza.

—¡Oh, qué espanto! —La joven buscó la aprobación de su madre, pero para Mary Louise el asunto carecía de importancia.

—Deberás acostumbrarte, jovencita —le dijo tranquilamente al ponerse de pie—, ¡a los hombres les encanta cazar!

—¡No a todos! —protestó la chica.

—A los que nos interesan, sí.

—Lord Cartwright irá con nosotros —apuntó su padre.

—¿Lo ves? —Mary Louise miró divertida a su horrorizada hija, que veía la caza como un acto sacrílego.

—¿Puedo ir con ustedes? —consultó el joven Arthur, con mirada divertida.

—¿De verdad te gustaría, hijo? —Timothy se estiró para verlo mejor—. ¡Eso me haría muy feliz! Hoy mismo lo expondré en la reunión. Sabes que no aceptan a cualquiera; me costó mucho a mí mismo, ingresar.

—Eso es porque nos tienen envidia —aseguró Mary Louise, caminando hacia la escalera. Su marido soltó una carcajada. No era precisamente envidia lo que la aristocracia les prodigaba, más bien una cierta indulgencia; los consideraban simples comerciantes que, además de tener la desdicha de vivir en un pueblo, se verían obligados a trabajar por el resto de sus vidas. Era bien sabido que cuanto mayor holgazanería podía uno permitirse, mayor posición social se tenía—. Se creen mejores porque tienen un título que ostentar —finalizó su esposa, convencida.

—Pero —titubeó Amelia, caminando junto a ella—, ¿no es eso lo que buscamos? ¿No quieres que me case con lord Cartwright, justamente por su título?

—Por supuesto, querida, un título abre muchas puertas. —Mary Louise tiró de la campanilla de porcelana y una joven, de cofia y delantal almidonado, apareció de inmediato. La chica se ruborizó hasta las orejas al percibir la intensa mirada del señorito Arthur sobre su persona.

—Kathy —dijo la señora Aldridge—, necesitamos a Margaret, hazle saber que Amelia y yo vamos a salir. Y dile al señor Levingston que prepare el carruaje.

—Sí, señora. —Tras una ligera reverencia, la doncella salió casi corriendo a cumplir con el recado.

—Cuando te hayas casado con lord Cartwright, te llamarán «milady» —continuó Mary Louise, disuadiendo a su hija.

—Ya lo sé —repuso ella con un suspiro—. Como a Constance.

—Exacto. Y cuando case a tu hermano, lo llamarán «lord». —Lanzó una mirada subrepticia al muchacho antes de doblar el recodo. Arthur hizo un gesto de fastidio; le faltaba demasiado para pensar en el matrimonio. Por el momento, solo quería divertirse un poco y la doncella, Kathy, que acababa de irse, era ideal para ello. Sonrió satisfecho y se levantó de la mesa.

—¿Vendrás a almorzar? —preguntó a su padre.

—No lo creo; estas reuniones suelen prolongarse bastante. Así que, si tu madre y tu hermana van a ir a Londres, ya puedes ir ordenando a los sirvientes el menú que te apetezca. Almorzarás solo.

El joven Aldridge sonrió.

* * *

La señora Woods cerró la puerta tras ella y se detuvo en el sendero mirando al cielo. El señor Grubber tenía razón: llovería de un momento a otro. Eso no era motivo para no limpiar las ventanas. Una cosa era que la lluvia cayera sobre la suciedad de los vidrios dejando esos horribles surcos amarronados y otra, muy distinta, que cayera cristalinamente aportando, incluso, romanticismo al paisaje.

Algo más allá, el señor Grubber conversaba con el cochero; seguramente estaba haciéndole las mismas recomendaciones de siempre acerca del correcto traslado de las mujeres de la casa. ¡Como si el señor Levingston no supiera hacer su trabajo!

Pero ella no había ido a inspeccionar el cielo ni el carruaje, sino a ver al señor Boyle, el jardinero; y había encontrado una buena excusa para ello: preguntarle si las prímulas habían florecido. Si era así, le pediría algunas para adornar los salones. Recorrió el jardín con sus ojos grises e hizo una mueca de disgusto al ver a Mathew, el ayudante del señor Boyle; le pareció que intentaba esconder algo. «Habrá roto una maceta, seguro», pensó.

—¡Señor Farrow! —llamó. El chico se sobresaltó y dejó caer la

azada. Un destello de regocijo brilló en los ojos del ama de llaves; la deleitaba poner nerviosos a los criados—. ¿Qué se supone que hace?

El jovencito se quitó la gorra y la apretujó contra el pecho; su cabello color amarillo paja se pegaba a la cabeza como si lo hubieran aplastado con saliva.

—Trasplanto las violetas al cantero mayor, señora Woods; son órdenes del señor Boyle.

Ella hizo un gesto de asco.

—¡Debería lavarse más seguido ese cabello, parece... pastoso! —El muchacho, que si mal no recordaba se había bañado dos días atrás, se sonrojó y asintió, confuso. La señora Woods miró a todos lados—. ¿Dónde está el señor Boyle?

—Acá. —La voz del jardinero la hizo voltear. Stephen Boyle era robusto, alto, de espalda recta y rostro anguloso. Sus ojos, de un celeste pálido, irradiaban una mirada melancólica. Traía un jarro, que entregó a su ayudante.

—¡Oh, muchas gracias, señor Boyle! —exclamó éste, agradecido de no tener que seguir conversando con tan odiosa mujer.

—¿Para qué me buscaba? —preguntó el hombre, en tono hosco.

—¡No sabía que se dedicara a recadero de los criados! —ironizó la señora Woods con acritud.

Boyle inhaló una larga bocanada de aire helado.

—Fui a tomar un té con mi esposa y me pareció buena idea traerle uno a este jovencito para mitigar el frío. ¿Es todo lo que deseaba, señora Woods? —Iba a agregar «¿molestar?», pero se contuvo.

—¡Por supuesto que no! Quiero saber si ya han florecido las prímulas.

—Todavía es muy pronto, señora; tal vez la semana próxima. ¿Le apetecerían unas violetas?

Ella se mostró mortificada; recorrió el jardín con la vista.

—¿Rosas? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Puedo darle unas rosas —consintió el jardinero—. En cuanto termine de tomar su té, el señor Farrow le alcanzará un buen ramo para que decore las salas.

—Gracias, señor Boyle.

Elinor Woods miró con desagrado al ayudante; hubiera preferido que se las alcanzara el propio Boyle, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Levantó el mentón y desanduvo el sendero hasta llegar a la puerta del servicio; antes de cerrarla los observó. ¡Qué rabia sintió al verlos reír, tan alegremente!

* * *

El final del día era, para la servidumbre, un verdadero alivio. Después de trajinar desde el amanecer lo único que deseaban era comer, asearse y acostarse, aunque las camas fueran duras como piedras y el frío se colara por las hendijas, entumeciéndoles los huesos. Era entonces cuando agradecían el duro trabajo de la jornada, ya que el cansancio les pesaba tanto que no les daba tiempo a pensar en las incomodidades de la noche.

Pero para ello y, pese a que ya atardecía, faltaban algunas horas. Emily bajó a la cocina con una cubeta con agua sucia y un estropajo; el delicioso aroma a cordero guisado le hizo agua la boca.

—¡Qué carita tienes! —dijo cariñosamente, la señora Boyle.

—He tenido que fregar de nuevo el descansillo de la escalera porque el señorito Arthur derramó su merienda —explicó la niña, cuyo peinado estaba ya bastante deshecho a esa hora de la tarde. La señora Boyle frunció el entrecejo y colocó la tapa en la olla que hervía sobre el fuego.

—¿Y por qué estaba el señorito Arthur tomando el té en el descansillo? ¿No debería haber estado sentado a la mesa del comedor?

La chiquilla vació la cubeta en el desagüe, acomodó el estropajo detrás de una puerta y se sentó en el largo banco de madera que bordeaba la mesa.

—¡Estoy muy cansada! —suspiró. Luego se despejó los mechones que le caían sobre el rostro a su libre albedrío—. Creo que el señorito Arthur no quería desayunar en el comedor porque estaría solo, entonces le pidió a Kathy que se lo alcanzara a la habitación. Cuando ella tocó la puerta, el señorito abrió y, al hacerlo, golpeó la bandeja y todo se derramó. —La señora Boyle sirvió un poco de caldo en un tazón y lo colocó frente a la niña, que no ocultó su alegría—. ¡Gracias! —exclamó.

—Y ¿por qué no ha limpiado Kathy el estropicio? —preguntó en voz muy baja la cocinera; más para sí misma que para la pequeña, que devoraba la sopa con entusiasmo.

—Creo que le dio vergüenza y corrió a encerrarse en su cuarto —opinó ésta—. Tal vez el señorito Arthur la regañó. —Hellen Boyle repasó la mesa con un paño por enésima vez, pensativa. Ella también había observado la forma en que el muchacho miraba a Kathy. No quería pensar tonterías, pero...—. ¡Oh! —interrumpió la niña, sus pensamientos, relamiéndose con el último sorbo de caldo—. La señora Mary Louise y la señorita Amelia ya estarán por regresar de sus visitas, y también el señor Timothy. Habrá que disponer la cena, ¿verdad?

—Sí, bonita; sí —respondió distraídamente, la mujer.

En ese momento, un grito agudo bajó hasta la antecocina. Un grito que helaba la sangre. Cocinera y criada se miraron con los ojos

muy abiertos.

2

El jefe O'Neill, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, de corte y calidad exquisita, miró distraídamente a través de la ventana de su oficina preguntándose si el recientemente ascendido inspector Scubs sabría manejar la situación a la que debía enfrentarse y, a la vez, detestándose a sí mismo por dudarlo. Scubs era, por lejos, su mejor hombre; ¡caramba, si por algo él mismo lo había propuesto para su promoción! Pero O'Neill había confiado en que, al menos durante los primeros casos que se le asignaran, lo acompañaría para servirle de soporte ante cualquier situación que no acertara, o desconociera, cómo resolver. Pero para ello, habría tenido que darse la lógica de que tales crímenes sucedieran en Londres y no en un pueblito a veinticinco millas de distancia.

—¿Me llamó, jefe?

El superintendente giró sobresaltado; no había escuchado que abrieran la puerta. Tras ella se asomaba su flamante inspector. Le hizo una seña para que entrara.

Jeremy Scubs era alto, de cuerpo macizo y robusto. Las suaves ondas del cabello castaño rojizo se acomodaban en su cabeza sin orden alguno, por lo que tenía la costumbre de llevar hacia atrás de la oreja un mechón que caía constantemente sobre su ojo derecho. Sus pómulos eran altos y bien definidos, su nariz recta se cubría con un manto de pecas que se desvanecía hacia las mejillas. Tenía labios finos y sonrisa fácil.

—Siéntese, Scubs —ordenó el jefe, disponiéndose a hacer lo mismo—. Tengo un caso para usted y confío en que estará a la altura.

—Yo también lo espero, señor —replicó el inspector, sonriendo; se sentó frente a él y sostuvo el sombrero entre las manos. O'Neill le extendió un papel.

—Esta nota fue enviada esta mañana por el jefe Miller, de Hillside Bell; léala.

Lo hizo; luego dejó la misiva sobre el escritorio. Se echó hacia atrás cruzando las piernas, atento a las siguientes órdenes. Pero el jefe no abrió la boca.

—¿Hay algo más, que quiera decirme? —preguntó entonces.

El superior inspiró hondamente. No tenía otro efectivo disponible y le resultaba imposible abandonar su puesto por lo que, pese a sus reservas, no le quedaba más remedio que enviar a Scubs con el apoyo de un sargento tan inexperto como él.

—¿Conoce Hillside Bell? —indagó.

—No, señor.

—Bien, está a veinticinco millas de acá, es un pueblo muy pequeño con un jefe y dos agentes como únicos miembros de la policía, por eso nos piden ayuda. Tiene sitio en el próximo tren que sale de Paddington, el sargento Flanagan lo acompañará. —Scubs asintió, se puso en pie y acomodó la silla bajo el escritorio—. Habrá un agente esperándolos en la estación, creo que no será necesario que alquilen habitaciones por allá, pueden regresar a Londres en la noche y regresar a Hillside Bell al día siguiente, ¿no le parece? Es bastante cerca.

—Sí, señor.

A O'Neill, en realidad, le daba lo mismo si se quedaban una semana en el pueblito o regresaban cada día; lo que necesitaba era mantenerse informado de los sucesos, minuto a minuto, hasta tener la seguridad de que Scubs podía hacerlo solo. Y bien.

* * *

El trayecto se les hizo largo; estaban nerviosos. Para el inspector era su primer caso en el cargo y para el sargento Flanagan, su primer asesinato. No se conocían demasiado, pero ya habían trabajado juntos, lo que les generaba cierta confianza que agradecían. Viajaron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Un agente robusto, de semblante alegre, los recibió en la estacioncita del pueblo: una caseta de techo inclinado con un andén de poco más de treinta metros. Se presentó como el agente McAvor y los llevó en un carruaje de alquiler hasta la comisaría; allí les presentó al jefe Miller, hombre regordete, de pelo finito y nariz redonda quien, luego de las presentaciones, les informó lo que sabía.

—Tal como le dije al jefe O'Neill —expresó—, somos un pueblo pequeño. Apenas si se produce algún accidente doméstico de cuando en cuando, o alguna riña en la taberna del Sapo Karli; y esto, cuando alguno de los hombres ha tomado un poco de más, ya me entiende. —Sonrió con picardía—. Ni siquiera hemos tenido robos serios... algún que otro raterillo necesitado de un trozo de pan, no más que eso. —Hizo una pausa para observarlos—. Bueno, es cierto que hace algunos años le robaron unas piezas costosísimas a la señora Lee, pero no ha sido más que por su propia culpa. La pobre se encandiló, por así decirlo, con la amabilidad de un caballero que dijo ser pintor de cuadros. La muy necia le dio albergue en su casa, ¡pobrecilla! No era más que...

—¿Pero nunca un asesinato? —interrumpió Scubs. No estaba dispuesto a escuchar los chimentos del pueblo; no todavía—. Lo comprendo, pero... ¿podemos ver el cuerpo? En su nota decía que murió de una cuchillada, ¿es así?

—¡Oh, sí, sí, inspector! —Miller se ruborizó al comprender que

se había ido por las ramas; hasta su esposa le decía que hablaba demasiado—. El doctor Stevens se hizo cargo del cadáver —continuó —, lo llevó a la salita de asistencia donde hizo, o ha de hacer, una autopsia, aunque no sé de qué servirá —murmuró rascándose la cabeza—. Salta a la vista que la pobre mujer ha sido acuchillada. Era la señora Elinor Woods, ama de llaves de los Aldridge. —Miller tomó su sombrero de un gancho en la pared—. Los acompañaré.

Si bien a Scubs no le hizo gracia que el parlanchín policía fuera con ellos, entendió que era necesario, ya que desconocían por completo el lugar y, aunque pequeño, Hillside Bell estaba plagado de rotondas y pasajes ideales para marear a cualquiera.

Recorrieron unas cuantas calles y giraron en un sendero de pedregullo por el que únicamente se podía andar a pie; demasiado angosto para un carro.

Al fin llegaron a la salita de asistencia médica: una casa pequeña con puerta de madera lustrada y dos ventanas a los lados. Una plaquita de peltre, claveteada al costado, indicaba su función.

Salió a recibirlos el mismo doctor Stevens. Era un hombre de desplazamiento lento, muy delgado y alto, de escasos cabellos y pacíficos ojos de mirada aburrida. Usaba una bata blanca con inquietantes manchas sanguinolentas en los faldones.

Luego de las presentaciones el médico los condujo hasta el final del pasillo donde había un único consultorio atendido por él —el único médico del pueblo— y una habitación contigua al mismo donde yacía el cadáver, tapado con una sábana blanca.

Scubs cubrió su nariz con un pañuelo y lo mismo hicieron los demás, el olor era insoportable. El médico descubrió, en primer término, el rostro, que se veía algo hinchado, con ese gris pétreo tan característico de los cuerpos muertos. El inspector observó la frente de la mujer, las finas líneas de las cejas; no pudo evitar sentir pena. Las mejillas habían perdido la tonicidad de la juventud, pero era evidente que había lucido una piel con pocas arrugas, los labios se veían ajados y grises. El médico continuó desvelando el cuerpo hasta dejar a la vista dos espantosas heridas: la mortal, justo debajo del pecho izquierdo; y la de la autopsia, que recorría el torso en todo su largo.

—Hum..., la hoja entró limpiamente de abajo a arriba —explicó Stevens con voz grave—, tocó el corazón.

El inspector, apesadumbrado, imaginó a la pobre señora frente al espejo, encorsetándose para afinar la figura, arreglándose el cabello, pellizcando sus mejillas para verse más lozana. Y allí estaba ahora, tendida en la morgue, desnuda, con un tajo dividiéndola en dos y cosida sin cuidado con una aguja de colchonero.

—¿Puede determinar qué tipo de arma se usó? —preguntó.

—Hum…, creo que se ha utilizado una cuchilla muy afilada y

de... em... hoja larga, ancha, como las que usan los cocineros... o los carniceros.

Flanagan, descompuesto desde que habían ingresado al recinto, salió corriendo en busca de aire fresco.

Scubs advirtió una sonrisilla burlona en los ojos de Miller.

—Su primer asesinato —explicó, saliendo en defensa de su compañero. Miller asintió sin dejar de sonreír, lo cual desagradó al inspector. Volvió a dirigirse a Stevens—: ¿Hora aproximada de la muerte?

—Yo diría que... em... entre las cuatro y las seis de la tarde de ayer.

—Y ¿no hay duda de la causa?

—Ninguna —aseguró el galeno luego de pensar unos segundos —. Era una mujer sana..., o, al menos... todo lo sana que puede esperarse para alguien de su edad. Tal vez algún problemilla en el hígado, nada importante.

—¿Qué edad tenía?

—Unos... em... cincuenta y cinco, era el ama de llaves de los Aldridge, pero supongo que eso ya lo sabe.

—Sí, gracias —repuso Scubs intentando encontrar otra pregunta para hacer—. ¿Algo más que pueda servirme de ayuda?

El médico se rascó la barbilla y estiró la boca.

—Hum... No... Bueno..., fue asesinada dentro de la casa, en la salita de espera del servicio.

—De acuerdo, doctor. Gracias, otra vez. —Se volvió hacia Miller—. Deberíamos ir a la casa Aldridge.

El jefe local no podía continuar acompañándolos ya que, según expresó, lo esperaba trabajo en su oficina así que envió a un chiquillo a buscarles una calesa y los despidió tras darle al cochero la indicación pertinente: «¡Llévelos a Aldridge House!».

—¿Se siente mejor, sargento? —preguntó Scubs, ya de camino, con aire preocupado.

—Sí, señor —repuso Flanagan—. No sabía que los cuerpos muertos olieran tan mal.

—¿Nunca había visto un cadáver? ¿Cuánto hace que es policía?

—Un año, señor; y sí, claro que he visto cadáveres. Pocos, la verdad, y recientes, como el de nuestro caso anterior, que al final había muerto de muerte natural, ¿me comprende?

—Sí, claro.

—Nunca asesinados. Como mucho, que me impresionó sobremanera, un quebrado. Un pobre muchacho que trabajaba en un techo y se cayó de él. Murió en el acto, pobre infeliz, una de las piernas quedó doblada al contrario de lo natural, ¿me comprende?

—¡Debe haber sido horrible! —expresó Scubs. Y realmente

sabía que lo era. Había visto dos personas con fracturas óseas espantosas.

—Lo fue, señor.

* * *

La casa Aldridge distaba mucho de la opulencia que el inspector había imaginado. Era sencilla, pero muy bonita, constaba de dos plantas y una bohardilla. Desde la vereda podía observarse una chimenea que sobresalía entre las tejas oscuras y un coqueto jardín que precedía la puerta de entrada y se perdía hacia los laterales.

Rodeando la casa, hacia la derecha, una veredita adoquinada conducía a la puerta del servicio por donde, entre otras cosas, se recibía a la policía si uno tenía la desgracia de ser visitado por ella. Para Scubs era una buena oportunidad de entrar directamente al sitio donde, según le habían dicho, se había cometido el delito. Golpeó la aldaba con ímpetu y, luego de algunos minutos de espera, una señora gruesa, con cara enojada, delantal y cofia, les abrió.

—Buenos días —saludó Scubs levantando el sombrero, cosa que sorprendió a la mujer. Nadie saludaba al servicio de forma tan amable; mucho menos, sonriendo—. Soy el inspector Scubs y él es mi sargento. —Flanagan, por el contrario, no pensaba descubrirse ante una criada ni por asomo, pero inclinó un poco la cabeza para no mostrarse tan descortés—. Me encomendaron investigar un... incidente que se produjo ayer en esta casa —continuó Scubs, intentando utilizar palabras suaves para referirse al tema que lo ocupaba.

—¡Incidente! —masculló la mujer con sarcasmo—. ¡La han matado, señor mío! ¡Alguien ha matado a la pobre señora Woods! Pero pasen, pasen, no se queden ahí como postes; esperen aquí dentro que enviaré a preguntar si el señor puede recibirlos.

—Muchas gracias, es muy amable, señora...

—Boyle. Hellen Boyle, soy la cocinera y he de bajar de inmediato o se quemará el pastel y nos quedaremos sin almuerzo. Esperen aquí.

—Muchas gracias —repitió Scubs.

Mientras aguardaban, se abocaron a estudiar la salita: era pequeña, con una pared curva por cuya abertura había desaparecido la cocinera y a través de la cual se alcanzaban a ver los primeros peldaños de una escalera que descendía. Una mesa redonda, no muy grande, y una butaca tapizada en verde seco se ubicaban debajo de una ventana con dintel en arco. La habitación tenía dos puertas, una principal, por la que habían entrado, y otra enfrente que daría —imaginaron— al resto de la casa. El inspector observó que el piso de linóleo brillaba, por lo que dedujo que las criadas habían eliminado

cualquier rastro de sangre que hubiera podido quedar. Miró las paredes: los candelabros también habían sido pulidos recientemente y las velas cambiadas. Solo en una pared, al costado derecho de la ventana, descubrió unas pequeñas manchas que, por más esfuerzo que se hubiera puesto, habrían resultado imposibles de quitar debido a la rugosidad del decorado.

No alcanzó a comentárselo a Flanagan cuando un lacayo abrió la puerta.

—Los señores los recibirán en la sala —anunció—, tengan la amabilidad de seguirme.

Cinco minutos después se encontraban frente al señor y la señora Aldridge y a sus dos hijos, Arthur y Amelia.

Scubs sintió los nervios a flor de piel. Comenzaba su primera investigación de un crimen como inspector a cargo. Haberlo logrado con tan solo veinticuatro años lo llenaba de orgullo y, a la vez, de temor. Tenía la boca seca; le hubiera encantado que le ofrecieran un té, pero era pedir demasiado.

* * *

Ninguno de los cuatro miembros de la familia tenía, al parecer, información que pudiese resultar útil a la investigación. Excepto el joven Arthur, que había pasado la tarde en su cuarto, el resto de la familia no estaban en casa a la hora del crimen. La señora Woods trabajaba con los Aldridge desde antes de que Timothy y Mary Louise se casaran, treinta y tres años atrás. Nunca habían tenido problemas con ella. Su única familia, por lo que sabían, había sido su madre, fallecida de gripe en el treinta y ocho, y una sobrina de la cual no tenían dirección alguna donde poder hallarla, que rondaría los treinta y tantos y era hija de un hermano de la señora Woods, muerto en la guerra de Crimea. Elinor nunca se había casado y detestaba que se lo recordaran, por eso se hacía llamar «señora» y no «señorita». Siempre se había comportado con total corrección y había sido, la pobre, una excelente ama de llaves. Y sí, por supuesto que se ocuparían de darle digna sepultura. Lamentaban mucho no poder ser de más ayuda y esperaban que terminaran pronto con su trabajo puesto que no les resultaba grato que los vecinos vieran a la policía rondar por la casa; lo bueno sería que fueran por los alrededores a buscar al intruso al que, seguramente, la señora Woods se habría resistido cuando intentaba entrar a robar. Sí; si les complacía podían hablar con el servicio en la cocina o en la recepción correspondiente.

Saludando con toda amabilidad, los policías se dejaron conducir por el lacayo hasta la cocina donde la señora Boyle pelaba verdura junto a una jovencita de cabello oscuro y ojos vivaces. El

aroma de la carne con especias cociéndose, los deleitó.

—Ella es Molly, mi ayudante —presentó la señora sin dejar de trabajar.

—Mucho gusto —dijo el inspector con una sonrisa que ruborizó a la muchachita. Scubs se volvió hacia la cocinera—: ¿Hay algún sitio en el que pueda reunirme a solas con cada una de las personas del servicio?

La mujer levantó la mirada, ceñuda y señaló una puerta.

—La sala de planchado, allá. Ahí está Dorothy, planchando los vestidos de la señora Mary Louise; puede comenzar con ella.

—De acuerdo. Mientras tanto, tal vez el sargento Flanagan pueda hablar con usted y con Molly. —Miró de soslayo a su compañero, que asintió con la cabeza.

—¿Les apetece un té o un tazón de caldo? —preguntó la cocinera con evidente malhumor.

—¡Sería excelente! —contestó Scubs—. Yo tomaré caldo. Es muy amable, señora Boyle.

—¡También yo! —se apresuró Flanagan.

La señora Boyle hizo un gesto a Molly y ésta fue a buscar los tazones. Scubs se dirigió entonces a la salita de planchado donde una joven cosía una blusa; al verlo levantó la cabeza. Al inspector le recordó a un cervatillo asustado: tenía el rostro alargado y mirada mansa.

—Soy el inspector Scubs —se presentó—. Eres Dorothy, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió ella con voz apenas audible; apoyó la tela sobre su falda y sostuvo la aguja entre los dedos. Bajó aún más la voz, para decir—: Yo... yo creo que sé quién ha matado a la señora Woods.

—¿Qué dices, muchacha?

—¡Yo estaba aquí mismo, planchando los vestidos de mi señora y las he oído discutir!

—¿A quiénes? ¿Cuándo?

—Ayer, después del desayuno. A la señora Woods y... ¡a la señora Boyle!

3

El inspector miró con seriedad a su sargento. Se encontraban en la salita de recepción de los sirvientes, de la cual ya habían revisado cada rincón sin hallar nada más que las pequeñas marcas de sangre en la pared rugosa.

—La señora Boyle admite haber discutido con el ama de llaves —relató Flanagan en voz muy baja—. No quiso explicarme el motivo; dijo que son temas personales que nada tuvieron que ver con su muerte. ¿Esa tal Dorothy le aseguró a usted que la cocinera la mató?

—No abiertamente, pero destacó que las oyó discutir; reconoce que también pudo haber sido un ladrón que, habiendo intentado entrar a la casa, se encontró con la señora Woods y que ésta lo habría enfrentado. Si tiene que señalar a alguien del servicio, aparte de la señora Boyle, no se le ocurre quién podría tener motivo como para cometer semejante crimen. —Se llevó una mano a la barbilla y agregó —: Esa muchacha, Dorothy, esconde algo, estoy seguro. En cuanto a los temas personales de la señora Boyle, me temo que tendrá que participarnos en caso de ser necesario; nosotros juzgaremos si tienen que ver o no, con el crimen, ¿no le parece?

Flanagan asintió.

—Cuando se produjo la discusión —refirió—, Molly había sido enviada por la señora Woods a ayudar a las criadas pequeñas con las cenizas.

—¿A qué hora ocurrió eso? —preguntó Scubs.

—Entre las seis y seis y media de la mañana, aún no se había servido el desayuno de los señores.

—Y a la hora del crimen ¿dónde estaba Molly?

—Pelando patatas en el fregadero de la trascocina. La señora Boyle estaba en su puesto comenzando a guisar la carne para la cena.

El inspector analizó la situación por unos segundos con los labios apretados.

—Bien —dijo—, vamos a seguir interrogando al servicio. ¿Cuántos son?

—Según la señora Boyle, muerta el ama de llaves, hacen un total de quince. —El sargento hizo un gesto de duda, sacó de su bolsillo una libreta de tapas negras y se puso a interpretar sus propios garabatos—: El mayordomo, el lacayo, la cocinera, o sea, ella misma, el jardinero, el cochero, la fregona, un ayuda de cámara, tres doncellas, cuatro criados, dos de ellos mujeres, y la ayudante de cocina..., Molly.

—Bien, si no me equivoco son siete hombres y ocho mujeres.

¿Con quienes prefiere enfrentarse, sargento?

Flanagan soltó una risita.

—Con los hombres, señor. Son menos complicados.

El inspector arqueó sus delgadas cejas.

—Bien, comience con el mayordomo; yo iré a la cocina. Dígale, por favor al señor... —Chasqueó los dedos, intentando recordar el nombre.

—¿Grubber? ¿El mayordomo?

—Grubber, sí, dígale al señor Grubber si es tan amable de enviar a las doncellas, a las criadas y a la fregona.

—Sí, señor.

* * *

Scubs decidió continuar con sus entrevistas en el cuarto de planchado. La siguiente en entrar fue una joven extremadamente delgada y casi tan alta como él, lo que en una mujer llamaba mucho la atención. Llevaba las mangas levantadas dejando al descubierto dos antebrazos fibrosos y fuertes, sus manos tenían dedos largos y nudillos enrojecidos.

—Hola —la saludó con amabilidad—, siéntate por favor. —Le indicó un banco situado enfrente.

La muchacha lo miró con desconfianza. Nadie pedía «por favor» a un sirviente, eso era algo que ella nunca había escuchado. Tal vez al señor Grubber le pidieran «por favor», o a la señora Boyle, o a la finada señora Woods; pero no a ella, una simple fregona. Se sentó con lentitud, como si se aprestara a salir corriendo.

Al inspector le llamó la atención la actitud recelosa de la joven. Aunque, si lo pensaba bien, ni él ni Flanagan eran visita normal en cualquier casa: eran policías. Y en esa casa se había cometido un crimen; tal vez la chica, menos tonta de lo que uno podía imaginarse, pensaba que se la consideraba sospechosa, lo cual era exactamente lo que debía hacer él: sospechar de todos. Eso le había enseñado su tío Augusto. Sacó la libreta en la que había garabateado lo declarado por Dorothy, y un lápiz.

—¿Cómo te llamas y cuál es tu trabajo?

—Soy Jennifer Otto, señor, la fregona.

Scubs juntó los labios en un gesto de apremio, debió haberse dado cuenta por sus manos nudosas y rojas.

—Deduzco entonces —comenzó, dándose un aire importante—, que fuiste tú quien limpió la salita de recepción después de que quitaron el cuerpo de la infortunada señora Woods.

—Sí, señor. —La joven frunció el ceño—. Hago lo que me ordenan. Y lo hago muy bien.

—No lo dudo. ¿Quién te ordenó la limpieza?

—¡Quién va a ser! ¡El señor Aldridge!

—¿Él mismo, en persona, te dijo que limpiaras la salita?

Jennifer frunció aún más el entrecejo. El policía sería muy amable, pero era bastante zopenco. Eso, o no tenía idea de cómo se manejaban las grandes casas de la sociedad.

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. El señor Aldridge da las órdenes al señor Grubber o al señor Breely, y ellos a nosotras.

—¿Quién es el señor Breely, si eres tan amable?

La fregona se removió en su asiento, empezaba a gustarle la cordialidad del inspector; relajó los hombros y suavizó la mirada. Tal vez el hombre fuera un poco torpe, pero parecía inteligente y no estaba nada mal. Se sonrojó al pensar esto último y bajó los párpados.

—El lacayo —respondió en un hilo de voz.

Scubs recordó al joven que los había guiado hasta el saloncito de la familia.

—De acuerdo. ¿Viste algo extraño cuando fuiste a realizar la limpieza? ¿Alguien te acompañó en la tarea?

—¿Extraño? ¡Oh, sí! El jarrón de la mesita redonda estaba volcado y el agua se había derramado sobre la alfombra. Las flores han quedado hechas una pena, señor, hemos tenido que tirarlas a la basura. ¡Con lo bonitas que eran! Estaba todo lleno de sangre, señor, no ha quedado más remedio que levantar las alfombras, cambiar el antimacasar del silloncito y fregar los pisos y las paredes. Me ha ayudado Mathew señor.

—¿Y Mathew es...?

—Un criado. Ayuda al señor Boyle en el jardín. La limpieza del recibidor es tarea mía, pero en las condiciones en que estaba, iba a llevarme mucho tiempo y el señor Aldridge quería que se hiciera con prisa. El mayordomo ha tenido en cuenta que las criadas de la casa son demasiado jóvenes para enviarlas a limpiar algo tan... ¡horrible! Es muy feo el olor de la sangre, señor. Y, además, sabiendo que allí asesinaron a alguien... —La joven se estremeció—. Las pobrecillas podrían haberse impresionado de mala manera, por eso ha enviado a Mathew a ayudarme, ¿comprende?

—Lo comprendo. ¿Dónde estabas tú cuando se produjo el hecho, entre las cuatro y las seis de la tarde de ayer?

—¿Las cuatro? —La joven dio un respingo—. ¡Eran las cuatro y media cuando la señora Woods subió al cuarto de la señora Mary Louise a controlarme! Ya había terminado yo de abrillantar el piso; le puse cera de abejas, señor.

—¿Cómo sabías que eran las cuatro y media?

—¡Por el reloj de la sala! Suena y cuarto, y media, menos cuarto y a la hora. Con diferentes sonidos, claro está, ¡como todos los relojes! —Jennifer estaba perdiendo la paciencia, no le gustaba dar

tantas explicaciones—. Además, la señora Woods me ha dicho —agravó la voz, imitándola—: «Tiene que terminar ya, señorita Otto, son las cuatro y media de la tarde; la señora va a regresar y la encontrará a usted debajo de su cama».

Scubs sonrió, en parte porque la imitación le resultó graciosa, en parte porque le acababa de acotar el lapso de tiempo en que se había cometido el crimen. Se sintió terriblemente abochornado al caer en cuenta de que debió haber comenzado sus interrogatorios preguntando: «¿Cuándo fue la última vez que vio usted a la señora Woods?»

—¿Y qué hiciste después? —preguntó, intentando disimular su embarazo.

—Cuando la señora Woods subió, ya tenía yo listo el cuarto de la señora Mary Louise, estaba recogiendo los trapos, los botes de cera y demás. Así que bajé de inmediato; he ido al cuarto de la limpieza que está junto a la antecocina y he dejado todo en su sitio. Luego he ido a fregar los pasillos de la servidumbre, señor. Allí me encontraba cuando escuché el grito.

Scubs quedó de una pieza.

—¿Qué grito? —preguntó, aflojando el nudo de su corbata.

La chica lo miró, asustada.

—No sé, señor. Supongo que habrá sido la señora Woods, cuando la... —Escondió el rostro entre las manos y comenzó a sollozar.

—Tranquila. —El inspector se puso en pie. Le hubiera gustado tocarla en el brazo para consolarla, pero lo juzgó demasiado atrevido —. Descubriremos al culpable, Jennifer Otto, te lo aseguro. ¿Crees que todos en la casa escucharon el grito?

La joven se descubrió la cara y secó sus lágrimas con el reverso de la mano; luego retornó a su gesto huraño.

—No lo creo; yo estaba en el pasillo del servicio, bastante cerca de donde..., pero el resto no andaba por ahí creo yo; excepto la señora Boyle, que estaba en la cocina con Emily.

Scubs enmudeció. ¿Emily? ¿Una tal Emily estaba en la cocina con la señora Boyle y nadie se lo había dicho? ¡Ni a él ni a Flanagan, que acababa de encuestar a la cocinera! Comenzó a caminar de un lado al otro, nervioso. El faldón de su chaqueta levantaba vuelo en cada giro frenético que daba. ¡Si nadie le decía las cosas como eran, no llegaría nunca a un resultado satisfactorio!

—¡Esto es inaudito! —masculló por lo bajo.

—¿Es qué, señor? —preguntó Jennifer, arrugando la frente.

—Nada, no importa. ¿Hay algo más que creas que debo saber?

—¡Yo no la maté, señor!

Scubs le creyó, había algo en sus ojos que transmitía confianza.

De todos modos, quería terminar con una primera rueda de preguntas para tener un panorama general de la situación. Le urgía ver a todos, a ver qué impresión le causaban; luego podría volver a interrogar a cada uno.

—Bien. ¿Puedes llamar a esa tal Emily que estaba con la señora Boyle?

La chica asintió y se retiró en silencio.

Cuando la puerta volvió a abrirse, al cabo de algunos minutos, apareció una muchachita de cabello castaño atado en un prolijo moño en lo alto de la cabeza. Portaba una bandeja de madera con una taza humeante y un plato de pan con mantequilla.

—Hola —saludó. Sus bonitos ojos verdes sonrieron al mismo tiempo que su boca—. Soy Emily. Es una casualidad que haya querido hablar conmigo. —Apoyó con cuidado la bandeja sobre la mesa de planchar—. Iba a entrar de todos modos, a traerle un poco de té. Sé que es casi la hora del almuerzo y que debe tener hambre, pero por el momento es todo lo que puedo ofrecerle. —Le acercó la taza—. Seguramente la señora Boyle los invitará a comer a usted y al sargento Flanagan.

La muchachita se quedó de pie con las manos enlazadas, la espalda recta. Scubs sonrió. Era una niña alta para su edad; no tendría, pensó, más de trece o catorce años, era delgada y tenía una mirada limpia e inteligente.

—Muchas gracias, Emily —dijo, algo apabullado por la desenvoltura de la niña, no era frecuente encontrar criadas tan parlanchinas—, ha sido muy amable de tu parte. He tomado una taza de caldo y ahora me viene muy bien un té. ¿Puedes sentarte allí mismo? —Señaló la butaca donde antes había estado Jennifer Otto.

—Claro —repuso ella y, luego de sentarse, alisó prolijamente su falda y delantal.

—No llevas cofia —observó el policía.

La chiquilla se sonrojó.

—Es molesto llevarla todo el tiempo —explicó con una breve sonrisa—, cuando bajo a la cocina me la quito siempre... —De pronto palideció, tal vez había cometido algún delito o algo parecido y no se había dado cuenta—. ¿¡Es necesario llevar cofia cuando se habla con la policía!? —preguntó asustada.

—¡No, no! —exclamó Scubs, y en la prisa por aclararlo se quemó con el té lo que hizo que un rojo intenso subiera por sus mejillas—. Fue solo un comentario —balbuceó acalorado. El té no estaba tan caliente, en realidad, pero ante el apuro bebió un sorbo demasiado grande. Tosió.

La niña le sostuvo el plato con el pan esperando estar comportándose con corrección. Scubs tomó una rebanada y le

agradeció. Carraspeó un poco más.

—¿Dónde estabas cuando asesinaron a la señora Woods?

—En la cocina, con la señora Boyle, había terminado de limpiar el descansillo de la escalera.

—¿A esa hora? Tenía entendido que la limpieza de ese sector se hace por la mañana.

Emily pasó a relatarle, entonces, las circunstancias que la llevaron a tener que volver a limpiar la entrada del dormitorio del señorito Arthur.

—O sea que Arthur Aldridge y esa doncella, Kathy, discutieron —reflexionó el inspector.

—Yo creo que sí —consintió la niña—, aunque ella me dijo que fue un accidente...

—Pero tú no le crees.

La niña frunció la nariz, moviendo negativamente la cabeza, y agregó:

—Al señorito le gusta Kathy, cualquiera puede notarlo. Pero a ella no le gusta él, cosa extraña porque es bastante apuesto. —Se frenó de inmediato, al darse cuenta de lo indecoroso de su comentario—. Quiero decir...

—Entiendo lo que quieres decir —señaló el inspector mientras intentaba morder un trozo de pan sin mancharse con la deliciosa mantequilla caliente—. Kathy no le hacía el menor caso y él le andaba detrás.

—Creo que es peor que eso —replicó la niña. El inspector clavó los ojos en los suyos y masticó con lentitud—. Sé que soy muy joven y que no debería hablar de ciertas cosas. —Tomó aire y esperó, a ver si la reprendía; como su gesto no varió un ápice, continuó—: Creo que el señorito Arthur pidió que Kathy le llevase el té para quedarse a solas con ella en el cuarto.

Scubs casi se atraganta con el pan.

—Pero, ¡¿qué dices?! ¡Es verdad, niñita, tú no deberías estar hablando de esas cosas! ¡Qué sabrás tú!

—Bueno, no —siguió ella, acomodándose un mechón que se le había soltado—, no es que yo sepa de... Pero sí sé que los hombres y las mujeres se enamoran y quieren estar solos para darse besos y decirse cosas tontas. Kathy detesta las tonterías.

Scubs decidió que estaban yéndose por las ramas. Tal vez terminara siendo importante la relación del muchacho con la doncella, pero no era tema para tratar con una chiquilla de trece o catorce años. Ya se ocuparían, el mayordomo o la cocinera, de poner en vereda a la avispada muchachita.

—¿Cuándo viste por última vez a la señora Woods? —preguntó, sacudiéndose las migas de la ropa.

—Cuando terminé de limpiar el descansillo, ella estaba en la recepción acomodando unas flores y yo pasé por al lado suyo.

—¿Te dijo algo?

—Que si quería seguir haciendo el trabajo de Kathy tendría que limpiar también los cristales del recibidor.

Scubs levantó las cejas.

—¿Sabes si la señora Woods tenía enemigos? —De inmediato se arrepintió, la niña era demasiado joven para saberlo—. Quiero decir...

—Sé lo que es un enemigo —contestó ella, en tono condescendiente—. Y no, la verdad es que no lo sé. La señora Woods no le caía bien a nadie, pero no creo que haya hecho algo tan malo como para que alguno de mis amigos se arriesgase a ir a la horca por ella.

—¿Dirías que era una persona malvada?

Emily miró el techo, pensativa.

—No lo sé... Creo que, más bien, era una persona amargada.

«¡Caramba con la niña!», pensó Scubs.

—¿Qué edad tienes?

—Trece años, señor.

—Y supongo que eres muy observadora

—Así es, señor.

—Entonces, dime con sinceridad ¿no se te ocurre quién, de esta casa, podría querer sacarse de encima a la señora Woods?

—¡Todos! Menos los señores, claro está. A Mathew lo molestaba solo porque pasaba el día... —Volvió a alisar los pliegues de su delantal—. No puedo decirlo, lo siento. Hellen dice que no debo ser indiscreta.

—¿Quién es Hellen?

—La señora Boyle. Es muy buena con todos, pero a mí me tiene más cariño que a cualquiera de los demás sirvientes.

El inspector suspiró.

—No serás indiscreta, Emily...

—Hattie.

Scubs anotó.

—No serás indiscreta, Emily Hattie, estarás colaborando con el esclarecimiento de un asesinato.

La criada dibujó una complacida sonrisa en sus labios. Nunca antes había conocido a un policía, mucho menos hablado con uno; no tenía idea de qué sitio ocupaban dentro de la sociedad, pero estaba segura de que, si un policía le indicaba que debía decir cuanto supiera, tenía que hacerlo.

—Bien, yo creo que a la señora Woods le molestaba que Mathew pasase tiempo con el señor Boyle porque estaba celosa.

El inspector se rascó la cabeza y se preguntó si realmente podía

confiar en aquella chiquilla; su tío Augusto le había contado que las jovencitas del servicio solían tener la cabeza llena con las historias románticas y absurdas que pasaban de boca en boca. No podía culpárselas, soñaban con que alguna vez un aristócrata o, al menos un caballero, se enamorase de ellas y las arrancase de esa aburrida vida de servilismo.

—Y ¿por qué habría de estar celosa de un chico? —preguntó como para seguirle la corriente. Tal vez se enterase de algo importante después de todo—. ¿Qué hacía el tal Mathew con el señor Boyle? ¿Boyle dijiste? ¿Guarda algún parentesco con la cocinera?

—Es su esposo; Stephen Boyle es el jardinero y Mathew, su ayudante, por eso pasa mucho tiempo con él. Yo creo que la señora Woods estaba enamorada del señor Boyle.

Scubs suspiró. Definitivamente, esa niña tenía la cabeza llena de pájaros.

4

Los preparativos para la cena, y ésta en sí misma, era uno de los momentos de los que más disfrutaba Emily. A pesar del cansancio acumulado, era entonces cuando podía conversar con sus amigos —para ella todos los sirvientes eran sus amigos—, reír e incluso, en ocasiones, hasta tomarse un pequeño descanso. Cuando uno de ellos se encontraba demasiado exhausto, o indispuesto, los otros se ocupaban de poner la mesa, acercar los bancos y ayudar, en fin, a Molly y a la señora Boyle a servir la cena.

En aquella oportunidad, quien parecía absolutamente derrotada era Kathy; se hallaba sentada al extremo de la mesa con los antebrazos tensos y los puños apretados; daba la sensación de que había llorado todo el día. Emily, que estaba poniendo los platos, la observaba; le hubiera gustado ayudarla ya que sentía gran aprecio por ella, pero al no tener idea de cómo hacerlo, prefirió no entrometerse y continuar con sus tareas.

—Espero que el señor Scubs y el señor Flanagan hayan llegado a sus casas antes de que comenzara a llover —le dijo en voz muy baja a su amiga, Silvie, mientras acomodaba con cuidado un plato sobre la mesa. La casa estaba de luto, por lo que no les estaba permitido hablar alto ni hacer demasiado ruido.

Silvie iba detrás suyo dejando los cubiertos. Era una chiquilla apenas mayor que ella, algo más baja, con la cara pecosa, cabellos rojizos e inquietos ojos oscuros.

—¡Me asusté mucho cuando me interrogó ese policía! —señaló —. ¿Tú no?

—Estaba un poquitín nerviosa, es cierto, pero no asustada —respondió Emily—. Me cayó muy bien el señor Scubs.

—¡Oh, sí! ¡Es muy apuesto! —susurró Silvie acercándosele al oído. Emily giró la cabeza con gesto divertido. Silvie ahogó una risita y, de inmediato, ambas compusieron un semblante compungido. Les estaba vedada la alegría durante aquella jornada de luto y, probablemente, se extendería toda la semana, lo cual les resultaba muy inconveniente ya que las tres juntas, Molly incluida, solían reírse mucho con sus ocurrencias. Pero Emily juzgó que, pese a no querer demasiado a la señora Woods, ésta merecía que se respetase su memoria. Silvie estuvo de acuerdo.

Hacia un lado de ellas, junto al poste de arranque de la escalera, estaban los muchachos.

—¡La señora Boyle debería servir ya la comida! —se quejó Lucius, el menor de los criados, rascándose la cabeza; estaba sentado

en el primer escalón.

—¿Tienes hambre? —preguntó Peter Breely, el lacayo—. Yo aún puedo esperar, he merendado...

—¡He estado toda la tarde colocando paja en la calle! —masculló Lucius—. Aunque no sé para qué. ¡La señora Woods solo era el ama de llaves y no pasan tantos carros por acá!

En días de luto solía cubrirse con paja la calle frente a la casa del muerto para que los cascos de los caballos no perturbasen la tranquilidad de los dolientes.

Mathew Farrow se inclinó para no tener que levantar la voz.

—Ya sabes cómo es —dijo—, a los Aldridge les gusta sentirse más de lo que en verdad son, hacen todo lo que ven hacer a los aristócratas. —Sonrió, mirando al lacayo.

Éste le devolvió la sonrisa, asintiendo.

—Es cierto —confirmó.

—Verás —continuó Mathew—, nadie va a reemplazar a la señora Woods, dirán que la querían demasiado como para que venga otra cualquiera a suplantarla. Lo cierto es que cuantos menos seamos, menos salario tendrán que pagar, ¿entienden? Solo si en algún momento se avergüenzan frente a sus amistades por no tener ama de llaves, se ocuparán de traer a otra.

—O ascenderán a alguna de las doncellas —apostilló Peter Breely señalando al grupo en el que Kathy parecía estar siendo consolada por Dorothy y por Margaret.

—¡No es cierto! —susurró Lucius—. ¡Si fuera como dices, no habrían dejado quedarse a Dorothy! ¡La habrían despedido cuando Lady Constance se casó y no se la llevó con ella!

Breely enarcó las cejas y miró a Mathew, interrogante. Éste sonrió apenas, levantando los hombros con indiferencia.

Emily, que mientras terminaba de colocar los platos y, pese al parloteo de Silvie, había escuchado parte de la conversación de los muchachos, se preguntó si de verdad ascenderían a alguna de las doncellas. Tal vez el honor recaería en Margaret Clemont por ser la de mayor edad, pero era la doncella de la señora Mary Louise y, que ella supiera, la señora estaba muy conforme con su trabajo, seguramente querría conservarla. Conociendo a los Aldridge, le pareció más acertado el pensamiento de Mathew: se quedarían sin ama de llaves hasta que algún evento les hiciera sentir vergüenza por no contar con tan importante servicio y recién entonces contratarían a alguna. Pero ¿sería una extraña? Emily no podía asegurarlo. Mientras cogía algunas cestillas y las llenaba con rebanadas del pan que cortaba Silvie, observó a Dorothy, tan bonita, alta y espigada como un lirio, ojalá le diesen a ella el puesto que acababa de dejar vacante la señora Woods. No es que le pareciera que podría ser una buena ama de llaves, pero

sentía algo de pena por ella. Había sido doncella de la señorita Constance, la hija mayor de los Aldridge, antes de que ésta contrajera matrimonio con lord Blieching. Emily sabía cuánto había sufrido Dorothy cuando le comunicaron que no se marcharía con ellos tras la boda. La pobre se veía ya con sus maletas en la calle, pero gracias a su habilidad como costurera y planchadora de vestidos complicados, la señora Mary Louise accedió quedársela.

—No merece la pena que te amargues por eso —susurraba Margaret Clemont en el momento en que Emily colocaba una cestilla con pan—. Tal vez hasta pueda hacerte la vida más fácil en esta casa. —Kathy la miró furibunda y Dorothy contuvo una risita—. No tienes manera de frenarlo, jovencita —continuó la mayor, con gesto avinagrado—, cualquier acusación que hagas sobre él, se volverá en tu contra.

—Eso es cierto —afirmó Dorothy componiendo un gesto de pesar—, a no ser que puedas chantajearlo con algo. —Se llevó la mano a la boca y soltó una escueta carcajada insonora. La señora Clemont la miró con enojo, arqueando sus delicadas cejas marrones.

—¡Qué insolencia, señorita Stuart! ¿Cómo se le ocurre semejante cosa? ¡En esta casa no hay lugar para esas cuestiones! ¡La moral de los señores es intachable!

—Tal vez la de los señores —murmuró Kathy Rhys apretando los puños sobre su falda—, pero no la de sus hijos, o la del servicio. —Sus ojos, cargados de ira, se clavaron en los de Dorothy.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ésta, con aire inocente.

—Algo que me enteré cuando limpiaba los cristales. ¡Que ya están sucios por causa de la maldita lluvia! —concluyó Kathy con enojo, las mejillas encendidas.

Emily frunció la nariz. Por la tarde había escuchado al señor Grubber ordenar a Dorothy que limpiara las ventanas, y la había escuchado a ella responderle, con una sonrisa, que sí, que lo haría de inmediato. ¿En qué momento había cambiado las tareas con Kathy? ¿Y por qué? Ella sabía muy bien que a ninguna de las doncellas les gustaba realizar ciertos trabajos como, por ejemplo, colgarse de las ventanas para limpiar los vidrios; eso, consideraban, era tarea de los criados. Y estaban en lo cierto, pero resulta que, en la casa en la que servían no había un trabajo específico para cada uno, ya que se carecía de la cantidad de sirvientes necesarios. Así, pese a haber dos señores Aldridge, había un solo ayuda de cámara, el señor Phelps, que compartían el señor Timothy y el señorito Arthur, porque, según decían, no podían permitirse pagar a otro y los muchachos, Mathew o Lucius, no daban la talla, al menos era lo que decía el señorito Arthur. Peter Breely no podía ser ayudante de cámara porque era el lacayo. Ninguna casa bien podía prescindir de un lacayo joven y apuesto.

Aunque, a criterio de Emily, Lucius era mucho más apuesto que Peter, pero claro, solo tenía catorce años. No podía ser lacayo con esa edad.

La cena transcurrió de manera silenciosa lo que resultaba en extremo inusual, solían comer relajados, charlando entre ellos y riendo de algún que otro chiste que contaran los chicos. El único ausente era el señor Grubber, que, como todas las noches, permanecía en el ala principal de la casa por si alguno de los señores lo necesitaba. Una vez que el servicio terminara de cenar, el mayordomo serviría la cena para los señores con la asistencia de Peter Breely y de Lucius. Luego de que toda la vajilla estuviera levantada, lavada, secada y ordenada, el señor Grubber se sentaría en la cocina a comer en solitario. A Emily no le gustaba que cenara solo y por eso, noche a noche, se las ingeniaba para hacerle compañía. El mayordomo lo aceptaba con gusto, pese a haberle repetido hasta el cansancio que no le importaba comer solo. En el fondo, a Grubber le despertaba una profunda emoción el cariño de la chiquilla.

Aquella noche, como todas, luego de finalizadas las tareas, Emily acompañó a Silvie hasta el dormitorio, extrajo de su cama el ladrillo caliente que colocaban un rato antes, envuelto en mantas, para calentarla, y lo colocó dentro de la suya. Luego se lavó ligeramente, arropó a su amiga, se cercioró de que estuviese bien tapada y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches, Emi —respondió Silvie con un bostezo largo —. Gracias.

Dejó una vela encendida y cuidó de cerrar bien la puerta. Silvie era incapaz de ir sola hasta el cuarto pese a que lo compartían con Jennifer y con Molly, quienes, aunque no estaban profundamente dormidas todavía, se encontraban muy quietecitas intentando entrar en calor. Silvie no temía a la noche ni a la oscuridad, pero no se atrevía a ir sola hasta su cuarto. Emily sospechaba que se había asustado con algo. A Molly tampoco le gustaba andar sola por los pasillos, pero ninguna de las dos sabía explicarle por qué. O no querían hacerlo.

Cuando llegó de nuevo a la cocina, la señora Boyle estaba sirviendo un tazón de sopa al señor Grubber.

—¡Emily! —saludó éste con regocijo, aunque en voz muy baja —, ¿cómo te sientes?

—Triste —musitó la niña, sentándose en la cabecera, a la derecha de Grubber. La cocinera le hizo una suave caricia en la mejilla.

—Todos estamos tristes —convino el mayordomo disponiéndose a llevar la primera cucharada a la boca—. Una muerte es una pérdida, más allá del mucho o poco cariño que hayamos

sentido por la persona fallecida.

—Lo sé —respondió, acomodándose unos mechones detrás de las orejas—, no quería mucho a la señora Woods, pero era alguien a quien veía cada día y, a pesar de todo, creo que no merecía morir así.

—¡Y tú eres muy jovencita para andar hablando de muertos! —masculló la señora Boyle al tiempo que depositaba un plato de cordero y patatas junto al pan—. Ya sé que por estos días es inevitable, pero me gustaría que pensaras en otras cosas. ¡Y ya deberías estar en la cama!

—Iré enseguida, Hellen, por favor, permítame hacer compañía al señor Grubber como todas las noches. Ya ve usted que, a pesar de ello, jamás me he levantado tarde.

—Eso es cierto —reconoció la cocinera suavizando la expresión —, de todos modos, hoy se ha hecho más tarde que de costumbre y el señor Grubber no necesita niñera. —Emily soltó una discreta carcajada que hizo sonreír a los adultos—. ¡Obligarás al pobre hombre a comer a toda velocidad para que te vayas a acostar!

—De eso nada —repuso el mayordomo apartando el cazo vacío y acercando el cordero—, me gusta comer despacio para poder paladear y disfrutar de su deliciosa comida, señora Boyle. En cuanto a la señorita Hattie, cuando tenga sueño podrá irse a dormir tranquilamente que no me ofenderé en lo más mínimo ni me atragantaré con una col. De todos modos, mi estimada amiguita sabe que le agradezco muchísimo su gentil compañía. —Miró con dulzura a la niña, que sonrió satisfecha y apoyó los antebrazos sobre la mesa, cruzándolos. No pensaba ir a dormir todavía.

La señora Boyle negó con la cabeza y se quitó el delantal.

—En el aparador hay *pudding* de cerezas, señor Grubber, puede acabárselo si quiere; mañana haré más. Ahora debo ir a la cama o el señor Boyle vendrá a buscarme y me llevará de las orejas. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Hellen —sonrió Emily.

—Que descanse, señora Boyle —saludó el mayordomo.

Grubber apreciaba mucho a la cocinera y a su marido. Ya estaban en la casa cuando él había llegado, quince años atrás, buscando una colocación. Lo habían recibido con gran afecto y lo habían ayudado a recomponerse del triste incidente que lo había depositado en Hillside Bell con un bollo de ropa y sin un penique en los bolsillos. Su aspecto era lamentable y no traía recomendación alguna. Sin embargo, los Boyle creyeron en él, le dieron ropas nuevas, lo acicalaron y lo presentaron a los señores de la casa que, deseosos de tener al fin un mayordomo que se preciase, no prestaron demasiada atención a las disparatadas explicaciones que les había dado Stephen Boyle acerca del joven que por aquel entonces contaba con apenas

veintidós años.

—No estoy triste solo por la señora Woods —interrumpió Emily sus pensamientos. Grubber tardó unos segundos en salir de los mismos. Cortó un trozo de carne y se lo llevó a la boca, lentamente—. Pronto será el cumpleaños de Silvie y no tengo lana —continuó ella, apoyando su sien en el puño, el brazo doblado sobre la mesa—. Y, además, creo que Kathy está sufriendo.

—Siéntate derecha —ordenó Grubber con suavidad mientras limpiaba sus labios con una servilleta. Emily rectificó su postura—. Tal vez Kathy tiene algún problema que, de ser de tu incumbencia, te lo habría contado, ¿no crees? —La chica asintió moviendo la cabeza —. Y en cuanto a la lana ¿qué quieres hacer con ella?

—Tejer una bufanda en mis ratos libres. Creo que será un bonito regalo de cumpleaños para Silvie, pronto hará más frío y ella lo sufre mucho. ¡Hay veces en que enrolla su delantal en el cuello cuando sale a tender la ropa!

—¡Pobrecilla! ¡Con lo fuerte y saludable que se la ve! Si hasta diría que parece mejor alimentada que tú.

—¿Me veo mal? —preguntó la jovencita con preocupación.

Grubber sonrió divertido.

—¡Oh, no! Tú eres más delgada y más alta. Te estás convirtiendo en una joven muy agraciada.

Ella sintió un gran regocijo en su interior y esperó no haberse puesto colorada.

—Gracias —musitó.

—Opino que una bufanda es una excelente idea para tu amiguita; veré si la señora Mary Louise y la señorita Amelia tienen restos de sus labores, no creo que tengan reparos en obsequiarte los que ya no utilicen.

—¡Oh! ¡Muchas gracias señor Grubber! —A Emily le hubiera gustado darle un abrazo y un beso en la mejilla, como cuando era pequeña, pero desde sus once años le habían advertido que ya no era conducta para una jovencita, por lo que solo sonrió y cruzó los dedos sobre la mesa—. ¿Quiere que le sirva el *pudding* de cerezas? —preguntó al ver que se había acabado el cordero—. ¡Está delicioso!

Grubber apartó el plato y volvió a limpiar sus labios con la servilleta.

—¿Hay nata? —La niña movió la cabeza, asintiendo con la boca arqueada en un enorme gesto de placer—. ¿Y tú me vas a acompañar?

—¡Sí! —exclamó, levantándose de un salto. Dividió en dos lo que quedaba del postre y lo sirvió en sendos platos, luego fue hasta la recámara de frío y sacó un cacharro con nata batida del que extrajo todo lo que quedaba, intentando que ambas porciones quedaran

iguales. Dejó el cazo en la batea y se sentó frente al mayordomo a comer su ración.

—Andrew... —dijo, luego de su tercera cucharada. Pocas veces llamaba a Grubber por su nombre de pila, cuando lo hacía era porque iba a decirle algo muy serio. El mayordomo levantó la vista—. Le ordenó usted a Dorothy que limpiara los cristales, ¿verdad?

—Así es. Contra mi voluntad, aclaro, era evidente que llovería. ¡Pero la señora Woods había insistido tanto en que se limpiaran! ¿Por qué preguntas?

—¿Lo hizo? Limpiar las ventanas, ¿lo hizo Dorothy?

Grubber ladeó la cabeza.

—Supongo. Cuando doy una orden espero que se cumpla. La señora Woods andaba detrás de cada uno para asegurarse de que se hicieran las tareas. —Suspiró—. Yo prefiero esperar a que lo cumplan sin tener que repetirlo. De todos modos —señaló, hundiendo la cuchara en el postre—, la lluvia ha estropeado el trabajo. ¿Qué te preocupa, Emily?

Ella levantó de golpe la cabeza.

—¡Oh, nada! Pensaba en la bufanda que tejeré para Silvie —mintió, mientras se preguntaba si debía contarles lo que sabía a los dos policías, en caso de que regresaran al día siguiente—. Ojalá la señora y la señorita tengan lanas suficientes —dijo al cabo de unos segundos.

—Las tendrán —aseguró Grubber poniéndose de pie—. Ahora ve a dormir que yo haré lo mismo cuando haya lavado estos cacharros.

—Lo ayudaré.

El hombre meneó la cabeza sabiendo que sería inútil negarse, la niña no se acostaría hasta que él también lo hiciera. En el fondo, conocía muy bien los motivos de su apego. Según le habían hecho creer a Emily, había sido a él a quien el vicario, Paul Hattie, de Dorchester, la había entregado cuando contaba con siete años. Su madre, le habían dicho, una sirvienta que había escapado de unos malos amos, había fallecido horas después del alumbramiento. El vicario y su esposa la habían criado e, incluso, la habían registrado con su propio apellido. Pero al cabo de unos años y, tras fallecer la señora Hattie, Paul decidió encargarle a Grubber que la educase y le procurase la mejor vida que pudiera darle.

Cuando hubieron secado y guardado el último plato se despidieron con una sonrisa y marcharon a sus cuartos. Al llegar al primer rellano, Grubber se sorprendió al encontrar a Hellen Boyle, en camisón, envuelta en un chal de lana.

—Está bien —le dijo en un susurro—, es una niña muy espabilada y muy buena. No hay motivos para preocuparse por ella.

La cocinera se abrazó al chal y asintió con los ojos húmedos.

—Temía que estuviese asustada por la muerte de la señora Woods —se lamentó.

—No —repuso Grubber—, tiene otras cosas en la cabeza. Descuide. —La tocó apenas en el brazo y siguió rumbo a su cuarto, apagando de paso la vela, casi extinguida, que temblaba en el candelabro de la pared.

5

En Ashcraft Lane, el jefe O'Neill se hallaba de pie recostado en el borde del escritorio con los tobillos y los brazos cruzados. Miró con ojos escrutadores a Scubs cuyo rostro rezumaba cansancio, se había subido el cuello del abrigo hasta las orejas y no parecía tener intención de quitárselo pese a que el clima, dentro de la oficina, estaba agradable gracias a la chimenea encendida.

—¿Y el sargento Flanagan? —le preguntó indicándole con una seña que podía sentarse, cosa que el inspector agradeció; se sentía realmente cansado.

—Dejé que se marchara, señor. —Corrió deliberadamente la silla para acercarla a la chimenea—. No tenía sentido que viniéramos los dos con esta lluvia. —El jefe O'Neill percibió cierto tono admonitorio en sus palabras y le costó esconder una sonrisa. Acababa de recriminarle con sutileza el hecho de hacerlo ir hasta la oficina a esa hora y con ese clima cuando podía estar ya descansando, luego de haber pasado el día a veinticinco millas de distancia—. El crimen fue cometido dentro de la casa, en el recibidor de los sirvientes —continuó Scubs, estirando las piernas hacia el calor—. La familia no estuvo presente esa tarde, excepto el hijo menor, que se quedó leyendo en su cuarto. Dan fe de ello algunos sirvientes y el ayuda de cámara.

O'Neill levantó la ceja derecha.

—No sería extraño que un sirviente mintiera para proteger a su amo —expresó.

—Lo sé, señor, por eso el sargento Flanagan y yo contrastaremos las declaraciones; aparentemente, todas son correctas. Hemos comprobado que ninguna cerradura ha sido forzada ni rota ninguna ventana, por lo que, si alguien de afuera hubiera entrado para asesinar al ama de llaves necesitó, por fuerza, la connivencia de alguien de adentro.

—Entiendo. O la mató alguien de la casa.

—Exacto, el jefe Miller montará guardia esta noche en la casa para que a nadie se le ocurra escabullirse.

—Eso sería maravilloso —opinó el superintendente con una sonrisa—. Tendríamos a nuestro asesino.

—A veces basta con que uno crea saber algo para que le entre miedo y quiera escaparse.

O’Neill bajó los párpados con un suspiro.

—Lo sé.

—El cuerpo fue descubierto por una de las doncellas que en ese

momento iba a limpiar los cristales de la única ventana que tiene el vestíbulo de la servidumbre. La chica dice que tuvo un día bastante normal hasta que descubrió el cuerpo. —Scubs prefirió no comentarle aún el incidente de la bandeja del té, al cual Kathy había restado importancia en su declaración. Lo investigaría mejor al día siguiente.

—Bien. ¿Cómo piensa seguir? —preguntó O'Neill.

—Mañana volveremos a Hillside Bell y continuaremos indagando. Por fuerza, tiene que haber algo fuera de lugar en el curso de los acontecimientos que nos han relatado.

—De acuerdo. ¿Ya tienen el arma?

—No, señor. Al parecer fue un cuchillo de carnicero común y corriente, como el que se usa en cualquier cocina. Es asqueroso imaginarlo, pero hasta podría ser el que utiliza a diario la cocinera Boyle para preparar las comidas de la casa. No hay manera de comprobarlo; pudieron haberlo lavado luego y metido donde se guarda usualmente.

O'Neill suspiró satisfecho; a las claras era un crimen simple y doméstico que no debería reportarle mayores problemas a Scubs. Se acercó a la ventana, la lluvia había cesado y el viento hamacaba las copas de los árboles.

—Muy bien —dijo con calma—. Manténgame informado.

—Sí, señor.

El inspector salió al frío de la calle y se ajustó el sombrero y el cuello del abrigo. Caía ahora una finísima llovizna que calaba hasta los huesos. Cruzó y dobló en la siguiente esquina. No le había mencionado a O'Neill —lo habría desaprobado— que Flanagan lo esperaba en el Golden Fish, un alicaído reducto donde solían reunirse barqueros y malandrines de poca monta para apostar o echar unos dados y donde, además, se comía de maravillas y a bajo costo.

Encontró a su compañero junto a la más alejada de las ventanas; tenía los antebrazos cruzados sobre la mesa y el gesto expectante de siempre, curioso, como queriendo averiguarlo todo acerca de las personas que lo rodeaban. El pelo negro, cortado de manera impecable, enmarcaba su rostro anguloso dándole una apariencia severa y amable a la vez. El ambiente olía a tabaco y a whisky baratos. El piso era de piedra oscura, si uno no andaba con cuidado podía resbalar con facilidad debido a la grasa acumulada en él. Lo mejor era la temperatura del ambiente, cálida y ligeramente húmeda, que invitaba a despojarse de los abrigos, lo cual constituía, sin dudas, un verdadero placer.

—He pedido comida para los dos —se adelantó Flanagan mientras Scubs se sentaba frente a él—: sopa, pastel de cerdo y sidra.

—Excelente —convino el inspector, frotando sus manos—. Comparemos los datos que hemos conseguido.

Flanagan contuvo un bostezo, sacó su libreta y la hojeó con aire solemne. Apenas sabía leer y escribir, pero había inventado toda una serie de símbolos que utilizaba a modo de recordatorios y que solo él entendía.

—El jardinero y su ayudante estaban juntos en el jardín, recortando arbustos —indicó, luego de estudiar sus garabatos.

—¿No vieron nada extraño?

—No. Se encontraban en el jardín trasero, al otro lado del vestíbulo donde se cometió el crimen.

El camarero se acercó con cara de pocos amigos, depositó dos suculentos y aromáticos platos de pastel de cerdo y dos vasos de sidra. Luego colocó dos porciones de postre y se marchó.

—Entiendo —dijo Scubs, posando la vista en los platos.

—El señor Levingston, caballerizo y chofer, no estaba en la casa, ya que había traído a las señoras a Londres en el carruaje, a visitar a la hija mayor, Constance —continuó el sargento, dejando a un lado la libreta abierta y tomando los cubiertos—. El señor Phelps, ayudante de cámara de los dos señores Aldridge, aprovechó que no lo necesitaban para escribir unas cartas en su recámara. Dice que la doncella, Dorothy Stuart, lo vio entrar y que estuvieron charlando unos momentos.

—Hablé con ella y no lo mencionó —indicó Scubs, dubitativo.

—Habrá que preguntarle mañana.

—Así es. ¿Cómo son, Levingston y Phelps? No los he visto para nada.

—El señor Levinsgton es un hombre bastante serio y tosco, aunque también debo decir que tiene su sentido del humor, creo que le da bastante a la bebida si me entiende, señor. —Scubs asintió—. Phelps, al contrario, parece un caballero, es muy amable y respetuoso; se limita a hacer su trabajo y lee mucho. —Flanagan bebió un trago de sidra y continuó—. El mayordomo y el lacayo estuvieron toda la tarde revisando las vajillas y lustrando la plata.

—¿Dónde?

—En el comedor. Lucius Gasbone, el criado más joven, estuvo sacando brillo a los calzados en el trastero. Dice que habló con la cocinera y con Molly. El menor de los Aldridge, Arthur, estuvo en su cuarto; y su padre en reuniones de su club, pasó toda la tarde afuera. Eso es todo, señor.

Dicho lo último, se dispuso a comer.

—Bien. —Scubs, que ya había comenzado a degustar el pastel de cerdo, soltó los cubiertos y detalló—: Por mi parte tenemos que, la cocinera y Molly estaban, como siempre, en la cocina; es verdad que hablaron con el criado Lucius. En algún momento, Molly fue a la trascocina a pelar patatas mientras que la señora Boyle guisaba la

carne para la cena. Dorothy Stuart, que escuchó un altercado entre la cocinera y el ama de llaves esa misma mañana, desconoce el motivo por el cual discutieron, pero le pareció que era por un secreto de la señora Boyle que Woods habría descubierto. Por la tarde acomodó los vestidos planchados de la señora Mary Louise y de la señorita Amelia, y luego fue a su cuarto a coser su propia ropa. Dice que se cruzó en dos oportunidades con otra de las doncellas, Kathy Ryhss, que se disponía a limpiar los ventanales. —Tomó nuevamente los cubiertos y apuntó a Flanagan con el cuchillo—: Margaret Clemont, doncella de la señora Mary Louise, fue a visitar a una amiga en Birdfield y regresó pasadas las seis, cuando calculó que su señora ya podría haber regresado. Kathy Rhys estuvo limpiando los cristales, pero no vio nada fuera de lo usual hasta que fue a la ventana del vestíbulo, entonces descubrió a la señora Woods tirada en el piso. —Hizo una pausa para masticar—. Jennifer Otto limpió y abrillantó el piso de la habitación de la señora Mary Louise, en ello ocupó casi toda la tarde. Y, por último, las dos criadas más jóvenes, Silvie Gunn y Emily Hattie, lustraron las escaleras, luego repasaron los cacharros y adornos del comedor y la sala, dieron brillo a los candelabros y sacudieron algunas alfombras. Después, Silvie fue a destender la ropa; Emily limpió un estropicio que se había producido en la escalera y bajó a la cocina para hablar con la señora Boyle. Las damas, como sabemos, habían ido a casa de la hija mayor. —Asió otra vez el vaso y bebió lo que quedaba de un solo trago. Buscó al camarero, haciéndole una seña para que trajera más sidra—. Ahora, lo que quiero saber —continuó—, es quiénes escucharon el grito de la doncella al descubrir que la señora Woods había muerto. —Clavó los ojos en los de su sargento, que masticaba con fruición—. Necesitamos saber dónde estaba cada uno... donde estaba *realmente*.

—Sí, señor; verá, de los hombres, el mayordomo, el lacayo y Lucius lo escucharon; los demás estaban más alejados, ya sea hacia uno u otro lado de la casa.

—De acuerdo... De las mujeres, escucharon la señora Boyle, Emily, Molly y la fregona, Jennifer Otto.

El camarero depositó en la mesa otros dos vasos de sidra.

—¿Qué opina? —preguntó Flanagan.

—Que alguien miente... o está omitiendo algo... —murmuró Scubs, dubitativo. Bebieron unos sorbos, en silencio—. El ama de llaves fue muerta entre que la chiquilla, Emily, bajó a la cocina luego de limpiar el descansillo de Arthur Aldridge, y ese grito que escuchó... un poco después... aunque no logro precisar cuánto tiempo pasó...

—¿En qué piensa, señor? —volvió a preguntar el sargento, apartando el plato vacío.

—No lo sé exactamente. Kathy Rhys fue a llevar el té a Arthur

Aldridge. Luego de llamar a su puerta, un accidente hizo volar la bandeja por los aires y la doncella salió corriendo. Emily Hattie cree que fue a llorar a su cuarto, pero al parecer solo fue a buscar los implementos para ponerse a limpiar las ventanas.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—No lo sé. La niña tuvo que ir a fregar la escalera que ya había limpiado antes; luego Kathy limpió la ventana de la sala de entrada, pasó a la del comedor, después a la de la salita de día y, para cuando llegó al vestíbulo de servicio, Elinor Woods estaba muerta, tirada en el piso. Esos son los hechos, ¿verdad?

Flanagan asintió, terminó el postre y se dedicó a paladear el vaso de sidra.

—Bien. Es en ese lapso de tiempo donde está la falla. Arthur Aldridge quedó solo en su cuarto una vez que la doncella se hubo marchado, tras el accidente con el servicio de té. Cuando Emily fue a limpiar el descansillo, la puerta de la habitación de Arthur estaba cerrada, por lo tanto, no puede asegurar si su señorito estaba adentro. A Kathy nadie la vio ir a buscar los artículos de limpieza. Es verdad que podría haberlos tenido preparados ya junto a alguna puerta... La otra niña, Silvie, fue al patio a destender la ropa, pero estaba en la trascocina, no necesitaba subir antes al vestíbulo y, en caso de haberlo hecho, la habrían visto la señora Boyle o Molly.

—El señor Phelps escribía cartas con la puerta abierta; la otra doncella, Dorothy, estuvo hablando con él.

—Hubiera tenido que dar un rodeo muy grande para llegar hasta el vestíbulo, pero... Dorothy..., ¿de dónde venía?

—De acomodar los vestidos.

—Sí, sí, fue una pregunta retórica, Flanagan. —indicó el inspector con impaciencia. El sargento enrojeció hasta las orejas—. Ya sé que había ido a acomodar los vestidos de la señora, pero, para ir después al sector de la servidumbre tuvo que atravesar el vestíbulo y, al bajar, tendría que haber pasado por la cocina. Si ella hubiera sido la asesina, la señora Boyle habría visto su ropa manchada... Aunque, si estuvo hablando con Phelps, tiene que haber sido ni bien dejó las prendas de su señora y tal vez utilizó la otra escalera... —Movió la cabeza, negando—. No apareció, ¿verdad? La ropa manchada con sangre.

—No señor. De todos modos, los agentes McAvor y Hayden montarán guardia esta noche, nadie podrá quemar nada sin que se den cuenta, y mañana volveremos a revisar toda la casa, palmo a palmo.

—Bien. —Scubs metió la cuchara en el pastel de manzana—. ¿Cuál será ese secreto de la cocinera que descubrió el ama de llaves, en caso de estar Dorothy Stuart en lo cierto? —se preguntó, pensativo —. Y ¿cómo es que lo descubrió recién ahora? Deben haber llevado

muchos años trabajando juntas.

Flanagan no respondió. Desconocía las respuestas.

* * *

Pasaban las diez de la noche cuando Scubs llegó a su casa, en Bloomsbury. Había preferido caminar, la llovizna había cesado por fin dejando lugar a un frío intenso que hacía pensar en el invierno, aunque apenas habían comenzado el otoño.

Su cuarto no estaba nada mal, era amplio y tenía una ventana que daba a la calle. Había armado un pequeño espacio para su aseo personal en una de las esquinas con un biombo de esteras y un espejo ovalado con pie traído de casa de su padre. Contaba, además, con una mesa cuadrada y dos sillas de madera para cuyos asientos, su casera, la señora Ryder, le había regalado dos vistosos almohadones con funda de algodón y borlas en las puntas. Algo llamativos para el gusto de Scubs, pero cómodos a la hora de sentarse. Daba poca importancia a la decoración puesto que casi no recibía visitas.

Comprobó la temperatura del agua que cada noche le dejaba en la puerta la señora Ryder, estaba tibia, casi fría; de todas maneras, lo agradeció, al menos podría lavarse un poco antes de meterse en la cama. Estaba seguro de que se dormiría en el acto.

Pero no fue así. Lo carcomía la impaciencia. Aquel era su primer caso como inspector y quería resolverlo rápido, que O'Neill se sintiese orgulloso de él. Y también su padre, a pesar de su odiosa esposa.

Ya metido en la cama, recordó la casa de los Aldridge, tan parecida a la de Hyde Park, donde había vivido hasta hacía pocos años, con toda su plantilla de criados, su carruaje, sus cuartos con olor a madera lustrada y sus chimeneas encendidas durante todo el invierno. Le había gustado su vida hasta que, contrariando los consejos de su padre, se había enlistado en el ejército. Entonces se avergonzó de la ignorancia en la que había vivido pese a su excelente educación. De sus compañeros y de sus misiones, conoció cosas que ni siquiera sabía que existían: la pobreza descarnada, la miseria extrema de quienes no sabían si esa noche llevarían un bocado a la boca, la muerte por unos pocos chelines, la degradación humana de adueñarse de un cuerpo ajeno o alquilarlo para placer de otros.

No era que Scubs no supiera que existieran pobres, tahúres, ladrones o prostitutas; claro que lo sabía, pero nunca antes los había visto de cerca, no había estado frente a ellos, no había sentido su olor ni los había escuchado toser hasta desgañitarse, no había visto manos ennegrecidas de mugre, ni a un hombre golpear a una mujer porque el último cliente se había marchado sin pagar sus servicios.

De todo ello había comenzado a tomar conciencia al entrar en el ejército, y había sentido náuseas. Por eso, cuando el jefe O'Neill se había presentado en su unidad, cuatro años antes, intentando reclutar hombres que quisieran integrar el cuerpo de policía de Bow Street, no lo pensó dos veces; quería ayudar a la justicia. Abandonó el ejército y comenzó su formación con su entonces superior, el inspector Larsson.

Con un bostezo evocó sus comienzos en el cuerpo y, poco a poco, otras imágenes fueron tomando forma en sus pensamientos. De pronto, a su lado estaba Flanagan y, algo más atrás, Emily Hattie con otra muchacha, algo mayor, de líneas estilizadas y larga cabellera rubia; no lograba ver su rostro, pero sabía que era bella. Todos reían mientras caminaban por una pradera muy verde regada de flores rojas. De pronto unos golpes los detuvieron. Sobresaltados, giraron sobre sus talones. La muchacha rubia estaba arrodillada dando puñetazos al tronco de un árbol. Ninguno atinó a decir nada, ella levantó la cabeza y su rostro quedó escondido entre sus propios cabellos, que se le alborotaban con el viento. Un viento que ni a él ni a los otros tocaba. La chica volvió a golpear el tronco, una y otra vez. Entonces despertó asustado. Alguien llamaba a su puerta.

Buscó la vela sobre la mesa de noche, pero no dio con las cerillas, gruñó un «¡ya voy!» y se levantó, soltando una maldición al pisar descalzo la madera helada del piso.

Un hilo de luz se colaba entre los paños de la cortina. ¿Era la luna o estaba amaneciendo?

Al abrir se encontró con el agente Smith.

—Señor —dijo éste, apretando el sombrero contra su abdomen —, perdone que lo levante tan temprano, pero ha habido otro asesinato y el jefe O'Neill me ha enviado a buscarlo; a usted y al sargento Flanagan, señor. La orden es llevarlos ya mismo a Hillside Bell, tengo un carruaje esperando.

—¿Y Flanagan?

—Estará de camino hacia aquí, señor, el agente Brody ha ido a buscarlo a caballo.

—De acuerdo, deme cinco minutos para vestirme.

—Sí, señor.

Iba a cerrar la puerta cuando se detuvo con los ojos entrecerrados.

—¿Dijo «otro asesinato»?

—Sí, señor.

—¿En Hillside Bell?

—Sí, señor. En la misma casa en la que han estado ayer usted y el sargento.

—¿Y a quién asesinaron?

—A una doncella, señor. No sé su nombre.

El asombro fue tal que no atinó a decir palabra; asintió distraídamente y cerró la puerta. Descorrió un paño de la cortina y se percató de que estaba amaneciendo. Sería un día despejado, al menos hasta el mediodía, pensó. El agua de la jofaina estaba fría, lo cual le vino de perlas para terminar de despertarse. Se la echó en la cara, conteniendo la respiración y se secó, tiritando. No tenía tiempo de afeitarse, así que metió lo necesario en un maletín para hacerlo más tarde, cuando encontrara tiempo y un sitio acorde. Mientras se arreglaba la corbata se dio cuenta de que la rubia mujer de su sueño era Victoria, aquella joven con la que había estado a punto de casarse algunos años atrás. ¿Por qué la había recordado ahora? ¿Cómo es que la había relacionado con Aldridge House?

Peinó sin cuidado su cabello rojizo. ¿Quién sería la doncella que había muerto? Solo había tres según creía: Dorothy Stuart, Margaret Clemont y Kathy Rhys. ¿Una de ellas estaba muerta? Un ligero escalofrío le serpenteó en la columna. ¿Y si no fuera una doncella? Después de todo, en aquella casa los roles estaban algo desdibujados, un criado era también lustrabotas, otro hacía las veces de caballerizo... ¿Y si era alguna de las chiquillas? Había escuchado a personas que no tenían idea de los escalafones —policías, muchas veces—, llamar doncella a una criada solo porque ésta era joven. ¿Y si la asesinada fuera Emily, o Silvie? ¿O Jennifer Otto, esa tosca muchacha de ojos diáfanos que se pasaba el día fregando los suelos? ¿Pero por qué? ¿Qué daño podían hacer esas criaturas?

Tomó su abrigo del perchero y salió. Le hubiera gustado desayunar primero, pero no había tiempo. Flanagan ya estaba allí.

6

Al aproximarse a la casa de los Aldridge, vieron al jefe Miller agitando los brazos como si temiese que fueran a seguir de largo. Los faldones de su abrigo aleteaban con furia, al igual que los bajos de sus pantalones. La delicada brisa con la que habían partido de Londres se había convertido, a medio camino, en un viento sibilante y helado. Sobre Hillside Bell el cielo se había vuelto plomizo y la paja que Lucius había colocado el día anterior se esparcía desordenada por toda la calle y sobre los jardines vecinos. Solo los crespones negros colgados de las puertas de Aldridge House se mantenían, recordando a todos que la muerte los había visitado.

Scubs bajó de un brinco antes de que el carruaje se detuviera totalmente.

—Ha sido la doncella —exclamó Miller girando sobre sí mismo para conducirlo al interior de la casa, haciendo caso omiso de Flanagan, que se ocupó de despedir al agente Smith—. La han estrangulado, es evidente. El doctor Stevens está con ella.

Entraron por la salita de los sirvientes. Allí estaban todos con miradas asustadas y llorosas. Era evidente que esta muerte les había afectado mucho más que la de la señora Woods.

—¿Quién es la fallecida? —preguntó Scubs con cierto temor, aunque sintió una oleada de alivio al divisar a Emily, a Dorothy y a Silvie.

—Katherine Rhys —contestó Miller—. Era la doncella de la señorita Amelia Aldridge.

De forma instintiva la mirada de Scubs se desvió hacia Emily, que abrazaba a su amiga Silvie, deshecha en un llanto desconsolado. Scubs no pudo dilucidar si era porque había querido mucho a la fallecida o porque tenía miedo. Tal vez una mezcla de ambos sentimientos. De lo que sí estaba seguro, era de que Emily quería hablarle, lo leyó en la desesperación de su mirada. Le hizo saber, con un gesto casi imperceptible, que la había comprendido y se dejó guiar por Miller escaleras abajo. Flanagan cerraba la marcha.

Atravesaron la cocina y el pasillo, a cuya izquierda se encontraba la sala de planchado. Junto a ésta había un paso con una puerta y una ventana que daba al patio, donde seguramente había estado Silvie destendiendo la ropa mientras alguien asesinaba a la señora Woods. Al frente se abría una puerta forrada con paño oscuro que comunicaba con las habitaciones. En la primera estaba Kathy Rhys, tendida en su propia cama, aún en camisón; su cofia de dormir tirada en el suelo. El doctor Stevens guardaba sus enseres en un

maletín.

—Inspector —saludó en voz baja. Scubs atinó a asentir con la cabeza, tenía frío y estaba descompuesto; el día anterior, nada más, había hablado con aquella muchacha—. Hum..., puedo afirmar, sin duda alguna, que fue estrangulada —continuó el médico—, me arriesgaría a decir, hum..., que lo hicieron con una soga gruesa o con alguna tela enrollada. Mire. —Abrió con delicadeza el camisón dejando a la vista una línea amoratada en el cuello. En efecto, unas delgadas bandas oblicuas, blanquecinas, daban el efecto del dibujo borroneado de algo similar a una soga marina—. Diría que murió entre las... mmm, cuatro y cuatro y media de la mañana. Su compañera de cuarto —señaló el camastro contiguo—, dijo que... cuando intentó despertarla, a eso de... las cuatro y media pasadas, estaba tibia. Para cuando yo llegué ya había comenzado el *rigor*.

—¿Quién era su compañera de habitación? —preguntó Scubs.

—Dorothy Stuart —respondió Miller, detrás suyo—. La interrogué, pero dice que no escuchó nada de nada. Se despertó esta mañana como siempre, y al pensar que Kathy seguía durmiendo la llamó varias veces sin obtener respuesta. Finalmente fue a sacudirla y entonces se dio cuenta de que estaba muerta. Imagínese, empezó a los gritos la pobre chica. —Miller se rascó la cabeza, apesadumbrado.

Pero Scubs no estaba ahí para compadecerse del policía, que debió haber estado custodiando la casa

—¿Dónde estaban sus hombres? —inquirió, enérgico—. ¡Tenía entendido que montarían guardia toda la noche!

—¡Y así fue! —se defendió Miller—. ¡Nadie entró ni salió de esta casa! ¡Y no se escuchó un solo ruido!

—¿Quiere decirme que fue alguien de dentro quien asesinó a esta muchacha? ¿Y que lo hizo de tal modo que nadie, ni siquiera su compañera de cuarto se enteró? —Scubs había levantado la voz sin darse cuenta; se percató recién cuando Flanagan se irguió como tocado por un rayo. Asimismo, el rostro del jefe Miller había tomado un color rojizo en las mejillas. Ya no podía volverse atrás así que continuó en el mismo tono—: ¿Cuáles eran las posiciones de sus subalternos?

Leo Miller sorbió aire por la nariz. Estaba enojado; una cosa era que mandaran a alguien de Londres porque en su comisaría no había un especialista en asesinatos y otra, muy distinta, que se pusiera en duda la eficacia de sus hombres.

—McAvor estaba en el jardín trasero y Hayden adelante —detalló con sequedad.

—Supongo que harían rondas —intervino Flanagan.

—¡Por supuesto! —aseveró Miller, ofuscado—. ¡De manera tal que siempre había uno en cada lateral!

Scubs se rascó la frente, hizo una seña a Stevens para que cubriera el cadáver y suspiró.

—En el momento en que los dos policías se cruzaban en los extremos opuestos, los laterales quedaban al descubierto. —Miller se puso rígido, abrió la boca para contestar, pero Scubs lo atajó—: No es culpa de sus hombres, jefe Miller. Hubiera sido necesario un mayor número de efectivos, nadie podía imaginar que se cometería otro crimen, ¿verdad? Tenemos que hablar con todos los de la casa. ¿Los Aldridge se encuentran?

—Sí, señor —repuso el comisario, con la cabeza en alto—. Están arriba, desayunando.

Scubs levantó las cejas en un principio de asombro, aunque enseguida recordó que los Aldridge eran los señores de la casa y la fallecida, una simple sirvienta. No tenía sentido que alterasen sus rutinas por ella. Chasqueó la lengua.

—¿Puedo llevármela? —preguntó Stevens señalando el cuerpo.

—Sí, sí, por supuesto. Cualquier novedad, comuníqueme.

—Así lo haré, inspector.

* * *

Timothy Aldridge era un hombre de espíritu jovial y rostro afable. Sus sienes mostraban dos bandas plateadas y, aunque sus cabellos habían perdido el vigor de antaño, sus bigotes, terminados en punta, lucían espesos y cuidados. Su estatura alcanzaba los hombros de Scubs, poseía un vientre abultado que echaba hacia adelante al hablar, cruzando las manos en la espalda y elevando cada poco los talones. Caminaba de una punta a la otra sin pretensión alguna de ocultar sus nervios. Había tenido la deferencia de abandonar la mesa del desayuno familiar para reunirse con el inspector en la biblioteca.

—No comprendo qué es lo que pasa —se quejó—, primero la señora Woods y ahora esta doncella. Es... ¡terrorífico! ¿Alguien pretende hacernos daño?

—Es lo que intento averiguar, señor —afirmó Scubs, haciéndose a un lado para dar espacio al mayordomo que acababa de entrar portando una apetitosa bandeja que dejó sobre una mesilla redonda flanqueada por dos robustos sillones.

—Sé que hay personas que nos tienen cierta envidia —continuó Aldridge observando a Grubber servir el té. Luego fue a sentarse en uno de los sillones e invitó al inspector a hacer lo mismo. Éste no se hizo rogar, ansioso por llevar un bocadillo al estómago—. Pero no entiendo por qué tomársela con nuestro servicio..., a menos que...

Scubs agradeció la taza que le alcanzó el mayordomo y miró interrogante a su anfitrión quien le indicó, con una seña, que aguardase.

Una vez que Grubber se hubo marchado y cerrado cuidadosamente la puerta tras de sí, Aldridge se inclinó hacia adelante.

—Verá, inspector —titubeó, como si dudara de lo que iba a decir—, como sabe, soy un hombre con un buen pasar, lo cual suscita ciertos resquemores entre algunas personas mal intencionadas. Mi esposa... bueno, mi esposa es una dama y la amo muchísimo. —Scubs cogió un emparedado de carne y le dio un mordisco—. Ella quiere lo mejor para su familia, como toda mujer. —Aldridge sonrió tontamente —. Y a mí me hace feliz darle todos los gustos. Así es que a veces, digamos que... nos sobrepasamos un poco, no sé si me entiende. — Scubs asintió con la boca llena y tomó un sorbo de té. Lo que le estaba diciendo, ni más ni menos, era que vivían por encima de sus posibilidades, pero era indecoroso hablar abiertamente de ello. Optó por tomar otro emparedado, esta vez de pepino, y dejar que continuase—. Hay gente que dice que sostenemos al servicio con una paga de miseria para... bueno, para aparentar que tenemos más de lo que realmente tenemos, lo cual es una tremenda insensatez, por supuesto, pero ya ve. Tal vez sea ésta la razón por la que alguien quiere eliminar a nuestros sirvientes.

Scubs casi se atragantó con el té; lo último que hubiera esperado era escuchar que Aldridge pensara que les estaban asesinando a la servidumbre porque no les pagaba lo suficiente.

—Investigaré esa línea —aseguró luego de toser varias veces y terminar su infusión.

—Por favor —rogó Aldridge—, estoy seguro de que tiene que ver con ello, no me explico qué otra cosa podría ser.

Scubs prefirió no contarle que no habían dado con indicio alguno que sugiriera la entrada de un extraño a la propiedad. Prefirió guardárselo; de momento no sospechaba de Aldridge, pero no debía apresurarse. Ni confiarse.

—Me dijo que la señora Woods llevaba muchos años sirviéndole, ¿verdad? —preguntó.

—Así es, llegó a mi casa paterna uno o dos años antes de que Mary Louise y yo nos casásemos. A ella le cayó bien y bueno... quería un ama de llaves. —Encogió ligeramente los hombros.

—¿Y Katherine Rhys?

—¿Kathy? ¡Pobrecilla! No tengo idea de cuándo llegó, pero estimo que no fue hace tanto. Supongo que mi esposa podrá informarle mejor.

—De acuerdo, hablaré con ella. Y la cocinera ¿cuándo comenzó a trabajar con ustedes?

Aldridge arqueó las cejas.

—¿La cocinera? ¿Qué tiene que ver ella...? ¡No pensará que la

señora Boyle...!

—No, no. Es solo que necesito establecer la conexión entre los miembros de la casa.

—Entiendo —dijo dubitativo, aunque en realidad no entendía. Exhaló un suspiro y se echó hacia atrás en el sillón—. Hellen llegó a mi casa con quince años, era hija de una sirvienta de mi abuela materna. Mi madre la recibió con mucho cariño y Hellen la cuidó cuando enfermó... hasta su último momento.

Scubs esperó a que continuara la historia, pero Timothy Aldridge se quedó mudo con la mirada perdida en el dibujo de la alfombra bajo sus pies. La puerta se abrió y un hombre de traje gris y serio semblante la traspuso, sin cerrarla.

—¿Sí, Phelps? —inquirió el señor Aldridge, distraídamente.

—El agua de su baño, señor, ya está lista.

—Oh, sí, gracias. ¿Algo más, inspector? —Se puso de pie.

—No, de momento. Muchas gracias.

Era una invitación a retirarse y Scubs la acató. Phelps lo miraba con cierta insolencia. ¿Sería verdad lo del agua o el ayuda de cámara tenía órdenes de interrumpir la entrevista?

* * *

Mary Louise Aldridge no era una mujer bella, sin embargo, la fragilidad de su aspecto producía una cierta ternura. El día anterior, Scubs la había observado un poco mejor que al resto y lo había hecho, justamente, por ese halo de desamparo que parecía rodearla aun cuando sus gestos y su dialéctica la mostraban decidida y fuerte. Era apenas más baja que su esposo por lo que levantó los ojos para mirarlo.

—Sé que cuando la tragedia se cierne sobre una familia, suele atacar por varios flancos a la vez —dijo, esbozando apenas una sonrisa, su delicada mano apoyada en el respaldo de un sillón de orejas, con tapizado malva y relieve de rosas—. Lo único que cabe es mantenerse fuertes y esperar que se aleje lo antes posible.

Estaban en la sala de día, a través del ventanal se veía el jardín cubierto de gramilla perfectamente cortada y plantas que se agitaban al ritmo del viento, que no cesaba. El cielo estaba más oscuro, en cualquier momento llovería.

—Ya hemos hablado anteriormente de la señora Woods —señaló el inspector—, ¿qué puede decirme de la señorita Rhys?

Mary Louise acarició el respaldo del sillón y desvió la mirada hacia el movimiento de su mano, únicamente adornada con un anillo dorado.

—Era una buena doncella para mi hija. Amelia la quería mucho, ¡está destrozada, pobrecita! Espero que no deba interrogarla,

inspector.

Lo último fue expresado en un susurro imperativo que a Scubs le molestó.

—Seré lo más breve posible —le aseguró.

Mary Louise ladeó la cabeza, sorprendida, pues estaba acostumbrada a que se le obedeciera, arqueó sus finos labios en un amago de sonrisa.

—Se lo agradezco. Es una joven muy impresionable y está bastante asustada con estas muertes.

—¿Podría hablarme de Katherine Rhys? —insistió el inspector.

—¡Oh! Claro. —Ella rodeó el sillón y se sentó haciéndole una seña para que ocupara el de enfrente. Lo hizo—. Llegó aquí con catorce años, hace seis. Traía excelentes referencias de una buena casa de Londres, conocidos nuestros: Susan y Charles Friedrich. Kathy se había criado en un orfanato, como no fue adoptada y era una niña absolutamente sana, la entregaron a los Friedrich como sirvienta. Esa es toda su historia. Al menos la que yo sé.

Un ramalazo de tristeza golpeó el corazón del joven policía; la historia de Kathy Rhys era una historia corriente. Los niños de los hospicios, rechazados por los adoptantes, eran colocados para servir a muy temprana edad; les procuraban casa y comida y, si eran suficientemente avispados y se portaban bien, se mantendrían a salvo y cuidados durante toda su existencia, solo era cuestión de obedecer las reglas y no irse de una casa sin contar con buenas referencias para pasar a otra mejor. No había mucho más que pudieran hacer.

—¿Y por qué los Friedrich se deshicieron de ella?

—¡Oh, no! —Mary Louise se echó graciosamente hacia atrás para, de inmediato, volver a su postura anterior en el borde del sillón, con la espalda recta—. Como le dije, los Friedrich son conocidos nuestros desde hace años. Comenté en una reunión que Amelia, que acababa de cumplir quince años, estaba necesitando una doncella y Susan me la ofreció. Estuve encantada, por supuesto; Amelia también. Al otro día Kathy se instaló en nuestra casa; nunca hemos tenido problemas con ella. —Su gesto se ensombreció de golpe, como si acabara de recordar que la muchacha había muerto.

—Muchas gracias, señora Aldridge —dijo Scubs poniéndose de pie mientras le tendía la mano. Podría haberle preguntado por el incidente de la bandeja de té, pero supo que sería inútil; Mary Louise Aldridge no diría nada que complicase a su hijo—. Antes de hablar con la señorita Amelia me gustaría hablar con su hijo.

—¿Con Arthur? ¿Y por qué? —preguntó ella algo sorprendida, aceptando su gentil ayuda para ponerse en pie.

—Sólo quiero conocer su impresión sobre la señorita Ryhss y después, si me lo permite, quisiera seguir interrogando al servicio.

Mary Louise cruzó sus manos sobre la falda.

—La verdad, inspector, no me agrada que haga perder el tiempo a mis sirvientes. Me niego a pensar que alguno de ellos tenga que ver con semejantes actos de violencia, aunque entiendo que es su trabajo investigar; le rogaría que llevara sus preguntas a los ladrones de los suburbios, los que acechan a la gente honrada, estoy segura de que allí encontrará al asesino de la señora Woods, que dio su vida por proteger esta casa. Y tal vez esa pobre doncella los haya visto y por eso han vuelto y la han matado también.

Scubs quedó de una pieza. No era descabellado lo que decía la señora, era algo posible, aunque él lo viera absolutamente improbable. De todos modos, lo tendría en cuenta y así se lo hizo saber.

Ella torció el gesto y, a regañadientes tiró de la campanilla de la pared e hizo llamar a su hijo.

El menor de la familia era un muchacho robusto, de la misma estatura que Scubs pero doblemente ancho de espaldas. Y solo tenía dieciocho años. Su aspecto era impecable: el cabello negro, algo largo, estaba peinado hacia atrás; su rostro iba rasurado a la perfección, o tal vez era lampiño; y sus pantalones eran de excelente corte. El liviano nudo de la corbata estaba arreglado de modo tal que dejaba a la vista los volantes de la camisa de seda.

—Señor inspector —saludó, y sus pequeños ojos azules lo miraron con aire desafiante. Lo invitó a sentarse.

—Como sabrá, estoy investigando las muertes de la señora Woods y de la señorita Ryhss —comentó Scubs luego de volver a sentarse en el mismo sillón en el que había estado antes.

—Lo sé. Dos desgracias inexplicables. —Arthur Aldridge había apoyado los codos en los apoyabrazos y separado ligeramente las piernas. Los dedos de sus manos formaron una pirámide frente a él—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tengo entendido que ayer tarde discutió usted con la señorita Rhys, ¿es correcto?

Apenas lo dijo supo que había formulado mal la pregunta. ¿Cómo un joven de familia iba a discutir con una sirvienta? Apretó los labios intentando disimular el sonrojo.

Arthur frunció el entrecejo, mirándolo incrédulo.

—¿De dónde sacó eso?

No podía rectificarse, debía cambiar el ángulo de la pregunta.

—Hubo un incidente en la puerta de su habitación —afirmó.

El chico suspiró, molesto.

—¡Ah, sí, eso! —Se volvió hacia él con una sonrisa burlona—. Era una chica bastante torpe, cuando abrí la puerta para que dejara mi merienda se tropezó vaya a saber con qué y ¡tiró todo! No discutí con

ella. No discuto con el servicio, doy órdenes y ellos obedecen, es todo, pero me reí. Confieso que me reí de la pobre estúpida. Se ve que se avergonzó porque salió corriendo.

Arthur movió la cabeza como si le costara creer que la chica fuera tan tonta.

—Esa joven está muerta, señor Aldridge —dijo Scubs con gravedad.

—Lo sé; yo no la maté y no tengo idea de quién pudo haberlo hecho. ¿Algo más?

Lo estaba despidiendo. Se sintió profundamente molesto, pero no le daría el gusto a ese chiquillo insolente, de verlo descolocado. Se puso de pie.

—Por el momento no, señor. Una cosa más. ¿Por qué pidió que fuera Kathy quien llevase la merienda a su cuarto?

Arthur ladeó la cabeza.

—No pedí a nadie en particular. Nunca lo hago.

7

La entrevista a Amelia se realizó en la sala de visitas del primer piso donde usualmente ella y su madre recibían a sus amigas más íntimas. La joven se encontraba visiblemente consternada por la muerte de su doncella. Llevaba un delicado vestido violeta oscuro con polisón y detalles en seda. El cuello, abotonado hasta el mentón, le aportaba una rigidez acorde con su estado de ánimo. Scubs la encontró más encantadora que el día anterior a pesar del enrojecimiento de sus ojos claros después de tanto llanto derramado. Llevaba el cabello peinado hacia atrás en un moño tan tirante que le hizo preguntarse si no le dolería el cuero cabelludo. Amelia lo invitó a sentarse y luego le refirió que había visto a Kathy por última vez antes de acostarse, cuando ésta la había ayudado a desvestirse y colocarse el camisón. Después le había cepillado el cabello. Kathy era una excelente doncella; recién llegada a la finca tenía muy buen humor y era todo risas cuando estaban juntas. Amelia confiaba en ella; con el tiempo, Kathy se había tornado malhumorada y refunfuñona. De todos modos, seguía siendo muy buena con ella, la quería muchísimo.

El inspector le hizo dos o tres preguntas más y la dejó que llevara su pérdida lo mejor posible. No quería continuar importunándola.

Al cerrar la puerta dejando a la joven dentro de la salita, se encontró con Timothy Aldridge, que esbozó una sonrisa algo forzada al verlo mientras se frotaba las manos nerviosamente.

—¡Oh, inspector! Lo... lo estaba buscando —balbució—. Ya ha hablado con todos, ¿verdad?

Lo tomó del brazo con suavidad para conducirlo escaleras abajo.

—Sí —contestó él, dejándose guiar con algo de sorpresa—; con todos los miembros de su familia. Ahora me gustaría interrogar al servicio con mayor detenimiento.

—Verá, Scubs, estamos todos muy conmocionados por lo sucedido. Los sirvientes, sobre todo. Ya sabe cómo son. —Habían llegado a la planta baja y Aldridge lo precedió camino a la salida—. La servidumbre se asusta con estas cosas. ¡Temen! —Se volvió para mirarlo—. No queremos importunarlos más; mi esposa y yo preferimos que usted y sus hombres se marchen, si necesitan que alguno de nosotros les relate algo más, acudiremos con gusto a la comisaría.

El mayordomo había llegado junto a ellos con el abrigo y el sombrero de Scubs. Aldridge le tendió la mano. El policía lo miró a los ojos unos segundos y luego la estrechó. Era increíble que no le

permitiera investigar.

—Entiendo entonces, que no desea descubrir quién asesinó a su ama de llaves y a la doncella —expresó en voz alta y clara al tiempo que recibía su sombrero y su abrigo.

—¡Oh, no, no diga eso, inspector! Por supuesto que colaboraremos cuanto sea posible para ver colgado al culpable, pero créame, no lo encontrará en esta casa. Búsquelo en los suburbios, en los barrios bajos donde están los ladrones y los asesinos. Nuestro único deseo ahora es acabar de una vez con nuestro luto y continuar nuestra rutina diaria. Buenos días, inspector.

Scubs no atinó a responder. Aldridge giró sobre sí mismo, alejándose, y Grubber le abrió la puerta sin quitarle los ojos de encima. Ojos que se desviaron discretamente y por un segundo, hacia su costado izquierdo. Lo despidió luego con una suave inclinación.

Flanagan, McAvor y Hayden estaban en la acera, esperándolo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Scubs, poniéndose el sobretodo.

—No quieren que sigamos investigando —señaló Hayden levantando el cuello de su gabán. El viento soplaba con furia, unos enormes gotones comenzaban a caer con fuerza—. Lo de siempre, a nadie le gusta tener a la policía en casa.

—¿Averiguó algo? —le preguntó a Flanagan.

—Ninguna puerta ni ventana forzada. Sólo unas marcas bajo las ventanas que dan a los cuartos de la señora Clemont, en el subsuelo; y al del señor Levingston, en la planta baja. Arriba hay un balconcillo y me pareció ver otra ventana, aún más arriba, una pequeña.

Se apresuraron a sostener sus sombreros ya que el viento amenazaba con arrancárselos. Se cerraron los abrigos y se encaminaron a la comisaría echando unas cuantas carreras para escapar de la lluvia, que arreció en cuanto traspusieron la entrada.

Miller los recibió en su despacho, hizo servir té y galletas. Colgaron los abrigos mojados en el perchero y se sentaron en torno a la chimenea con los pies hacia ella.

Scubs miró las puntas mojadas de sus zapatos, se preguntó si les quedarían marca, ya que eran de ante, regalo de su padre, y los había usado muy poco.

—Los Aldridge esconden algo —dijo con voz destemplada. Se sentía desilusionado—. No nos permiten interrogar al servicio.

Miller mojaba sus galletas en el té, sentado al otro lado del enorme escritorio de madera.

—Permítame dudarlo, señor Scubs —dijo luego de morder un trozo y limpiarse los bigotes con una servilleta—. No creo que escondan algo. Los Aldridge llevan mucho tiempo en este pueblo, son gente muy respetable, todo el mundo los conoce. Es lógico que no quieran tener a la policía en casa.

—Y que no deseen que se interrogue a los sirvientes —agregó McAvor.

Miller asintió y mordió otro trozo de galleta mojada en té.

—A nadie le gusta que interroguen a sus sirvientes, conocen demasiados secretos de sus amos como para exponerse a que sean revelados.

—Es difícil que un sirviente diga algo que comprometa a sus amos —añadió Scubs—, se exponen a ser despedidos sin carta de recomendación y terminar pidiendo limosnas.

—Pero los amos nos temen, ¿sabe usted? —replicó Miller—, saben que la policía conoce mil maneras de tirar de la lengua a un sirviente asustado.

—Así es —coincidió Hayden alegremente, apurando su taza.

—De todos modos —recordó Scubs—, el señor Aldridge expresó que cualquiera de ellos vendría a la estación si lo necesitásemos.

—Seguramente se refería a la familia, no al servicio —aclaró Miller con la boca llena—. Tienen derecho a prohibir que se interrogue a sus sirvientes y lo han dejado claro.

Scubs bebió otro sorbo de té, el calor de la infusión le resultaba reconfortante. Recordó las palabras de Mary Louise Aldridge, «como nadie la adoptó, la entregaron para servicio». Los sirvientes eran propiedad de sus amos, podían usarlos como les pareciese, como si fueran objetos o ganado. Podían prohibirles salir de la casa o hablar con quien fuera. Rara vez tenían en cuenta sus necesidades; aunque debía reconocer que los sirvientes de Aldridge House parecían estar bastante a gusto en la casa, era algo que uno percibía, aunque no lo mencionaran.

Afuera, el viento hacía bailar la lluvia como si alguien sacudiera una dantesca cortina; los árboles luchaban por mantenerse en pie. Flanagan estornudó. Scubs también sintió que le daba comezón en la nariz, se levantó para sacar el pañuelo que guardaba en el abrigo, estaría húmedo tal vez, pero confiaba en que no se hubiera mojado demasiado. El sobretodo era de una calidad excelente y los sastres solían forrar los bolsillos con telas muy resistentes, incluso al agua. Al meter la mano encontró un papel. Le asombró porque era muy meticuloso y no solía llevar nada en los bolsillos puesto que su carga deslucía la caída de la prenda. Era un papel de carta, lo abrió, lo leyó y sonrió.

«Lo espero a las cuatro en la vicaría. Emily.»

Recordó entonces la subrepticia mirada de Grubber hacia su costado izquierdo cuando lo despedía. ¡Claro! ¡Le estaba señalando que fisgara en el bolsillo! Seguramente él mismo habría escrito la nota, era improbable que la niña supiera leer y escribir.

—¿Carta de alguna dama? —inquirió McAvor, socarrón.

—Así es. Y de una muy bonita —respondió en tono ausente. Luego estornudó con fuerza y se puso a buscar el pañuelo.

—¿Entonces? —preguntó Flanagan—. ¿Qué vamos a hacer? ¡No podemos decirle a O'Neill que el señor Aldridge no nos deja entrevistar a los sirvientes y que, por ello, cerraremos el caso!

—¡Por supuesto que no! —aseveró el inspector luego de sonarse ruidosamente la nariz—. Hemos de continuar investigando, ya nos apañaremos.

—Cuente con nosotros, inspector —señaló el jefe Miller poniéndose de pie. Y agregó, con una brizna de sarcasmo—: si nos considera capaces, claro está.

Scubs elevó un poco el mentón. No le pediría disculpas por su reacción anterior; lo pondría en desventaja y no podía permitírselo.

—Aceptaré con gusto su colaboración, jefe Miller —dijo—. Para comenzar ¿podría indicarme dónde está la vicaría, si es tan amable?

—A dos calles de aquí, hacia el frente, junto al bosquecillo. ¿Va a ir ahora, con esta lluvia?

—No. Para la hora que tengo pensado ir, ya habrá cesado, espero. ¿Habrá algún sitio en donde el sargento y yo podamos acordar los siguientes pasos de nuestro plan?

Flanagan frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Miller asintió; les indicó un cuarto al final del pasillo.

—Es el calabozo, en realidad, pero nunca cumplió su función, lo usamos para lo que necesitemos. Hay un camastro y una mesa con dos sillas.

—Servirá. Muchas gracias, jefe Miller.

Era un cuadrado bastante grande y frío. La puerta, efectivamente, tenía varios seguros y ganchos para colocar candados. La única ventana estaba bloqueada con tablas y, a través de ellas, Flanagan vio unas barras de hierro de color oscuro colocadas por fuera. El piso era de piedra y el camastro no era otra cosa que una saliente del muro, donde se habían colocado unas mantas y un cojín que olía a humedad y a mugre. La mesa, cuadrada y robusta, tenía las patas onduladas terminadas en una especie de garra. Las sillas estaban bastante derruidas, aunque eran de excelente calidad. «Algún donativo», pensó Scubs, y se ubicó en una. Le asombró lo mullido que era el asiento.

—Una de las criadas quiere vernos en la vicaría, a las cuatro —señaló en tono bajísimo, acercándose a Flanagan, por encima de la mesa.

El sargento abrió grandes los ojos.

—¿Y para qué?

—Lo sabremos cuando la veamos. Ahora cuénteme ¿cómo es eso de las marcas que dice haber visto en Aldridge House?

—¡Ah, sí, señor! —exclamó Flanagan, como si hubiera olvidado por completo el asunto—. Dos cuadrados perfectos, algo más hundidos hacia el lado de la pared, poco menos de medio palmo por lado.

Scubs arrugó la frente.

—¿Eran recientes?

—Eso me pareció, señor. No podría decirle si estaban ayer, porque como la sala donde fue asesinada la señora Woods está al frente, no miramos por ese lado.

—¿Podrían ser marcas dejadas por una escalera?

Flanagan asintió.

—Es lo que pienso, señor. Katherine Rhys utilizó una escalera para limpiar las ventanas, tal vez la apoyó allí mientras cambiaba el agua, o algo. O bien, el asesino la usó para colarse en su cuarto y matarla.

El inspector meneó la cabeza.

—Refresque mi memoria, sargento. ¿Dónde está ubicado el cuarto de Kathy Rhys?

—Es la primera puerta después del paso desde la cocina y la sala de planchado.

—Así es; es decir, al otro lado de la salita de recepción. Y ¿los otros cuartos?

—Sigue el que comparten las cuatro niñas, y luego el de la señora Clemont.

Scubs se puso de pie y caminó hacia la ventana bloqueada.

—Muy interesante —rumió, examinando las tablas—. La escalera pudo haber sido puesta allí por miles de motivos. Tal vez, hasta queda siempre allí, ya lo averiguaremos. ¿Por qué alguien querría matar a un ama de llaves y a una doncella?

—¿Cree que el mismo asesino ha matado a ambas?

El inspector giró sobre sí mismo con las manos hacia atrás.

—No lo sé; el ama de llaves fue acuchillada y la doncella estrangulada. La señora Woods trabajaba con los Aldridge desde hace más de treinta años y Kathy llevaba seis.

—No parecen tener nada en común —opinó pensativo, Flanagan.

—¡Sin embargo, debe haber algo! ¡Me niego a pensar que son dos crímenes aislados! ¡Piense, Flanagan! Además de trabajar en Aldridge House, ¿qué otra cosa tenían en común estas dos pobres mujeres?

—Ni idea —repuso con pesadumbre el sargento—, ni siquiera nacieron en la misma ciudad, una era...

—¡Sabían algo! —exclamó Scubs, interrumpiéndolo. De pronto había recordado las palabras de Dorothy Stuart: «un secreto de Boyle que Woods había descubierto». Se lo comentó a Flanagan con los ojos

encendidos—. Tal vez Kathy Rhys lo supo también —agregó mirando la hora en su reloj de bolsillo—. Falta más de una hora para nuestra cita y la lluvia parece haber amainado. Vamos a almorzar, Flanagan. Supongo que habrá un buen lugar en este encantador pueblecito donde uno pueda almorzar como es debido. Preguntemos.

El jefe Miller los envió a la taberna del Sapo Karli, que resultó ser un agradable lugar con piso cubierto de paja y paredes adornadas con diversos objetos relacionados con el mar. Una red de pesca, un trozo de timón y hasta un arpón, artísticamente dispuestos, dotaban al sitio de un encanto acogedor donde hasta parecía olerse la salinidad del mar.

Para cuando terminaron de comer ya no llovía. Salieron con el dulzor del flan en el paladar; cruzaron de acera para acceder a un coche de alquiler.

* * *

—Pase, Grubber, pase —dijo el señor Aldridge, deteniéndose en mitad de la biblioteca.

El mayordomo lo miró discretamente, cerrando con suavidad la puerta tras de sí. Lo había llamado con urgencia y no tenía idea para qué. Tal vez había tomado alguna decisión con respecto al puesto de la señora Woods. Se quedó muy erguido, con las manos enlazadas por delante, esperando órdenes.

—Grubber. —Aldridge comenzó a caminar por la habitación con las manos hacia atrás y la cabeza baja, como cada vez que debía decir algo importante—. Como imagino, ya sabrá que mi esposa ha encomendado a las criadas que empaquen las pertenencias de la señora Woods para enviárselas a su sobrina. —El señor Timothy notó el asombro de su sirviente y aclaró—: Parece que, entre charla y charla, la señora Woods le hizo saber alguna vez al señor Phelps dónde vive su parienta, y él ha tenido la amabilidad de proporcionarnos sus señas. —Grubber asintió, aunque extrañado; la señora Woods no soportaba al señor Phelps. Aldridge continuó—: Y las de la pobre Kathy, que serán donadas a la vicaría para que la señora Walton se ocupe de regalárselas a quienes juzgue necesario.

—Sí, señor —contestó Grubber—, tenía conocimiento de esto último.

—Bien. —Aldridge no detuvo sus pasos ni levantó la cabeza—. Una de las criadas ha solicitado permiso para llevarlas personalmente. —«Emily», pensó el mayordomo—. Mi esposa ha aceptado naturalmente, ya que Amelia, que sería la más indicada para tal misión no se encuentra de ánimos. —Se detuvo y lo miró de frente, elevando los ojos. Grubber le sacaba casi una cabeza—. Se trata de esa chiquilla que usted recogió en Dorchester.

Al mayordomo se le aceleró el pulso. No sabía que el señor Aldridge tuviese tan presente tal acontecimiento. ¿Sospecharía algo?

—¿Emily, señor? —preguntó, intentando sonar distraído.

—Ella misma, sí. —Grubber soltó aire—. Quiero que usted la acompañe.

Eso sí que lo sorprendió.

—Creí que iría con la fregona, señor, y que el señor Levingston las llevaría.

—Pero hubo cambio de planes. Mi esposa quiere ir a visitar a lady Strittger y se llevará el carruaje. No quiero que mis criadas anden dando vueltas solas por ahí, son jóvenes y muy vulnerables. —Grubber levantó una ceja—. Ya sabe que prohibimos a la policía que siga molestando a la servidumbre, no quisiera que esos dos que vinieron a importunarnos anden fisgoneando por los alrededores a la espera justamente, de que alguna criada salga sola para poder interrogarla a su gusto, ¿comprende lo que quiero decir?

—Perfectamente, señor.

—Por eso la acompañará usted. Acá nos arreglaremos con el señor Breely si tenemos visitas, cosa que estimo difícil estando mi esposa ausente.

—De acuerdo, señor.

—Y, Grubber.

—¿Sí, señor?

—Confío plenamente en usted.

—Gracias, señor.

Aldridge hizo un gesto, indicándole que podía retirarse.

¿Había sido una advertencia? El mayordomo se sintió inquieto. ¿La alusión al origen de Emily había sido casual porque nunca recordaba los nombres de las criadas y de alguna forma tenía que hacerle saber de quién hablaba? ¿O había otra intención detrás? Grubber sintió tensión en cada músculo de su cuerpo. Hasta ahora, y pese a que Aldridge no parecía distinguir una criada de otra, no se había dado cuenta de que había una que sí identificaba a la perfección: Emily. Por segunda vez se hizo la misma pregunta. ¿Sospecharía algo?

8

Scubs estaba maravillado. Más allá de las sórdidas circunstancias que lo habían llevado hasta aquel pueblecito, que de otro modo no hubiese conocido jamás, se sentía dichoso al contemplar las callejas empedradas, con sus casas de jardines cuidados, sus aceras despejadas y algún que otro vendedor ambulante apostado en las esquinas. Todo el mundo se conocía, el cochero saludaba con una suave inclinación a cuantos se le cruzaban. Hillside Bell era un sitio tranquilo, indiferente al trajín londinense con sus penurias urbanas con las que uno solía toparse a diario, a excepción, claro, de los barrios altos. Allí todo era compuesto y ordenado. Las miserias se escondían, se disfrazaban o simplemente, se ignoraban. Los pobres no se acercaban a las casas de lujo porque serían echados por envarados cocheros o hieráticos mayordomos. O por la policía misma. A los grandes señores no se los molestaba.

Hillside Bell en cambio, era pequeño. Su gente era apacible y trabajadora. Algunos ganaban más, otros menos y había pobres también por supuesto, pero no miseria. Y era eso lo que le pedía a Scubs resolver el caso: impedir que la miseria se instalara en aquel sitio. Ya no tenía importancia que el jefe O'Neill o su padre se sintieran orgullosos de él. Se trataba de intentar que esa mínima porción de Inglaterra continuara siendo luminosa y pacífica. Adorable.

Rodearon el bosquecillo y giraron a la derecha donde salieron a una hermosa vereda de piedras desde donde se apreciaba el estuario del Támesis, algo menos nauseabundo que en la ciudad. Contuvo el aliento mientras la brisa helada le golpeaba la cara.

En cuanto el coche se detuvo, se vieron obligados a sostener sus sombreros en un veloz movimiento, ya que una ráfaga de viento los azotó con fuerza. El cielo se había limpiado de nubes y el sol huía hacia occidente. Hacía más frío.

Scubs pagó al cochero y caminó hasta la puerta, que estaba abierta, seguido de Flanagan. Entraron a una sala rectangular con piso de linóleo y paredes cubiertas de papel claro con diminutos ramilletes de flores pintados. Los pocos muebles que había eran de madera oscura lustrada: un banco largo y recto, una mesa alargada, varias sillas con apoyabrazos. Una vitrina dejaba ver una vajilla de bordes azules y algunas estatuillas en los estantes superiores.

—Buenas tardes —dijo una voz amable detrás. Ambos giraron a la vez.

Un hombre alto, vestido de negro, con alzacuello, sonreía mientras se acercaba.

—Soy Jonathan Walton —se presentó tendiendo la mano—, el vicario.

Scubs la estrechó.

—Soy el inspector Scubs. El sargento Flanagan.

—¿Policías? ¿Ha sucedido algo malo?

—Ha habido dos asesinatos en Aldridge House —informó Scubs.

—¿¡Dos!? ¡Santo cielo! —El vicario se apartó y les indicó con un gesto que lo acompañaran a través de una angosta galería—. Sé que ha muerto la señora Woods, pero..., ¿alguien más? —Abrió una puerta de dos hojas e ingresaron a una sala de recepción.

—Esta madrugada han asesinado a una de las doncellas, Kathy Rhys.

—¡Oh, no! —Su rostro compuso un gesto de pena que Scubs juzgó sincero.

Walton los invitó a sentarse en dos cómodos sillones y se ubicó en un tercero.

—¿La conocía? —preguntó el inspector.

—¡Claro que sí! Puedo jactarme de conocer a todos mis feligreses. —Sonrió con cierta complacencia—. Es un pueblo pequeño, ¿sabe?, en su mayoría creyentes, por lo que vienen aquí todos los domingos y oramos juntos o charlamos. Algunos, además de cumplir con Dios, toman el encuentro como un evento social, otros necesitan desahogar sus tristezas, sus frustraciones... ¡Qué pena estas dos mujeres! ¿Puedo ayudar en algo? —Miró a uno y a otro alternativamente.

—En realidad... —comenzó a decir Scubs cuando fueron interrumpidos por unos cortos golpecitos. El rostro huesudo de una mujer, no muy alta, asomó por la puerta.

—Disculpen —dijo con voz suave—. ¿Podrías venir un momento, Jonathan?

—¡Clarice, estoy ocupado! —protestó el vicario con apuro, aunque sin enojo.

—¡Por favor! —rogó ella con cara de pena—. No interrumpiría si no fuese importante. Disculpen, caballeros —agregó mirando a los policías, que asintieron con la cabeza.

Walton se levantó con las mejillas encendidas.

—Bueno —titubeó—, regresaré de inmediato. Lo siento.

El vicario salió y entrecerró la puerta detrás suyo. Flanagan se repantigó en su asiento.

—¡Caballeros! —repitió en voz baja, hinchado de satisfacción. No estaba acostumbrado a que lo tomaran por un caballero. Para Scubs en cambio, era normal; no hacía falta que se aclarase que sí, lo era. Se vestía bien, se había educado y tenía buenos modales. Su porte

no era en todo caso, el de un policía cualquiera.

La puerta volvió a abrirse y el vicario entró seguido de Emily Hattie y el señor Grubber.

—Hola, señor Scubs —saludó la niña con semblante triste—. Señor Flanagan.

—Hola, Emily —respondieron ambos.

—Esta jovencita me ha dicho que ustedes la esperan —exclamó Walton con un gesto entre sorprendido y divertido.

—Así es —repuso Scubs poniéndose de pie. Flanagan, para no ser menos, hizo lo mismo.

—Puedo preguntar...

—Es por los asesinatos, padre —explicó la chiquilla—. El señor Aldridge ha prohibido a estos dos señores, que son policías, que investiguen.

—¿Cómo es posible? —El vicario se mostró azorado.

—No es la investigación lo que ha prohibido —reconoció el inspector—, sino que encuestemos a los sirvientes de la casa.

El sacerdote levantó los brazos y golpeó sus costados con ellos. Iba a protestar, pero su mirada se cruzó con la del mayordomo y calló. Scubs no fue ajeno al gesto.

—La señora Mary Louise nos ha enviado con la ropa de la pobre Kathy, que ya hemos entregado a la señora Walton para que las done a quienes lo necesiten —señaló Emily. Scubs no pudo menos que sonreír al observarla, llevaba un abrigo de lana azul que le llegaba a mitad de las piernas bajo el que se veían un grueso vestido gris de algodón y unas botas marrones bastante gastadas. Se había encasquetado un gorro gris y blanco, también de lana, que tapaba la mayor parte de su cabeza, dejando ver los finales de dos gruesas trenzas atadas con cordeles negros.

El vicario se sentó, pero cuando la mujer que había interrumpido antes entró con una bandeja, se levantó nuevamente.

—Ella es mi esposa —señaló. Flanagan y Scubs se levantaron también, Grubber aún permanecía de pie.

—¡Oh! —dijo Clarice con una sonrisa tímida—, siéntense, por favor. Les he traído un poco de té, pastas y unos emparedados.

Walton y el mayordomo acercaron sillas, Grubber colocó una para Emily y la sostuvo hasta que ella se sentó, acomodándola con gentileza; Scubs se sintió gratamente sorprendido ante el gesto de caballerosidad para con la niña.

Mientras Clarice se ocupaba de servir el té su marido miró a unos y a otros. No se sentía muy seguro de si él y su esposa debían quedarse, o marcharse y dejarlos que conversasen libremente. Por otro lado, según había entendido, se hablaría del crimen, ¡los crímenes!, de la casa Aldridge, entonces pensó que, como vicario del pueblo, tenía

todo el derecho del mundo de estar enterado. Además, aunque hubiese venido acompañada del señor Grubber, Emily era una niña y había que cuidarla. Sí, él y su esposa debían quedarse y escuchar qué cosas tenía que hablar la pequeña con dos policías.

—Le dije al señor Aldridge que luego de entregar la ropa nos quedaríamos un rato ayudándola en sus quehaceres vicariales, señora Walton —dijo el señor Grubber al tomar la taza que ella le alcanzaba, intentando dejar en claro que esperaba que nadie metiese la pata en caso de hablar, más adelante, con algún miembro de la familia.

—¡Por supuesto! —repuso Clarice con mirada cómplice.

El vicario meneó la cabeza con gesto de desagrado. Comprendía las razones, pero era vicario y, por tanto, le resultaba incómoda la mentira en cualquiera de sus formas, ya sea diciéndola, oyéndola o, como en este caso, encubriéndola. De todos modos, también privilegiaba la justicia y dedujo que era esto, en definitiva, lo que perseguían tanto los criados como los policías. Entonces pues, no dijo nada.

—¿Qué querías contarme, Emily? —inquirió Scubs.

—Algunas cosillas que escuché por casualidad mientras hacía mis tareas.

—¡Emily! —intervino Walton. Eso ya era demasiado—. ¡Eso es, ni más ni menos, que chismorrear!

—Señor vicario —intervino Scubs con paciencia—, han asesinado a dos criadas y el señor de la casa obstaculiza la investigación. De algo hemos de servirnos para hallar al criminal, ¿no le parece?

Walton abrió la boca para replicar, pero Clarice se le adelantó.

—Jonathan, cariño, no creo que Emily y el señor Grubber puedan quedarse toda la tarde en la vicaría por más «ayuda» que hayan venido a prestarme. ¿Por qué simplemente, no les permitimos hablar sin intervenir y luego tú le das todos los sermones que quieras y latigazos en la espalda y demás penitencias?

Todos se abstuvieron, no sin esfuerzo, de sonreír. El vicario suspiró, resignado.

—Adelante.

—Gracias. Te escucho —señaló Scubs, tomando una pasta con mermelada de frambuesa.

—Bueno..., yo creo que es muy importante. El señor Grubber también lo cree. —Grubber asintió con la cabeza—. Recordarán ustedes que fue Kathy quien vio a la señora Woods tirada en el piso cuando comenzaba a limpiar los cristales de la salita de recepción. Ella pensó que la pobre se había desmayado y, con intención de ayudarla, se acercó y entonces se dio cuenta de que estaba... —La niña se estremeció y tragó saliva.

—Continúa—instó Scubs.

—Bien. Durante la cena de anoche, escuché decir a Kathy que había visto algo mientras limpiaba los cristales. Y no se refería a la señora Woods desmayada o.… muerta. —Lo pronunció en un susurro, con los párpados bajos, como si la sola palabra le inspirara un respeto mayúsculo, o miedo—. Sé que se refería a otra cosa... aunque no sé a qué. El señor Grubber le había ordenado a Dorothy que limpiara las ventanas y la señora Clemont le decía a Kathy que no podía hacer nada, que sería su palabra contra la de alguien, entonces Dorothy sugirió que lo chantajease.

La señora Walton hizo una exclamación de sorpresa y su esposo abrió la boca. Luego la cerró sin decir nada.

Scubs miró a Grubber, que bebía su té con la espalda muy recta. Era un hombre de tez blanca, cabello negro bien recortado y unos grandes ojos grises, muy claros. Tenía una complexión media y era poco más alto que él. Calculó que estaría en los treinta y tantos, sin llegar a los cuarenta. Le recordó en algo a Parsons, el mayordomo de su padre, cuando era joven.

—¿Qué cosa le encomendó usted a Dorothy? —le preguntó.

—Que limpiara los cristales —contestó Emily, apurada por explicarse—, ella le había dicho que sí, que lo haría enseguida. Yo la escuché.

—¿Y entonces?

—¡Eso! —convino ella—. ¿Y entonces?

Grubber dejó la taza y se limpió los labios con la servilleta.

—Lo que Emily quiere decir es que no sabemos por qué razón no fue Dorothy a limpiar los cristales, como se lo ordené, y en su lugar lo hizo Kathy. Le he preguntado y me ha respondido que Kathy quería hacerlo.

—¡Nunca pudo haber dicho semejante cosa! —exclamó Emily abriendo muy grandes sus ojos verdes—. ¡A nadie le gusta limpiar los cristales! ¡Y Kathy ya no está para que le preguntemos!

Scubbs miró a Flanagan, que le respondió con una mueca. Ninguno de los dos entendía demasiado.

—¿Y lo del chantaje? —preguntó el sargento.

—No sé de qué hablaban —replicó Emily—, pero la señora Clemont le decía a Kathy algo así como «no puedes hacer nada contra él», y Dorothy sugirió que podría chantajearlo. Supongo que lo decía en broma porque reía con disimulo al decirlo. Aunque creo que la señora Clemont se lo tomó muy en serio, ya que la reprendió.

—Señora Walton —dijo suavemente Grubber, levantando las cejas—, ¿sería tan amable de mostrarle a Emily ese rosal de invierno que ha dado flores tan bonitas?

Emily frunció el entrecejo y Clarice se volvió sorprendida hacia

él.

—¿De qué rosal...? ¡Oh! ¡Claro! —acertó a decirla señora Walton al comprender. Tal vez era conveniente que tampoco ella escuchara ciertas cosas—. Tiene usted razón, es una buena hora para ver las rosas de invierno; ven, cariño.

Se puso de pie y estiró la mano para tomar la de Emily. Ésta, que no tenía un pelo de tonta, refunfuñó por lo bajo y lanzó una mirada terrible al mayordomo, que le sonrió con dulzura.

Aunque Grubber estaba seguro de que la niña sabía con bastante acierto lo que la señora Clemont había querido decir, no podía hablar de ciertos temas frente a ella. Y menos con el vicario y su esposa por delante. Una vez que las dos mujeres salieron, dejó la taza sobre la mesilla redonda, cruzando luego los dedos sobre su regazo. Tomó aire; era evidente que le incomodaba sobremanera lo que diría a continuación.

—Yo no estaba presente en el momento en que se produjo la conversación a la que hace referencia Emily. Pero, por lo que sé, deduzco lo siguiente: es cierto que el señorito Arthur ha estado encaprichado de Kathy desde que la conoció. Eso lo sabemos todos los que vivimos en Aldridge House, se los aseguro. La muchacha, como comprenderán, se encontraba en una situación difícil: aceptar los requerimientos del joven amo la exponía a quedar embarazada en cualquier momento y a ser echada a la calle sin contemplación alguna, después. Y no tengo que relatarles las penurias por las que hubiera tenido que atravesar. Por otro lado, negarse se le estaba tornando cada vez más difícil. Arthur Aldridge se ha transformado en un hombre y, ya a su edad, sabe imponerse sobre la servidumbre. Yo... no sé si ha llegado a hacerle algo a la pobre chica... forzarla quiero decir. Pero, supongo que al menos lo ha intentado. Y ella se lo ha contado a la señora Clemont y a Dorothy. Es la forma que encuentro donde encaja todo lo que las dos doncellas le habían dicho a la pobre Kathy la noche anterior a su muerte.

—¿Y usted cree que Arthur Aldridge sería capaz de matar a la muchacha por negarse a acceder a sus demandas? —preguntó Scubs recargándose hacia adelante.

—Me cuesta creerlo, señor.

—¿Y si llegó a forzar a Kathy y ella amenazó con contarlo? —interpuso Flanagan—. Tal vez la señora Woods estaba enterada y el chico tuvo miedo de que se lo contara a su padre.

—No —replicó Scubs, pensativo—. No lo creo. Si el señor Aldridge se enterase de algo así, se limitaría a despedir a la sirvienta, protegería a su hijo; la señora Woods lo sabría, seguramente; no amenazaría con contárselo a su padre a menos que tuviera algún tipo de encono particular contra Kathy.

—Pero tal vez Kathy sí lo amenazó—opinó el vicario—. Y tal vez Arthur tenía miedo, no olviden que, a pesar de todo, es muy joven; tal vez aún no sabe qué sucedería si su padre se enterase de que ha hecho algo así con una sirvienta.

Scubs meneó la cabeza cruzando las piernas.

—Es posible, no lo niego. Pero estas cosas, un chico como Arthur lo sabe, créame, pastor. Y una sirvienta también; no creo que haya habido amenaza alguna. Pero no olvidemos a la señora Woods. ¿Cómo encaja ella en esa situación? ¿Cómo se llevaba con Kathy?

—Como con todo el mundo —contestó Grubber—. La señora Woods sabía conservar su sitio y se aseguraba de que todos conservaran el suyo. No. Estoy seguro de que ella no hubiera hecho nada para que despidiesen a uno de nosotros. Era una mujer fría y distante, tal vez no del todo bondadosa, pero no creo que hubiese llegado a tal extremo solo porque no le gustara alguien. De haber sido así, no habría sirvientes en la casa... —La voz se le fue haciendo cada vez más baja al darse cuenta de que estaba hablando de una muerta.

Scubs sonrió apenas.

—¿Y qué hay de ese secreto de la señora Boyle que parecía haber descubierto? —preguntó mientras se hacía con un emparedado de pepino.

El mayordomo levantó las cejas y se removió, incómodo, en el asiento. El vicario contuvo la respiración hasta que Grubber habló.

—No sé nada al respecto, señor.

—¿De dónde sacó usted algo como eso, señor inspector? —se interesó Walton.

—Alguien lo mencionó —declaró Scubs observando las reacciones de ambos hombres. Grubber tenía la vista perdida en el suelo y el vicario lo miraba con ojos vivos, aunque los desvió enseguida de los suyos—. Como también, cierta teoría que dice que la señora Woods estaría enamorada del señor Boyle. —Miró a Grubber, que se atoró con lo que tuviera en la boca y empezó a toser.

—Eso es algo muy viejo —dijo cuando al fin logró aliviar su garganta—. Según sé, es cierto que hace años ella se... había entusiasmado con el jardinero, es algo que ya pasó.

—Pero la relación entre la señora Woods y la señora Boyle nunca fue buena, ¿verdad?

Grubber bebió un sorbo de té.

—Si está insinuando que la señora Boyle pudo haber asesinado a la señora Woods, debo decirle que está usted completamente equivocado. La señora Boyle sería incapaz de matar a un insecto. Además, el señor Boyle nunca haría nada tan indecoroso, él no es de los que engañan a su esposa. Nunca le consintió los... coqueteos a la señora Woods. ¡Por Dios! ¡Estamos hablando de algo que ocurrió, al

menos treinta años atrás!

En ese momento se abrió la puerta y entraron las dos mujeres.

—Ya he visto las rosas. Muy bonitas —declaró Emily con cierto enfado mientras volvía a ocupar su silla—. ¿Ahora puedo tomar mi té?

—Por supuesto —respondió el mayordomo con ternura.

El inspector miró a Emily. ¿Sabría la niña de qué trataba el famoso secreto de la señora Boyle? Según ella misma le había dicho, la cocinera la apreciaba más que al resto de los sirvientes, aunque esto, quizá, podría ser una apreciación subjetiva de la muchachita. ¿Estaría mal que se lo preguntase?

—Emily... —comenzó. Y entonces notó que los ojos de Grubber se clavaron en él, expectantes y... ¿amenazantes, tal vez?

—¿Sí, inspector? —replicó ella, y mordió una pasta de dulce.

—¿Hay algo más que quieras contarme de lo que has escuchado en la casa?

—Mmmm, sí —señaló luego de tomar un sorbo de té—. He estado reflexionando. —Dejó la taza con todo cuidado sobre la mesa. Todos los ojos clavados en ella, con expresión divertida a pesar de la gravedad de lo que estaban tratando—. ¿Y si el asesino se equivocó? ¿Si en realidad a quien quería matar era a Dorothy? Las dos dormían en el mismo cuarto, solas, dos camas iguales, las dos con cabello negro, en la oscuridad no sería difícil equivocarse.

—¿Y por qué se te ocurrió eso?

—Dorothy fue la que habló de chantaje. Dorothy era quien tenía que limpiar los cristales y no sabemos por qué razón cambió con Kathy.

—¿Y la señora Woods?

—Tal vez sabía algo.

—¿Algo de qué?

—¡De lo que fuera que sucedía con Dorothy!

—Entonces, habrá que investigar a Dorothy —concluyó Flanagan luego de unos minutos.

9

El miércoles veintisiete de octubre se realizaron los funerales, fue un día triste para la servidumbre de la casa Aldridge. La sobrina de la señora Woods había escrito una carta agradeciendo el envío de las pertenencias de su tía, como así también el hecho de que la hubieran acogido de tan buen grado durante todos aquellos años. Según relataba la mujer, la señora Woods había sido muy feliz trabajando en Aldridge House, lo cual no dejó de asombrar al servicio, puesto que ninguno consideraba que la señora Woods se hubiera mostrado feliz alguna vez. El contenido de la carta dirigido, por supuesto, a los señores de la casa, les fue leído —gentileza de los amos — por el mayordomo. Emily había escuchado con suma atención y, con gran disimulo, se había fijado en el sello del correo. La carta provenía de Yorkshire. ¿Así es que allí vivía la sobrina de la señora Woods? Se llamaba Rosalyn Tyron. No tenía idea en qué podría servirle tal información al inspector Scubs, pero estaba convencida de que debía contárselo. Si los Aldridge no permitían a la policía interrogar a los criados, ella igual, les prestaría su ayuda.

Se sintió un poco triste porque nadie escribió una carta recordando a la pobre Kathy; de hecho, hasta le daba la sensación de que a los señores les importaba poco su muerte, sólo hablaban de la señora Woods. Excepto la señorita Amelia que estaba tan triste que había decidido pasar unos días en casa de su hermana Constance. Los señores y el señorito Arthur resultaban indiferentes, hasta parecían contentos y se daban a hacer planes como si nada. En los bajos de la casa, en cambio, se lamentaba mucho la ausencia de Kathy.

De todos modos, los Aldridge no podían permitirse no brindar un buen funeral a sus sirvientas. Aunque los cajones fueron sencillos —los de caoba solo se utilizaban para los señores—, cada uno de ellos fue transportado en carrozas diferentes, con caballos negros, con sus correas abrillantadas y las campanillas amarradas para que no emitieran sonido alguno. Los cocheros vistieron librea y sombrero de copa. El señor Levingston vistió de igual modo y condujo muy circunspecto el carruaje familiar. El servicio, al completo, caminó detrás, en un silencio absoluto. El día estaba radiante, pero hacía frío. Todo el pueblo presenció el cortejo y muchos se les unieron hasta la entrada del pequeño cementerio de la vicaría. Emily caminó del brazo de Silvie, a su derecha y Jennifer Otto a su izquierda. Las tres lucían sus grises vestidos de trabajo, sus abrigos azules y botas negras. No llevaban cofias porque éstas eran blancas, Jennifer se había colocado una mantilla negra en la cabeza. Emily juzgó que le quedaba muy

bonita y resaltaba su pálida piel. Quería a Jennifer con la misma intensidad que a Silvie, al señor Grubber y a los Boyle.

De regreso, como la familia había decidido unirse a Amelia en Londres, el señor Grubber les permitió la tarde libre. Silvie propuso ir a charlar a la galería, pero en vista de que su cumpleaños se acercaba más a prisa de lo que le hubiera gustado, Emily le pidió a Jennifer que la entretuviese a fin de tener un tiempo a solas para tejer la bufanda. El señor Grubber le había conseguido unos hermosos restos de lanas de colores brillantes y, en su momento, se había entusiasmado por ver como los combinaría. Ahora no le importaba demasiado, se sentía triste. Necesitaba un rato a solas y, de paso, comenzaría la labor.

Una vez en el cuarto agarró las agujas y decidió iniciar con una lana verde esmeralda de la cual había bastante. Podría utilizarla para el comienzo y para el final, en el medio iría colocando los otros tonos. Cargó los puntos y se sentó en un cojín junto a la ventanita que daba al patio bajo. Sabía que ya no le daría el sol, pero por un rato tendría luz. Debía apresurarse, mientras tanto reflexionaría acerca de lo que le contaría al inspector Scubs. Le gustaba la palabra «reflexionar» y su significado. La había aprendido recientemente, el señor Grubber le había explicado lo importante que era reflexionar. Miró los puntos y consideró que eran suficientes así que se dispuso a tejer la primera carrera, que era la que más le costaba. Un pajarillo canturreó muy cerca recordándole a Kathy cuando cosía o planchaba la ropa de la señorita Amelia; cantaba una canción muy pegadiza que ahora le era imposible recordar; si se asomaba a la ventana para ver la avecilla se le escaparían los puntos, pero estaba segura de que era un jilguero. Recordó las marcas que había encontrado el sargento Flanagan, las que parecían de una escalera bajo la ventana del cuarto de la señora Clemont, que ahora compartía con Dorothy Stuart ya que ésta se había negado en rotundo a volver a ocupar la habitación que había compartido con Kathy. A la señora Clemont no le había hecho ninguna gracia, pero no tuvo más remedio que aceptar guardando la secreta esperanza de que la ascendieran a ama de llaves y, entonces, ocuparía el cuarto que era de la señora Woods, en el mismo piso de los señores.

¿Y si pedía ella el cuarto de Kathy y Dorothy? Ahora nadie lo ocupaba y no le daba miedo dormir en él. ¡Tendría un cuarto propio! Era difícil que se lo permitiesen, pero lo intentaría. ¿Cómo lo tomarían Jennifer, Molly y Silvie? Seguramente no les gustaría, sobre todo a Silvie. Pero tenía muchas ganas de tener un cuarto para ella sola, como cuando vivía en Dorchester. O, podría compartirlo con Jennifer, que era algo más mayor, y entonces podía hablar de otras cosas con ella. Jenny era más seria..., no; era muy graciosa, en realidad. Y es que tenía veinte años. Emily dejó de tejer y suspiró. Jenny soñaba con casarse con un buen hombre, tener una bonita casa y tres hijos.

También pensaba a veces en ello para sí misma, pero aún era muy joven y no le gustaba ningún muchacho en particular. Tampoco conocía muchos. Tal vez el más apuesto de los que conocía era Lucius que, además, era muy bueno, aunque cometiera algunas torpezas de vez en cuando; y un poco cabeza dura tal vez. Retomó el tejido. Jenny ya estaba en edad para casarse, si no aparecía pronto un pretendiente se le pasarían los años y se quedaría sola. ¡Oh, no!, pensó, ¡no es vida para una mujer estar sola, sin un hombre que cuide de ella! ¡Tendría que servir toda su vida, como la señora Woods! Bueno, si lo pensaba un poco, la señora Boyle también era mayor, servía y, sin embargo, estaba felizmente casada con el señor Stephen.

¿De qué secreto hablaría Dorothy? Había escuchado al señor Grubber reprenderla por andar diciendo tonterías sobre sus compañeras, lo había hecho en privado, justamente cuando la doncella estaba mudando sus cosas al cuarto de la señora Clemont; ninguno de los dos se había percatado de su presencia en el cuarto contiguo. Dorothy le había asegurado al señor Grubber que no eran habladurías sino algo que ella misma había escuchado. El mayordomo le ordenó entonces que no lo repitiera.

Que ella supiese, la señora Boyle no tenía secretos con nadie, aunque... Dejó las agujas sobre el regazo, con las manos encima para que no se le escaparan los puntos. La había visto esconder presurosa un papel arrugado en su delantal y secarse los ojos, como si hubiera llorado. Le había preguntado si estaba bien y ella le había contestado que sí, que era la cebolla lo que la hacía llorar. No había estado picando cebolla. Había sucedido el verano anterior, poco más de dos meses atrás. Y antes de eso, aquello que había quedado grabado en su memoria y que, cada tanto, su subconsciente lo devolvía, como para que no lo olvidase. ¿Por qué? Emily no estaba segura de qué edad tendría entonces, pero no hacía mucho que vivía en casa de los Aldridge.

Se vio a sí misma intentando acomodarse la cofia mientras bajaba despacio por la escalera de la cocina.

—Andrew, ¡le estoy tan agradecida! —había dicho la señora Boyle con voz emocionada, en un tono muy bajo.

—No me lo agradezca, Hellen —había respondido el mayordomo—. No habría podido con mi consciencia de no haberlo hecho.

—No hablaremos nunca más de esto, ¿de acuerdo? —Era la voz de Stephen Boyle.

Entonces la habían visto asomar con timidez por el hueco de la escalera.

—¡Emily! —había exclamado con alegría, la cocinera, mientras secaba sus lágrimas—. Acércate que te serviré un buen trozo de pastel.

Los tres se habían deshecho en halagos con ella expresándole el gran cariño que le tenían. Durante tiempo fue la menor de las sirvientas; luego habían llegado Molly, primero y Silvie, después que rondaban la misma edad. Nunca preguntó a Grubber o a los Beoyle de qué hablaban aquella tarde, hay cosas que los niños saben por intuición que no deben cuestionar. ¿De qué hablarían? ¿Sería acerca del famoso secreto que quería averiguar el inspector Scubs? Retomó el tejido. Si era eso, el secreto no era solo de la señora Boyle; los señores Grubber y Stephen también estaban enterados. ¿Debía comentárselo a Scubs o se estaría entrometiendo en algo que nada tenía que ver con los asesinatos? Después de todo, habían pasado ya varios años de todo aquello. Intentó recordar qué edad tendría entonces. La señorita Constance aún no se había casado. Recordó que se llevaba muy mal con la señora Boyle. ¿Por qué sería? De pronto se sobresaltó. Recordó un momento terrible. La señorita Constance estaba furiosa con Hellen, tenía los puños apretados a los lados. Lucía un hermoso vestido color lavanda con mangas abullonadas y cintas de seda. Era muy alta y elegante, o tal vez a ella se lo parecía porque aún no sobrepasaba la alacena de los platos. Hellen mantenía la cabeza gacha. ¿Qué habría hecho? Debió haber sido algo muy grave para que la señorita hubiese bajado a la cocina.

Emily volvió a posar el tejido sobre su regazo. Al paso que iba acabaría la bufanda cuando Silvie se casase. Suspiró. Se le había hecho un nudo en la garganta. Se preguntó si el famoso secreto de Hellen tendría que ver con los recuerdos que, de pronto, la habían asaltado. ¿Valdría la pena que le hablara de ello al inspector? Le resultaba imposible pensar que Hellen hubiese asesinado a la señora Woods, aunque el famoso secreto tuviera que ver con... ¡con la reina, la corona o con las conquistas del Imperio! No. ¡Hellen no haría algo así por nada en el mundo! ¿Y Kathy? ¿También había descubierto el secreto? ¿Hellen la había matado también? ¡Era ridículo!

No.

Emily se calzó las agujas bajo los brazos y decidió avanzar lo más posible. El día estaba acabando y la habitación se iba oscureciendo, sentía frío y una profunda tristeza. Pensó en Kathy, en su sonrisa maravillosa y en sus sueños de un apuesto caballero prendándose de ella. ¿Qué había pasado? ¿Por qué yacía ahora bajo la gélida losa de un cementerio? ¿Tendría frío?

—¿Qué haces? —Emily dio un brinco y una de las agujas se cayó, suerte que ya no había puntos en ella. Era Jennifer, que contuvo la risa al comprender que la había asustado—. Vamos a cenar —le dijo —. ¿Cómo puedes ver lo que tejes con esta oscuridad?

Era cierto, apenas entraba luz por la ventana. Emily clavó las agujas en un ovillo y, tras envolver todo en un paño, lo metió en una

maleta bajo su cama.

—No he avanzado mucho —se lamentó adecentando su ropa, alisándola con las manos.

—Pero has comenzado —afirmó Jennifer para animarla.

Emily intentó sonreír, pero solo le salió una mueca, la abrazó por la cintura, se apoyó en su pecho y se echó a llorar.

* * *

Lady Constance Blieching recibió a su familia con una espléndida sonrisa. Era una muchacha alta y espigada, de rasgos suaves, cabello negro que llevaba atado primorosamente con una cinta blanca. Sus ojos pardos eran inteligentes e inquisidores, astutos. Se parecía más a su madre que a su padre, aunque era más alta que ambos. Los invitó a pasar a la sala de estar donde Amelia los aguardaba, ya que había llegado mucho más temprano, deseosa de escaparse de la tragedia que implicaban los funerales por más cariño que les tuviese a las fallecidas.

Mary Louise se acomodó junto a ella en un sillón con coquetos antimacasares de hilo. No evitó mostrar su regocijo al contemplar el lujo en el que vivía su hija mayor. Se sentía orgullosa y tenía motivos: había sido ella quien, después del bochorno y la humillación a la que la sometiera lord Geoffrey Riderbown, había logrado, no sin esfuerzo, un buen esposo para su hija mayor. De otro modo, su primogénita se habría visto confinada a la soltería y, en consecuencia, al escarnio de esa misma sociedad a la que con tanta desesperación Mary Louise deseaba ingresar junto a su familia.

La sala, como el resto de la casa, estaba decorada con una marcada tendencia del estilo Luis XV que Mary Louise adoraba, le daba a la estancia una luminosidad increíble, además de esa intuición de riqueza que se perfilaba en la perfección de las curvas, los arabescos y los dorados de los muebles. Mullidas alfombras persas se esparcían por los suelos y, de las paredes, colgaban exquisitas pinturas con paisajes de colores suaves.

Constance tenía, además, una numerosa plantilla de sirvientes a su disposición.

Timothy se sentó en un sillón frente a su esposa y Arthur lo hizo en una silla de respaldo recto.

Una camarera les sirvió té con bocadillos y pastas de diferentes dulces.

—¡Me alegra tanto que hayan venido! —suspiró la anfitriona—. Hacía mucho que no te veía —dijo con voz cariñosa a su padre—. Ni a ti, Arthur.

—Las ocupaciones, querida —sonrió Timothy—, no puedo dejar

demasiado tiempo la fábrica en manos ajenas.

—Y tu hermano debe prepararse para ingresar en el ejército —añadió Mary Louise, ganándose el refunfuño de su hijo.

—¿Qué tal va el negocio? —se interesó Constance, mirando a su padre.

—¡Oh, maravillosamente! Hemos traído unas telas magníficas de Francia, las costureras no dan abasto.

—¡Me alegro tanto, padre!

—Sí, yo también. Qué pena que James no se encuentre, me hubiera encantado departir con él acerca de algunos asuntos.

Constance forzó una sonrisa. —Está muy ocupado, ya sabes que ha dado su apoyo al señor Gladstone, y éste lo tiene en gran estima...

—¡Oh, qué maravilla, querida! —interrumpió Mary Louise con satisfacción.

—Pero, ¿está trabajando con él? —preguntó Timothy levantando las cejas.

—Por supuesto. Está muy interesado en la política. Tal vez, con el tiempo, hasta se postule para algún cargo —respondió Constance sin demasiado entusiasmo.

—¡Eso sería estupendo! —Mary Louise estaba exultante. Cada vez se sentía más feliz de haber casado a su hija con lord Blieching, aunque la expresión de Constance distaba mucho del contento—. Ya ves, Amelia —dijo a la menor—. Tú también serás toda una dama cuando te cases con lord Cartwright.

—¡Es muy buen partido! —aseguró su padre.

—Me da igual —replicó Amelia con tristeza—. Hoy solo tengo cabeza para pensar en la pobre Kathy.

—¡Oh, querida! —Constance estiró la mano para asirle suavemente el brazo—. ¡Qué cosa tan terrible perder una doncella de ese modo!

—¡Y al ama de llaves! —recordó Mary Louise, tomando delicadamente un nuevo bocadillo.

—¿Tienen idea quién ha podido hacer semejante cosa?

—¡Algún loco! ¡No se puede pensar de otro modo! —se exaltó el señor Aldridge.

—Da escalofríos pensar que alguien pudo haberse colado en la casa por la noche, ¿verdad? —prosiguió Constance—. ¿La policía ha encontrado algún sospechoso?

—¡La policía! —exclamó Arthur, poniéndose de pie tras haber dejado su taza vacía en la mesa—. ¡Son ineptos, se lo pasaron interrogándonos y molestando al servicio! Suerte que padre les ha prohibido volver a hacerlo.

—¿Al servicio? —preguntó Constance algo turbada—. ¿Qué... qué idea pueden tener ellos? No pensarán que las asesinó alguien de la

casa, ¿verdad?

—No saben —susurró Amelia mirando el piso—. Y si no les permitimos que trabajen, nunca lo sabrán.

—¡Nadie les impide que hagan su trabajo, Amelia! —intervino Timothy con molestia—. Pero no encontrarán al asesino en nuestra casa. ¡Tienen que buscarlo entre los marginales que rondan esos barrios innombrables, semilleros de malandrines y ladrones!

Arthur, que se había acercado a la ventana, sonrió asintiendo.

Mary Louise dejó su taza vacía y, luego de volver a alisarse la falda, habló con voz suave.

—Ya tenemos suficiente con tener que enfrentarnos al hecho horroroso, por cierto, de que hayan asesinado a dos personas en nuestro hogar. Los vecinos murmuran y estoy segura de que las voces llegarán hasta Londres. Si encima permitimos que la policía nos ronde eternamente, no te casaremos nunca, Amelia.

—Lo sé —susurró ésta, resignada—. Pero ahora mismo no me importa si me caso o no. Quiero saber quién mató a Kathy y por qué.

—¡Cómo puedes decir algo así! —espetó Constance con acritud —. ¡Que no te importa si te casas o no! ¡Una mujer sin esposo es objeto de burlas y habladurías! ¡Y peor aún, de lástima! Ya has cumplido veintiún años, debes pensar en tu futuro —finalizó con menos énfasis.

Amelia suspiró. En ese momento se abrió la puerta y entró James Blieching. Era alto, algo excedido en peso, con una intensa mirada azul y unos pocos cabellos rubios que formaban una especie de aureola sobre su cabeza.

—¡Señor Aldridge! ¡Qué sorpresa! —saludó abriendo los brazos —. ¡Mi querida suegra, está usted cada vez más hermosa! —Mary Louise sonrió con el rostro arrebolado. Blieching giró sobre sí mismo —. ¡Arthur, pequeño! ¡Y mi hermosa Amelia! Supongo que se quedarán a cenar.

Depositó un beso descuidado en la frente de Constance y luego se quedó unos segundos de pie, mirándolos con la sonrisa congelada, como si esperara aplausos.

Finalmente se sentó y, tras unos minutos de conversación trivial, los hombres fueron a la biblioteca, dejando a las mujeres conversar de sus cosas. Ya el mayordomo les avisaría cuando estuviese lista la cena.

Mientras su madre y Constance conversaban de moda, Amelia observaba a su hermana preguntándose cómo había podido enamorarse de un hombre como James. Era presuntuoso y feo, verborrágico hasta el punto de la insolencia y la descortesía. Y casi la doblaba en edad. Igual que lord Cartwright a ella. Aunque debía reconocer que lord Cartwright era bastante más atractivo que su

cuñado.

—¿Por qué rompiste tu compromiso con lord Riderbown? —preguntó sin pensar.

Constance quedó petrificada.

—¿A qué viene esa pregunta tan estúpida? —interpeló su madre, y la voz le salió como un chillido. Es que la sorpresa fue mayúscula, hacía años que evitaban pronunciar ese nombre. Y más aún en la casa del hombre con quien Constance, al fin, había logrado casarse.

—Porque se comportó de manera indigna —contestó su hermana haciendo un esfuerzo para disimular su irritación—. Por eso es que padre y madre quisieron protegerte a ti de ese tal Price que tenías por pretendiente; tiene la misma arrogancia y es igual de libertino que Riderbown.

Amelia observó las manos crispadas de su hermana y prefirió callar.

—No vuelvas a comportarte con esa impertinencia, Amelia— le advirtió Mary Louise en voz baja—. Ha sido muy doloroso para tu hermana haber conocido a ese hombre. No necesita que se lo recuerden.

—Lo siento.

Constance se puso de pie y suspiró.

—Olvídalo. Es natural que sientas curiosidad, eras muy pequeña cuando sucedió. Pero ahora ya lo sabes y no hay por qué volver sobre el tema. ¿Estás de acuerdo?

Pasó un brazo sobre los hombros de su hermana menor y la apretó con fuerza.

—Sí —dijo ella. Pero durante el resto de la velada no pudo quitarse de la cabeza aquella imagen que cada tanto reaparecía: Constance hecha una furia, gritándole a la señora Boyle; y luego la sangre. ¿Qué había sucedido?

10

Scubs se sentía frustrado. No tenía idea cómo seguir el caso de Hillside Bell. Antes, cuando aún era sargento, había secundado con mucho éxito al inspector Larsson en sus investigaciones. Gracias a su increíble capacidad de deducción había conectado hechos aislados conduciendo la indagatoria por buen camino la mayoría de las veces. Por eso, al retirarse Larsson por sus problemas de salud, éste se había asegurado de hacer saber al jefe O'Neill lo que opinaba de su subordinado, y recalcarle que sería un gran inspector si se le daba la oportunidad. O'Neill no pudo estar más de acuerdo y lo postuló para el cargo. Así, Scubs se sintió inmensamente feliz cuando lo ascendieron, se sentía muy seguro de sí mismo gracias a lo aprendido junto a Larsson. Por ende, aceptó éste, su primer caso como inspector al mando, lleno de ilusión, lo resolvería rápido y pasaría al siguiente. Se correría la voz y los criminales le temerían, entonces lo pensarían dos veces antes de quitarle la vida a alguien. Pero, la verdad era que lo que tenía entre manos distaba mucho de aquello que resolvía con Larsson. Nunca se había visto en medio de un crimen donde la mayoría de las involucradas eran mujeres. Sus dotes tenían que ver, más que nada, con lograr ponerse en el lugar del muerto o de su asesino. ¿Adónde iría un cochero luego de dejar su carruaje? A tomar unas pintas, o a su casa si tenía esposa e hijos, o si era muy mayor. ¿Abriría, la víctima, la puerta a un desconocido sabiendo que alguien lo buscaba para matarlo? Tal vez, pero antes se aseguraría de hacerse con un buen garrote o alguna navaja. Esos detalles y muchos otros, como que antes de ir a ver a una damisela seguramente se pasaría por una barbería, eran los que podía descifrar por ser hombre. Entonces lograba conectar los hechos. Sabía a qué atenerse y, a partir de ello, deducir el resto. Pero ¿cómo saber lo que pasa por la cabeza de una mujer? No había tenido demasiadas relaciones con mujeres, ni siquiera tenía una hermana o una prima. Ni una madre; ésta había fallecido siendo él muy pequeño, apenas si la recordaba. Era cierto que había estado comprometido con Victoria, pero su relación había sido más que nada social, lo poco que había conocido de ella no le había gustado para nada, aunque eso no lo sabía nadie. Para todos, había sido Victoria y no él, quien había roto el compromiso; le concedió eso porque si sus amistades se enteraban que había sido abandonada le hubiera costado demasiado encontrar un buen marido y él no se lo hubiera perdonado a sí mismo, jamás. No podía hacerle eso. Lo que le habían enseñado era que las mujeres eran seres frágiles, dotadas con una capacidad de intelecto mucho menor que la de los

hombres y, por tanto, había que protegerlas y ser muy condescendientes con ellas. Sabía que algunas demostraban cierta intensidad de carácter, porque con algunas había tratado, su padre le hablaba muchas veces de la falta de miras de una mujer. No se podía esperar gran cosa de ellas, más que supieran comportarse en sociedad y fueran buenas esposas y madres.

En cuanto al mundo de la servidumbre nunca les había prestado demasiada atención, eran como parte del mobiliario de su casa. Ahora que ya era un poco más mayor, se daba cuenta de que, en realidad, eran personas de carne y hueso, y que, al igual que todos, eran susceptibles de sufrir, de padecer, de angustiarse o de ser asesinados. Los trataba con respeto como le había enseñado su padre, pero nunca se había preguntado qué les aquejaba o cómo se sentían. ¡Qué ingrato sonaba, ahora que lo pensaba!

Las muertas de Hillside Bell no solo eran mujeres, sino que, además, servían. Él no sabía mucho ni de un grupo ni del otro, y para colmo había involucrado un supuesto secreto del que nadie quería hablar; la única que parecía dispuesta a ayudarlo era una niña de trece años. Y el mayordomo, si se quiere. Se sentía realmente consternado. Pero no se daría por vencido. ¿Qué podía hacer? Las paredes de su cuarto lo ahogaban. Debía salir. Sí, eso haría. Iría a caminar para despejar su mente, eso era lo que le aconsejaba tío Augusto. ¡Cuánto lo extrañaba! ¿Volvería alguna vez? Se había ido al África con la idea de encontrar diamantes, como tantos otros, y no había regresado. De eso hacía ya casi cinco años. Por sus cartas, Scubs dedujo que había conocido a una mujer y se había quedado por ella.

Se miró en el espejo y le agradó la imagen que le devolvió, aunque ya iba siendo hora de que pasara por la barbería, llevaba el cabello demasiado largo para su gusto. Su barbilla estaba lisa y suave, se había afeitado al levantarse, pero sus patillas necesitaban un recorte. Se acomodó el fular, descolgó su abrigo y se calzó un sombrero. Hacía un día brillante de sol por lo que no necesitaría llevar paraguas. Lástima, porque le daba un toque de distinción. Decidió que compraría un bastón en cuanto le fuera posible.

El sol de otoño le bañó el rostro y enseguida se sintió mejor. Flanagan había ido a ver al forense para interiorizarse de las nuevas autopsias realizadas en los cuerpos de la señora Woods y de Kathy Rhys. No porque no confiaran en el trabajo del doctor Stevens, sino que éste no contaba, en Hillside Bell, con los elementos necesarios para descubrir, tal vez, algo que les diera otra punta de la que tirar. Por ello, se habían trasladado los cuerpos a Londres y luego regresado al pueblito donde la familia Aldridge se había ocupado de los correspondientes funerales.

¡Santo Dios!, pensó, ¡es hoy! Los entierros estaban programados

para esa misma tarde. Ya habían pasado casi cinco días desde que hablaran con la pequeña Emily y aún no tenía nada. El jefe O'Neill le había expresado la posibilidad de declarar el caso desierto si no se encontraba en condiciones de hallar un culpable, lo que le había supuesto sentirse un inútil total. Pero no era culpa suya y O'Neill lo sabía. Si Aldridge le había prohibido indagar en la casa, no tenía alternativas de seguir investigando. ¿O sí?

Le pidió a su jefe unos días más, a lo cual, éste respondió que, de ser por él, podía pasarse la vida investigando el mismo caso, siempre y cuando no lo distrajera si surgía otro. Le prometió que no.

La frustración de Scubs también tenía que ver con la facilidad con que la sociedad estaba dispuesta a declarar desierto un caso en donde las víctimas eran dos sirvientas. A nadie le importaba hacerles justicia. Ni siquiera a los Aldridge. Incluso a ellos les convenía que todo se quedase como estaba y que la gente olvidara pronto que en su preciosa casa se habían cometido dos asesinatos. ¿Tan seguros estaban de que no se cometerían más?

Sorteó un pequeño charco de agua y frunció la nariz ante el hedor proveniente de la calle. El estercolero, un chico de no más de diez años que barría con ahínco la esquina esquivando carruajes y calesas que pasaban a toda velocidad, se encontraba a pocos pasos de él, con sus botas rotosas y sin cordones. Scubs rebuscó en el interior del bolsillo de su pantalón y le lanzó un chelín, que el muchacho agradeció con una sonrisa luego de morderla para verificar su autenticidad y guardársela a toda prisa.

El inspector continuó caminando, sumido en sus pensamientos.

La joven Emily se había preguntado si el asesino no podría haber equivocado la víctima, en el caso de Kathy Rhys, lo cual no sonaba descabellado si se tenía en cuenta que había sido Dorothy Stuart —a quien habían encomendado la limpieza de los cristales— quien escuchó la discusión entre la señora Woods y la cocinera y quien, además, había mencionado la palabra «chantaje». No sería extraño entonces que, en realidad, hubieran querido matarla a ella y no a Kathy. Pero ¿quién? ¿Y por qué, exactamente? ¿Y a la señora Woods?

Dos jovencitas tomadas del brazo pasaron por su lado cuchicheando, mirándolo de reojo y riendo al sortear un charco con gracia. Él levantó apenas su sombrero y les devolvió la sonrisa. Su humor había mejorado. De todos modos, no tenía idea cómo seguir. Si la criada estaba en lo cierto y el asesino había equivocado la víctima, ¿por qué había querido matar a Dorothy Stuart? ¿Sabría ésta algo, que hizo que no quisiera limpiar los cristales aquella tarde, enviando en su lugar a la infortunada Kathy Rhys? ¿Lo hizo a sabiendas de que alguien podría hacerle daño? Era absurdo. Nadie podía pensar «hay

que matar a la doncella que limpia los cristales» sin saber en verdad a cuál de ellas se enviaría a la tarea. ¿O sí? Tal vez..., «hay que matar a Dorothy Stuart, será la doncella que estará esta tarde limpiando los cristales». ¡Pero esa línea apuntaba directamente a Andrew Grubber! Era el único que sabía a quién enviaría a lavar las ventanas. ¿Y por qué Grubber querría asesinar a Dorothy? Porque sabía algo. ¿Y la señora Woods? También. Le diera vueltas como le diera vueltas, siempre regresaba al bendito secreto de la señora Boyle. Dorothy le había hablado a alguien de él y ese alguien —le costaba creer que fuera Grubber—, había buscado silenciarla.

Pero Grubber estaba al tanto de ese secreto, pese a haber dicho que no sabía nada, Scubs había visto su incomodidad al preguntarlo. Y también la del vicario. Seguramente, también el señor Boyle estaba enterado del mismo. Lo cual significaba que, entonces, ¡Dorothy Stuart estaba en peligro!

La gente que pasaba a su alrededor lo miraba con molestia y un caballero le dio un suave puntapié «sin querer». Es que se había quedado tieso en medio de la acera.

—Discúlpeme, por favor —dijo al señor, y regresó sobre sus pasos.

Cuando llegó a su casa garabateó una carta, la metió en un sobre y buscó entre sus papeles un sello, lo colocó y le pidió a la señora Ryder que, de ser tan amable, la llevase lo más rápido posible al correo lo cual le produjo, a la buena señora, una gran satisfacción, le daba gusto ayudar a la policía. Después Scubs armó una maleta y le comunicó que pasaría unos días fuera.

Una vez en la calle detuvo al primer cabriolé que encontró y subió de un salto mientras indicaba a los gritos, al cochero, que lo llevase a Paddington.

Fue tal la premura del pasajero que el hombre blandió el látigo y partió a toda marcha. A Scubs no le importó zarandearse un poco hasta que el vehículo se estabilizó, ni que tuviera que sostener la maleta para que no saliera volando del coche.

En su cabeza ya se había trazado un plan y, para llevarlo a cabo, tenía que ir a Hillside Bell. En cuanto leyera su carta Flanagan lo seguiría luego de explicarle al jefe O'Neill que permanecerían unos días en el pueblo hasta resolver el caso.

Si el señor Aldridge no le permitía hablar con el servicio de su casa, obraría tal como lo hacía cuando colaboraba con Larsson, cuando recorrían palmo a palmo las calles de Londres preguntando aquí y allá hasta encontrar una pista. Hillside Bell no tenía nada que ver con las sucias calles de Devil's Acre o de Whitechapel, donde la gente vivía hacinada en inmundas habitaciones, donde se vendían los cuerpos por un plato de comida o se utilizaban a los niños para robar

y mendigar. Allí uno podía preguntar por un buen falsificador de documentos o de billetes y, luego de algunos chelines y otros tantos juramentos, se encontraba lo que se andaba buscando. En Hillside Bell también la gente se conocía. Alguien encontraría que le brindara información.

El cochero llegó a Paddington, Scubs pagó el viaje y se apeó. Luego de comprar un boleto tuvo que esperar quince minutos la partida del tren.

Una hora y media después, había encontrado un bonito alojamiento en la cantina del Sapo Karli, que arriba de la taberna tenía dos cómodas habitaciones por un precio más que considerable y que incluía dos comidas. Le dio un chelín a un mocoso de pelo rubio para que esperara en la estación al sargento Flanagan y lo ubicara en su habitación, con la promesa de darle, luego, otra moneda igual. Se fue caminando hasta la comisaría.

Encontró a Hayden leyendo el diario con los pies cruzados sobre el escritorio; se incorporó de inmediato al verlo y cerró el periódico a las apuradas. Scubs se había quedado de pie en el umbral con las manos en la espalda.

—Buenos días, agente Hayden —lo saludó luego de constatar en su reloj que aún faltaban quince minutos para las doce.

—Buenos días, inspector Scubs —devolvió éste, poniéndose firme—. Si busca al jefe Miller ha salido, señor. Desconozco la hora de su regreso.

El inspector sonrió ante la incomodidad del hombre.

—No importa, tal vez usted pueda ayudarme.

Hayden relajó los hombros; era un hombre robusto y alto, de manos gruesas, cabello rubio ondeado y ojos muy claros de color indefinido, Scubs no podía asegurar si eran celestes o grises, parecían incluso transparentes, de acuerdo a cómo le diera la luz. No tendría más de treinta años.

—Diga, inspector.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Nací aquí, señor. —En los labios de Hayden se posó una media sonrisa cargada de orgullo.

Scubs lo observó con satisfacción.

—Conocerá entonces a la mayoría de los habitantes del pueblo.

—Por supuesto, señor. Me atrevería a asegurarle que los conozco a todos.

—¡Eso es estupendo! —Tal vez ya había encontrado lo que buscaba—. ¿Puedo invitarlo a almorzar? Necesitaré que me cuente algunas cosas.

Hayden torció la boca.

—Si puede esperar a que regrese McAvor, aceptaré encantado,

señor. Fue a echar un correo y comprenderá que no puedo dejar el cuartelillo.

—Lo entiendo perfectamente. Esperaremos.

Casi cuarenta minutos después estaban en una posada sobre Cotton Street, a escasos metros de la vicaría.

La posadera, una mujer de unos cincuenta años, menuda, delgada y de párpados caídos, les ofreció estofado de conejo y bolitas de pasta. De postre, pudding de ciruelas con crema batida. Ambos estuvieron de acuerdo con el menú y le agregaron una jarra de sidra.

—¿Conoce bien a los sirvientes de Aldridge House? —preguntó Scubs ni bien comenzaron a degustar el delicioso estofado—. ¿Se ha hecho alguna idea de por qué alguien querría asesinar al ama de llaves y a la doncella?

—No diría que los conozco bien, pero algo puedo decirle de quienes viven en esa casa —reconoció el policía, mirándolo por encima del vaso—. Mi padre y mi madre son sus caseros en Aldridge Hall.

Scubs dejó los cubiertos a los costados del plato.

—¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó con asombro.

Hayden frunció el entrecejo mientras mordía un trozo crujiente de pan.

—¡Todo el mundo lo sabe! Además, no están acá ¿qué pueden hacer ellos?

Tenía razón. A él tampoco se le había ocurrido preguntar. Tomó nuevamente los cubiertos.

—¿Dónde está Aldridge Hall? —inquirió con voz suave. ¡Dios! ¡Tampoco había pensado que podían tener otra casa!

—En Essex. Es la casa paterna del señor Timothy. La de acá fue comprada luego de morir su tío Phillipe y heredar la fábrica.

—De acuerdo. —No le interesaba que le contase la historia del tío Phillipe, la fábrica y demás—. Entonces cuénteme lo que sepa del servicio. Usted dijo que algo puede decirme.

Hayden sonrió. Cortó un buen trozo de conejo y se lo llevó a la boca. Scubs bajó la vista e hizo lo propio.

—Los únicos que están con los Aldridge desde antes de que el señor Timothy y la señora Mary Louise se casaran son los Boyle y la difunta ama de llaves —señaló Hayden con el vaso en la mano—. Los Boyle son buena gente, honrados y trabajadores, tienen una hija, Catherine, de mi edad. De niño jugaba con ella, era muy bonita. —Sonrió con nostalgia—. Se fue a servir con una familia de Lincolnshire o Yorkshire, por ahí. La señora Woods tenía una sobrina, Rosalyn, uno o dos años mayor que yo, se casó con un comerciante y se fue al norte, no me pregunte dónde porque no lo sé. Es hija de un hermano de la difunta, que falleció en la guerra. La señora Woods no podía criarla así

que dejó a la niña con una amiga y se puso a trabajar.

»Grubber llegó hace como quince años. El señor Phelps, el ayuda de cámara del señor Timothy habrá llegado hace unos... cuatro años, creo yo. Son tipos muy correctos y hacen bien su trabajo. —Hizo una pausa. Scubs lo escuchaba con atención, comiendo con más lentitud—. El señor Levingston es el cochero, trabaja con ellos desde hace unos doce o trece años, es un tipo bastante chistoso cuando está sobrio; le gusta beber más de la cuenta, aunque nunca incumplió en su trabajo, que yo sepa. No se le ha conocido familia. Se dice que mantiene una relación con la señora Taylor, de la tienda de ropa, pero nunca los he visto juntos, la verdad. Ni conozco a nadie que los viera. Del resto del servicio, los jóvenes han ido llegando en los últimos años; Jennifer Otto, la fregona, era una niña que pedía limosnas en los trenes, llegó siendo muy pequeña. ¡Oh! Me olvido de la honorable señora Clemont —rio—, es la doncella de la señora Mary Louise desde antes de que ésta contrajera matrimonio. A Kathy Rhys la trajeron de casa de los Friedrich para doncella de Amelia, era una niña del orfanato que no fue adoptada. Peter Breely llegó de Londres con un amigo del señor Timothy; el resto, Mathew, Silvie, Molly, Lucius y Dorothy fueron llegando, buscando trabajo o albergue, como tantos otros. La pequeña Emily fue traída por Grubber de Dorchester; creo que es hija de algún amigo suyo que falleció. No lo sé.

Scubs suspiró. No había nada interesante en lo que le contaba Hayden y éste se dio cuenta de ello. Retiró su plato y se acodó en la mesa.

—Tal vez lo que necesita son chismes. —Sonrió—. Pregunte a la señora Lee. Vive en el número uno de Rose's Path.

Eso sí era algo.

11

Rose's Path era una calle un tanto compleja de seguir. Nacía detrás de la comisaría y la rodeaba por su lado izquierdo hacia el sur, siguiendo el estuario. Luego de pasar por un terreno bastante amplio bordeaba, también por el costado izquierdo, un terreno colindante con la vicaría que hacía las veces de cementerio, muy bonito y perfectamente cuidado. Algo más allá cortaba Cotton Street y luego doblaba hacia el oeste en una serie de curvas bastante particulares. Por lo que, si uno no tenía gran noción del pueblo —o un plano—, podía encontrarse con Rose' Path en diversos lugares sin hallar la casa que estaba buscando. Por eso, y pese a que estaban a muy corta distancia de la casa de la señora Lee, Hayden lo acompañó hasta la puerta.

La casa era mucho más pequeña que la de los Aldridge y, para asombro de Scubs, estaba situada prácticamente enfrente de ésta, aunque desde la puerta principal de la señora Lee, no se veía. Curiosidades de Rose's Path.

El inspector se despidió del agente y avanzó por el coqueto sendero de piedras que dividía en dos el jardín. Hizo sonar dos veces la aldaba y se apartó un poco para contemplar la vivienda. Era bonita y de dos plantas, como casi todas las casas de Hillside Bell. Una doncella no muy joven, perfectamente peinada y con uniforme impecable, abrió la puerta.

—Buenas tardes... caballero.

Scubs levantó el sombrero e inclinó la cabeza, arqueando sus labios con gentileza.

—Buenas tardes, señora. Soy Jeremy Scubs y me gustaría entrevistarme con la señora Lee. Es por un asunto de suma importancia. —Mientras decía esto se acomodaba de nuevo el sombrero y sacaba del bolsillo interno de su chaqueta una tarjeta, que colocó sobre la bandeja de plata que la mujer sostenía. En ella figuraban su nombre y apellido, mas no su profesión; aún no había enviado a hacer las nuevas.

La mujer hizo una apenas perceptible reverencia.

—Si quiere pasar y esperar —dijo entornando los ojos—, veré si la señora Lee está en la casa.

Scubs agradeció y entró en la preciosa salita de estar. Lo de ir a ver si la señora se encontraba en la casa era una mera formalidad, por supuesto que ella sabía si estaba o no. Aquello no era más que una forma sutil de verificar si la dama en cuestión quería o no, recibirlo.

La salita no era muy grande, el piso estaba cubierto por una

gran alfombra central en colores terrosos sobre la que asentaban tres sillones forrados en terciopelo verde con antimacasares primorosamente planchados. A un costado había una mesita alta de tres patas onduladas que sostenía un magnífico *potiche* de porcelana azul con arabescos dorados y blancos.

Lo que más le gustó fue la araña que pendía del techo, parecía de hierro, con decenas de cristales que refractarían la luz de unas veinte velas que se colocaban en diminutos portantes diseminados en cinco brazos que se abrían asimétricamente. Aunque la juzgó excesiva para el tamaño de la habitación, debía iluminar hermosamente la sala.

Estaba contemplándola cuando la puerta volvió a abrirse.

—La señora Lee lo recibirá, caballero, si es tan amable de acompañarme —señaló la doncella. Scubs asintió y la siguió hasta otra sala más o menos del mismo tamaño. La mujer se encargó de llevarse su abrigo y su sombrero y cerró la puerta al salir.

—Buenas tardes, señor Scubs —dijo la dama, que se hallaba de pie junto a un ventanal por el que entraba una buena porción de luz exterior. Su voz era un tanto aguda sin llegar a sonar chillona. Tenía el cabello gris, sostenido en lo alto de la cabeza por un moño ajustado. Las líneas de su semblante indicaban que tendría unos sesenta o setenta años. Era apenas gruesa y lucía un hermoso vestido color morado. Scubs no entendía mucho de moda, pero le pareció que le sentaba muy bien.

—Encantado de conocerla, señora Lee —repuso, acercándose a ella. Los ojillos redondos de la dama parecían cargados de humor. Sus labios, muy finos, sonrieron. Era mucho más baja que Scubs, su rostro, de facciones suaves y delicadas.

—Siéntese, por favor —invitó la dama, haciendo lo propio en un sillón forrado con una gruesa tela color damasco. Scubs se sentó en otro igual—. Me temo que es un poco temprano para tomar el té. ¿Ha almorzado ya?

—Sí, muchas gracias, no pretendo quitarle demasiado tiempo. Soy policía, ¿sabe?

—¡Oh sí! Por supuesto que sé quién es usted, caballero. ¡Todo el pueblo lo sabe! —Scubs se asombró, y se alegró al mismo tiempo. Al parecer, obtener información de la señora Lee iba a ser más fácil de lo que creía—. Está investigando las muertes de esas pobres mujeres, ¿verdad? Las de la casa Aldridge.

—Así es, ¿las conocía usted?

—Por supuesto. ¿No le gustaría tomar un café? ¿Con unas pastas? ¡Florence las hace de maravillas!

Scubs aún tenía el pudding de ciruelas en la garganta, pero rechazar tan enfática invitación, sonaría a descortesía. Además, le venía bien un café.

—Claro, muchas gracias —aceptó.

La señora Lee tiró de la campanilla que estaba detrás y, en cuanto la mujer que lo había recibido apareció, le pidió café y pastas para los dos. La doncella pareció complacida y se apresuró a marcharse para cumplir el encargo. Scubs se figuró que no recibirían muchas visitas.

—¡Florence es una doncella excelente! —declaró la anciana, cruzando sus pequeñas manos sobre la falda—. ¿Está usted casado?

—No, señora. —Sonrió con cierta incomodidad.

—No, claro, es demasiado joven, presumo. Pero ¡ya es policía! ¿Desde hace mucho tiempo?

—Unos tres años. Señora... —El interrogatorio debía hacerlo él, no ella—. ¿Vio algo extraño en casa de los Aldridge, o en los alrededores, durante la tarde del martes diecinueve?

La señora Lee abrió grandes sus ojillos celestes.

—¡Oh! Ese fue el día que mataron al ama de llaves, ¿verdad? A la pobre señora Woods. No. No ví nada, ¿sabe usted? Y podría haberlo visto porque esa tarde, Florence y yo íbamos a arreglar el jardín, pero el tiempo estaba un poco *comme si comme ça.* —Movió una mano, riendo divertida, lo que obligó a Scubs a sonreír también—. No sé si me entiende.

—La entiendo perfectamente.

Ella volvió a recoger sus manitas en el regazo y se echó un poco hacia adelante.

—Es que este clima de Inglaterra es impredecible, jovencito. —Volvió a erguir la espalda—. Le decía que Florence y yo pensábamos arreglar ese día el jardín, pero, considerando el mal tiempo preferimos dejarlo para otra ocasión. De no haberlo hecho, y aunque desde acá no se ve Aldridge House, tal vez hubiéramos podido ver al asesino escapar. Eso si éste hubiera subido por la vereda del estuario; difícil, porque habría desembocado en la comisaría, aunque Miller es tan distraído que ni cuenta se hubiera dado —sonrió simpáticamente—; el asesino bien pudo huir tanto hacia el sur como hacia el oeste. Rose's Path se ramifica hacia todas partes. Y entonces, por más que estuviéramos en el jardín, no lo hubiésemos visto.

Scubs suspiró. Florence entró en aquel momento con rostro satisfecho y apoyó sobre una mesita una enorme bandeja con tazas de humeante café y tres platos con pastas de diferentes sabores que se veían realmente estupendas.

—Verá, inspector —continuó la señora Lee mientras le indicaba con un gesto que tomase una pasta. Scubs eligió el bollo más pequeño que localizó. Era de crema—, soy una buena cristiana ¿sabe usted?, y asisto a misa cada domingo, también me quedo en las reuniones posteriores y asisto a la señora Walton muchas veces, en sus caridades,

igual que Florence. De ahí que conozca a mucha gente. A la joven Katherine Rhys la he visto algunas veces llevando ropa vieja a la vicaría para dársela a quienes son menos afortunados, ¿sabe usted? La donan sus amos, por supuesto, sobre todo la niña, Amelia. ¡Oh! —El rostro de la señora Lee se iluminó—. Es una jovencita deliciosa, espero que tenga más suerte que su hermana mayor ¡pobrecilla! Kathy era su doncella...

—¿Qué tenga más suerte en qué, señora Lee, por favor? —la interrumpió.

—¡Oh, con lo de encontrar marido! Verá, Constance estuvo prometida hace unos años con Lord Riderbown, ¡un joven estupendo! ¡La muchacha había logrado encontrar un excelente candidato en su primera temporada social, imagínese! ¡Su madre estaba contentísima! —Scubs volvió a suspirar y bebió un sorbo de café. Consideraba absurdo el hecho de que las jóvenes casaderas fueran expuestas como ganado apenas cumplidos los dieciocho años y más aún, que aquellas primeras salidas determinaran para siempre sus vidas, porque si no conseguían un marido durante las tres primeras temporadas sociales, ya podía ir midiéndose el traje de solterona o disponerse a contraer nupcias con alguien menos deseable o que, incluso, estuviese por debajo de su categoría social. Se había visto perseguido y acosado en varias oportunidades por mujeres deseosas de casar a sus hijas con un buen partido como él, cuyo único defecto era ser policía. Por lo demás, heredaría los títulos y la fortuna de su padre. Y, como si fuera poco, era joven y bien parecido—. El compromiso se rompió poco tiempo después, antes de la boda —prosiguió la señora Lee—. Por supuesto, se dijo que había sido ella quien dio por terminado el noviazgo, pero los rumores hablaron de un engaño. Y ya sabe usted cómo son esas cosas —meneó la cabeza con pena—: si él la engañó a menos de un año de conocerla, habrá sido porque había algo malo en la pobre Constance. Era una muchacha muy orgullosa y muy segura de sí misma, a veces tal vez, un poquitín arrogante, pero no se merecía que luego la sociedad le diera la espalda. ¡Nueve años le llevó encontrar un hombre que no hiciera caso de los rumores! O tal vez lord Blieching, el hombre con quien al final se casó, pidiera una recompensa para desposarla.

—¡Eso hablaría muy mal de él! —protestó Scubs, aunque sabía que era algo posible. El arreglo entre un hombre y la familia de su futura esposa, cuando la reputación de esta era algo cuestionable o dudosa, era más que frecuente. Él mismo había tenido que cuidar sobremanera que la ruptura no manchara, en lo más mínimo, la reputación de Victoria.

—Bueno, no es algo que yo pueda asegurar —se apresuró a aclarar la señora Lee, levantando de nuevo la bandeja para que se

sirviera otra pasta. Scubs tomó otra para no herir su susceptibilidad, pero no le entraba una migaja más—. De todos modos, sé que hoy tiene un buen matrimonio, aunque presumo que no tan feliz, por lo que aún no han tenido hijos. —Compuso un rictus de amargura—. Vive en Londres —agregó, animando el semblante—. La pobre Dorothy pensó que se iría con ella, ¿sabe usted?, era su doncella. Pero no se lo permitieron, quedó muy triste pobrecilla, por eso pienso que hubo un arreglo entre Lord Blieching y el señor Aldridge.

—¿Dorothy Stuart? —Aquello era ya más interesante. La señora Lee asintió con gesto ausente mientras volvía a llenar ambas tazas de café—. Y ¿qué excusa pusieron para que no llevara consigo a su propia doncella? —preguntó, con cierta excitación.

—Que ya había demasiado personal en Blieching House, lo cual debe ser cierto, puesto que son una familia muy antigua y muy adinerada.

—¿Cómo lo tomó Dorothy?

—Estaba desesperada, pobre niña, imagínese. Al quedar sin trabajo, una doncella no tiene muchos recursos, aunque supongo que los Aldridge le hubieran dado una excelente carta de recomendación. De todos modos, resulta angustiante para una jovencita no saber qué ocurrirá con su futuro. Ella ya se veía con la maleta en la calle.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Oh, nada del otro mundo, inspector! Los Aldridge son algo... pomposos, diría yo. —Lanzó una carcajada, echándose hacia atrás—. Algo presumidos, les gusta vivir un pelín por encima de sus posibilidades, pero no son mala gente, no señor. Al contrario, Timothy y Amelia, sobre todo, son muy considerados y bondadosos. Arthur y Constance salieron a Mary Louise, algo menos escrupulosos y con ciertas... ínfulas, pero igual no tienen maldad, créame.

—¿El muchacho tampoco? —preguntó Scubs, levantando una ceja.

—¿Arthur? —La anciana volvió a reír, divertida—. Ese chico está ansioso por ser un hombre hecho y derecho, cree que debe hacerse el recio... Tal vez Mary Louise lo tiene un poco consentido, pero no es más que un muchacho tosco y engreído. La cuestión es que fueron incapaces de despedir a Dorothy. De hecho, me consta que son incapaces de despedir a algún sirviente. —Un tinte de rubor apareció en las mejillas de la anciana, que se apresuró a ofrecer—: ¿Quiere más café? ¿Otra pasta?

Scubs rechazó el ofrecimiento mas no fue ajeno a la incomodidad que, de pronto, se había adueñado de la mujer. ¿Había hablado de más y se había arrepentido?

—¿Habían tenido antes ocasión de despedir a algún otro criado? —preguntó, rechazando las pastas con un ademán. Tenía que

aprovechar el momento.

La señora Lee lanzó un breve suspiro y lo miró con pena.

—Bueno..., tal vez no debería..., pero supongo que siendo usted policía no importará...

—Créame, señora Lee, si no tiene relevancia para el caso que investigo, nadie sabrá lo que usted me ha contado —aseguró Scubs.

—Bien; se lo agradezco, inspector. —La señora Lee irguió la espalda y volvió a enlazar los dedos sobre la falda—. No puedo estar completamente segura de toda la historia, pero algo de cierto habrá desde el momento que Catherine desapareció de Hillside Bell.

—¿Catherine?

—Catherine Boyle, la hija de Hellen y Stephen Boyle.

Scubs recordó que Hayden le había hablado de ella, pero en ningún momento le había entendido que la chica hubiese desaparecido.

—¿Vivía aquí?

—¡Claro, en Aldridge House, con sus padres!

—Cuénteme.

—La chica tendría unos dieciséis o diecisiete años, nunca estoy muy segura de la edad de la gente. Se llevaba muy mal con Constance, porque al parecer, ésta le tenía unos celos terribles. Aunque tiene belleza como para no necesitar envidiar a nadie, la de Catherine era una belleza diferente ¿me entiende? No era una dama propiamente dicha, por supuesto, era tan solo la hija de una cocinera y un jardinero, pero tenía algo que la hacía brillar como si tuviese luz propia. Era alegre, llena de vida. Se dice que una noche hubo una pelea tan fuerte entre las dos chicas que no hubo más remedio que despedir a Cath. Pero, el señor Aldridge no tuvo corazón para hacerlo, ¡imagínese, conoce a la señora Boyle de toda la vida y Catherine era su hija! Así que, al parecer, la envió a Aldridge Hall, en Essex. Se dice que Mary Louise no lo sabe. ¡Se pondría furiosa si se enterase que, después de todo, su marido no despidió a la muchacha! Pero, como le dije, inspector, son rumores, yo no puedo asegurar nada...

Scubs se removió en su asiento. ¿Tendría ésto que ver con el misterioso secreto de la señora Boyle?

—¿La señora Woods ya trabajaba en la casa cuando tuvo lugar esa pelea?

—¡Oh, sí! Creo que sucedió a poco de haber llegado ella, o al año siguiente.

—¿Catherine sigue viviendo en Essex?

—No sé dónde ha ido. Alguien dijo que se casó. No sé qué habrá sido de ella. Espero que sea feliz, era una buena chica.

—La señora Woods tenía una sobrina.

—Lo sé, pero yo no la conocí. Sé que está casada porque le

escribe a su tía con periodicidad... Bueno, le escribía. ¡Pobre señora Woods! Era increíblemente antipática, pero sin duda, no merecía ese final.

—Nadie lo merece. Catherine Boyle y Constance Aldridge tenían más o menos la misma edad, ¿verdad?

—Sí, creo que Constance era un poco mayor.

—Y dice usted que la pelea ocurrió más o menos al tiempo o un año después de la llegada de la señora Woods. Según los Aldridge, el ama de llaves estaba con ellos desde hacía quince años, así que debió suceder hace unos catorce, más o menos, ¿está de acuerdo?

La señora Lee asintió.

—Eso parece, sí. Hoy estuve en el sepelio de esas pobres mujeres. Fui con Florence, ¡me parece mentira que hayan muerto! Sabe, inspector, a mi edad una ha visto morir a mucha gente querida, pero eso no significa que afecte menos. —Lo miró con rostro compungido.

—Por supuesto que no. —Se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse, gesto que ella agradeció con una dulce sonrisa. —Señora Lee, le agradezco que me haya dedicado su tiempo. He disfrutado muchísimo de su compañía y de las exquisitas pastas de Florence.

—Espero haberle servido de ayuda.

—Estimo que mucho, mi querida señora.

Se despidieron con la promesa de que Scubs volvería a visitarla, aunque ya no hubiera caso policial de por medio.

El inspector decidió ir andando hasta la taberna del Sapo Karli. Era un atardecer frío pero el cielo estaba tan despejado que valía la pena caminar un poco, aunque temió perderse en varias oportunidades. Preguntando aquí y allá, llegaría.

Mientras, disfrutaba del aire fresco, mucho más puro que el de Londres. El sol ya comenzaba a ocultarse.

Si la riña entre Constance Aldridge y Catherine Boyle, que desembocó en el despido de la hija de la cocinera, ocurrió hace unos catorce años y Catherine tenía entonces dieciséis o diecisiete, significaba que Constance tendría diecisiete o dieciocho, lo cual coincidiría con su primera temporada social. Scubs se rascó la cabeza, no porque le picara sino, tal vez, para activar su cerebro. Lo hacía de manera instintiva. Al parecer, unos meses después el muchacho con el que se había prometido Constance, el tal lord Riderbown, la engañó. Había que tener en cuenta que entre conocer a un joven y comprometerse en matrimonio debían mediar algunos meses, aunque podían aparecer ciertos «apuros» fortuitos que acelerasen los tiempos: una suegra ansiosa, una deuda urgente o la necesidad de escapar del yugo paterno. Claro que, de no conocer bien al novio, la damisela

podía caer en el no menos riesgoso yugo marital del que ya no tendría escapatoria. Todas variables que había que considerar. Catherine fue despedida. Esto no reportaba gran cosa, cualquier situación considerada inapropiada para una sirvienta era motivo de despido, aunque ésta no hubiese hecho nada. ¿Podría tener que ver con estas cuestiones el gran secreto de la señora Boyle? Habría que indagar.

12

Con una doncella menos el trabajo en Aldridge House se había multiplicado. Entre los sirvientes, la ausencia de la señora Woods se notaba algo menos que la de Kathy, no solo porque a aquella no le guardaban demasiada simpatía, sino porque el señor Grubber se las arreglaba solo y más que bien para dirigirlos, gobernar y organizar la casa. A Kathy la extrañaban.

Emily, que ya había desayunado y limpiado las cenizas de las estufas, se encontraba arreglando la habitación de la señorita Amelia; había quitado las sábanas y puesto otras limpias, y había cambiado las toallas del tocador.

El cuarto era muy femenino, cálido. Las paredes estaban empapeladas en un tono durazno con ramilletes de flores pintadas aquí y allá, la puerta forrada en paño algo más oscuro, con finos ribetes dorados. Los muebles eran de madera con líneas onduladas. La cama, pequeña, estaba cubierta con una gran colcha de tafetán color durazno y almohadones al tono, con volantes. Emily sintió una profunda emoción al entrar y ver un cojín en particular, con la cubierta tejida en lana roja simulando una rosa que había quedado algo torcida. Lo había hecho ella misma cuando tenía unos ocho años y, con toda la vergüenza y la ilusión del mundo, se lo había obsequiado a la señorita Amelia cuando ésta cumplió sus dieciséis. Todavía recordaba los ojos emocionados de la señorita diciéndole «¡Emily, es muy bonito! Muchas gracias, lo colocaré sobre mi cama». Y allí estaba.

Emily recordaba también que la señorita Constance había soltado una carcajada y que la señora Mary Louise había reído de igual modo, pero con mayor disimulo. Había sentido arder sus mejillas y había salido corriendo. No les regaló nada más a ninguno de los Aldridge. Sus tejidos era lo único que podía obsequiar para los cumpleaños o las navidades. Había comenzado a aprender a los cinco años y desde entonces no se había detenido, lo hacía todo el tiempo y cada vez mejor. Berenice Hattie le había enseñado los primeros puntos, luego había ido aprendiendo de Hellen, de Jennifer y hasta de la misma señora Mary Louise, que alguna vez se había mostrado paciente y le había enseñado el punto arroz.

Apiló las sábanas y toallas y repasó el tocador con un trapo, volviendo a su sitio el joyero de madera labrada y los potes de cremas, ungüentos y colonias.

Mientras tanto, deseaba con todo el corazón que no la designaran como nueva doncella de Amelia. No le gustaba ese trabajo.

Prefería la libertad que le daba ser criada. Frunció el entrecejo y la boca ante tamaño pensamiento. ¿Cómo podía ocurrírsele algo semejante? Ella debía pensar en su futuro y, para una simple criada, el futuro se presentaba mucho más negro que para una doncella personal. Pero algo dentro suyo mantenía la esperanza de poder elegir su destino en cuanto tuviera unos años más. No tenía idea de cómo lo conseguiría, si es que alguna vez lo hacía, pero había un fuego en su interior que le decía que debía intentarlo siempre. Todo. Lo que fuese. Lo que quisiese lograr. Intentarlo. Eso era lo que le habían enseñado Paul y Berenice Hattie, lo más parecido a un padre y una madre que había conocido. ¡Cuánto los extrañaba! Sacudió la cabeza. No podía ponerse sentimental en aquellos momentos. Su corazón latía con fuerza pues había visto al señor Phelps salir del cuarto del señorito Arthur con algunas camisas, seguramente para llevarlas al lavadero o a que las cosieran. Le resultaba curioso el señor Phelps, no lo veía demasiado, si no estaba atendiendo a sus señores, estaba metido en su cuarto leyendo o escribiendo cartas, tal vez tenía una bonita familia en alguna parte.

Miró hacia los lados y a la escalera. Nadie subía. No se escuchaban pasos. Cerró la puerta de la habitación de la señorita Amelia y caminó con sumo cuidado sobre la mullida alfombra del rellano hasta la puerta del señorito Arthur; aún se distinguían trazas de la mancha del té derramado por Kathy, en los rincones. La señora Mary Louise debió haberse enojado bastante si las había visto. Y seguro lo había hecho. El señor Phelps había cerrado la puerta del cuarto del señorito, por lo que Emily dedujo que ya no tendría nada más que hacer allí. Perfecto, no regresaría. Asió el pomo, lo giró con cuidado, conteniendo la respiración, y se metió dentro. Si alguien la encontraba allí sería su fin; no existía razón alguna para que entrara en aquella habitación y, por el momento, no se le ocurría una buena excusa para dar si alguien la pescaba.

El lugar estaba impecable, ordenado y limpio. Olía a lavanda. Con las cortinas echadas se veía poco, pero no podía arriesgarse a encender una de las lámparas de gas, o una vela. La cama estaba en medio, perfectamente tendida con su preciosa colcha de terciopelo azul y sus cojines ahuecados, dispuestos encima. A diferencia de la de Amelia, la cama de Arthur era más ancha y tenía un hermoso dosel de madera labrada, cuya cortina de hilo estaba corrida hasta la mitad de cada lado, recogidas con dos lazos, también azules. En el tocador, y pese a la escasa luz, podía ver la jofaina y su jarra tapadas con un paño blanco; a su lado, había dos toallas limpias y bien dobladas. Hacia la izquierda, en un cajoncillo lustroso estaban las hojas de afeitar, los cepillos y los peines.

No tenía idea de lo que buscaba. ¿Algo que demostrase que

Arthur había asesinado a Kathy? ¿Lo había hecho? ¿Por qué? ¿Porque lo rechazaba? ¿Mataba por eso, un hombre, a una mujer?

Con todo cuidado entreabrió el primer cajón de la cómoda. La ropa del señorito se encontraba en perfecto orden. No distinguía qué clase de ropa era, pero tampoco se detuvo demasiado en enterarse. Se sonrojó al pensar que podía tratarse de sus prendas interiores. ¡La despedirían en el acto y sin recomendación si la encontraban allí! Cerró con rapidez y se volvió, aferrándose al borde del mueble. Ya debían haber limpiado a fondo, al menos una vez, aquel cuarto tras la muerte de Kathy.

Se levantó el vestido y se arrodilló sobre la alfombra, miró debajo de la cama; no vio nada, todo estaba oscuro, tendió la mano y tanteó el piso; nada. Fue haciendo lo mismo por todo el contorno sin encontrar absolutamente nada. Se puso de pie y se sacudió la falda y el delantal. Se acomodó la cofia metiendo los mechones de pelo que se habían soltado de las horquillas, colocó los brazos en jarra y suspiró. Varias veces había estado antes en ese cuarto, ayudando a Jennifer cuando fregaba los suelos. Una idea comenzó a tomar forma dentro de su cabeza; caminó resuelta hasta la ventana, entreabrió apenas el espeso cortinado gris y observó. El cuarto del señorito Arthur estaba ubicado sobre el de Andrew Grubber y ambos daban al patio bajo. Veía perfectamente las ventanas de los dormitorios, tanto de las doncellas y criadas en el subsuelo, como el de los criados, en la planta baja. Empujó con cuidado una de las hojas, que siempre quedaba abierta para que entrara el aire, se asomó y confirmó que las ramas del fresno llegaban hasta el alféizar. Bien podría haber bajado, el señorito, por allí y deslizarse dentro del cuarto de Kathy; pero ¡cómo le costaba creer que Arthur Aldridge fuera un asesino! Volvió a acomodar la cortina y se volvió hacia la puerta. Pegó la oreja para cerciorarse de que no había nadie cerca. La familia estaba desayunando y aún demoraría un rato en volver a subir para ir a las salitas de estar. Sujetó el pomo y, conteniendo la respiración una vez más, lo giró; fue entonces cuando lo vio: un diminuto retacito de tela blanca encajado en la bisagra. Con dos dedos lo agarró, estaba muy apretado en el gozne y era demasiado pequeño. Lo intentó dos veces más y, a la siguiente, lo logró. Se lo metió en el bolsillo del delantal y salió a toda prisa. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Se metió en la habitación de Amelia, levantó del piso el bollo de sábanas y corrió hasta la escalera de servicio. Su respiración se aceleró al encontrarse con Dorothy, que caminaba en sentido contrario.

—Iba a buscarte —dijo ésta enfurruñada—. La señora Boyle dice que estás tardando demasiado. ¿Qué hacías?

Emily escondió el rostro entre las telas, colorada como un tomate.

—¡Fui a cambiar el blanco de la señorita Amelia! —gritó sin detenerse.

Dorothy la miró con extrañeza y continuó su camino.

Apenas la doncella desapareció de su vista, Emily volvió sobre sus pasos y recorrió en puntillas el rellano hasta la escalera principal. Si la puerta del comedor estaba cerrada, podría pasar por la biblioteca sin ser vista y, tal vez, escuchar algo de la conversación de los señores. ¿La pondrían como doncella de la señorita Amelia? Esperaba que no, aunque sería la decisión más lógica si a Margaret Clemont la ascendían a ama de llaves. Dorothy se convertiría en doncella de Mary Louise y, por edad y condiciones, ella iría con Amelia. ¡Como le hubiese gustado que Jennifer no fuera tan tosca en sus maneras y le eligiesen para el puesto! A Silvie no la escogerían, seguro, le faltaba carácter, la pobre era muy asustadiza, parecía una niña. Emily, pese a ser unos meses menor, parecía mayor que ella. No siempre, claro. Molly era un poco mayor que ambas, pero algo más corta de luces. No tenía escapatoria. A no ser que la señora Mary Louise se negara a despedirse de Margaret como su doncella personal.

El comedor no estaba totalmente cerrado, por lo que las conversaciones se escuchaban perfectamente. Miró a los lados y al no ver a nadie, tiró las telas sobre un sillón y se puso a doblarlas lentamente, lo más cerca de la puerta que pudo.

—¡No quiero ir a esa estúpida reunión! —dijo Amelia en tono de queja.

—No se trata de lo que quieres sino de lo que debes —repuso con suavidad la señora Mary Louise—. Si no logras comprometerte antes de la siguiente temporada, la gente pensará que hay algo malo en ti.

—¡No me importa! —terció la joven—. ¡Estoy de luto y no quiero ir a una fiesta!

—Querida —insistió su madre—, nadie guarda luto por los sirvientes, solo se debe mostrar un poco de respeto y eso ya lo hemos hecho.

—Y lo seguimos haciendo —masculló Arthur con la boca llena según entendió Emily, con una mueca de asco—, las cortinas siguen echadas y hay esos florones negros por todas partes.

—Crespones —le corrigió su madre—, y por favor, Arthur, ¡termina de tragar la comida antes de hablar!

—Todos iremos a la reunión, cariño —intervino el señor Timothy—, después de todo, casi es en honor a Kathy.

Emily supuso entonces, que la reunión se haría en casa de los Friedrich, donde Kathy había servido antes de ser entregada a los Aldridge. De todos modos, nadie podía creerse que la cena se haría en honor de una doncella.

—¡No digas tonterías, Tim! —recriminó la señora Mary Louise en tono jocoso—. Supongo que los Friedrich se sentirán desolados por la muerte de la chica, pero esta cena estaba arreglada desde el mes pasado, lo sabes bien. No intentes consolar a Amelia con mentiras. Es humillante.

Emily espió por una hendija y vio el semblante apesadumbrado del señor Timothy.

—¡Al menos padre tiene la decencia de demostrarme que entiende mi pesar! —gritó la muchacha. Se escuchó un golpe sobre la mesa. Volvió a espiar y vio la espalda recta de Amelia y sus puños apretados a los lados del plato.

—¡Jovencita, compórtate! —espetó su madre, sin perder la calma—. Esos modales tan... bruscos, seguramente los habrás aprendidos de esos amigos... excéntricos, ¿verdad? Pues aquí no lo toleraremos.

—Si Amelia no quiere ir a casa de los Friedrich, no irá —declaró el señor Aldridge sin levantar la voz—. Ya habrá otras oportunidades de alternar con lord Cartwright por el tema del compromiso.

—¡No estoy de acuerdo! —La señora Mary Louise se mostró ofuscada y miró con seriedad a su esposo—. Amelia no puede darse el lujo de...

—¡Diremos que está dolida por la muerte de su doncella! —interrumpió éste—. Cosa que, por otro lado, es cierto —agregó en tono más bajo—. Hablará bien de ella el que muestre algo de sensibilidad —finalizó, haciendo énfasis en la última palabra.

La señora Aldridge se removió descontenta en su asiento. Miró a su marido con rabia, pero finalmente tomó aire y relajó los hombros.

—Claro, querida —replicó con la misma suavidad de siempre —. Hasta puede que lord Cartwright venga a verte una de estas tardes para interesarse por tu estado de ánimo. —Levantó las cejas hacia su esposo.

—Gracias, padre —murmuró Amelia.

—De todos modos, no debiste hablar así a tu madre —sentenció éste.

—Lo sé, perdón mamá.

La señora Mary Louise torció apenas los ojos hacia ella y continuó desayunando.

—Ya hablaremos luego de tu nueva doncella —dijo muy seria. El reproche implícito en el gesto de su esposo le hizo agregar con rapidez—: Cuando estés lista, claro.

—Emily. —La voz del señor Grubber, detrás suyo, le hizo dar un salto—. ¿Qué estás haciendo, si puedo preguntar?

El mayordomo estaba de pie junto a ella, sus ojos iban de las telas dobladas a los suyos.

—Voy a dejar el blanco de la señorita en la lavandería —se excusó ella y, con un movimiento veloz, calzó las sábanas y toallas sobre sus antebrazos y salió corriendo.

Grubber frunció los labios y la observó marcharse. Se sintió muy asombrado. Nunca hubiera pensado que a Emily le gustara escuchar detrás de las puertas. Comenzó a ahuecar los almohadones, solo por hacer algo. Claro que con todo lo que estaba ocurriendo en la casa, era casi hasta lógico que las personas cambiaran sus comportamientos. Pero ¿escuchar detrás de las puertas? Eso era algo totalmente impropio de Emily. ¿Estaría preocupada por algo? Grubber sabía que la niña quería averiguar quién había asesinado a Kathy, pero no imaginaba que sospechase de la familia Aldridge.

Miró hacia la mesa del comedor en el preciso instante en que éstos se ponían de pie. Arthur y el señor Timothy se despidieron hasta la noche y salieron tras recibir sus sombreros y abrigos del lacayo. La señora Mary Louise tomó a Amelia del brazo y, juntas, caminaron hacia la escalera.

—Dorothy será una buena doncella —dijo la señora en voz baja.

—¡Pero no me gusta Dorothy! —refunfuñó Amelia—. Prefiero a Emily.

—Tonterías, querida. Dorothy ya está preparada.

—Creí que Margaret sería ahora nuestra ama de llaves y que tú te quedarías con Dorothy.

Habían llegado al poste de arranque; la señora Mary Louise soltó el brazo de su hija y se recogió la falda.

—¡Ni hablar! —dijo, comenzando a subir la escalera—. Margaret me conoce como nadie. ¡No nos hace falta un ama de llaves! Te quedarás con Dorothy.

Amelia también recogió su falda y la siguió.

—Prefiero a Emily —sostuvo.

—A esa niña le falta aprender mucho aún. Es solo una criada, es muy pequeña.

—Tiene trece años, es una buena edad para aprender a ser doncella.

—No, escucha...

—¡Madre...! —gimió Amelia—. ¿Y si cuando me caso con lord Cartwright no puedo llevarme a mi doncella, como sucedió con Constance? También era Dorothy. ¿La haríamos pasar otra vez por lo mismo?

—¿Y a ti desde cuándo te importan los sentimientos de una criada? No seas tonta, querida. Si no te la llevas se quedará en esta

casa, no irá a la calle. Tu padre no lo permitiría. A veces me pregunto por qué no se convirtió en vicario en lugar de fabricante.

Grubber abrió la puerta del comedor con gran asombro por lo que acababa de escuchar «¿Tu padre no lo permitiría?» ¿Sabría algo la señora Mary Louise, después de todo? Se acercó a ayudar a las muchachas con el servicio.

—¿Te hubieras casado con él? —preguntó Amelia. Madre e hija habían llegado al primer descansillo.

—¿De haber sido vicario? Tal vez, sí —respondió la señora Aldridge con una breve sonrisa—. Pero tu abuelo no lo hubiera permitido.

—¿Tú sí? ¿Te habrías casado? —Amelia estaba asombrada.

—¡Oh, por supuesto! Siempre he estado muy enamorada de tu padre. —La señora bajó tanto la voz que Grubber tuvo que hacer un esfuerzo para escuchar —. Pero no se lo digas, se pondrá meloso.

—¡Madre!

El mayordomo sonrió.

* * *

Emily tiró la ropa en el piletón de lavado y volvió a meter los mechones castaños, que bajo la luz del sol se veían dorados, dentro de la cofia. Sacó del bolsillo del delantal el trocito de tela y lo estudió con detenimiento. No era de las camisas del señorito, ni de algún fular, ni de una corbata. Ni siquiera de una sábana; esa tela era de un delantal como los que usaba el servicio. Se lo acercó a la nariz y lo olió. No sintió ningún aroma en particular y la confundía el que manaba de las cacerolas de la señora Boyle, que preparaba la comida. Molly la observaba desde la ventanita de la cocina; al verla, Emily le hizo una seña para que se acercara.

Molly miró a la señora Boyle y asió un perol lleno del agua sucia de las verduras.

—Voy a tirar esto a las plantas —dijo.

La cocinera, que no tenía un pelo de tonta y había visto pasar a Emily, torció la boca.

—Está bien, pero no te entretengas mucho que aún queda pelar las patatas y quitarles los ojos, eso lleva tiempo.

—¡Regreso enseguida! —gritó, ya en la puerta.

—¿Qué es? —le preguntó a Emily una vez vaciada la olla en medio de los canteros.

—Un trocito de tela ¿Has visto que a alguien se le haya rasgado el delantal en estos días?

Molly negó con la cabeza.

Silvie apareció por detrás, con la cesta vacía de la ropa que acababa de tender.

—¿Qué es eso? —Colgó la cesta de su brazo izquierdo y colocó la mano derecha sobre los ojos para atajar el sol, que le daba de frente.

—Un trocito de delantal. ¿A ti se te rasgó alguno? —increpó Molly con el ceño fruncido.

—No, pero creo haber visto a Jenny cosiendo el suyo.

13

Las autopsias de la señora Woods y de Kathy no revelaron nada nuevo. El forense le había dicho a Flanagan que la joven había luchado con su atacante; creía, por las lesiones de sus manos, que al menos había intentado sujetar la cuerda para separarla de su garganta. Una reacción habitual en ese tipo de asesinatos. La señora Woods había muerto en el acto, el filo le había dañado el corazón.

—Es extraño que la otra doncella, la que dormía en el mismo cuarto, no haya escuchado nada —reflexionó el sargento al tiempo que pinchaba un trozo de carne que el Sapo Karli les había servido en el salón de su nutrida taberna.

Se habían alojado en la parte alta, en dos cuartos unidos por un estrecho pasillo que desembocaba en la escalera que iba directamente al salón donde se encontraban. Lilly, la esposa del Sapo, se ocupaba de asear las habitaciones, tender las camas y cambiar el agua de las jofainas y las toallas. Scubs esperaba que pudieran quedarse bastante tiempo, ya que se había enamorado de aquel pueblito, con sus calles zigzagueantes, su bosquecillo tupido y sus pintorescos habitantes. En cambio, Flanagan seguía prefiriendo el hollín, la mugre y la enormidad de Londres.

—Tengo entendido —apuntó Scubs luego de beber un sorbo de sidra— que los sirvientes se acuestan demasiado cansados como para escuchar ruidos nocturnos; por lo general, duermen como troncos.

—Imagino que es así, inspector. —Flanagan levantó un hombro y siguió masticando el cordero, que sabía delicioso. Intentó seguir hablando, pero tenía la boca demasiado llena.

Scubs lo notó y sonrió. Pinchó una patata.

—Sé lo que piensa, sargento —aseguró—. Que los policías también nos acostamos sumamente cansados y, sin embargo, despertamos de inmediato si hay algún ruido en los alrededores. —Flanagan asintió sin dejar de masticar—. Sucede que estamos permanentemente alerta. Una criada, en cambio, a menos que tenga algo que la preocupe sobremanera, duerme a pierna suelta con toda tranquilidad, ¿no le parece?

—Pues sí; supongo.

—De todos modos, habrá que investigar.

—¿Cómo? Mientras el señor Aldridge nos impida hablar con su servidumbre es imposible.

—Tengo mis métodos.

Scubs le contó en detalle su conversación con la señora Lee, estimando que otros vecinos harían lo mismo. A la gente le encantaba

hablar de los otros, en particular de los Aldridge, la familia más adinerada del pueblo.

Flanagan le dio la razón.

* * *

Después del almuerzo, Emily y Dorothy se ocuparon de adecentar el comedor y llevaron el servicio a la cocina; Molly y la señora Boyle se encargarían de lavar la loza. Repasaron la mesa y barrieron el piso. Los muchachos ayudaron a levantar las sillas, que eran sumamente pesadas, así como a correr la mesa para limpiar bajo la gran alfombra persa que Jennifer, en cuatro patas, cepillaba cada día con fuerza.

Una vez finalizada esta actividad, Emily se vio libre para ir a ayudar a Silvie a escurrir la ropa; había que pasar cada tela por los rodillos y girar la manivela. Era una tarea ardua y pesada. Emily la ayudaba cada vez que podía, mientras pensaba que, si los Aldridge querían convencer a todo el mundo de que tenían dinero, podrían contratar al menos, una lavandera.

Se subió las mangas y se dirigió a uno de los baldes donde estaban las sábanas, sacó una y la dobló como buenamente pudo para que resultara más fácil escurrirla. Silvie la miró de reojo mientras giraba la manecilla, la cara roja por el esfuerzo. Algunos mechones se le habían desprendido de las horquillas y caían sobre su rostro pecoso. Llevaba la cofia bastante torcida.

—¿De verdad viste a Jenny cosiendo su delantal? —preguntó Emily dejando la sábana doblada y chorreando, sobre un taburete. Tomó otra del balde. Silvie no respondió; bufó haciendo un gesto de malhumor y volvió a girar la manecilla una última vez. Sacó los dos camisones que había colocado en los rodillos y los tiró dentro de otro balde. Comenzó a colocar la sábana que había doblado Emily

—Deja —dijo ésta, adelantándose—. Yo lo haré, tu sigue doblando.

—Gracias —murmuró Silvie—, tengo los brazos doloridos.

—El trocito no era de los uniformes de Kathy —siguió Emily mientras acomodaba la sábana con presteza—, yo misma me ocupé de su ropa y ningún delantal estaba rasgado.

Silvie miró hacia los lados y estiró el cuello para verificar si había alguien en la ventanita de la cocina.

—¿Cómo sabes que es de un delantal? ¿No puede ser de una prenda del señorito? —preguntó de mal talante. Ella también quería mucho a Jennifer.

Emily terminó de colocar la sábana y chasqueó la lengua meneando la cabeza mientras comenzaba a darle a la manivela.

—Sabes muy bien que ninguna prenda de los señores se hace

con tela de delantales. Incluso si fuese de una cofia, lo notaríamos, porque se desgastan menos.

Las mejillas de Silvie se ruborizaron hasta un color bermellón. Torció las comisuras hacia abajo como si fuese a echarse a llorar y miró por sobre sus hombros para constatar que no había nadie cerca.

—Escucha —murmuró escondiéndose tras el camisón que doblaba—. La tarde que fuiste con el señor Grubber a llevar la ropa a la vicaría, vi a Jenny salir del cuarto del señorito. Tenía el cabello desarreglado, la cofia le caía a un costado y tenía el rostro... pues... como si hubiera estado fregando un piso entero. —Emily la escuchaba con atención—. Yo había ido a llevar el té a la señora y a la señorita a la sala de estar. Vi a Jenny cuando subí con la bandeja, luego, cuando bajé... ¡El señorito también salió de su habitación! ¡Y arreglándose la camisa!

Emily contuvo la respiración, se quedó estática, con la manivela inmóvil. ¿Jennifer? ¿Qué podía hacer Jennifer en el cuarto del señorito? ¿Y *con* el señorito? Un escalofrío le recorrió la espalda. Tomó aire y volvió a mover los rodillos.

* * *

El sábado al mediodía, un carruaje enviado por lady Constance Blieching llegó al 26 de Rose's Path con la misión de recoger las tres maletas y los dos baúles que transportaban los vestidos y trajes que los Aldridge usarían en los días previos, durante y posteriores a la cena de los Friedrich. En el mismo carruaje viajarían Timothy y Arthur, en tanto en el de la familia, conducido por el señor Levingston y acompañadas por el lacayo y el ayuda de cámara, irían las dos mujeres.

Por lo general, cuando de una reunión social se trataba, la familia partía unas tres horas antes ya vestida y acicalada. Un corto paso por la casa de Constance les daba la oportunidad de acomodar todo lo que el viaje había desarreglado y santas pascuas. Pero esta vez era diferente. Estaban a punto de sellar el cortejo formal de lord Cartwright con Amelia, todo tenía que ser perfecto. La familia se alojaría por un par de días en casa de Constance ya que, seguramente, el pretendiente invitaría a Amelia a pasear el domingo. Tal vez la llevaría al teatro o a la ópera.

Amelia subió al carruaje y se sentó junto a su madre. A Mary Louise le costaba contener la excitación; lord Cartwright era, sin duda, un gran partido para su hija, era el vástago mayor de un acaudalado terrateniente del que, lógicamente, había heredado título y fortuna. Se acercaba a los cuarenta, por lo que su atractivo físico se encontraba en su apogeo, al menos así lo apreciaba Mary Louise que ya había cruzado la barrera de los cincuenta hacía tres años. Las sienes de lord

Cartwright apenas comenzaban a platear y mantenía una espesa y brillante cabellera castaña con un corte impecable. Sus intensos ojos oscuros miraban con curiosidad y cierta picardía. Poseía, además, un gran sentido del humor. Amelia no podía menos que sentirse orgullosa de ella, que le había encontrado tan buen candidato.

Pero no era así, la joven se sentía desdichada. Había cedido a los deseos de su madre a pesar de que su padre la había autorizado a no asistir a la reunión. Mary Louise solía ser bastante persuasiva cuando se le metía algo en la cabeza.

Amelia había sentido un gran cariño por su doncella, y su muerte, de modo tan brutal, la perturbaba. ¿Quién podía querer que esa muchacha muriese?, se preguntaba. ¿Estaría su asesinato conectado con el de la señora Woods? Y peor aún, ¿viviría el asesino en su propia casa?

Por otra parte, invariablemente sus pensamientos se deslizaban hacia su probable futuro. Durante un tiempo había creído estar enamorada de un joven al que su madre consideraba «excéntrico». Luego, al enterarse de que éste desposaría a otra mujer, le importó tan poco que se convenció de que no había sido más que una pasión pasajera. Las pocas novelas que había leído, a escondidas de sus padres, por supuesto, decían que el amor era algo extraordinario, avasallador. Nada de esto le había sucedido con aquel joven, aunque era cierto que le gustaba mucho. El problema era que lord Cartwright tampoco le despertaba mucho interés. Aunque, debía reconocer que, a pesar de llevarle al menos quince años, tenía muy buen aspecto, era amable y simpático. También, y no menos importante, tenía mucho dinero y, de casarse con él, no solo se convertiría en una dama, sino que entraría de lleno en la *crème* de la alta sociedad. Como Constance.

Pero Amelia no lograba ver algo positivo en ello, intuía que su hermana no era feliz. Y esto le causaba una honda pena. La notaba aburrida, de mal talante, como si nada le gustase o le causara placer. ¿Esa era la vida que le esperaba a ella? ¿En eso se convertiría? ¿En una mujer cuyo único entretenimiento sería bordar y pasarse las tardes visitando otras damas, tomando té y hablando de moda? ¿Dando la razón en todo a su marido? ¿Por qué no podía tener un matrimonio como el de sus padres? Mal o bien, se habían casado por amor. Ella lo sabía. Sus abuelos habían querido prometer a Mary Louise con un hacendado de Surrey y ésta tuvo que dar bastante guerra para convencerlos de que Timothy Aldridge era tan buen partido como aquél. ¿Cuándo y por qué había cambiado su madre? ¿Habría sido cuando lord Riderbown rompió el compromiso con Constance? Amelia se esforzaba por recordar los detalles de aquellos días, pero tenía tan solo seis o siete años cuando ocurrió. Recordaba la ira de Constance y las lágrimas de su madre, nada más. Había sentido

mucha pena por su hermana, pero también por lord Riderbown, ¡se veía tan desdichado! ¿Qué habría sido de él?

Para cuando el carruaje llegó a la mansión Blieching, Amelia había tomado una decisión. De momento, no consentiría que se acordara su matrimonio con lord Cartwright. Se lo pensaría mejor. Por supuesto entendía a su madre: Arthur, por ser el hijo varón, heredaría fortuna y tierras de la familia; si ella y Constance no lograban buenos matrimonios quedarían a expensas de él y de lo que quisiera darles, por el resto de sus vidas. Y si se casaban con poca cabeza podrían terminar viviendo en la miseria. Bien, Constance ya estaba casada, faltaba ella. Confiaba en lograr al menos, sentir un cierto cariño por su futuro esposo, no solo una cortés simpatía.

No era la primera vez que los Aldridge pisaban la magnífica propiedad de los Friedrich. Ubicada en el corazón de Berkeley Square poseía en su entrada, una escalinata de mármol a través de la cual se llegaba al portal de roble de doble hoja y se entraba a un salón, que sobrecogía por su opulencia. Del techo pendía una araña con diminutas lámparas de gas que refractaban en unos espejuelos colgantes, logrando un efecto de cascada que iluminaban bellamente la sala. Dos escaleras, alfombradas en rojo se abrían simétricas, a izquierda y derecha, desembocando en un *balconette* en el que se distinguía un buen número de puertas acristaladas con cortinas de hilo blanco. Toda la estancia estaba amueblada en estilo georgiano. En medio de las escaleras se abría una arcada donde un cortinado de terciopelo, cual telón de escenario, se dividía en dos, anudándose cada lado a las paredes con lazos de seda. Atravesándola, se llegaba al comedor donde se serviría la cena, una vez finalizado el refrigerio con el que se aguardaba la llegada de la totalidad de los invitados. Era una oportunidad maravillosa para presentarse y ser presentado cuando no se tenía la suerte de conocer al resto de la concurrencia. Tal el caso de los Aldridge, que solo conocían a los anfitriones y al señor y la señora August, con quienes habían coincidido en otra velada, en casa de Constance.

Amelia llevaba un vestido de terciopelo en tonos violeta, su madre estaba profundamente disconforme con la elección de su hija. Pero ella seguía obstinada en que debía guardar luto. Ya que el negro no era apropiado para el deceso de una sirvienta, al menos se pondría violeta. Si por ella hubiera sido, hubiese asistido con el vestido oscuro que había usado los días anteriores, en su casa. Mary Louise se había horrorizado con la idea. De todos modos, estaba presentable y la doncella de Constance la había peinado con un recogido que dejaba algunos rizos sueltos, enmarcando su armónico rostro.

Lord Cartwright reparó en ella ni bien entró; se dirigió a la

familia con una deslumbrante sonrisa que sonrojó a la joven y satisfizo de forma extraordinaria a su madre, que agradeció al cielo la delicada belleza de su hija; estaba segura que de no ser por ello, ese horrible vestido habría echado por tierra sus posibilidades de matrimonio con tan ilustre caballero.

—¡Señorita Amelia! —exclamó él, al llegar junto a ella—. Luce usted arrebatadora.

Amelia bajó los ojos con una ligera sonrisa, avergonzada, aunque su vanidad lo agradeció sobremanera. Mary Louise también sonrió, pero ella lo hizo con amplitud, extasiada. Se preguntó si lord Cartwright andaría bien de la vista, pero eso en realidad, era lo de menos.

El recién llegado saludó pomposamente a Mary Louise y a Timothy, y con flemática cortesía a Arthur y a lord y lady Blieching.

Mirando de reojo y embelesado a la menor de las Aldridge cumplió con las formalidades de hablar con los padres de la novia y, cuando se anunció que la cena estaba lista, ofreció su brazo a Amelia, que titubeó sin saber qué hacer; su idea de tomarse más tiempo para aceptar la propuesta no estaba saliendo bien; lord Cartwright hablaba con sus padres en términos de la futura unión; al parecer todos la daban ya por sentado. Tampoco podía desairarlo frente a todo el mundo negándose a ir de su brazo hasta la mesa, el pobre hombre no se merecía eso; pero aceptarlo significaba, según las leyes sociales, que lo estaba aceptando ¡como esposo! O, al menos, estaba permitiendo que la cortejara.

—¡Vamos, querida! —apuró su madre desde atrás.

Al comedor se entraba por orden de jerarquía, los primeros eran los anfitriones, luego seguía el único Conde que había asistido, junto a su esposa; luego los lores y ladies —la mayoría— y, finalmente, los señores y señoras llanos como los Aldridge. Esto era, precisamente, lo que Mary Louise quería revertir. Quería entrar entre los primeros en las cenas, no entre los últimos. De todos modos, observaba con sumo placer cómo Amelia entraba en cuarto lugar junto a lord Cartwright —de cuyo brazo se enlazó de mala gana, aunque con una sonrisa—, y a Constance en séptimo lugar, con su esposo.

La cena fue magnífica, plagada de conversaciones triviales y risas tontas. Amelia estaba incómoda, quería irse. Nadie se acordaba de Kathy, nadie preguntaba por los asesinatos, ¡hubiera sido de tan mal gusto!

Amelia amaba la sociedad y las reuniones, le encantaba hablar de modas, de quien se casaba con quien, de a quien habían despechado, desheredado o caído en desgracia. Pero no en aquel momento. No después de que alguien apretó la garganta de su propia doncella, en su propia casa, hasta que la pobre chica dejó de respirar.

Le hubiera gustado levantarse e ir a tomar el aire al jardín a pesar del frío, pero hubiese mostrado una falta total de educación, así es que soportó estoicamente hasta el final de los postres. Aprovechó el momento en que las damas pasaron a la sala de estar, dejando a los caballeros en el salón de fumar, para escabullirse hasta el invernadero. Una vez allí se sentó en un banco de madera y respiró profundamente. Permitió que el intenso aroma de las magnolias la invadiese, y que la frescura de la tierra mojada la devolviese a su infancia, cuando corría con Arthur por los senderos del bosquecillo de Hillside Bell.

Tan absorta se encontraba dentro de sus recuerdos que no escuchó los pasos que se acercaron por detrás.

—¿Se encuentra usted bien?

Amelia se giró de golpe. Había reconocido aquella voz grave y aterciopelada.

—¡Oh, sí! Es que... —Detestaba sonrojarse, pero fue consciente de que lo había hecho. ¿Qué podía decirle a lord Cartwright? ¿Que aún no quería casarse? ¿Que estaba apenada porque su doncella había muerto? ¿Que la asustaba que hubiese un asesino en su propia casa?

—Tal vez prefiera usted estar sola —dijo él, sonriendo—. No deseo importunarla, solo quería comprobar que se encontrase bien.

—No... Quiero decir, ¡sí! Estoy bien... No, no lo estoy —reconoció con pesar. Estaba harta de fingir. De modo inconsciente se hizo a un lado para que él se sentara. Debía ser honesta—. ¿Sabía usted que han asesinado a mi doncella?

Cartwright se ubicó a su lado, procurando no arrugarle el vestido.

—¿Asesinado? —se sorprendió—. ¡Oh, Dios mío! Supe hace un momento de su muerte, su padre me ha contado, por eso, al verla salir sola quise venir a...

Amelia se mordió el labio inferior, había metido la pata. Su padre no había querido mencionar la palabra asesinato para no espantarlo y ella acababa de hacerlo.

—Lo siento mucho —continuó el aristócrata—, supongo que habrán dado cuenta a la policía.

—¡Oh, sí! —repuso Amelia—, pero mi padre le... Nada, lo siento.

Aunque estuviese dispuesta a rechazarlo, no debía mostrarse indiscreta.

—Puede confiar en mí, Amelia —susurró lord Cartwright, con tanta dulzura que se le estrujó el corazón; sus intensos ojos oscuros la miraban con una ternura que no recordaba haber visto en otra persona—. Entiendo las presiones que soporta una joven de su edad, y con su belleza, pero le aseguro que mis intenciones son honorables.

Pronunció la última palabra con lentitud, resaltándola.

Los ojos de Amelia se llenaron de lágrimas sin atreverse a mirarlo. Qué vergüenza, el pobre hombre también estaba siendo presionado, sobre todo por su madre.

—Lo siento —murmuró.

—No tiene por qué, mi querida —la consoló él, con un dejo de diversión en la voz—. En cierto sentido, debo reconocer que me halaga el hecho de que sus padres me consideren digno de usted. Y no me molestaría que también usted lo considerase así; de lo contrario, sería un honor que, al menos, me contase entre sus amigos.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella levantando la cabeza. Lord Cartwright sonreía satisfecho. Amelia aceptó el pañuelo que le ofreció y se secó las lágrimas—. Es usted muy bondadoso. Yo..., estoy muy angustiada por la muerte de Kathy y no tengo cabeza para otra cosa en este momento.

—La entiendo perfectamente. ¿Hay algo que yo pueda hacer para aliviar su aflicción?

Ella levantó apenas los párpados y sonrió. El rostro de lord Cartwright era sereno y la miraba expectante, deseoso de complacerla.

—¿Puede hacer algo para ayudar a esclarecer el asesinato? —preguntó en un hilo de voz.

—Puedo intentarlo. —Su rostro demudó en un gesto pensativo —. ¿No se está ocupando bien la policía?

—No lo sé. Mi padre no les permite interrogar a los sirvientes. Y a nosotros ya nos han encuestado, no sé si regresarán. ¡Ni siquiera sé si ha salido en los periódicos! —protestó, al borde del llanto.

—Cálmese, mi querida —susurró Cartwright en tono paternal. Levantó el brazo con intención de abrazarla, pero habría resultado un exceso de confianza—. Está muy bien que las mujeres no lean los periódicos, sobre todo, las damas jóvenes e impresionables como usted; no traen más que malas noticias. En cuanto a la policía, ¿sabe el nombre del oficial a cargo de la investigación?

—El inspector Scubs y el sargento Flanagan —contestó ella con rapidez, los ojos cargados de esperanza.

—¿Scubs? ¿Jeremy Scubs? —preguntó él con asombro.

—Sí. ¿Lo conoce usted?

—¡Por supuesto! ¡Es mi sobrino!

14

Aunque los señores estuvieran ausentes, el domingo todo el servicio de Aldridge House se preparó para asistir a la vicaría. Ataviados con sus mejores galas partieron con una mezcla de tristeza y alborozo. Tristeza por las dos mujeres fallecidas cuyas presencias extrañaban —una más que otra, pero lamentando ambas pérdidas—, y alegría por la ausencia de los amos, que les otorgaba ese trocito de libertad del que tanto disfrutaban

La mañana estaba fresca y bastante nublada, aunque no parecía que fuera a llover, al menos hasta la tarde.

La señora Boyle, con un vestido negro que había conocido mejores tiempos y un sombrerito a tono, ligeramente ladeado, partió colgada del brazo de su marido, engalanado con el único traje decente que poseía y una corbata de seda, regalo del señor Timothy para alguna navidad. Llevaban los abrigos bien cerrados y la cocinera, además, había cruzado un chal negro sobre sus hombros.

Grubber iba conversando animadamente con Mathew y con Lucius, todos vestidos de negro, con los cabellos aplastados y brillantes. Más atrás, Molly y Silvie caminaban tomadas del brazo, luciendo sus impecables vestidos grises de calle, prolijamente peinadas con moños y lazos blancos. Emily llevaba el paso a la par de Jennifer Otto y, cerraban la comitiva, Dorothy y la señora Clemont, quien se había quedado furiosa porque la señora Mary Louise no la había llevado a Londres. ¡Era su doncella, caramba!

Emily caminaba en silencio, aún no había encontrado el modo de preguntarle a Jenny qué diablos hacía en el cuarto del señorito Arthur aquella tarde.

La oportunidad se le presentó después de la misa, cuando todo el pueblo se encontraba entre el salón y la galería, bebiendo refrescos, comiendo tartas y charlando entre ellos. Fue la propia Jennifer quien se le acercó con un platito de pastas y la mirada chispeante.

—Gracias —retribuyó Emily, aceptando un bocadillo—. Pareces contenta.

La fregona levantó apenas los hombros y dejó el plato sobre una mesa. Cogió un vaso de limonada y una pasta de crema.

—Me gusta estar aquí —consintió—, ver a todo el mundo. Es como un día de feria, ¿no crees?

—Es verdad; es como si todos olvidasen sus obligaciones por un día. —Jennifer sonrió, asintiendo con la cabeza mientras engullía su pasta. Emily no quiso dejar escapar el momento y bajó la voz—: ¿Puedo hacerte una pregunta algo... indiscreta? —Su amiga volvió a

asentir al mismo tiempo que bebía un gran sorbo de refresco—. ¿Sueles entrar al cuarto del señorito Arthur...? —susurró. Jennifer estuvo a punto de responder que claro que entraba, puesto que era quien fregaba los pisos, pero Emily continuó hablando—: ¿Estando el señorito dentro? —La muchacha se envaró, abriendo los ojos muy grandes y fijándolos, interrogantes, en los suyos—. Encontré un trocito de delantal en un gozne de su puerta —siguió la niña con voz muy baja—. Del lado de adentro, ¿es tuyo?

—¡¿Conque allí se me rompió?! —exclamó Jennifer con una chispa de humor en los ojos, parecía a punto de echarse a reír.

—¿Qué? —se exasperó la chiquilla.

La fregona la tomó de un brazo y la apartó hacia un rincón.

—¡Conozco a ese granuja desde que apenas ha comenzado a andar —dijo, juntando las cejas—, sabía que le estaba detrás a Kathy y, después de lo ocurrido en la puerta de su cuarto, con la bandeja del té y demás, he ido a verlo para asegurarme de que no quedaría implicado con alguna tontería que hubiera hecho; y a advertirle que estaría en la mira de la policía!

Emily tenía claro que Jennifer había llegado de muy pequeña a la casa Aldridge, y que tenía, más o menos, la misma edad que Amelia y Arthur; incluso sabía que, de niños, solía jugar con ellos. Era posible que intentara cuidarlo.

—¿Y cómo fue que se te rompió el delantal? —preguntó, cruzando los brazos con gesto airado.

La muchacha frunció los labios.

—Se ha enojado, el muy cretino. Me dijo que cómo podía pensar que estaba implicado en la muerte de Kathy. Le dije: «sé que le andabas detrás como conejo en celo, si la has embarazado te las verás negras».

Emily abrió los ojos como platos y se tapó la boca, también abierta, con ambas manos.

—No, no te asustes —la tranquilizó Jennifer, estirando su largo cuerpo para coger otra pasta—, me ha asegurado que nunca la tocó. Pero me ha zamarreado un poco para que no hablara del tema con nadie. —Lanzó una carcajada con todo el disimulo que pudo.

—¿Te pegó? —preguntó Emily, horrorizada.

—¿A mí? ¡Que se atreva! —siguió Jenny con la boca llena—. Sabe que le ganaría. No, Em, Arthur se hace el bravucón, pero en el fondo solo es un niño mimado.

La niña torció el gesto, no estaba muy convencida de que el señorito fuese tan inocente como aseguraba su amiga, pero al menos ya sabía que el trozo de tela era de un delantal suyo.

—¡Oh! —exclamó la fregona mirando algo por encima de sus hombros—. ¿Quién es esa mujer que está hablando con el vicario? —

Emily giró la cabeza—. ¡Esa sí que despertaría la envidia de la señora Mary Louise, si la viera! ¡Mira qué porte tiene!

En efecto, la mujer que hablaba en aquellos momentos con el vicario y su esposa, era esbelta y de aspecto distinguido. Su cabello, gris brillante, estaba sujeto en lo alto de la cabeza con un moño flojo, lo que aportaba naturalidad a su rostro, sin la tirantez de los peinados apretados. Sus ojos, cuyo color no alcanzaba a ver desde allí, sonreían amables y su piel blanca, casi transparente, lucía las líneas indelebles del tiempo. A Emily le costaba calcular las edades de las personas, pero asumió que sería mayor que la señora Mary Louise, aunque no logró determinar si sería también mayor que la señora Boyle. Las personas delgadas parecen más arrugadas que las rellenitas; por eso la cocinera, pese a sus cincuenta y tantos, no tenía arrugas en la cara, excepto algunas líneas muy finas alrededor de los ojos.

Un poco más allá, Silvie le hizo un gesto de asombro en referencia a la dama. Molly estaba con ella y ambas reían muy divertidas. Jenny le comunicó que iría a buscar a Mathew. Seguramente el criado sabría quién era esa mujer. Emily, para no quedar sola, caminó hacia sus otras compañeras sin dejar de observarla con todo el disimulo que pudo. Su vestido era precioso, tenía una sobrefalda de gasa con volantes en todo su largo y una cenefa bordada en hilo dorado, que se elevaba hacia el costado izquierdo, dejando ver debajo, un liso satén color ocre. El corpiño terminaba en pico con el mismo bordado dorado y el escote bajo estaba festoneado con gasa, al igual que las mangas tres cuartos.

La señora se volvió hacia ella cuando pasó por su lado, Emily se asombró de la belleza de sus ojos, de un intenso color turquesa. La mujer, en cambio, la miró con cara de susto, como si hubiera visto un fantasma. Ella se ruborizó y apuró el paso.

—¡Con un vestido así me sentiría la reina! —susurró Silvie, extasiada.

—Menos mal que la señora está en Londres —señaló Molly con una pícara sonrisa—, ¡si viera a ésta le daría un patatús!

—Hola, jovencitas. —Las tres se sobresaltaron al escuchar la voz del vicario Walton. A su lado estaba la desconocida, que las observaba con manifiesto placer—. Esta dama es lady Soraya Merritt, acaba de mudarse a nuestro querido pueblo. —Las jovencitas hicieron una pequeña reverencia y le sonrieron—. Y estas hermosas niñas —continuó el religioso—, son las criadas de los señores Aldridge: Emily, Silvie y Molly.

—Encantada de conocerlas —expresó la dama. Su voz era ligeramente grave y dulce. Su gesto, amable. No dejaba de mirar a Emily con curiosidad.

—Igualmente, milady. —Las tres doblaron ligeramente las

piernas.

—¿Has estado alguna vez en Londres? —preguntó a Emily, la dama.

—No, señora —repuso ésta—. ¡Perdón! Milady —se corrigió de inmediato, sonrojándose. Lady Merritt sonrió.

—Encuentro tu rostro tan familiar...

—Es que tengo una cara muy común.

—¡Oh, no! ¡Por el contrario! Tienes un rostro muy particular. Y muy bonito, por cierto —aseguró la dama con dulzura. —Emily sintió que se sonrojaba de la cabeza a los pies y al mismo tiempo, la invadió una oleada de placer. Era maravilloso que una mujer como aquella, nada menos que una lady de verdad, le dijera semejante cosa—. Y no es que ustedes no sean bonitas también —agregó lady Merritt, dirigiéndose a Molly y a Silvie, que la miraban con la boca abierta—. Lo son, y mucho. Solo que esta muchachita me recuerda a alguien que, supongo, ya recordaré.

—Seguramente —intervino Walton—; si me acompaña le presentaré al resto de las personas. ¡Oh! Fíjese quiénes han llegado; estos son el inspector Scubs y el sargento Flanagan.

Los dos hombres se quitaron los sombreros y se inclinaron respetuosamente.

—La señora es lady Merritt. Acaba de mudarse a Hillside Bell.

—Encantado de conocerla, milady —saludó Scubs. Flanagan lo imitó.

Un rato después, el inspector se las arregló para alejarse del pequeño grupo y continuó su investigación, que para eso él y Flanagan se habían acercado hasta la vicaría.

Había dado unos pocos pasos cuando se percató de que su sargento no estaba a su lado. Lo localizó en seguida junto a una ventana, hablando animadamente con Jennifer Otto. Pensó en ir hasta él a recordarle que estaban trabajando, pero luego sonrió; ladeó un poco la cabeza y observó a la muchacha: no podía decirse que fuera bella, aunque tampoco era fea, poseía un particular rostro alargado con ojos vivaces y oscuros. Era demasiado alta para su gusto y muy delgada. Pero le gustó como se veía con Flanagan. O, más bien, le gustó como él se veía con ella: relajado, sonriente, a gusto. Inspiró una bocanada de aire y giró sobre sus talones. Por poco tropieza con la señora Clemont, que lo miró inquisitiva y con el ceño arrugado.

—¿Ya sabe quién mató a la señora Woods y a la infeliz de Kathy? —lo increpó, haciendo evidente su enojo, aunque por suerte, en voz baja.

—Aún no, señora. Si me concediera unos minutos, tal vez me ayudaría a acelerar el proceso —expresó con gentileza, conteniendo la antipatía que le producía la mujer.

—¡Oh, ya veo! —replicó ella posando las manos en su gruesa cintura—. ¡Ha venido hasta acá sabiendo que los señores Aldridge están en Londres! ¡Sepa, señor que, si mis amos han prohibido a su servidumbre hablar con la policía, no seré yo quien desobedezca sus órdenes!

La señora había levantado un poco la voz y varias personas se habían puesto a escucharlos sin ningún disimulo. Grubber se abrió paso entre los vecinos hasta llegar a ellos.

—¡Por Dios! ¿Qué sucede? —preguntó mirando a Scubs, que rodaba su sombrero entre los dedos con cierto nerviosismo.

—¡Este hombre pretende interrogarnos a espaldas de los señores! —gritó Clemont.

—Lo siento —murmuró Scubs, rojo como un tomate.

—Señora Clemont —dijo Grubber en voz baja—, le ruego se calme. Nadie le hará ninguna pregunta. Y usted —se dirigió a Scubs—: por lo que más quiera, no moleste al servicio; lo siento, pero en ausencia de los señores soy el responsable por ellos.

—Lo sé y lo lamento —repitió el inspector, frustrado—. ¡Es que necesito información! ¡De lo contrario nadie sabrá nunca quién asesinó a esas dos mujeres! ¡Ni siquiera tenemos un sospechoso!

—Lo sé; y me encantaría poder obligarlos a hablar con usted, pero no puedo pasar por encima de las órdenes del señor Aldridge.

—Lo comprendo perfectamente.

La señora Clemont, que se había quedado a un costado, levantó la cabeza con aire de suficiencia.

—¿Qué podemos decirle que ya no le hayamos dicho? —preguntó al inspector.

Éste sonrió; la señora Clemont se removió con gesto severo, como un ave acomodándose las plumas.

—¿Cómo siguió la convivencia entre ustedes? —preguntó Scubs.

—Como siempre —señaló la doncella, con las manos enlazadas sobre su vientre y el ridículo de terciopelo colgando de la muñeca—, por supuesto, nos han aumentado las tareas con dos personas menos en la casa; aunque la señora Woods no hacía mucho que digamos, se limitaba a dar órdenes. No como el señor Grubber, que se ocupa de todo. —El mayordomo hizo un gesto de agradecimiento curvando apenas sus labios—. Pero Kathy sí que trabajaba. ¡Pobre chica! —Suspiró la mujer—. La otra pobre desgraciada, Dorothy, no ha soportado seguir durmiendo en el cuarto que compartía con la difunta así que ha pedido el cambio. Y al señor Grubber —echó a éste una enojosa mirada de rabillo— no se le ocurrió mejor idea que mandármela a mi cuarto.

—El cuarto de las niñas ya está completo —se excusó el

mayordomo.

—Lo sé —consintió ella—. Y el cuarto de la señora Woods no entra en su competencia.

—Así es, me alegra que lo comprenda, señora Clemont.

—¡Claro que lo comprendo! ¡Es solo que esa chica, Dorothy, tiene tantas cosas! ¡Y no sé yo de su moral! —Levantó las palmas.

—¡Señora Clemont! —la reprendió Grubber. Scubs tosió intentando interrumpir la perorata, pero no tuvo éxito. La señora siguió rezongando.

—¡Tiene fajos de cartas que guarda como tesoros! ¡Dos por tres la encuentro con ellas! En cuanto me ve las esconde, ¡como si a mí me interesara saber de sus aventuras! No sé qué podrá lograr de algún pretendiente que vive tan lejos, aunque no sé de dónde son esos sellos, claro está. —Scubs notó que se había ruborizado, seguramente no sabía leer—. Yo que usted, la mantendría vigilada, señor Grubber.

—Lo haré, señora Clemont, aunque le ruego que no haga mención de esto al resto del servicio, no quisiera...

—¿Cree que soy una chismosa? —interrumpió—. ¡Pues no, señor!

—Tal vez sean cartas de su familia —sugirió el inspector.

La señora Clemont encogió los hombros. —Nunca la he visto escribir una carta. ¡Ni siquiera estaba enterada de que supiera leer!

Grubber abrió considerablemente los ojos y se volteó hacia Scubs.

—¿Algo más, inspector? —preguntó. A Scubs le pareció que se había percatado de algo y que estaba deseoso de terminar con aquello, pero necesitaba dilucidar algo más.

—¿Sabe usted algo de algún chantaje? —inquirió a la mujer, que hundió el cuello, frunciendo su ceño a más no poder.

—¿Chantaje? —chilló, horrorizada—. ¡Qué cosa tan espantosa! ¡Soy una mujer decente, inspector... como se llame! ¡Jamás podría saber de algo así!

—De acuerdo, de acuerdo; por ahora es todo —dijo, más por intuición que por otra cosa—. Muchas gracias señora.

—¡Buenos días, inspector! —saludó ésta; y se marchó muy oronda bamboleando su ancha falda color marrón.

El mayordomo dio un paso hacia Scubs.

—Dorothy Stuart no ha recibido una carta en su vida —susurró, mirándolo fijamente.

—¿Está seguro?

—¡Claro! Soy quien recibe el correo, el de las ocho de la mañana y el de las seis de la tarde. Además, ¡Dorothy no sabe leer!

—¡Eso es ridículo! ¿Para qué querría una joven cartas que no puede leer?

—No tengo idea.

—¿Quiénes saben leer y escribir, en la casa?

—Los señores y sus hijos, por supuesto; Stephen Boyle, Edward Levingston, el señor Phelps, Emily y yo. La señora Boyle y Mathew pueden leer algunas cosas, pero les cuesta escribir.

—¿La señora Woods, sabía?

—Sí; tanto leer como escribir.

—¿Y Kathy?

—No; ni una cosa ni la otra.

—¿Cómo es que Emily aprendió a leer y escribir y el resto del servicio no?

Hubo un pequeño gesto de incomodidad en el señor Grubber, aunque fue tan ligero y efímero que Scubs no estuvo seguro si lo hizo realmente o lo imaginó.

—Ya traía algunos conocimientos cuando llegó a la casa —respondió el mayordomo—, luego fue perfeccionándolos, yo la he ayudado cuanto pude, es una niña curiosa y con muchas ansias de aprender.

Scubs asintió. No le extrañaba; había visto algo especial en esa niña. Ya averiguaría su historia.

—¿Necesita algo más de mí? —quiso saber Grubber. Era evidente que deseaba retirarse.

—La señora Clemont ha dicho que los Aldridge están en Londres, ¿es eso cierto?

—Así es, fueron a una cena muy importante. —No agregó que tal vez se convendría el matrimonio de la señorita Amelia con lord Cartwright porque era algo íntimo, de la familia, algo que a la policía debería traerle sin cuidado. Además, se sentía incómodo con el tema, aunque no podía precisar por qué.

—¿Cuándo regresarán?

—No tengo idea, señor, llevaron bastante equipaje, pero ya se sabe que las mujeres necesitan hacer varios cambios de vestido al día, y más aún si deben asistir a algún evento por la noche.

—¿Y por qué no fue con ellos la señora Clemont? ¿No es la doncella de la señora Mary Louise?

—Lo es, señor —contestó Grubber con paciencia—, pero en la mansión de lady Constance hay suficiente servicio para todas ellas. El señor Phelps ha viajado porque el señor Aldridge es incapaz de prescindir de él —afirmó con una sonrisa, sin agregar que los sirvientes de lord Blieching se rehusaban a satisfacer los caprichos del señorito Arthur y, por tanto, Phelps debía estar allí.

—Muy bien. Muchas gracias, Grubber.

El mayordomo hizo una ligera reverencia y se alejó. Scubs vio a Flanagan acercarse.

—¿Le ha dicho algo interesante la señorita Otto? —preguntó con aire risueño. El sargento frunció los labios y desvió la mirada.

—Los Aldridge han ido a Londres, parece que quieren casar a la hija pequeña con un lord.

—¡Oh! ¿Sabe si ese lord ha visitado la casa de los Aldridge, aquí, en Hillside Bell?

Flanagan juntó las cejas con sorpresa.

—¡No se me ocurrió preguntarlo!

—No, ya lo imagino. —Scubs meneó la cabeza y sonrió; las orejas de Flanagan estaban rojas—. Descuide, sargento. Ya lo averiguaremos.

—¿Por qué es importante, señor?

Scubs dudó unos momentos.

—No sería la primera vez que un caballero tiene amoríos con una sirvienta —señaló—. Ni tampoco la primera vez que ella amenazara con contarlo todo si...

—Eso suele suceder en caso de que la chica quedara embarazada. Kathy no lo estaba, el forense lo hubiera notado.

—Es verdad. Pero valdrá la pena investigar, tal vez el caballero temía que Amelia se enterase de sus devaneos y mató a la sirvienta... ¡Alguien tiene que ser el autor de esos homicidios, sargento!

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama ese lord?

—Cartwright, señor. Lord Jared Cartwright.

Scubs aspiró el aire y entornó los párpados sin saber si aquello era una buena o una mala noticia. ¿De verdad existía la posibilidad de que Amelia Aldridge se convirtiera en su tía? Por otro lado, conociendo a tío Jared no era difícil pensar que hubiera mantenido un romance con la doncella; lo que era absolutamente improbable era que la matase. Miró a Flanagan y luego soltó el aire, abatido.

15

Hacia el mediodía el cielo estaba completamente gris. Scubs caminaba con Emily entre las lápidas del pequeño cementerio situado junto a la vicaría, justo a la entrada de Prickly Wood, el bosquecito del que todos los pueblerinos se sentían orgullosos y era un punto de referencia. Decían: «está al este del bosque, o, detrás del bosque, o, cruzando el bosque». Todo parecía quedar en torno a él y en verdad, Prickly Wood estaba situado casi en el medio de Hillside Bell.

Emily se detuvo frente a la tumba de Kathy Rhys y la miró con tristeza. Scubs, que caminaba despacio con las manos metidas en los bolsillos, se volteó al darse cuenta de que la niña había detenido su paso. Esperó que no se echara a llorar, no sabría qué hacer. ¿Cuál sería la historia de Emily? Era evidente que el mayordomo y la cocinera la trataban con una deferencia especial. ¿Por qué? Si bien la niña parecía algo más espabilada que el resto de sus compañeros, tenía que haber algo más por lo que se la considerase tanto. Seguramente el hecho de saber leer y escribir le habría abierto, a través de los libros, un mundo que el resto desconocía. Si también tenía alguna instrucción sobre cálculo, no era extraño que los aventajara de forma notoria. Todo lo cual asombraba muchísimo a Scubs. Era la primera criada de esa edad, que conocía con tales aptitudes. Aunque, siendo sincero, nunca antes había prestado demasiada atención al servicio.

Emily se volvió hacia él con un suspiro. Sus ojos estaban húmedos. Parpadeó varias veces para quitarse las ganas de llorar.

Antes de detenerse, estaba poniendo a Scubs al corriente acerca de lo que Jennifer le había contado con respecto al señorito Anthony.

—¿Le crees? —preguntó él.

—Jenny es mi amiga —respondió—, nunca la he escuchado decir una mentira... bueno, tal vez en alguna broma, pero no en algo que se sabe que es muy importante.

Dentro de la vicaría la gente conversaba, comía tartaletas y tomaba refrescos, nadie parecía haberse dado cuenta de sus ausencias, excepto Grubber, que cada tanto estiraba el cuello para observarlos a través del ventanal. Scubs lo vio, pero no le hizo caso.

—Así que Jennifer y Arthur son amigos.

—Se criaron juntos —explicó Emily prestando atención a las piedrecitas del camino—, Jenny llegó a la casa siendo muy pequeña, pedía limosna en los trenes, pobrecilla. Un empleado del señor Aldridge la llevó a la fábrica y luego la trasladaron a la casa; de niña jugaba con el señorito y con la señorita Amelia.

—Descontado que no sospechas de ella —añadió Scubs sonriendo mientras pateaba con suavidad un guijarro.

—¡No! ¡Jennifer no habría matado a Kathy! Tal vez a la señora Woods. —Esbozó una sonrisa ladina—. No, es broma. Creo que Jenny sería incapaz de asesinar siquiera a una rata. ¿Sabe? —continuó luego de unos segundos de completo silencio—. Estoy convencida de que Kathy le contó algo a la señora Clemont; algo que el señorito Arthur le hizo, o dijo.

—Por eso Clemont le aconsejó que debía callar.

—Sí. Y le dijo que sería su palabra contra la de él... Demás está decir cuál de los dos hubiera ganado. —Emily apretó los labios y meneó la cabeza en un gesto de resignación.

—He hablado con la señora Clemont —señaló el inspector—, fue bastante reticente, pero algo soltó. Si pudiera preguntarle ¿crees que me contaría lo que le dijo Kathy?

—Si complicase al señorito, no. Pero tal vez le contaría a Andrew... perdón, al señor Grubber.

—¿Puedes hacer que ocurra?

—Puedo intentarlo. ¿Qué significa «reticente»?

Scubs sonrió mirando el piso cargado de hojas. Una ardilla se escondió entre los arbustos.

—Que se reserva cosas para sí mismo —explicó. Seguidamente, le contó, por hablar de algo, su conversación con la señora Lee, Emily expresó que le caía muy bien esa señora, era un tanto chismosa pero la pobre no tenía otra cosa con qué divertirse. De lo que no le habló Scubs fue de la posibilidad de que Amelia se convirtiera en tía suya; de solo pensarlo le corría frío por la columna. ¡Amelia era casi una niña! ¡Si hasta era más joven que él! ¡Y su tío tenía casi cuarenta años!

—¡Emily! —llamó Grubber con voz dura. Había salido del salón y estaba plantado frente a ellos—. ¿Se puede saber qué haces aquí, tomando frío? —Miró a Scubs con reproche.

—Le estaba mostrando al inspector el cementerio —respondió ella como si nada.

—Bien, ya lo ha visto; ahora ve adentro. —Giró cuarenta y cinco grados, con la espalda muy recta, para dejarla pasar.

Emily le regaló una bonita sonrisa al policía y entró en el salón. Ya se habían puesto de acuerdo en que, en caso de necesitarlo, lo buscaría en la taberna del Sapo Karli. O le dejaría una nota, de no encontrarlo. Scubs mantenía la esperanza de que la jovencita escuchara o viera algo en la casa que le diese una pista.

—¡Inspector! —protestó Grubber—. ¡Creí haber sido claro con usted!

—Lo fue; lo siento. Le pido disculpas.

Grubber lo aceptó con una breve reverencia y entró. Scubs se

preguntó si el mayordomo tendría algún tipo de relación con la pequeña criada. ¿Protegía a todos sus subordinados de la misma manera? Tal vez. Se había plantado, tieso como una estaca, mientras entrevistaba a la señora Clemont. ¿Tendría que asegurarse de que no dijeran nada inconveniente? Sin embargo, había acompañado a Emily a la vicaría y le había dado, sin protestas, alguna que otra información, como que Dorothy no sabía leer. Nada demasiado relevante. ¿Escondería algo, el fiel mayordomo? Ya lo averiguaría. Mientras tanto, necesitaba hablar con Dorothy. ¿Dónde se habría metido?

Se unió a Flanagan y, juntos, dieron unas cuantas vueltas entre los feligreses, viendo frustrados sus intentos de hablar con el resto de la servidumbre gracias a la constante intervención de la señora Clemont, que levantaba una ceja interrogativa cada vez que los veía, y de Grubber, que parecía adelantárseles al encuentro con cada uno. La única que logró escabullirse y accedió a hablarles fue Molly. Pero no aportó nada nuevo, solo una sarta de anécdotas que para nada venían a cuento.

Scubs estaba furioso; no era culpa de la señora Clemont, ni de Grubber el hecho de que no pudieran entrevistarlos. Si desobedecían a sus amos se arriesgaban a quedar en la calle, Scubs lo sabía, pero no le servía de consuelo. Se sentía derrotado y en su fuero interno sabía que no le quedaba más remedio que aceptarlo. Pero haría un último intento. Al día siguiente irían a ver a otros vecinos. Algo tenía que haber, que los ayudase a dar con el criminal. Decidieron retirarse de la vicaría.

—¡Emily, cariño! —llamó lady Merritt, mirando de soslayo al hombre que la acompañaba.

—Es el señor Grubber —se apresuró a presentar la niña—, mayordomo de la casa Aldridge, donde trabajo. Ella es lady Merritt, acaba de mudarse a Hillside Bell.

Grubber se inclinó levemente.

—Milady.

—Un gusto, señor Grubber. —Lady Merritt volvió a dirigirse a Emily—. Estuve hablando con el vicario y su encantadora esposa. —Había tomado a la niña del brazo y la llevaba hacia el centro del salón mientras espiaba a Grubber por encima del hombro, que las seguía como una sombra—. Les he dicho que tengo varias cosas para donarles; ya sabes, con esto de la mudanza una saca a relucir una cantidad insospechada de cosas inservibles que otra persona podría aprovechar. He pensado que tal vez, podrías pedir permiso a tus señores para prestarme algo de ayuda; hay que separarlas, empaquetarlas y luego traerlas a la vicaría. Por supuesto mi doncella

te asistiría y yo te pagaría por ello. ¿Qué dices? —Habían llegado junto a una columna. Emily la miró con los ojos encendidos.

—¡Estaría encantada, lady Merritt!

—Maravilloso, si tengo que escribir una nota a los señores Aldridge...

—¡Oh, no! No será necesario. Puede autorizarme el señor Grubber. Estoy segura de que no se negará en tanto no descuide mis tareas de la casa, cosa que, por supuesto, no haré.

—Estupendo, ¿mañana, entonces? —Apoyó su mano, cubierta con un guante de encaje ocre, sobre el antebrazo de Emily y frunció la nariz con una sonrisa—. Pide la tarde libre. Te espero a las tres, luego podemos tomar el té. Estoy en el cinco de Cotton Street.

—¡Allí estaré, lady Merritt!

Emily se sintió pletórica. Solo le faltaba convencer al señor Grubber para que la dejase ir.

Soraya Merritt se quedó mirándola, complacida, mientras se marchaba. Estaría encima de esa niña hasta enterarse a quién le recordaba. ¿Alguna de sus amigas? No, ya lo habría relacionado. Debía ser alguien que hace mucho no veía, alguien que habría conocido antes, tal vez en su juventud. Torció la boca y se dio vuelta con un revuelo de faldas para ir en busca de Clarice Walton.

* * *

El jefe O'Neill no podía sentirse más a gusto. Era un hombre de naturaleza afable y social, que disfrutaba de las reuniones y de las salidas nocturnas. Debido a su trabajo como superintendente, eran pocas las oportunidades que tenía de aceptar las innumerables invitaciones que le llegaban. Por eso, cuando lady Haston cursó la invitación para asistir al estreno de la nueva obra de teatro, en Haymarket y, considerando que los casos, en su comisaría, estaban bastante encaminados, le dijo a Vanessa, su esposa, que aceptase; él la acompañaría. La menuda señora O'Neill se sintió dichosa ya que, debido a las ocupaciones de su marido, se veía obligada a asistir sola en más de una ocasión a tales eventos, o en compañía de su hija, lo cual no estaba nada mal ya que se divertía mucho con Valerie. Pero nada se comparaba con el placer de entrar a un lugar del brazo de su esposo, a quien adoraba.

Y allí estaban, dispuestos a disfrutar de una agradable velada, asomados a la barandilla de su palco, saludando a algunos conocidos y conversando trivialidades.

Las luces disminuyeron, las voces se convirtieron entonces en un murmullo en el que sobresalía el roce de las faldas, los tacones sobre el piso alfombrado y algún correteo para llegar al asiento antes de que todo se oscureciera. La función estaba a punto de comenzar.

James O'Neill se acomodó en su asiento y su esposa le regaló un mohín de complacencia, apoyando con delicadeza la mano en la suya. Él la miró con ternura.

Momentos antes de que el teatro quedara completamente a oscuras le pareció ver al hijo de un conocido suyo. Abrió la boca para preguntarle a Vanessa si lo había visto también, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Había sido un instante. El superintendente no pudo asegurar si se trataba o no de quien él pensaba, pero cuando todo se hizo negro le quedó en la retina la mirada sorprendida de un joven situado en el palco ubicado justo frente al suyo. El telón se abrió y una mujer comenzó a recitar un rebuscado parlamento en medio del escenario.

Minutos después, James y Vanesa O'Neill se encontraban riendo a carcajadas de la disparatada obra.

Cuando comenzó el primer entreacto, el superintendente consideró que era un buen momento para un *brandy,* por lo que, tras besar la mano de su esposa, salió del palco rumbo a la atestada galería donde se encontró con varios conocidos que se dirigían al bar o a la sala de caballeros a fumar, saludó a unos y a otros abriéndose paso entre la multitud que abarrotaba los angostos pasillos.

Al regreso, con un refresco para Vanessa en una mano y su *brandy* en la otra, una voz atrajo su atención.

—¡Superintendente!

Giró sobre sí mismo, levantando las copas para que nadie se las derramara y se encontró, cara a cara, con la misma mirada de asombro que había visto rato atrás, en el palco frente al suyo.

—¡Geoffrey! ¡Te ví cuando comenzó la obra, no estaba seguro de si eras tú!

El muchacho arqueó los labios en una sonrisa forzada. Era rubio, esbelto, con un bello rostro de pómulos definidos, ojos castaños y nariz aquilina.

—Lo sé, también lo he visto —respondió—. No quisiera distraerlo —agregó, mirando las copas.

O'Neill no tuvo mucho tiempo para pensar, el gentío lo arrastraba. Vio preocupación en la mirada del muchacho, por lo que le urgió dialogar con él.

—Me encantaría hablar contigo un momento —le dijo—, ¿me acompañas? Mi esposa espera su refresco.

—Eh... —El joven dejó pasar a una señora con un amplio vestido de terciopelo.

—¡Sube conmigo, ven! —insistió—. Solo será un minuto, saluda a Vanessa que se pondrá feliz de verte. ¿Cómo está tu madre? —Solo la había visto una vez, en el funeral de su esposo, pero debía mostrarse cortés.

—Bien, ella está... bien —respondió el muchacho, siguiéndolo, aunque sin demasiado convencimiento.

—¿Y tu esposa? —Era un tema delicado. O'Neill no estaba seguro de si hacía bien en preguntar, pero la cortesía lo obligaba.

—Bien, está en el palco, aguardándome.

—¡Oh! Eso significa que ya ha...

—En efecto. Está mejor. Gracias. —El joven sonrió desganadamente, con los labios apretados.

O'Neill se preguntó por qué lo había mirado con tanta sorpresa, no hacía tanto que se habían visto. Habían coincidido en una gala benéfica, no más de tres meses atrás. Entonces Geoffrey había asistido solo; su pobre esposa guardaba cama después de haber perdido un embarazo gemelar de casi cinco meses de gestación.

Habían llegado al palco, Geoffrey abrió la portezuela forrada de paño rojo.

—¡Geoffrey! ¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Vanessa extendiendo un brazo. El muchacho sonrió y tomó delicadamente su mano; ella sonrió—. ¿Cómo se encuentra Marianne?

—Mejor, está mucho mejor. Gracias, Vanessa. —La mirada del muchacho delataba un profundo pesar del que la esposa de O'Neill no fue ajena, pero no dijo nada.

El superintendente lo apartó con disimulo y Vanessa, acostumbrada al trabajo policial de su marido, se giró para seguir observando a los presentes de la platea.

—¿Qué sucede? —susurró O'Neill. No podía perder tiempo en cortesías, el segundo acto comenzaría en cualquier momento.

—¿Quién dice que sucede algo? —interrogó el joven, algo nervioso.

—¡Tú! ¡Tu asombro al verme, tus gestos tirantes, la tensión de tu rostro...!

—Ya, ya, está bien —admitió—. Me asombró verlo porque estos días pasados he estado debatiéndome entre ir y no ir a verlo a su comisaría, o a su casa, incluso. Encontrármelo acá ha sido como..., como una señal —Geoffrey se pasó los dedos por las comisuras. O'Neill se estaba impacientando, pero aguardó—. Verá..., hace unos días... he recibido un anónimo.

—¿Anónimo? —Esperaba cualquier cosa menos eso—. ¿Qué clase de anónimo? ¿Te amenazaron?

—Algo así, me piden dinero. Hoy mismo me llegó otro...

—¿Dinero a cambio de qué?

Riderbown levantó los hombros.

—No lo sé con exactitud. Cierta información que tiene que ver con... con mi pasado. —Las luces descendieron. Era hora de que cada uno regresara a sus asientos—. Mi esposa me espera —señaló con

cierta urgencia, abriendo la portezuela.

—La mía también —admitió el superintendente, y agregó señalándolo con la copa en alto—: ve a verme mañana a mi despacho, a la hora que creas conveniente.

—De acuerdo; sea discreto por favor. Por Marianne. ¡Hasta luego, Vanessa!

La señora O'Neill levantó graciosamente la mano y le sonrió.

La tristeza que emanaba de Geoffrey Riderbown sacudió el alma del jefe. Había tenido en gran estima a su padre; su muerte había sido una pérdida lamentable. Se sentía obligado a ayudar a su hijo. Suspiró con gran pesar y regresó a su sitio.

16

Una vez regresados y ya vueltos a lucir sus ropas informales, cada uno de los sirvientes de Aldridge House se puso a lo suyo. Molly se apresuró en ayudar a la señora Boyle con la cena. La ausencia de los señores de la casa les permitía no tener que preocuparse por cocinar gran cosa, un poco de carne fría, pan con mantequilla y un buen tazón de sopa caliente llenaría los estómagos y haría que todos durmieran como angelitos. Ya bastante habían comido en la vicaría.

Emily fue a cambiarse junto a sus compañeras y se las ingenió para quedar última en la habitación; Silvie ayudaría a poner la mesa y Jenny estaría cerrando las ventanas de toda la casa, ya que el cielo continuaba amenazando lluvia de un momento a otro.

Se sentó en su cama, pensativa. La tarde del asesinato de la señora Woods, tras el accidente de la bandeja, Kathy había salido corriendo y había ido a limpiar las ventanas —algo que le hubiese correspondido hacer a Dorothy— ¿Por qué fue Kathy? No lo podía entender. Ella había limpiado el descansillo del señorito. Al terminar bajó a la cocina con el cubo y el estropajo y, al pasar por la salita de recepción, se encontró con la señora Woods, que le dijo que debería limpiar las ventanas si es que le gustaba hacer el trabajo de Kathy... Ella bajó a la cocina, habló con Hellen... guardó los artículos que había utilizado y se sentó a la mesa. Hellen le sirvió sopa, luego... fue cuando escucharon el grito de Kathy al hallar el cuerpo del ama de llaves... Es decir, pensó Emily, el asesinato ocurrió en esos.... ¿cuánto tiempo había pasado? Se puso de pie y repitió sus movimientos mientras contaba mentalmente. «Uno, dos, bajo la escalera a la cocina, cuatro, cinco...». Caminó por entremedio de las camas haciendo de cuenta que bajaba los escalones, lo hizo despacio ya que, en aquel momento, estaba cansada y llevaba un cubo con agua. «Treinta y cuatro, treinta y cinco...». Se quedó pensativa una vez más, se acercó a la cama de Jenny haciendo de cuenta que era la mesa de la cocina y se sentó en el piso.

—Em, ¿no vienes a comer? —La voz de Jennifer la sacó de sus pensamientos.

—Sí, ¿ya está la cena? —preguntó con aire inocente, levantándose de un salto y arreglando su ropa.

—Sí, ¿qué hacías en mi cama? —Jennifer avanzó con sonrisa franca.

—¿En tu cama? ¿Qué podría estar haciendo yo en tu cama? —Debía pensar una excusa con rapidez—. ¡Pues alisándola! —exclamó, colocando los brazos en jarra y adquiriendo un tono admonitorio—.

¡Siempre dejas torcidas las mantas! ¡Tiran más de un lado que del otro! —Meneó la cabeza—. Sinceramente, Jenny, ¡no sé cómo puedes dormir así!

La fregona soltó una carcajada y le pasó el brazo sobre los hombros, era bastante más alta que ella.

—¡Eres tan perfeccionista, Em! ¡Me arrollo en las cobijas y ni siquiera me entero si tiran, ni para dónde!

Emily sonrió. En la puerta apareció Dorothy, mirándolas con rabia.

—¡Tú! —dijo, señalando a Emily, en voz alta, pero sin gritar—. ¡Estuviste fisgoneando mis cosas!

—Yo no he tocado nada —se defendió ella, sorprendida.

—¡Nadie quiere tus asquerosos trapos, niña tonta! —espetó Jennifer, dándole un empujón tan fuerte que la hizo trastabillar; Emily se volvió para sostenerla y fulminó con los ojos a su amiga.

—¡No tenías que hacer eso! —le recriminó. Luego se dirigió a la doncella—. ¿Estás bien?

Dorothy se soltó de un tirón, como si las manos de Emily la quemasen.

—Fuiste tú, ¿verdad? —insistió, mirándola con fiereza—. ¡Eres la única que sabe leer!

—No, no soy la única...

—¡Yo no sé leer, pero sé golpear! —amenazó Jennifer levantando el puño—. ¡Lárgate de aquí, sanguijuela!

Dorothy soltó un gruñido de impotencia y se marchó. No podían continuar discutiendo o alertarían a los demás y serían castigadas.

* * *

Esa noche, después de acostarse, Emily aguardó un tiempo prudencial, como para que todos se hubiesen dormido y se levantó muy despacio. Se colocó las botas y se echó encima el saco tejido que había sido de Kathy. Tanteando sobre la mesilla, encontró el plato con la vela y las cerillas. Abrió con sumo cuidado la puerta de madera y, una vez fuera, encendió la vela; guardó las cerillas en su bolsillo y se deslizó hasta la angosta escalera que ascendía a las plantas superiores. En el primer rellano estaba la habitación de los Boyle, los únicos de la servidumbre que dormían juntos. Luego, en lo que nivelaba con la planta baja, estaban las habitaciones de los criados hombres: la del lacayo, la del señor Phelps y la del señor Levingston, dispuestas igual que las de las mujeres y, en el segundo rellano se encontraba la habitación del señor Grubber. El área de la servidumbre no contaba con primer piso, pero la casa sí, allí estaba la habitación de los señores y dos más destinadas a huéspedes. También había otra, algo más

alejada, que era la que había ocupado la señora Woods.

Pero Emily quería ver al señor Grubber; desde que habían regresado de la vicaría no había encontrado oportunidad de conversar a solas con él.

Al llegar a su puerta dio un par de golpecitos suaves. Andrew tenía el sueño liviano y no quería alertar a nadie más.

La puerta se abrió en seguida. El señor Grubber, con camisón, pantuflas y el cabello revuelto, la miró desconcertado.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

—Nada, necesito hablar con usted —dijo muy seria, levantando la vela a la altura de su rostro.

—¿Y no puedes esperar a mañana? ¡Es muy tarde!

—Pero usted no dormía. Y yo tampoco —replicó la niña, colándose dentro de la habitación.

Grubber miró hacia los lados para asegurarse de que nadie la hubiera visto y cerró.

—¡Emily! ¿Tienes idea del lío en el que puedes meterme entrando en mi habitación a las doce de la noche? ¡Estoy en camisón! Y tú... Oh, Dios mío, ¡tú también! ¡No te sientes allí! —exclamó lleno de angustia al ver que se dirigía a la cama. Le alcanzó una silla. A Emily le divertía la situación, pero el pobre Andrew parecía estar sufriendo. Y mucho.

—Bien —dijo el señor Grubber, sentándose en otra silla y cubriéndose con una manta. Hacía bastante frío allí, aunque menos que en las habitaciones de abajo—. ¿Qué quieres?

—Si cuento, lentamente, desde el uno hasta el treinta y cinco, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Grubber frunció la nariz.

—Supongo que unos treinta y cinco segundos, ¿por qué?

—Porque es lo que demoré en bajar la escalera de la cocina con el cubo y el estropajo, luego de ver a la señora Woods —Grubber abrió la boca, Emily se puso de pie y comenzó a actuar otra vez—. Luego tiré el agua en la batea... ¿Puede seguir contando?

—¿Para qué? ¿Qué es lo que quieres conseguir?

—¿No lo entiende? ¡Fue en esos pocos segundos que alguien asesinó a la señora Woods! Quiero medir el tiempo para contárselo al inspector Scubs.

—¡Dios mío! De acuerdo, en el treinta y cinco llegaste al final de la escalera, ¿verdad?

—Sí, ahora voy hasta la batea.

—Treinta y seis, treinta y siete...

* * *

Scubs se despertó de un salto con el ruido del agua golpeteando

los cristales de la ventana. Un gruñido hosco se le escapó de la boca al darse cuenta de que llovía a cántaros. Era lunes y había decidido que aquel día terminaría de recorrer el pueblo buscando testimonios acerca de los diferentes temperamentos que se mezclaban en la casa Aldridge. La lluvia lo retrasaría, sin duda, pero lo haría de todos modos. Él y Flanagan se dividirían las casas que faltaban interrogar. Hasta ahora no tenía nada en claro excepto que la señora Woods había estado enamorada del señor Boyle y que éste nunca había correspondido a sus sentimientos. Debía coincidir con Grubber en que no veía a la señora Boyle asesinando a alguien por celos. Ni por ninguna otra razón. Ahora bien, el bendito secreto que al parecer guardaba la cocinera y que el ama de llaves había descubierto, no podía tener relación con ese triángulo amoroso, caso contrario, la señora Woods no le habría dicho: «sé lo que tengo que saber» para que la señora Boyle replicase, «usted no tiene idea». No estarían hablando de Stephen Boyle, ¿o sí? ¿Discutirían acerca de la naturaleza del jardinero? No. Hellen Boyle no debatiría las aptitudes o capacidades de su hombre con nadie. Esa conducta podía esperarse de una riña entre mujerzuelas. No. Había algo más que no acertaba a descubrir. Por otro lado, Arthur Aldridge acosaba a Kathy. La única cosa que se le ocurría como motivo para que el muchacho matase a la doncella era si la chica hubiera resultado embarazada y demandado que se reconociese al niño. Pero el forense había asegurado que Kathy no estaba embarazada al momento de su muerte, aunque tampoco estaba intacta, lo que no era un dato menor, si se tiene en cuenta que nadie le había conocido novio alguno. Tal vez Arthur la había forzado y ella pretendió sacarle dinero mintiendo un embarazo. No hubiera sido la primera vez que una criada hiciera tal cosa. Ni la primera vez que un caballero se deshiciera de una sirvienta por el mismo motivo. Aunque, de acuerdo a la idea que se había formado de Kathy, la chica no sería capaz de algo así. ¿Y la señora Woods?

Dos golpecitos en la puerta lo devolvieron a la fría habitación en los altos de la taberna del Sapo Karli. Se levantó tiritando y abrió. Era Lilly, la esposa del Sapo, que lo miró risueña.

—Hay un policía abajo que quiere verlo —dijo—. Le he servido un té y lo he ubicado junto a la estufa, el pobre está pasado por agua, muerto de frío.

—¿Hayden o McAvor?

—Ninguno de los dos. Es uno que viene de Londres, de parte de O'Neill creo que me dijo. Despierte a su compañero, les dejé agua caliente. —Señaló las jarras apoyadas en el piso—. Luego bajen que haré un buen desayuno para los tres.

—Gracias, señora Karli.

Golpeó la puerta de Flanagan con más ímpetu del que esperaba.

Se había puesto nervioso y estaba muerto de frío. El sargento apareció ya casi vestido; había escuchado y se estaba alistando. Scubs sintió vergüenza, todavía estaba en camisón de dormir. Entró a su habitación con una de las jarras y se lavó rápidamente. No había tiempo de afeitarse, tal vez más tarde. Se vistió con cuidado. Se puso corbata en lugar de fular; con la lluvia quedaban imposibles.

La señora Karli les sirvió un tazón de té, emparedados de carne fría, rosquillas de arenque, huevos y pan crujiente untado con mantequilla y mermelada.

El oficial era un viejo conocido de ambos. La señora Karli le había dado un pantalón, una camisa y unas botas de su marido; le quedaban algo grandes, pero al menos era ropa seca. Su uniforme estaba colgado de unos ganchos, junto a la estufa.

—El jefe O'Neill quiere que regresen a Londres —dijo Floyd hincando el diente en un emparedado—. Ha surgido algo.

—¿Un asesinato? —preguntó Scubs mientras bebía un sorbo de té. No le causaba ninguna gracia tener que relegar su caso en Hillside Bell para más adelante. Aunque había pensado en rendirse ya no quería hacerlo.

—No lo sé —repuso el oficial—, ordenó que deleguen en el jefe local y regresen. Los espera esta misma tarde en su despacho.

Scubs se quedó con una rosquilla a medio camino de la boca. ¿A Miller? ¿Qué significaba eso? ¿Que lo quitaban del caso? ¿Y qué diablos sabía Miller sobre asesinatos?

En cuanto la lluvia amainó y la ropa de Floyd se secó, el oficial partió de regreso a Londres. Había venido en un hermoso caballo que había descansado, comido y bebido en el establo de la estación, situada a pocos metros de allí.

Scubs miró a Flanagan y éste dibujó una mueca de disgusto.

—El crimen de dos sirvientas carecerá de importancia frente al robo de alguna cartera de un caballero de la ciudad —dijo entre dientes, mientras se alisaba el pantalón y se colocaba el abrigo.

Scubs suspiró. Flanagan llevaba razón, pero lo cierto era que, tal vez habría ocurrido algo grave en Londres y por eso O'Neill los requería. Le pagó a Lilly Karli unos días de adelanto por las habitaciones y le prometió volver pronto. Ambos empacaron sus escasas pertenencias y las dejaron allí para pasar luego por ellas. Se dirigieron entonces a la comisaría; aunque no les gustara debían pasarle el caso al jefe Miller.

Afuera soplaba un viento helado y persistía una llovizna invisible, que calaba hasta los huesos. Cerraron sus abrigos y esperaron que pasara un coche de alquiler, que en Hillside Bell no abundaban.

Por el medio de la calle, un muchacho corría hacia ellos. Scubs

se levantó un poco el sombrero y Flanagan entrecerró los ojos. Era un chico delgado que no traía abrigo, el pelo negro saltaba en mechones mojados por cada tranco que daba, la camisa se le pegaba al cuerpo, igual que el pantalón. Estaba empapado. Recién cuando se detuvo frente a ellos y apoyó las manos en las rodillas para tomar aliento, lo reconocieron. Era Lucius, el criado de Aldridge House.

—Emily dijo que lo encontraríamos acá —dijo jadeante, con la voz entrecortada—. Es Dorothy... está muerta.

17

Scubs se quedó inmóvil bajo la llovizna, como si un vacío se hubiera abierto delante suyo. Había intuido que Dorothy Stuart estaba en peligro y no había sido capaz de protegerla. Los Aldridge se habían ido a Londres. Los sirvientes estaban solos; el asesino tenía que ser uno de ellos. Estaba allí y el resto se encontraba indefenso. No podía dejarlos solos. No había salvado a Dorothy, pero salvaría a los otros y atraparía al culpable. Necesitaba pensar. Le ordenó a Flanagan que regresase a Londres para encargarse de eso tan grave que los demandaba y le comentase al jefe O'Neill de este nuevo asesinato. Al menos por ese día, se quedaría en Hillside Bell. También le ordenó que fuera a casa de lord Blieching e informara a la familia Aldridge.

A Flanagan no le hizo ninguna gracia, pero no le quedó más remedio que obedecer.

Scubs y Lucius tomaron un coche de punto y partieron rumbo a la casa. Una vez que llegaron, el inspector pagó al cochero y envió al muchacho a buscar al jefe Miller y al doctor Stevens.

El señor Grubber abrió la puerta con gesto consternado.

—Pase, pase, inspector. Esto ha sido... Y los señores no están...

El mayordomo se veía tenso, retorcía los dedos de cada mano a los lados del cuerpo, apretaba los labios, sus ojos se veían enrojecidos, como si no hubiese dormido las últimas noches. Y probablemente así era. Parecía realmente muy asustado.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Scubs.

—En el dormitorio, señor, pasó igual que con Kathy... La ma.… la mataron mientras dormía, ¡alguien entra a esta casa cuando quiere y está asesinando a todo el servicio! —La voz de Grubber sonaba angustiosa, aunque hablaba muy bajo.

—¿Dónde están todos? —Scubs miró a uno y otro lado.

—En la cocina, señor. He cerrado la puerta de la habitación de Dorothy con llave. Nadie la ha tocado excepto yo, que intenté encontrarle el pulso cuando notamos que no había forma de despertarla.

—¿Quién la halló?

—Jennifer, señor, la fregona. Cuando vimos que no aparecía para el desayuno, fue a despertarla. La señora Clemont, que es quien ahora comparte su cuarto..., compartía..., estaba muy disgustada, había dicho que es obligación de todos levantarse a horario, lo cual es muy cierto, y que ella no le haría de niñera, entonces...

—Está bien, Grubber, tranquilícese —lo interrumpió,

compadeciéndose del pobre hombre.

Emily apareció por el arco lateral, con el rostro contraído de pena.

—Inspector Scubs —susurró.

—Ve con los demás, Emily —ordenó Grubber con suavidad—, yo hablaré con el inspector. —La niña asintió con la cabeza—. No te apartes de Hellen o de Stephen, ¿está claro?

—Sí.

Scubs sintió una profunda culpa al mirar los ojos tristísimos de la jovencita y la preocupación que carcomía al mayordomo.

—Venga conmigo —le dijo éste, girando sobre sí mismo. Scubs lo acompañó a través de la sala, luego del comedor, hasta llegar a otro sector en el que no había estado antes. Era el salón principal para visitas y reuniones, doblaron a la izquierda; Grubber abrió una puerta forrada en paño claro del lado que daba a la sala y oscuro en el reverso y accedieron a otra escalera que conducía también a las habitaciones del servicio, bajaron y, luego de atravesar un corto pasillo, llegaron a los dormitorios.

Dorothy Stuart yacía boca arriba, el rostro reflejaba una horrible mueca de dolor y los dedos de sus manos estaban ligeramente crispados. Scubs los tocó con la punta del índice, no se movieron. Estaban fríos, pero aún podía forzar el *rigor* si imprimía apenas un poco de fuerza; prefirió no hacerlo, dedujo que llevaba muerta al menos unas siete u ocho horas. Miró el cuello moviendo con delicadeza el volante del camisón, no había marcas de estrangulamiento. No dijo nada, optó por esperar la opinión del médico, aunque le llamó poderosamente la atención la coloración de la piel, la mueca y la saliva espesa que parecía haber salido de la boca.

—¿A qué hora se acostó?

—A eso de las diez, como todos, supongo, no... no lo sé exactamente —repuso el mayordomo, que se veía pálido y tembloroso.

—¿Había alguien extraño en la casa?

—No, señor. Sólo estábamos nosotros. Volvimos de la vicaría y cada uno fue a su habitación a cambiarse, luego nos ocupamos de ver que todas las ventanas estuviesen cerradas y preparar la cena. Cenamos en la cocina y luego nos fuimos a acostar.

—¿Quién fue el último en retirarse?

—Yo, señor, como siempre. Debo cerciorarme de que todo esté en condiciones y perfectamente cerrado.

—¿Y lo estaba? ¿No encontró nada extraño?

—No señor.

—¿Sabe qué es lo que quería decirme la niña? Emily.

Grubber suspiró, y en su rostro se reflejó una mezcla de dolor, preocupación y angustia. Scubs no pudo determinar cuál de todos esos

sentimientos era el que prevalecía.

Se escucharon unos pasos y enseguida aparecieron el doctor Stevens y el jefe Miller.

—¡Dios bendito! —exclamó éste, uniendo sus manos a la altura de la boca como en una plegaria.

—¡Pobre chica! —murmuró el galeno, y se dispuso a trabajar meneando la cabeza.

—¿Trajo a alguno de sus hombres? —inquirió Scubs al jefe de policía.

—Sí, sí, están en las dos salidas, controlando que nadie entre ni salga.

Al inspector se le cortó el aire, aflojó su corbata.

—Bien —replicó, sintiéndose un completo idiota. ¿Cómo pudo haber sido tan arrogante de preguntarse si Miller podía hacerse cargo de la investigación, cuando él mismo cometía un error tras otro? ¡Al menos Miller había tenido la inteligencia de vigilar las salidas, cosa que a él ni siquiera se le había ocurrido!

—Murió hace unas ocho horas —señaló Stevens mirando su reloj de bolsillo—. Son las diez, yo diría que falleció cerca de las dos de la madrugada. —Guardó el reloj y miró a Scubs y a Miller, alternadamente—. Creo que ha sido envenenada, pero no podré afirmarlo con seguridad hasta que le practique una autopsia.

—¿Envenenada? —Grubber se tambaleó, como si fuera a desmayarse, Scubs lo sostuvo por el brazo.

—Jefe Miller —dijo el inspector con aplomo—, por favor. —No debía olvidar que era un superintendente y que, además, se había ganado su respeto al haber actuado más concienzudamente que él—. Revise las cosas de esta chica, esa debe ser su mesilla de noche, si ingirió veneno tal vez haya quedado un resto en alguna parte, yo hablaré con el señor Grubber y luego interrogaré al servicio. El sargento Flanagan ha ido a Londres; dará aviso a los Aldridge.

—De acuerdo, señor —convino Miller, solícito. Estaba abrumado. Él era un simple superintendente de un pueblito tranquilo en las afueras de Londres, nunca había pasado por semejantes atrocidades. Un asesinato podía llegar a ser algo excitante para un policía aburrido, ¡pero tres! ¡Era demasiado! ¡Y en tan poco tiempo!

El doctor Stevens fue a buscar un carruaje para trasladar el cuerpo hasta la salita de salud y Scubs acompañó a Grubber hasta el piso superior donde lo hizo pasar a su pequeño despacho. Le invitó a sentarse en un silloncito de orejas, algo gastado por el uso, e hizo lo mismo en otro similar.

—Bien —comenzó. Y pasó a narrarle la visita de Emily la noche anterior y la contabilización del tiempo.

—Muy interesante —señaló el inspector, reclinándose en el

sillón tras cruzar las piernas. Seguía lloviendo copiosamente, tenía los zapatos y los bajos de los pantalones mojados—. Con respecto a eso —dijo—, esta muchacha que acaba de ser asesinada había escuchado algo en la cocina el día anterior al asesinato de la señora Woods. ¿Sabe usted algo de eso? —Grubber soltó el aire que había estado reteniendo y sus hombros se relajaron. El gesto de su rostro era de dolor. Scubs prosiguió—: Porque presiento que es el meollo de la cuestión, o al menos tiene que ver en algo con lo que está sucediendo en esta casa.

El mayordomo estaba sentado en el borde del sillón, las manos reposadas en sus rodillas y la mirada baja, como un niño que se ha portado mal. Suspiró.

—No creo que tenga que ver con los asesinatos, señor. Es... Es algo que pasó hace mucho tiempo...

—¿Me lo podría contar? Sería interesante que yo conociera, tal vez no los detalles, pero, al menos de qué se trata. ¡Para descartar motivos, aunque más no sea!

Scubs tenía en claro que no podía compartir con él las teorías que le daban vueltas por la cabeza ya que, aunque el hombre le caía bien, no podía estar seguro de que no fuera el asesino. En realidad, no podía confiar en ninguno de los sirvientes, tal vez ni siquiera en Emily que, si bien era evidente que no contaba con la fuerza física para estrangular a Kathy Rhys, *sí* podría haber enterrado un cuchillo en la señora Woods o envenenado a Dorothy Stuart. No. No podía pensar eso. Esa chiquilla no había asesinado a nadie, el dolor de sus ojos era genuino, como el de Grubber. Se jactaba de que sabía leer a las personas; no podía equivocarse tanto. Y sin embargo lo había hecho, se había equivocado. Había sospechado que Dorothy Stuart le ocultaba algo, que no era sincera y lo único que le había dicho la pobre chica era que había sido testigo de una conversación. Aunque estaba claro que no se había equivocado al pensar que estaba en peligro. ¿Por qué? ¿Por lo que había escuchado? Siempre llegaba al mismo lugar.

—Tiene razón —murmuró Grubber mirando el piso—. Le contaré lo que pueda, pero no debe salir de usted por favor.

—Si no es necesario para la resolución del caso, no diré una palabra —le aseguró.

—De acuerdo. —Grubber temblaba, no quería traicionar la confianza de nadie, pero había que dar con ese maldito asesino. Inhaló —. Hellen y Stephen Boyle tienen una hija, Catherine. —Scubs asintió, eso ya lo sabía—. Trabajaba como criada en esta casa. Ella... tuvo un... un desliz siendo muy jovencita. Hubo un lío bastante grande, ya sabe usted cómo se califica a las jóvenes que... El caso es que la señora Mary Louise la echó. —Miró a Scubs; éste esperó a que continuara, no

era esa toda la historia. Grubber se pasó la mano por la frente y volvió a suspirar—. El señor Timothy conoce a la señora Boyle desde que ambos eran niños; no tuvo corazón para dejar a su hija en la calle, por lo que la envió a su casa de Essex, Aldridge Hall. Catherine permaneció allí un tiempo hasta que pudo marcharse, y gracias a la providencia, se casó con un buen hombre. Ahora vive en Yorkshire. Eso es todo —agregó repasando sus muslos con las manos, como si quitase cientos de arrugas invisibles de su pantalón.

Scubs frunció el entrecejo. Grubber no lo miraba.

—Y eso es secreto —sentenció el inspector con sarcasmo.

El mayordomo inhaló y soltó lentamente el aire sin mirar al inspector.

—El secreto es que la señora Mary Louise no sabe que su esposo apañó a Catherine luego de que ella la echara, ¿comprende? De enterarse, se convertiría en un gran problema para el señor Timothy.

—De acuerdo —consintió Scubs poniéndose de pie con una mueca de disgusto—, aunque sé que falta la mitad de la historia voy a tomarla así, por ahora. Y, Grubber, como lo que falta sea importante para hallar al culpable... —No se le ocurría qué decir para amedrentarlo—. ¡Le daré un puñetazo en la nariz!

—Sí, señor —murmuró el mayordomo, sin el menor rastro de alivio por haber hablado. Más bien parecía que alguien le estaba estrujando el vientre.

Scubs salió del despacho y comenzó a bajar las escaleras, donde se encontró con Emily que parecía estar esperándolo.

—Hay algo que no le conté al señor Grubber —dijo ella con voz muy baja—, tal vez no es nada, o tal vez sea importante.

—Cuéntame.

Pasó a relatarle entonces, cómo Dorothy la había acusado de haber fisgoneado entre sus cosas, y también el detalle que más le había llamado la atención: la acusación había recaído en ella por ser la única de las criadas que sabía leer.

Scubs se mostró sumamente sorprendido, lo relacionó de inmediato con las cartas que había mencionado la señora Clemont, pero no dijo nada. Juzgó que el mayordomo llevaba razón al pedir a la niña que no se separase de los Boyle, ella también podría estar en peligro. De momento podía descartar a Emily, Grubber y el matrimonio Boyle de la lista de sospechosos. De momento.

—No te separes de los Boyle —le repitió, acompañándola hasta la cocina, donde todos esperaban sentados alrededor de la mesa; las mujeres lloriqueaban y los hombres no tenían idea qué decir, sólo se miraban en silencio.

También podía descartar de la lista a la familia Aldridge, al chofer Levingston, al lacayo, Peter Breely y a Henry Phelps, el ayuda

de cámara. Todos estaban en Londres. Claro que aún faltaba constatar que fuese realmente así. Londres no estaba tan lejos después de todo.

* * *

Mary Louis estaba exultante, la idea de casar a Amelia con lord Cartwright era algo que la embriagaba. Superaría, incluso, al matrimonio de Constance en la escala social. Los Cartwright, según había podido averiguar, tenían muchísimo dinero de su negocio de piedras preciosas. ¡Amelia luciría unas joyas espectaculares, serían la envidia de todos sus conocidos! Lord Blieching, en cambio, era un político de poca monta, feo y con escasa ambición. Constance no había podido elegir demasiado después de esa estúpida relación con el miserable de Riderbown, la verdad. Por suerte tenía mucho dinero. En cambio, Jared Cartwright era apuesto, caballeroso, simpático, inteligente ¡encantador! Tenía que preparar todo para invitarlo a cenar, tal vez pidiera pronto la mano de Amelia. Tal vez la agasajase a ella también regalándole alguna joya para lucir el día de la boda que sería, por supuesto, por todo lo alto.

—Ya nos vamos —dijo una voz, cerca de ella. ¡Oh! Era Timothy, y estaba con Arthur. ¡Claro! Partirían a Essex, a ese horrible evento de caza. ¡Oh! ¡Lord Cartwright iría con ellos!

Mary Louis sonrió tontamente.

—Amelia irá con ustedes, imagino —dijo sin pensar.

—¿Amelia? ¿Por qué habría de ir Amelia a cazar si lo detesta? —preguntó atónito, su marido.

—¡Oh! —repuso ella sin dejar de sonreír, girando en torno a su sillón favorito, lo que daba vuelo a su vestido de tafetán—. ¿No la ha invitado lord Cartwright?

—No —negó Timothy con el ceño fruncido—. ¿Te sucede algo, Mary Louise?

—¿Estuviste disfrutando de ese excelente vino que mi cuñado guarda en la bodega? —preguntó Arthur en tono jocoso.

—¡No seas impertinente, muchacho! —recriminó su padre—. ¡No son cosas que debas decir a una mujer! —Luego bajó la voz, dirigiéndose a su esposa—. ¿Lo has hecho, Mary Louise?

—¡Por supuesto que no! —Se exasperó ella, no porque la trataran de ebria sino por lo otro—. ¿Cómo es que ese hombre no ha invitado a Amelia a Essex? ¡Es la mejor oportunidad de conocerla! ¡Estarán su padre y su hermano, nadie murmurará!

Timothy encogió los hombros y se sentó en uno de los sillones.

—Según me dijo, Amelia prefiere esperar para ser cortejada.

A Mary Louise le faltó el aire, se agarró del brazo del sillón y se dejó caer en él.

—¿Esperar qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Saber quién ha asesinado a Kathy Rhys —contestó Arthur, mordiendo una manzana que había sacado del frutero

—¡Pero..., pero eso es una locura! ¡Esta chica no está en su sano juicio! ¿Cree que lord Cartwright la esperará para siempre?

—Cálmate, cariño, —susurró su marido—, el hombre ha comprendido perfectamente y él tampoco irá a Essex. Es tío de ese policía que anda investigando en Hillside Bell, Scubs creo que se llama. Va a ayudarlo a encontrar al culpable.

Mary Louise sintió que podría desmayarse en cualquier momento.

—¿Ese policía es... sobrino de un lord? ¡Santo cielo! Tim, tenemos que colaborar en todo cuanto nos sea posible. Regresaré con Amelia a Hillside Bell y les diré que pueden interrogar a quien sea.

—Yo creo que es mejor no remover nada —dijo muy serio Timothy, mirando fijo a su esposa.

—Pero..., si no tenemos nada que esconder...

—Ah, ¿no?

Ella lo miró, no muy segura. De pronto lo entendió, o creyó entenderlo.

—¡Ah, te refieres a...! ¡Pero si sucedió hace mucho tiempo, Tim!

—La policía tiene la mala costumbre de sacar todo a la luz, tanto si importa como si no, si sucedió ayer como si fue hace veinte años.

Mary Louise hizo un gesto de desdén; que tuviera que obedecer en todo a su marido no hacía que lo comprendiera siempre. ¿Qué importancia podía tener que la policía se enterase de las tonterías del pasado? ¡No saldrían a comentarlo por todo el pueblo! Le constaba que la policía solía ser bastante discreta. La de Londres al menos, claro, no ese tonto de remate de Miller y sus dos inútiles agentes, que a veces hablaban más de la cuenta. Eso también le constaba. Pero ahora lo importante era otra cosa. ¿Cómo había podido lord Cartwright permitir que un sobrino suyo cayera tan bajo y se hiciera policía? Seguramente no era culpa suya; él habría intentado persuadirlo, sin duda. Si quería ayudarle a encontrar al asesino de Kathy, tal vez, lord Cartwright iría a Hillside Bell, ella se llevaría a Amelia y... ¡Oh! ¡Si eso sucediera él se enteraría de que habían asesinado a alguien en su propia casa! Tenía que impedirlo... Pero ¿cómo? Si el policía era su sobrino... ¡Tenía que hablar con Scubs antes de que se reuniera con su tío! ¡Oh! ¡Si Amelia no fuera tan tonta de haber hablado de la doncella, se hubiera ido a Essex con su futuro marido y todo sería perfecto!

Constance entró en ese momento.

—Un policía ha venido a buscarte, papá —dijo con semblante

asustado.

—¿Un policía? —se alarmó el señor Aldridge, poniéndose de pie.

—Hazlo pasar —señaló Mary Louise posando una mano sobre el brazo de su marido, sonriendo—. Y dile a tu doncella que prepare té y emparedados.

Constance la miró como si no la reconociera. Desvió la vista hacia su padre

—Dice que ha habido otro asesinato en Aldridge House —agregó.

Mary Louise se desmayó.

18

—Ah, sargento, ¡ha llegado por fin! —señaló el jefe O'Neill, algo molesto—. Más vale que su inspector haya decidido permanecer en Hillside Bell por algo importante, de lo contrario...

—Han asesinado a otra muchacha, señor —interrumpió Flanagan cerrando tras de sí la puerta del despacho.

—¿Cómo dice? —Patidifuso, el jefe se dejó caer en el sillón de cuero indicándole con un gesto que se sentara también.

El sargento lo hizo.

—Otra doncella —explicó—. Estamos frente a un caso bastante enrevesado, señor. Da a pensar que tal vez Kathy, la anterior muerta, fuese asesinada por error, ya que ella y Dorothy Stuart, la chica que han matado ahora, compartían el cuarto. Tal vez la intención era matar a Dorothy, después de todo —aventuró, meneando la cabeza.

—¿No han hallado ningún indicio?

—Está difícil, señor. Parecía que nos encaminábamos hacia el sitio correcto y entonces, ¡zaz!, asesinan a otra muchacha. —En realidad nunca habían tenido idea de quién podría ser el asesino, pero no le diría tal cosa al superintendente.

—Entiendo, entiendo —murmuró éste, pensativo—. Bien, de todos modos, Scubs va a tener que dejárselo a la policía local. Acá también suceden cosas, no podemos permitirnos seguir ocupando un inspector de la policía londinense en otro condado, buscando un asesino de sirvientas cuando hay gente de buena cuna aquí, en Londres, que está siendo amenazada, ¿no le parece?

Era una pregunta retórica, O'Neill no esperaba que Flanagan respondiera, buscaba algo entre sus papeles por eso ni siquiera lo miró, si lo hubiera hecho, habría notado que disentía totalmente.

Para Flanagan —y también para Scubs—, el asesinato de cualquier persona era más importante que unas meras amenazas, fuese en el condado que fuese y tuviera, la víctima, la ocupación que tuviera. Y estaba convencido de que el jefe O'Neill pensaba igual, solo que su puesto le obligaba a cumplir con el requerimiento.

—Acá está —declaró el superior extendiendo una hoja—. Momentos antes de que usted entrara vino a verme lord Riderbown, está siendo amenazado. Intentan chantajearlo por alguna torpeza del pasado. Es importante mantener a su esposa al margen, la pobre chica ya ha sufrido bastante. Hasta que llegue Scubs usted adelantará lo que pueda, ¿de acuerdo? Ahí tiene los datos de adónde verá a lord Riderbown para no molestarle en su casa. Como dije, su esposa está bastante delicada, más que nada es su estado de ánimo —aclaró en

tono bajo.

O'Neill se puso de pie y Flanagan hizo lo mismo, con el papel en la mano.

—Todos los días, a partir de mañana —dijo—, lord Riderbown estará en Hayde Park a las tres, llevará un sombrero de copa con una cinta en color burdeos para que lo identifique. Es un muchacho bastante atractivo, muy rubio y de unos treinta y cinco años. Lo encontrará enseguida. Él le explicará los detalles. Ah, ésta es la última nota que le enviaron. —Le alcanzó otro papel—. La anterior la tiró.

Flanagan lo miró con asombro.

—¿La tiró?

—Pensó que era una broma —justificó O'Neill—, lord Riderbown no tiene nada que esconder, las pequeñas torpezas que haya podido cometer en el pasado no son, ni más ni menos, que las mismas que hemos cometido todos, pero que el mundo se entere no hace más que traernos problemas.

Flanagan se retiró presuroso preguntándose cómo irían las cosas en Hillside Bell. Le hubiera gustado quedarse allá y proteger a las muchachas de algún modo. Era ridículo que se lo enviase a investigar unos simples anónimos de algún chantajista. Estaba harto de los señorones de la alta sociedad encubriendo sus pecados a capa y espada, haciendo lo que fuera para evitar que su esposa, sus hijos y, sobre todo, sus pares, se enterasen, ya que corrían el riesgo de ser apartados como leprosos. ¡Idiotas! Y los «pecados» eran siempre los mismos: una amante, una doncella bonita que les permitió deslizarse en su cuarto, un hijo ilegítimo... Pero claro, tal como había dicho el jefe O'Neill, una cosa era que todos lo hicieran y solaparan, y otra muy distinta que la noticia se extendiese en forma de chismorreo entre las grandes damas. Que también conocían esos secretos y los aceptaban, por supuesto, pero que no debían decirse en voz alta.

Flanagan esperó a que pasaran un cabriolé y un ómnibus y luego cruzó la calle. Iría primero a su pensión a dejar el magro equipaje, asearse un poco y cambiarse de ropa. La lluvia había cedido pero el día estaba gris y el aire, denso, olía a estiércol de caballos.

Luego de un baño ligero se encontraba sentado a la mesa frente a una taza de té y unos bollos que le había traído el casero.

Puso todo su empeño en descifrar la nota. Flanagan era uno de aquellos tantos policías que apenas sabía leer y escribir, lo disimulaba cuanto podía, sobre todo ante O'Neill. Scubs estaba al tanto y lo ayudaba. Leyó en voz alta.

—Ten-go-pru-pru-e-bas-de-lo-que-afi-afi-rmo. —Acarició su barbilla recién rasurada con la vista fija en el papel. Tomó un bollo y le dio un mordisco. «Tengo pruebas de lo que afirmo». ¿Y qué afirmaba? ¿Cómo diablos iba a buscar algo si no sabía por dónde

comenzar? El tal Riderbown no quería que fuera a verlo a su casa. El jefe O'Neill había dicho que su esposa estaba delicada de salud. Flanagan no disponía de medios para averiguar al respecto; no se relacionaba con la alta sociedad, era Scubs quien lo hacía. ¿Cómo le estaría yendo? Esperaba que no fuera Jennifer Otto la asesina; se sonrojó al pensar en la ruda muchacha de sonrisa fácil, que era casi más alta que él. Era una tontería. Una chica como ella no le haría caso a alguien como él. Tal vez a alguien como Scubs. Aunque no creía que Scubs se fijara en una muchacha como aquella. Más bien, se fijaría en alguien como Amelia Aldridge, era más cercana a su posición social. Por lo que había escuchado, Scubs podría estar, incluso y pese a ser policía, por encima de los Aldridge. Sabía que Victoria, la ex novia del inspector, era una muchacha cuya familia estaba entre lo más selecto de la sociedad londinense; no tenía idea de cuál había sido la razón por la que la boda no se había efectuado —aún no conocía tanto a Scubs—. Tenía idea de que la chica estaba sumamente enfadada con el inspector. «Mujeres», pensó con un suspiro. Entonces se le ocurrió ir a ver a Crystal. Tal vez ella supiera algo de los Riderbown que le diera un hilo por donde comenzar a tirar hasta que llegase Scubs. Si al otro día le tocaba encontrarse en Hyde Park con Geoffrey Riderbown, al menos tendría una idea aproximada de qué clase de hombre era.

Crystal era ama de llaves en una gran mansión de Mayfair, una mujer de rostro agradable y dulces maneras que ya pasaba los cincuenta y que había sido amiga de su madre.

Flanagan esperó más de una hora en la acera de enfrente, hasta que la vio salir a buscar el correo de la tarde. Se acercó con grandes trancos.

—¡Theo! —exclamó ella con alegría, al verlo.

—¡Hola, Crystal! —sonrió él, estrechándola entre sus fuertes brazos.

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Aún eres policía? —Dos hoyuelos se formaron en el cálido rostro de la mujer. A Flanagan se le hizo un nudo en el estómago, como cada vez que la veía; demasiados recuerdos de infancia. Sonrió.

—Así es y necesito tu ayuda, si puedes dedicarme unos minutos. Y si sabes algo acerca de lord Riderbown.

—¡Oh, sí; claro que lo conozco! —declaró ella con énfasis sosteniendo las cartas que acababa de sacar del coqueto buzón de la entrada—. Si me esperas unos minutos, llevaré esto adentro y pediré permiso para dar un paseo contigo.

—De acuerdo.

Diez minutos después, caminaban por el boulevard, ella colgada de su brazo.

—Lord Riderbown es un joven muy agradable —comentó Crystal—, ¿hizo algo malo?

—Oh, no. Es... —Flanagan la conocía desde que tenía uso de razón, adoraba a esa mujer que había cuidado de él como a un hijo luego de que su madre muriera de fiebres, siendo él un jovencito de tan solo diez años. Conocía de sobra su discreción—. Lo han amenazado.

—¡Oh, pero eso es terrible!

—Lo sé, por eso estoy investigando, pero no sé por dónde comenzar.

—Entiendo. No sé si yo pueda servirte de mucho. Se casó hace unos pocos años con Marianne Southern, una chica encantadora.

—Con problemas de salud —afirmó él, aunque sonó más a interrogante.

—¿Problemas de salud? No lo creo, es una joven muy saludable... ¡Oh! Ya veo, claro; lo sabes. —Lo miró de costado, con cierta picardía.

—No sé nada, Crystal, por eso he venido a verte.

Ella retomó el paso, saludando con una sonrisa a quienes pasaban por su lado. De cierta forma, se sentía orgullosa de andar del brazo de Theodore Flanagan, todos pensarían que era su hijo y eso le encantaba, porque de esa forma lo quería.

—En realidad, creo que es un secreto —dijo ella—. Si estoy algo enterada es porque lady Mina es muy amiga suya y Marianne ha venido varias veces por la casa. Ya sabes, es imposible que una no se entere de ciertas cosas. Verás, lady Marianne perdió un embarazo hace poco tiempo en circunstancias muy penosas, la asaltaron cerca del puente de Westminster, la pobrecilla quedó un tanto... desequilibrada diría yo. Lady Mina la visita con frecuencia y siempre regresa muy triste.

Flanagan suspiró. Ya tenía algo. Investigaría el incidente.

—El niño era de su marido, supongo.

Crystal volvió hacia él una mirada alarmada.

—¡Por supuesto! ¡Theo, qué cosas dices! ¡Lady Marianne adora a su marido! ¡Y es una dama! ¡Jamás haría algo así!

—De acuerdo. ¿Y él? ¿Adora de la misma forma a su esposa?

Crystal apretó los labios y se tomó varios segundos antes de responder.

—No sabría decirte... Se dice que estuvo muy enamorado de una mujer... Estuvo prometido a una jovencita de la baja burguesía, alguien no muy a gusto de sus padres. El compromiso se rompió y finalmente no hubo boda. Lo que no sabría decirte con certeza es si esa joven a la que amó tanto era su prometida o hubo otra, por la cual se acabó el compromiso, ¿me entiendes?

Flanagan detuvo su andar y miró a su amiga con los labios fruncidos, asintiendo con la cabeza. ¿Podría haber allí un motivo de venganza?

—¿Cómo se llamaba la prometida? —preguntó.

—Mmm..., no lo recuerdo... —Crystal comenzó a andar de nuevo—. No era de Londres. Vivía en un pueblito cercano. Si me das unos días, le preguntaré a lady Mina, con todo el disimulo que me sea posible, claro. ¿Crees que por ahí va la cosa?

—Podría ser. No tengo «unos días», Crystal, necesito saberlo ya.

—De acuerdo, pasa mañana y tendré su nombre. Cuéntame, ¿en qué has andado todo este tiempo?

—Trabajando con un nuevo inspector. Scubs. Buen tipo. Estamos con un caso de varios asesinatos en un pueblito, cerca de Kent.

—¿Kent? Pero, ¿es que allí no hay policías?

Flanagan sonrió.

—¡Oh, claro que los hay! Pero hacen falta expertos para investigar asesinatos —declaró con un atisbo de orgullo.

—¡Asesinatos! —La mujer meneó la cabeza con gesto compungido—. ¡Qué cosas tan horribles ocurren! ¿Y lo solucionaron? ¿Hallaron al culpable?

—Estamos en ello, he tenido que regresar por este problema de lord Riderbown; espero solucionarlo pronto y volver a Hillside Bell.

Crystal se sobresaltó.

—¿Hillside Bell?

—Así es, ¿conoces el pueblo?

—No, pero me suena de alguna parte. No, no lo conozco. ¿Es bonito?

—Es pintoresco, sí. A Scubs le encantaría vivir allí. Yo no podría, es muy pequeño, estoy acostumbrado a Londres y sus barrios altos, sus barrios bajos, sus olores, el hollín y el estiércol —Crystal hizo un gesto de asco, pero sonrió al punto; sabía a qué se refería—. En Hillside Bell la única casa pomposa es la que investigamos, la de los Aldridge.

Esta vez, Crystal se detuvo de golpe.

—¡Ese es el apellido! ¡Aldridge! Constance Aldridge era la prometida de lord Riderbown.

* * *

Lo primero que hizo Scubs al tener oportunidad, y acompañado por Grubber, fue abrir el baúl de Dorothy Stuart. Ninguno de los dos se sintió cómodo al hacerlo, hubieran preferido esperar el permiso de los señores, pero éstos continuaban en Londres y, aunque seguramente ya habrían sido avisados del nuevo asesinato, no podían esperar su

llegada. Grubber decidió asumir la responsabilidad. Después de todo era quien, en ausencia de los amos, tenía el poder de decisión, solo esperaba que no lo despidieran.

Con todo cuidado Scubs fue sacando las prendas de la chica, algunos dibujos, su uniforme de repuesto, medias, hasta que, envuelto en un trozo de paño color azul, halló un fajo de cartas. Grubber se acercó con curiosidad.

—Parecen de la sobrina de la señora Woods —dijo al reconocer la letra.

—Están dirigidas a Elinor Woods —leyó Scubs—, remitidas por una tal Rosalyn Tyron, provienen de Yorkshire.

—Es ella, la sobrina de la señora Woods. ¿Por qué tendría Dorothy esas cartas?

—No lo sé, pero me las llevaré para estudiarlas. ¿Podrá quedar esto entre usted y yo, por el momento? —preguntó en tono severo.

—Por supuesto, señor. Y ¿puedo yo, pedirle un favor?

Era justo.

—Adelante —respondió.

—¿Puedo enviar a Emily a casa de esa señora, lady Merritt? La invitó a buscar unas prendas viejas para llevar a la vicaría. He preguntado al vicario y me ha dicho que conoce a esa mujer y que goza de su más entera confianza. Si hay un asesino entre nosotros, preferiría que al menos la niña estuviese a salvo.

La mirada de Grubber era lastimosa, estaba sufriendo.

—De acuerdo —concedió el inspector—, pero antes necesito que sea sincero conmigo. —Lo miró a los ojos durante varios segundos; el mayordomo aguardó con la desolación reflejada en los suyos—. ¿Qué relación tiene usted con esa criatura? ¿Es, acaso, su hija?

La primera reacción de Grubber fue sobresaltarse, luego suspiró.

—No, señor. Pero he sido yo quien la trajo a esta casa siendo ella muy pequeña. Me siento responsable por Emily.

Scubs supo en el acto que aquello no era todo. Grubber había desviado la vista. Esperó a que continuase, pero no dijo nada más.

—¿Sabe, Grubber? Mi trabajo sería mil veces más fácil si la gente no guardara tantos secretos.

—Lo imagino, señor —respondió él, ruborizado.

El inspector mantuvo sus ojos fijos en el hombre que tenía enfrente. Su instinto le decía que podía confiar en él, a la vez que sabía que le ocultaba algo.

—Bien —dijo, metiendo el fajo de cartas en su bolsillo—, interrogaré una vez más al servicio y dejaré todo en manos del jefe Miller por el momento. Me reclaman en Londres. De todos modos, me

llevaré las cartas a ver si encuentro algo nuevo. Intentaré regresar mañana o pasado. Que las criadas cierren puertas y ventanas con llave y candados. No sabemos con qué clase de loco estamos tratando.

—Sí, señor.

* * *

Si bien lady Merritt le había caído muy bien, Emily no estaba dispuesta a pasarse el resto del día y la noche con ella, como pretendía Grubber. ¡Y los Boyle parecían estar de acuerdo! ¿Qué les pasaba? ¿Se la querían sacar de encima? ¿Protegerla? ¿Por qué entonces no llevaban también a Molly y a Silvie? ¡Ellas tampoco habrían podido estrangular a Kathy! ¿Y qué pasaría con Jenny? Tenía mucho miedo de que terminasen culpándola. Jennifer era fuerte y, aunque solía ser muy tranquila, cuando se enojaba tenía un carácter de los mil demonios.

El señor Grubber esperaba, muy serio. Emily cruzó los brazos y frunció el ceño. No estaba dispuesta a ceder. De pronto tuvo una idea y su rostro se relajó, sus labios se arquearon con suavidad y los ojos le chispearon.

—De acuerdo —concedió.

Grubber suspiró, aliviado.

—Bien, Lucius te acompañará.

—¡Estupendo! Iré a empacar algunas cosas —dijo, y salió corriendo.

Grubber se mordió los labios y, al girar hacia la salita, se topó con Hellen Boyle que tenía los ojos cargados de lágrimas. A su lado, Stephen permanecía muy serio. Grubber asintió con la cabeza en un gesto apenas perceptible. El matrimonio suspiró entonces, con algo parecido al alivio.

* * *

Tres horas después, bajo una persistente llovizna y un cielo casi negro, Scubs esperaba el tren en la estación de Hillside Bell. El doctor Stevens aún no sabía qué veneno se había utilizado para asesinar a Dorothy, aunque parecía inclinarse por la estricnina, que produce ciertos espasmos que explicarían las manos crispadas y la mueca de horror en el rostro. Habían descubierto que Dorothy solía tomar láudano para dormir, cosa extraña en una chica tan joven, a no ser, claro, que sus pensamientos no fueran tan blancos como creían todos y se pusiera nerviosa a la hora de intentar conciliar el sueño. Scubs se estaba llevando el frasco del tranquilizante para analizarlo en Londres. Tal vez haya sido a causa del láudano que la chica no había oído nada la noche que asesinaron a Kathy.

Un chiquillo rubio, sucio y andrajoso, se le acercó. Mordía un trozo de pan. Scubs buscó unas monedas en sus bolsillos y se las dio. Era el mismo muchachito que había enviado a esperar a Flanagan, dos días atrás, para conducirlo a la taberna del Sapo Karli.

—Gracias —dijo el niño, luego de morder la moneda para cerciorarse de que no fuese falsa. —Scubs sonrió—. Fea cosa esos asesinatos, ¿verdad? —El chiquillo siguió mordiendo su pan.

—Así es —suspiró el inspector—. Tú no habrás visto nada extraño en los alrededores, imagino.

El chico ladeó la cabeza en actitud pensativa e hizo una mueca.

—La verdad es que sí, hubo algo que me resultó muy *estar*... *esta*... *estaño*... —resopló frustrado—. Raro —se corrigió. Un tipo que llegó con el último tren, el de las once y diez. No bajó en el andén, sino por allá —señaló el descampado, pasando la acera de ascenso y descenso de la estación—. Bajó del último vagón y se metió entre los *abutos*. No lo volví a ver. Fue muy rápido.

—¿Cuándo?

—¡Pues anoche! ¿Cuándo va a ser?

—¿Cómo era? —preguntó el inspector con apuro. Su tren venía girando la curva.

—¡Alto, llevaba sombrero, no lo vi muy bien *poque* era de noche —gritó el chico por encima del pitido del convoy—, aunque volteó hacia mí! ¡Estaba bien *vestrido*, con abrigo largo!

—¿De dónde venía ese tren?

—De Londres.

El tren se detuvo, Scubs subió y, a través de la ventanilla, le tiró otra moneda.

—¡Ve corriendo a contarle al jefe Miller, está en la casa Aldridge! ¡Oye, sólo a él se lo cuentas, ¿de acuerdo?! ¡No abras la boca con nadie más, es muy importante!

El muchacho sonrió, mostrando sus dientes ennegrecidos.

—Descuide, oficial. Sé cuidarme.

«Inspector», pensó Scubs, pero no lo corrigió. El chiquillo ya había salido corriendo. No tendría más de ocho años.

19

Durante el corto tiempo que duró el trayecto a Londres, Scubs revisó la correspondencia que había recuperado del baúl de Dorothy Stuart. Eran cartas personales que hablaban de las plantas que cultivaba la señora Tyron, de la lluvia, del calor insoportable que solía hacer en agosto y de la moda traída de París que disminuía el volumen de los polisones aligerando el peso de los vestidos, pero que, según coincidían ambas, restaba algo de esa elegancia tan propia de las damas londinenses. Rosalyn Tyron tenía dos niños y, aunque le hubiese encantado tener también una niña, el doctor le había aconsejado no embarazarse de nuevo pues su cuerpo ya no se encontraba en condiciones, lo cual era motivo de angustia para la pobre mujer que, siendo aún joven como era, debía, ¡y por prescripción médica!, soportar que su esposo aliviara sus pasiones por otros sitios.

La sucesión de los envíos era, aproximadamente, de una carta cada treinta o cuarenta días, aunque Scubs notó que algunos períodos se habían extendido un poco más. Podría haber habido algún suceso que impidiera a Rosalyn escribir, o... —Scubs se quedó pensativo, mirando correr el paisaje a través de la ventana del tren—, tal vez faltaran algunas cartas, aquéllas que contuvieran algo realmente importante. Tendría que revisarlas mejor en cuanto dispusiera de tiempo. Ahora, si Dorothy Stuart no sabía leer, ¿para qué las quería? ¿Cómo sabía lo que contenían? ¿Alguien se las leía? ¿Quién? Indudablemente sabía lo que decían o no habría acusado a Emily de habérselas robado.

¡Eso era! ¡Le habían robado cartas! ¿El asesino, tal vez? ¿Por qué? ¿Qué cosa tan importante podía contarle Rosalyn a su tía? O, caso contrario, ¿qué le contaría la señora Woods a su sobrina, que justificase el robo de las misivas y los tres asesinatos?

Faltaba poco para llegar a Paddington por lo que guardó meticulosamente las cartas en el bolsillo y tomó su pequeña maleta. Había dejado varias prendas en la taberna del Sapo puesto que pensaba regresar lo antes posible. Aunque, pensándolo bien, tal vez no fuera mala idea permanecer unas cuantas horas en Londres y ordenar la cabeza. Podría intentar hablar con tío Jared, a ver qué tanto conocía éste de la familia de su posible futura esposa. Scubs sonrió. Le resultaba absurdo pensar en lord Cartwright como esposo de Amelia Aldridge. Una vez más extrañó a su tío Augusto, él sabría aconsejarlo. Tal vez se hiciera tiempo para escribirle, a ver qué tal le iba en África con las piedras preciosas.

* * *

Lady Merritt estaba maravillada y feliz de recibir a Emily en su casa. Aquella misma mañana, Grubber había llegado hasta su puerta acompañado del vicario, y ambos le habían pedido que albergara a Emily al menos hasta que regresaran los señores Aldridge. Habían asesinado a otra doncella y querían proteger a la niña, lo cual no hizo más que acrecentar la curiosidad de *lady* Merritt. ¿Por qué proteger a ella en particular y no a las demás? ¿Era de la única de la que no podían sospechar que fuera la asesina? ¿Por qué? Aunque la cabeza se le llenó de preguntas, aceptó encantada.

Y allí estaba la jovencita, alta y delgada como una espiga de trigo. Su cabello castaño, trenzado y envuelto alrededor de la coronilla, le daba un aspecto romántico y angelical. Sus brillantes ojos verdes mostraban una inteligencia alegre y desenfadada. El muchachito a su lado, en cambio, parecía asustado.

Emily sonrió, haciendo una ligera reverencia. Sus manos blancas sostenían una pequeña maleta de cuero gastado.

—Él es Lucius —dijo, presentando a su compañero. El muchacho rodaba con nerviosismo una raída gorra entre los dedos—. Sólo vino para asegurarse de que llegara bien.

—¡Oh, claro! Te he visto en la vicaría, ayer. —El chico asintió con una tenue sonrisa—. ¿Quieres entrar a tomar un té?

Lucius abrió los ojos como para responderle que claro, que con mucho gusto, pero Emily se le adelantó:

—¡Debe regresar a la casa de inmediato! —Volteó para mirarlo y Lucius arrugó el entrecejo.

—Sí, he de regresar enseguida —contestó, resignado—, de todos modos, le agradezco, milady. Volveré por Emily en cuanto me lo ordenen.

—Claro, muchacho —repuso la señora con amabilidad.

Hizo entrar a la jovencita al amplio salón de estar. Pasaron los primeros segundos viendo por la ventana cómo el chico se marchaba corriendo bajo la llovizna, sosteniendo la gorra sobre su cabeza. La doncella, Esther, se presentó de inmediato y Emily fue conducida al cuarto de huéspedes donde dejó su maleta. Luego se dedicó a recorrer la casa. Era pequeña, pero sus habitaciones estaban armoniosamente distribuidas, las paredes empapeladas en colores crema y dorado, las puertas forradas con paño color durazno, paneles de madera lustrada en la biblioteca, y muchos, muchos libros, algo que la maravilló.

—¿Sabes leer? —preguntó *lady* Merritt con algo de sorpresa al verla recorrer los lomos de los libros.

—Sí —afirmó ella con una pizca de orgullo—, y me he leído un libro entero que me ha gustado mucho.

—¿De veras? ¿Qué libro es ese?

—Oliver Twist.

La dama abrió aún más sus ojos turquesa.

—¡Una jovencita no debería leer esas cosas! —exclamó, levantando las cejas—. Tal vez el señor Dickens haya escrito relatos más aptos para una niña que las desventuras de un muchacho caído en desgracia.

Emily se sonrojó ligeramente, no por vergüenza sino por impotencia; lo mismo le había dicho la señora Mary Louise, lo que la obligó a leer el libro a escondidas.

—Sin embargo, yo... —murmuró la niña, dudando si seguir hablando o no. Levantó la vista con timidez.

—¡Dilo! —alentó con suavidad lady Merritt, convencida de que todo debía hablarse, aunque su interlocutora fuese una criada.

—Creo que es una historia muy bonita, que la deja a una pensando.

—¡Pero si no habla más que de pobreza y de miserias! —protestó lady Merritt, haciendo silencio al instante, al percatarse de lo que había querido decir—. ¡Oh! Supongo que tienes razón —agregó, ruborizándose. Emily sonrió—. Deduzco entonces que te gustan las historias, aunque no sean todo lo apropiadas que deberían ser para una jovencita como tú. —La niña asintió, apretando los labios—. Bueno, pues aquí tienes unas cuantas, puedes leer las que quieras. No guardo libros censurables.

—¡Oh! ¡Muchísimas gracias!

Lady Merritt sonrió satisfecha.

—Le diré a Esther que nos avise cuando esté el almuerzo. —La miró con placer y se dio vuelta para marcharse, pero de inmediato se arrepintió. Recogió levemente su amplia falda y volvió a girar.

—¿Cómo te apellidas, Emily? —preguntó con cierto apuro, no quería parecer una entrometida.

—Hattie —respondió ella sin dejar de recorrer los títulos de los libros.

—¿Has trabajado en otra casa? ¿Antes que en la de los Aldridge?

—No, milady —contestó, girando sobre sí misma.

Lady Soraya asintió con gesto pensativo. ¿Hattie? No conocía a ningún Hattie. No le sonaba de nada. Le preguntaría a Esther. Sonrió y cerró con cuidado la puerta tras ella.

Emily escuchó los pasos alejarse y corrió hasta una de las ventanas, la abrió con cuidado y se asomó. Era perfecta. La cerró y volvió a abrirla a fin de asegurarse de que podría hacerlo más tarde y sin hacer ruido. Sonrió satisfecha. Había urdido un pequeño plan para el cual contaba con la ayuda de Lucius, lo que le generó cierta culpa,

como cada vez que se aprovechaba de la debilidad que el chico sentía por ella. Pero esto era muy importante. Tenía que revisar todas las habitaciones de los criados en Aldridge House. De haberse quedado allí, hubiese tenido a Grubber, a Hellen y a Stephen controlando sus pasos, temerosos de que pudiera ocurrirle algo. Así, en cambio, estarían tranquilos porque la habían alejado de aquella fatídica casa. Entraría a hurtadillas en Aldridge House y se movería a su antojo. Quería hallar algo, la soga con que ahorcaron a Kathy, el cuchillo con que mataron a la señora Woods... algo que ayudase a la policía. Además, si el asesino estaba entre ellos tenían que detenerlo o... ¡los mataría a todos! Lo único que esperaba era que los amos no regresaran todavía, porque entonces todo se complicaría.

Ahora tenía que escoger un libro, fingir mucho interés en él para lograr una buena excusa para ir a dormir temprano, luego de ayudar a Esther a limpiar el servicio, aunque lady Merritt le había aclarado que estaba allí como invitada, no como sirvienta. Luego, se levantaría sigilosamente y saldría por la ventana de la biblioteca. Lucius la estaría esperando en los alrededores, ella no era tan valiente como para andar sola de noche.

* * *

Para alivio de Flanagan, Scubs llegó justo a tiempo para acompañarlo a encontrar a lord Riderbown en Hyde Park. El sargento procedió a relatar a su superior toda aquella información que había obtenido de Crystal y le enseñó la nota anónima que le había entregado O'Neill. Scubs refunfuñó. Al igual que su sargento, consideraba una tontería que les hubieran quitado un caso de asesinatos para enviarlos a investigar unos anónimos, sólo porque amenazaban a alguien de alcurnia mientras que en Hillside Bell las muertas eran tres pobres sirvientas. De todos modos, sabían que cuanto antes resolvieran esto, antes regresarían para hacer justicia por aquellas mujeres.

Lord Riderbown, tal como estaba previsto, llevaba una cinta burdeos en el sombrero y lucía tan rubio y tan guapo como lo había descripto el jefe O'Neill. Llevaba, además, un paraguas negro con elegante mango de marfil. Era casi de la misma estatura de Scubs y, de no saber éste que el aristócrata contaba ya con cerca de treinta y cinco años, hubiera jurado que tenía más o menos su misma edad; la piel tersa, el porte, la ausencia total de canas y el largo de su cabellera le daban una apariencia juvenil, casi aniñada.

Scubs fue directo al grano luego de los saludos. No tenía intenciones de pasar demasiado tiempo bajo la llovizna, el frío se le estaba colando por entre la ropa, resultándole sumamente molesto. Además, los charcos de barro que se habían formado por todas partes

ponían en peligro sus zapatos de ante y las perneras de sus pantalones.

—Imagino que usted sabe con exactitud a qué hecho de su pasado refieren los anónimos —lanzó sin intento alguno de diplomacia —. En ellos se asegura que hay pruebas de lo que se afirma. Y ¿qué se afirma? —Riderbown no respondió, continuó caminando, con la cabeza baja—. Bien —continuó el inspector—, tiempo atrás usted hizo algo; algo que, por supuesto, tuvo sus consecuencias. El timador tiene pruebas de ello... Es muy vago, milord, si no nos cuenta algo, no podremos hacer nada por usted.

El rostro de Riderbown se contrajo en una mueca de angustia.

—Bueno —titubeó—, creo que podría tratarse de una relación que mantuve en el pasado. —Hablaba en voz baja, pausada, midiendo el efecto que sus palabras causarían en su interlocutor. Flanagan se mantuvo a una distancia prudencial, aunque su fino oído captaba la mayor parte de la conversación. Caminaban los tres por los senderos del parque, casi desiertos aquella tarde debido al mal clima. Scubs aguardó a que lord Riderbown continuase—. Verá, inspector —siguió éste con recuperado aplomo—, hace años, estuve prometido a una muchacha, pero se dieron las cosas de tal manera que terminé enamorándome de otra y rompí mi compromiso con aquélla. Fue un bochorno, un escándalo. Pero no podía casarme con mi prometida amando a otra mujer de la forma en que lo hacía. Y siendo correspondido, además.

Scubs no terminaba de ver el problema ya que suponía que la amada sería su actual esposa. Lord Riderbown lo sacó de su error.

—Esa otra joven pertenecía a una casta social muy inferior a la mía —prosiguió, y un rictus de dolor atravesó su mirada—, mi familia amenazó con repudiarme si persistía en mis intenciones de matrimonio con ella. Hubiera luchado, se lo aseguro, pero entonces, los suyos la enviaron muy lejos y no volví a verla.

El inspector no pudo evitar sentir cierta simpatía hacia Riderbown; recordó su propio compromiso fallido con Victoria, aunque las razones de la ruptura habían sido muy diferentes.

—¿Y lo amenazan con contarle a su esposa? —preguntó—. ¿Ella no lo comprendería?

—Es que eso no es todo...

—No claro... —murmuró, pensativo—. Aseguran que tienen pruebas... ¿de qué?

—Dicen que aquella muchacha se marchó a otro país... Y que estaba embarazada. —Scubs se quedó de piedra—. Dicen que tengo un hijo.

Algo fugaz, una idea que no había alcanzado a formarse como tal, cruzó por la mente del inspector. Algo que percibió por un segundo, en concordancia con algún otro pensamiento que, aunque

indeterminado, estaba allí, en su cerebro y había aparecido esa misma mañana. ¿Eran todas piezas de un mismo cuadro?

—Dígame, lord Riderbown —pronunció con ligera excitación—, su prometida era Constance Aldridge, ¿verdad?

Lord Riderbown enrojeció hasta las orejas, asintiendo con un movimiento distraído, como si su mente estuviera en otra parte.

—Y de esa otra muchacha, señor —insistió Scubs—, ¿podría darme su nombre? —Riderbown lo miró con alarma en los ojos—. Le aseguro que seré discreto, milord. Le doy mi palabra. Sé lo necesario que es resguardar la reputación de un hombre. Y lo que significa para una mujer, perderla.

Lord Riderbown inhaló como si fuese la última bocanada de aire que tomaría en mucho tiempo y luego bajó la cabeza.

—Su nombre no tiene importancia, inspector. Sólo diré que era una doncella.

Scubs lo miró de reojo mientras continuaba caminando a su lado.

—¿Una sirvienta de su casa, milord?

—No. No de la mía, de la de mi prometida.

Scubs se colocó frente a él. Flanagan se había acercado, conteniendo la respiración.

—¿Era doncella en casa de los Aldridge? —preguntó el inspector mientras sentía, cercano al éxtasis, cómo las piezas del cuadro bailoteaban dentro de su cabeza.

Lord Riderbown fijó en él sus ojos castaños.

—Así es. Era hija de la cocinera y del jardinero. Un matrimonio que trabajaba desde hacía años con los Aldridge. No sé si aún seguirán allí.

—¡Catherine Boyle! —murmuró Scubs.

—¿La conoce? —quiso saber Riderbown. Su boca se contrajo en una mueca, mezcla de angustia y esperanza.

—No, pero tal vez sea hora de que la busquemos.

* * *

Luego de despedirse de lord Riderbown, Scubs le ordenó a Flanagan que fuera a comunicarle las nuevas a O'Neill. Él visitaría a su tío.

Lord Cartwright tenía una hermosa mansión en Belgravia, en el West End. Unas lujosas escalinatas de mármol blanco condujeron al inspector hasta la imponente puerta de madera ricamente ornamentada que un lacayo abrió antes de que alcanzara a sacudir la pretenciosa aldaba de bronce.

Pese a conocerlo, el muchacho lo hizo pasar a la sala de visitas tras haber recibido su abrigo y sombrero con ceremoniosa elegancia.

Era un salón en cuyas paredes colgaban dos enormes cuadros prerrafaelitas. Una alfombra persa en tonos rojos y marrones cubría parte del piso y lámparas de gas se distribuían por las paredes. Tres portentosos sillones con antimacasares de hilo egipcio, entre los cuales se ubicaban dos mesas bajas, de pesada madera oscura, completaban la escena.

Scubs había pasado gran parte de su infancia en aquella casa, aunque luego, su vida adulta y los constantes viajes de su tío los habían distanciado un poco. También había influido en ello la nueva pareja de su padre a quien Scubs detestaba con todo el corazón, mientras que lord Cartwright parecía estar maravillado con ella.

Éste apareció por una de las puertas laterales.

—¡Jeremy! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Te aseguro que eras la última persona que esperaba que me visitase! Te hacía en Surrey, en Essex o en África, con Augusto. —Largó una fuerte risotada mientras tomaba con énfasis los hombros de su sobrino.

—¿En África? —Scubs frunció el ceño, confundido, mientras seguía a su tío—. ¿Qué podría estar haciendo yo, en África?

—¡Buscar diamantes, como el soñador de Augusto! —replicó lord Cartwright, a la vez que señalaba un sillón color ciruela y se sentaba en el de al lado. Hizo sonar una campanilla.

—¿Has sabido algo de él? —preguntó Scubs.

—Nada desde hace unos dos meses. No sé si algún día regresará ese hombre. —Volvió a reír con fuerza—. Está maravillado con aquellas regiones. Y cuéntame ¿en qué andas tú?

El mayordomo, que había entrado en completo silencio, sonrió a Scubs y dejó sobre una mesita una bandeja con dos tazas, una preciosa tetera de porcelana, emparedados de diversos tipos, y masas. Se retiró con el mismo sigilo con el que había entrado.

—Investigando unos crímenes en Hillside...

—¡Es cierto! —interrumpió lord Cartwright, comenzando a servir el té—, los crímenes de la casa Aldridge, ¿verdad? Conozco a la familia.

—Ya lo sé, y por eso he venido a verte. ¿De verdad piensas casarte con Amelia Aldridge?

—¡Vaya! ¡Cómo corren las noticias! —expresó el tío Jared, alegremente—. La verdad es que es una jovencita deliciosa y su madre estaría encantada de que se convirtiera en lady Cartwright, aunque me temo que ella no está muy dispuesta.

—¿De veras? —Scubs le recibió la taza—. ¿Hay otro hombre acaso?

—No lo sé.

—Espero que todo salga bien, tío. He conocido a Amelia y me cae lo suficientemente bien como para no desearle un matrimonio

contigo.

Cartwright lanzó otra de sus grandes risotadas, sacudiendo todo su cuerpo, al punto que Scubs temió que el té se le derramara encima.

—¡En qué poca consideración me tienes, muchacho!

—¡Es que te conozco! Dime, tío, ¿qué sabes de la hermana de Amelia?

Cartwright levantó una ceja y tomó un bocadillo.

—¿Constance? Se ha casado con lord Blieching. La he visto anoche, es una preciosa mujer. Una belleza diferente a la de Amelia, pero bella, muy elegante. Es toda estatura y porte. ¿Por qué preguntas?

—Están amenazando a su anterior prometido.

—¿Geoffrey Riderbown?

—¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco, la aristocracia de Londres es muy pequeña, lo sabes. Nos conocemos casi todos. ¿Y por qué lo amenazan? ¿Crees que puede ser Constance quien lo hace?

Scubs dejó la taza para tomar un emparedado de queso y miró a los ojos a su tío. Era un hombre divertido, sus ojos chispeaban permanentemente pero ahora estaba muy serio. ¿Podría Constance tener algo que ver con los anónimos? O ¿sería Catherine Boyle, que había regresado de sabe Dios dónde, para hacer sus reclamos?

—¿La ves capaz?

Cartwright frunció los labios.

—No. No la veo en las tonterías de los anónimos. Creo que ella mataría directamente.

—¿De verdad lo crees? —inquirió el inspector.

—No, es solo una forma de decir. Verás, lo que sé de Constance es que ha sufrido muchísimo. Pasó años sin poder casarse a causa de su frustrado compromiso con Riderbown, y sé, por ciertas damitas que conozco, que ha hecho algunas locuras hasta que su madre logró, al fin casarla con el papanatas de Blieching.

—¿Qué tipo de locuras?

—Un par de intentos de suicidio, que no sé si fueron tales o solo por llamar la atención... Ya sabes, algunas mujeres se ponen en extremo vulnerables cuando piensan que habrán de pasar sus vidas como solteronas... ¡cuando podrían divertirse tanto!

—¿Conociste a Catherine Boyle?

—¿La hija de la cocinera de los Aldridge? No, por supuesto que no. Pero hay rumores que dicen que ella fue la causal de la ruptura. Y que, por ello, Constance ha vuelto loca a la cocinera y a su esposo durante los largos años que demoró en encontrar un nuevo candidato...

—¡Oh! —murmuró Scubs. Su tío le ofreció más brandy, pero

declinó—. Es increíble cómo te enteras de tantas cosas; yo soy policía y...

—¡Es eso, sobrino! ¡Te enfocas en tus casos y no miras a tu alrededor! Deberías asistir a más eventos sociales, te enterarías de mucho más.

—Ya veo. ¿Crees posible que esa chica, Catherine, haya tenido... —Los ojos de Scubs se abrieron de par en par, su tío lo miró con curiosidad, pero el inspector no se atrevió a poner en palabras sus pensamientos—. Nada, lo siento. Debo marcharme. Muchas gracias por todo, tío Jared, vendré a visitarte pronto.

20

Scubs volvió a encontrarse con Flanagan casi al atardecer. La llovizna había cesado dejando el aire cargado de una bruma ligera y helada. Se habían reunido a cenar en el Golden Fish y pidieron guisado de cordero con verduras y flan. Antes de que la comida fuera servida Scubs ya se había bebido, de un solo trago, su vaso de sidra bajo la mirada cautelosa del sargento que no se atrevió a decir palabra.

El inspector pidió un segundo vaso y se reclinó en su silla. No pensaba contarle a Flanagan sobre sus descabelladas ideas, lo tomaría por loco.

—¿Se encuentra bien, inspector? —preguntó algo temeroso, el sargento.

—¿Qué? ¡Oh, sí! Solo estaba... ordenando mis ideas —repuso éste, moviendo los dedos como para alejar sus pensamientos. El ceño aún fruncido—. ¿Qué dijo O'Neill?

—Que investiguemos los anónimos de lord Riderbown, si están conectados con el caso de Hillside Bell, tanto mejor. Mataremos dos pájaros de un solo disparo.

Un desaliñado camarero apoyó sobre la mesa los platos, la panera, un tazoncito con mantequilla y los cubiertos.

Scubs miró su plato, se veía delicioso; cayó en cuenta entonces de que realmente tenía hambre. Cortó una rebanada de pan, la untó con mantequilla y la mordió con ganas. Estaba crujiente, exquisita. Flanagan lo imitó.

—Hay algo que me da vueltas en la cabeza —dijo el inspector luego de pinchar un trozo de cordero sin soltar el pan—, ayúdeme a ordenarlo. —Flanagan, que masticaba unas verduras, asintió con la cabeza—. Dorothy Stuart era quien tenía la tarea de limpiar los cristales aquel martes de octubre, pero, por alguna razón, intercambió su sitio con Kathy Rhys. —Se dio tiempo para masticar. No miraba a Flanagan; sus ojos se habían detenido en algún paisaje ausente, como si lo sucedido aquel día sucediera otra vez frente a sus ojos—. Antes de eso, había escuchado una discusión entre la cocinera y el ama de llaves.

—La chica escuchó la discusión y entonces decidió cambiar de lugar con Kathy Rhys —ordenó Flanagan los hechos enfatizando la palabra «entonces». Bebió un sorbo de sidra.

—Exacto —concedió Scubs, mordiendo una patata. Miró el techo. Aquella idea que se había colado en su cerebro no terminaba de mostrarse, pero allí estaba. Tenía que acabar de formarla—. El secreto

de la señora Boyle... —murmuró—. Dorothy escuchó algo que tiene que ver con la cocinera, la cual es madre de una sirvienta que fue despedida tras haberse involucrado sentimentalmente con el prometido de la señorita de la casa. —Flanagan le prestaba toda su atención mientras continuaba comiendo—. Es decir, Catherine Boyle mantuvo una relación con lord Riderbown, quien se había prometido en matrimonio a Constance Aldridge. De acuerdo a lo que me ha contado la señora Lee, Catherine fue despedida por Mary Louise, pero como Timothy Aldridge conoce a Hellen Boyle de toda la vida, no tuvo corazón para dejar a su hija en la calle y la envió a Aldridge Hall, en Essex..., donde... ¡los padres del agente Hayden son caseros! —exclamó triunfal—. Ellos tie... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? ¿Qué sucede? —preguntó Flanagan con preocupación. Había acabado su plato y frotaba sus labios con la servilleta.

—Los padres de Hayden tienen que saber lo que sucedió entonces. Según los anónimos, Catherine Boyle estaba embarazada de Riderbown. ¿Quiénes lo sabrían?

—Los Hayden —respondió Flanagan razonablemente.

—¡Exacto!

—Y la misma Catherine —agregó el sargento.

—Claro... Un momento —Ahí estaba de nuevo esa idea que no terminaba nunca de desarrollarse—. Según Emily, las cartas de la sobrina de la señora Woods provenían de Yorkshire, ¿verdad?

Flanagan asintió clavando la cuchara en su postre, pero sin quitar los ojos del inspector.

—Bien, las pocas personas que nos han hablado de Catherine Boyle, no saben exactamente dónde se encuentra, pero nombran Yorkshire como posible... ¿Y si se conocen?

—¿Quiénes?

—¡La sobrina de la señora Woods y Catherine! ¡Tal vez ésta le contó su historia!

—¡Y la sobrina le contó a su tía por cartas!

—¡Exacto! ¡Por eso quería Dorothy las cartas!

Flanagan frunció el ceño.

—¿Para qué, señor?

—¡Para extorsionar a Riderbown!

—¡Pero si Dorothy no sabía leer...! ¿De dónde había sacado la dirección de Riderbown? ¿Cómo enviaba los anónimos?

—Es verdad... ¿un cómplice? ¡Claro! ¡El hombre que vio el chico bajar del tren! ¡Oh, Dios!

El sargento y el inspector se miraron a los ojos, faltaban piezas, pero se acercaban. Scubs se preguntó también si, de ser cierto el embarazo de Catherine Boyle, ese niño habría nacido y donde estaría. ¿O habría sido niña? ¡Esa era la idea que había cruzado por su cabeza!

El inspector comenzó a escuchar con claridad el latido de su corazón. ¿Por eso Grubber y la cocinera cuidaban tanto de Emily? ¿Era la niña, en realidad, nieta de los Boyle? ¿Era hija de lord Riderbown? Tendría que viajar a Essex y preguntar a los Hayden... pero no le dirían nada... Un matrimonio de sirvientes, que tienen una hermosa casa para ellos solos durante todo el año, excepto cuando a sus amos se les ocurre ir de vacaciones, no los traicionarían; no se arriesgarían a perder su vivienda y sus ingresos. Debía encontrar otra forma...

—¿Señor? —Flanagan tenía el vaso levantado sin atreverse a realizar movimiento alguno. Su jefe parecía en trance, o sumergido en algún tipo de estado catatónico.

Scubs no podía contarle sus sospechas. Ni a nadie. Si estaba equivocado arruinaría varias reputaciones. Mejor esperar. Tendría que hablar con Grubber. O con los Boyle. ¿Sabría algo Timothy Aldridge? Seguramente no, o no tendría a Emily viviendo en su casa. Se mordió los labios. Tal vez estaba encajando mal las piezas. ¿Dorothy tenía un cómplice? ¿O ella no tuvo nada que ver y solo le había contado a alguien...? No. Ella tenía las cartas y sabía qué decían. ¿Quién se las había leído?

* * *

No era hora para andar de visitas, pero el inspector Scubs sentía esa misma excitación que había sentido cuando trabajaba junto a Larsson y estaban a punto de señalar al asesino; por eso, apenas terminaron de cenar se despidió de Flanagan y detuvo el primer cabriolé que pasó. Le dio la dirección de lord Blieching; sabía que la familia Aldridge aún permanecía en Londres y consideraba absolutamente necesario hablar con ellos.

Las calles estaban desiertas; en las esquinas, las farolas agujereaban la oscuridad como estiletazos en un paño negro. El traqueteo del vehículo era el único sonido que se escuchaba sobre los adoquines. Hacía frío, el inspector subió el cuello de su abrigo.

Al llegar lo recibió un mayordomo joven y muy tieso. Scubs le entregó su tarjeta y aguardó, como le indicaron, en la sala de visitas. Era una habitación cuadrada y pequeña, decorada con gusto exquisito. Se quitó el sombrero y lo sostuvo entre sus dedos. La puerta se abrió intempestivamente y apareció la señora Mary Louise con rostro angustiado.

—Inspector ¿ha sucedido algo nuevo?

—En absoluto, señora —respondió Scubs—, me encuentro en Londres por otro caso y, al enterarme de que ustedes aún permanecen aquí, decidí venir; espero me permitan hacerles algunas preguntas. Y que disculpe el atrevimiento por presentarme a esta hora en casa de su hija.

—Descuide —repuso ella y se giró para pasar al salón. Scubs se quitó el abrigo, lo colgó en un perchero junto con el sombrero y la siguió.

Mary Louise se sentó con delicadeza en su sillón favorito y le indicó con un gesto que ocupara el del frente.

—Mi esposo y mi hijo han ido a Essex —declaró—. Timothy es aficionado a la caza y Arthur decidió acompañarlo. Mi hija y mi yerno han ido a cenar a casa de unos amigos. Sólo estamos Amelia y yo, no sé si podamos ser de gran ayuda. —Scubs se sintió sorprendido. Nunca había visto una familia tan desentendida de las penurias de sus sirvientes. Como si hubiera leído sus pensamientos, Mary Louise continuó—: No es que no nos importe lo que sucede en Hillside Bell y a nuestro servicio. ¡Pero es que no podemos hacer nada! —Suspiró levantando apenas los hombros—. Es evidente que el asesino no está entre nosotros. Me refiero a la familia. Estábamos todos aquí, en Londres, cuando mataron a la pobre Dorothy.

—Entiendo que han traído con ustedes a tres sirvientes.

—Así es, a nuestro cochero, el señor Levingston; a Peter, el lacayo y al señor Phelps, ayuda de cámara. También a ellos puede descartarlos supongo.

—Me gustaría hablar con ellos.

Mary Louise enarcó una ceja.

—El señor Phelps ha acompañado a mi marido y a mi hijo. Imagínese que poco podrían hacer con sus vestimentas durante esta semana sin un ayudante. Pero puede hablar con el señor Levingston y con Peter, si lo desea.

—Muchas gracias.

Scubs había ido decidido a hablar, sobre todo con Constance, preguntarle acerca de las razones de ruptura en su compromiso con lord Riderbown, ver cómo reaccionaba ante ello, pero el matrimonio no estaba e intuía que no había tiempo para esperarlos. Dudó acerca de preguntarle al respecto a Mary Louise; decidió que no, ocurriera lo que hubiese ocurrido ella no delataría a su hija en caso de que ésta hubiera hecho algo malo.

Mary Louise tocó una campanilla y al instante se presentó el mayordomo.

—Acompañe al inspector —le ordenó con voz suave—, necesita hablar con el señor Levingston y con el señor Breely. Buenas noches señor Scubs, salude de mi parte a su tío, lord Cartwright —agregó con amabilidad.

Scubs hizo una breve reverencia y fue tras el mayordomo, que lo condujo a la sala de estar de servicio.

Pocos segundos después entraron los dos sirvientes de Aldridge House. Peter Breely con todo su orgullo y elegancia de manifiesto, y el

cochero, algo desgarbado, la piel del rostro ajada por el sol y claros ojos de mirada tristona. Luego de los saludos y las formalidades, Scubs fue directo al grano.

—¿Qué hicieron ustedes dos el domingo por la noche?

Los hombres se miraron entre sí, desconcertados.

—Este joven y yo nos tomamos unas cervezas en un bar de la zona y caminamos un poco —respondió Levingston—. La señorita Amelia había ido a cenar con un lord que tiene su propio carruaje, por supuesto, por lo que no me necesitó. El resto de la familia se quedó aquí.

—Nos dijeron que podíamos salir si queríamos —acotó el señor Breely, a la defensiva—. Yo nunca había estado en Londres por lo que el señor Levingston tuvo la amabilidad de guiarme por algunos magníficos lugares.

—¿Y a qué hora regresaron?

—No muy tarde. Sobre las once, creo yo.

—Más o menos —coincidió el lacayo.

—¿Y el señor Phelps? ¿Qué hizo?

Ambos volvieron a cruzar miradas.

—Aprovechó para visitar a un amigo suyo al que hacía tiempo no veía, eso dijo. Se fue como a las seis, no tengo idea a qué hora regresó, pero, por la mañana partió con el señor y el señorito a Essex —apuntó el chofer.

—¿Conocen el nombre de ese amigo al que visitó?

—No lo dijo; no.

—¿Ni dónde vive?

—Tampoco —intervino Peter Breely—. Solo se vistió y salió. Sabemos que visitaría a un amigo porque le preguntamos que si no, ni eso. Es un hombre muy reservado.

—¿Cómo se llevaba el señor Phelps con Dorothy Stuart?

—Bastante bien, diría yo —dijo Levingston con sonrisa melancólica. Era evidente el pesar que ambos sentían por tantas muertes de gente que conocían—. Le enseñaba a leer.

—¿Cómo reaccionó ante la noticia de su fallecimiento?

—Phelps es como los mayordomos, nunca muestra sus emociones. De todos modos, no lo vi.

—Ni yo —añadió Peter Breely—. Nos enteramos después de que los señores se marcharon a Essex. Supongo que Phelps se enteraría de camino.

* * *

Durante la cena, Emily se sintió muy a gusto conversando con lady Merritt, y también sorprendida de que ella le permitiera sentarse a su mesa. Estaba convencida de que tendría que cenar con Esther en

la cocina, pero la dama volvió a repetirle que estaba allí en calidad de invitada, no de sirvienta. Emily lo agradeció, por supuesto, pero la ponía muy nerviosa pensar que el señor o, sobre todo, la señora Aldridge llegaran a enterarse. Lo tomarían como una osadía de su parte el haber aceptado o, peor, despreciarían a lady Merritt por excéntrica. ¿A quién se le ocurre tener en su casa a una sirvienta como invitada? ¡Y sentarla con una a la mesa! Aunque, pensándolo bien, antes se las tomarían con el pobre señor Grubber, por haberla enviado a casa de una vecina.

Al finalizar, le costó un poco desprenderse de la amabilidad de la dama, ávida por conocer su vida que, pese a no tener gran cosa que mereciera la pena ser contada, parecía interesar sobremanera a la señora. Recién tras una larga serie de bostezos contenidos —y fingidos —, logró dar las buenas noches y marcharse al cuarto que le habían asignado con un libro de Dickens bajo el brazo.

Debió esperar un buen rato, intentando concentrarse en las andanzas de David Copperfield, sin el menor éxito. La mullida cama con dosel y mantas ribeteadas en seda tampoco la distrajo, aunque disfrutó mucho de estirarse sobre ella. Su atención estaba centrada en las pisadas de la escalera. En cuanto escuchó a lady Merritt meterse en su cuarto, apagó la lamparilla de gas con la que había simulado estar leyendo y se tapó hasta la cabeza. Luego escuchó las buenas noches de Esther al terminar de ayudar a su ama a cambiarse y bajar la escalera para ir también a dormir. Esperó un tiempo prudencial, preguntándose si Lucius aún estaría esperándola o se habría cansado y marchado. ¿Qué haría si no lo encontraba? ¿Se atrevería a ir sola hasta Aldridge House? No. Lucius no se iría. Si ella no pudiera salir en toda la noche, estaba segura de que, al amanecer, lo encontraría esperándola. Sonrió con una mezcla de ternura y agradecimiento por el muchacho.

Finalmente se levantó con cuidado, ahuecó los cojines y los colocó dentro de la cama. Tomó su abrigo, fue hasta la puerta y la abrió apenas, para asegurarse de que todo estaba a oscuras y en silencio. Bajó despacio, pisando cada escalón con la punta de los pies, temiendo que la madera crujiera a su paso. El corazón le brincaba dentro del pecho. Todavía estaba a tiempo de decirle a lady Merritt que iba a buscar otro libro, si es que ésta se levantaba de pronto.

Entró a la biblioteca y cerró la puerta. Se acercó a la ventana, descorrió el pestillo y allí estaba Lucius, en el jardín, esperándola. Le hizo una seña y el chico se acercó con los dientes castañeando de frío, a Emily le aguijoneó la culpa

—¿Llevas mucho rato esperando? —susurró.

Lucius negó con la cabeza, pero ella no le creyó. Enganchó su brazo al suyo y partieron entre las sombras. Por suerte ya no llovía, pero el viento movía las copas de los árboles de modo que parecían

cercarlos, amenazantes, a cada paso que daban. Emily de pronto sintió miedo. ¿Y si el asesino andaba por allí? ¿Si quería matar a otra muchacha indefensa y se encontraba con ellos? ¿Qué podría hacer Lucius para defenderla? Todo. Lucius daría su vida por ella, estaba segura. Pero entonces ¿qué le pasaría a él? El asesino no tendría otro remedio que matarlo. La sola idea la espantó y se aferró más fuerte al brazo de su compañero, quien, luego de ruborizarse hasta las orejas, se sintió como un valiente soldado protegiendo a su damisela. Aunque también tenía miedo.

Entraron sigilosamente a través de la puerta de la trascocina que Lucius había dejado cerrada mas sin echar la llave.

¿Dónde iría primero?, se preguntó Emily. Las cartas de Dorothy ya estarían en poder de Scubs por lo que no valía la pena buscarlas.

—¿Quién crees que le leería las cartas a Dorothy? —preguntó en un susurro, mientras seguía al criado hacia el sector de los dormitorios.

—Tal vez las leía ella misma —repuso el chico en el mismo tono—. Phelps le estaba enseñando a leer, creo yo.

—¿Phelps? Phelps no estaba en Hillside Bell cuando ella murió.

El muchacho encogió los hombros y abrió sigilosamente la puerta que daba al pasillo de las habitaciones. Antes de entrar, se giró y colocó su índice sobre los labios. La luz de la luna que se colaba por los ventanucos iluminaba lo suficiente para que Emily notara el azul pálido de sus ojos.

—Shhhh —siseó el chico—, ahora más silencio que nunca o alguno se despertará. ¿Por dónde quieres comenzar?

—Voy al cuarto del señor Phelps y tú al de Peter. Luego buscamos en el del señor Levingston.

—¡Pero si ninguno estaba aquí cuando mataron a Dorothy! —protestó Lucius con el entrecejo fruncido.

—¡Londres solo está a una hora de aquí!

—¿De veras? ¿Y crees que les hayan permitido venir?

A Emily le gustaba Lucius, pero a veces la exasperaba lo tonto que parecía.

—¡Por supuesto que no! ¿Crees que habrían pedido permiso? Señor Aldridge —dijo, impostando la voz—, ¿me permite regresar a la casa un rato? Asesinaré a una doncella y estaré de regreso.

Lucius se tapó la boca para contener la risa.

—¡Vámonos! —ordenó la chica dándole un suave empujón.

El esfuerzo de atravesar cada pasillo sin hacer ruido minaba los nervios de la niña, que mordía sus labios sin cesar. Al fin llegó al dormitorio del señor Phelps, suerte que había dejado de llover y la luz de la luna, si uno descorría un poco las cortinas, permitía distinguir los objetos. Así llegó hasta la mesilla de noche, sobre la que había un

platito con una vela apagada, una estatuilla y un abrecartas. Abrió el cajoncito con cuidado, encontrando en él algunos sellos, un viejo reloj de bolsillo con leontina, una pipa de madera, un manojito con llaves y un dibujo a lápiz de un rostro femenino. «Su madre, tal vez, pensó Emily, o su esposa».

Dentro del ropero oscuro con puertas barnizadas y herrajes dorados, encontró la mayor parte de la ropa del señor Phelps, algunos cinturones y poco más, pero ninguna cuerda, ningún cuchillo envuelto en un pañuelo... ¿Dónde estaría su baúl? Todos los sirvientes tenían uno. ¿Lo habría llevado consigo? No, imposible.

Decidió arrodillarse junto a la cama para ver si estaba debajo. Metió la mano tanteando cuanto pudo hasta que al fin dio con él. Casi tuvo que meterse debajo del mueble para poder tirarlo hacia fuera. Estaba cerrado. Emily rogó que una de las llaves que estaban en la mesa de noche le correspondiese y fue por ellas. Con el antebrazo secó su frente. Pese al frío, estaba transpirando y sus manos temblaban, nunca había hecho algo semejante. ¿Habría encontrado algo Lucius en la habitación del lacayo? Probó las cinco llavecitas, ninguna abría el cofre, pero había una de tamaño mediano que, tal vez, si la forzaba un poco... ¿Debería hacerlo? Pues sí; era muy importante.

Tuvo que forcejear bastante y hasta temió que la llave de latón se partiera, entonces fue por el abrecartas, lo introdujo con cuidado y continuó forzando la llave hasta que el «clac» de apertura la sobresaltó. Lo había abierto. Inhaló con fuerza y levantó la tapa. Lo primero que tanteó fue un traje, remetió las manos por los costados hasta dar con un trozo de seda que parecía envolver algo. Con los latidos del corazón golpeando su pecho, sacó el pequeño paquete. Eran cartas. Se aproximó a la ventana para verlas mejor y los ojos se le llenaron de lágrimas; se tapó la boca para no emitir un gemido. Eran cartas de Rosalyn Tyron dirigidas a su tía, Elinor Woods.

21

Esa misma noche, después de haber hablado con lord Cartwright, Scubs tomó el tren a Dover que hacía una breve escala en Hillside Bell y allí se apeó. Llevaba consigo unas empanadas de carne que había adquirido en un puesto, tal vez el último que quedaba abierto pues era tarde. Miró a un lado y al otro deseando encontrar al muchachito que rondaba la estación para convidarle algunas, aún estaban tibias, pero claro, a las tres de la madrugada el pobre chico estaría durmiendo. A Scubs le entristeció imaginarlo en cualquier rincón a la intemperie. ¿Tendría familia? La siguiente vez que lo viera se lo preguntaría, y también su nombre.

La taberna del Sapo Karli estaba cerrada, como era de suponer dada la hora, de todos modos, hizo sonar la aldaba de la puerta de servicio hasta que el mismísimo Sapo, con cara de pocos amigos y batín descolorido, abrió.

—¡Inspector! —exclamó al verlo—. ¿Ha sucedido algo?

—No lo sé, por lo pronto voy a descansar un rato, le ruego me disculpe por la hora. Buenas noches, señor Sapo.

El hombre se rascó la barbilla.

—Le diré a Lilly que le suba un bocadillo.

—¡Oh, no! No la moleste, por favor. Traigo mi cena.

Y dicho esto, subió corriendo las escaleras. Lamentaba de verdad haber molestado al Sapo, pero no habría podido quedarse en Londres. Debía hablar de inmediato con Grubber y los Boyle. Intuía que la resolución del caso estaba cerca, y que el mayordomo, la cocinera y el jardinero, sabían mucho más de lo que le habían contado; necesitaba averiguarlo sin más dilación.

Comió apurado, nervioso. Sabía que no podría dormir; de todos modos, se tiró un rato en la cama para descansar su agarrotado cuerpo.

* * *

Emily se arrebujó al fin bajo las mantas, pero ni aun así lograba dejar de temblar. Había tomado demasiado frío yendo y viniendo de casa de los Aldridge, sumando nervios y miedo, más la excitación de hacer algo prohibido, pero que podría ayudar a resolver los crímenes de las sirvientas. ¿Habría llegado bien Lucius, de regreso? ¿Lo habría descubierto alguien? ¿Estaría ya arropado en su cama, como ella? ¡Qué pena sintió al recordar los duros camastros en los que dormía el servicio, y las frías habitaciones! Lucius estaría aterido, pobrecillo, y

ella allí, con cojines forrados en seda, mantas de lana, calentita en una cama tan mullida como la de los señores. Ojalá un día les cambiara la suerte. Era difícil, pero no imposible. Ella había leído historias en donde el esfuerzo traía bonitas recompensas, tal vez fuera cierto y les tocara.

Se asomó por encima de la manta, todo estaba oscuro. ¡Cómo le gustaría escribir una historia como las que leía! Imaginación no le faltaba.

De todos modos, no podía quitarse de la cabeza la realidad: el hallazgo de las cartas en la habitación del ayuda de cámara. La tentación por leerlas era enorme, pero juzgaba que no debía hacerlo, podía ser más peligroso traicionar a la señora Woods ahora que estaba muerta que si estuviese viva. Debía dárselas a la policía. ¿Y de dónde diría que las había sacado? No podía contar que se había escapado en mitad de la noche, entrado a hurtadillas en Aldridge House y revisado las pertenencias del señor Phelps. ¡Hasta había forzado la cerradura de su baúl!

Pero, si no lo decía y Phelps decidía poner una denuncia por allanamiento y robo, nadie se enteraría de que las cartas habían estado en su poder, él no podía decir que le habían robado la correspondencia de la señora Woods, pero podía alegar que le habían robado otra cosa: dinero, por ejemplo. ¡O podrían descubrirla! ¡O peor, podrían acusar a Lucius, si es que alguien lo había visto esa noche! Tenía que hablar con Scubs. Era el único que no la acusaría y que, incluso, la defendería. ¿Lo haría? Esperaba que sí. Y esperaba que nadie hubiera visto a Lucius regresar a la casa.

Había resguardado las cartas metiéndolas dentro de la funda de su almohada, si estiraba la mano las tocaba. ¿Y si solo les echaba un vistazo? La señora Woods no podía enojarse con ella por intentar descubrir a su asesino, ¿verdad?

Rezó la única oración que sabía y sacó un sobre. Muerta de frío se levantó y se acercó a la luz lunar que entraba por la ventana.

«Queridísima tía Elinor: Ya no tengo ninguna duda de que la mujer que se mudó a tres casas de la mía es Catherine Boyle. Ella no sabe que soy tu sobrina, no se lo he dicho por supuesto. Nos hemos hecho bastante amigas pese a que ella y su esposo están algo por debajo de mi esfera social. Creo, a pesar de lo sucedido hace quince años, que es una buena chica. Y debo decirte, tía, mal que me pese, porque no hay que congraciarse de la desgracia de los demás, que tú tenías razón. Siempre la tuviste. Ha costado mucho que se abriera a mí y me lo contara, pero, con todo el dolor desgarrando su pobre alma, lo ha hecho. Ha confirmado tus sospechas. Por otro lado, y cambiando el tema, debo confesarte que he estado pensando en viajar a Francia en cuanto George tenga algún descanso...»

La carta seguía por otros derroteros; Emily no continuó leyendo. Se metió de nuevo en la cama y se arrolló sobre sí misma, aterida de frío. Ya no tenía dudas de que los asesinatos tenían que ver con el famoso secreto de la señora Boyle. ¡Su hija estaba en Yorkshire y conocía a Rosalyn Tyron sin saber que ésta era sobrina de Elinor Woods! ¿Y por qué guardaba el señor Phelps esas cartas? Apenas amaneciera buscaría a Scubs para contarle, y si éste aún no había regresado de Londres, le contaría todo al señor Grubber. Cerró los ojos, pero le fue imposible dormir. La excitación del hallazgo la mantenía desvelada, además el frío había calado demasiado hondo y le costaba entrar en calor. ¡Pobre Hellen! ¿Sabría algo de todo esto? ¿Y Stephen? ¿Y si las cartas decían algo terrible acerca de Catherine? Tenía que leer las otras, luego ya vería a quién se las mostraba. Volvió a rezar su oración a la vez que rogaba el perdón de la señora Woods. Sacó la segunda misiva y de nuevo se levantó hasta la ventana.

«Mi muy querida tía Elinor: apenas recibí tu carta invité a Catherine a tomar el té, luego hemos caminado un buen rato por el jardín, que, por cierto, está cuajado de jazmines, y el aroma que se respira es exquisito. Me ha costado, pero le he sacado la información que me pides: tuvo una niña, que nació en mayo de mil ochocientos sesenta y seis, en Aldridge Hall, fue entregada de inmediato en adopción. La pobre no está muy segura de quién se la llevó, si fue su padre o el señor Aldridge. Tal vez incluso, se la dieron al médico que le atendió el parto. Luego de que se repusiera, Catherine fue enviada a trabajar a casa de unos conocidos del señor Aldridge...»

La carta continuaba con cosas que no venían a cuento. Emily tenía los ojos llenos de lágrimas y la mano sobre la boca, ahogando un gemido. ¿Por eso encontró aquella tarde a Hellen llorando, con un papel arrugado en la mano? ¿Sería una carta de Catherine contándole lo sucedido? No, no podía ser; este hecho había ocurrido hace poco tiempo y Hellen debía saberlo todo desde el inicio; seguramente hasta había acompañado a su hija a Aldridge Hall. Si la niña había nacido en el sesenta y seis, tendría ahora unos... ¡cómo le costaban los cálculos! Estaban en mil ochocientos ochenta... ¡catorce años! Uno más que ella, que tenía trece. Qué casualidad, ella también había nacido en mayo. ¡Como le gustaría conocerla! ¿Sabría Hellen dónde estaba su hija? ¿Y dónde estaba su nieta? ¡Qué triste era todo!

Volvió a meterse en la cama, muerta de frío y con hambre. Comenzaba a amanecer. Solo quedaba una carta, fechada en medio de las dos anteriores. Rezó una vez más y se sentó entre los cojines. La luz era ya más clara y si se quedaba a los pies de la cama, bien tapada, tendría suficiente luz para leer.

«Estimadísima tía: Respondiendo a tus preguntas, he de decirte que Cath no me ha revelado el nombre del padre de la criatura; sí, que

era un hombre de buena cuna que estaba prometido a una de las señoritas de la casa en la que trabajaba. Creo que no hay que ser demasiado inteligente para saber de quién se trata, ¿verdad? Y las fechas coinciden, tía querida. Todo es tal como tú pensabas...»

Emily guardó cuidadosamente las hojas dentro de los sobres y los metió en el bolsillo de su abrigo. Era hora de levantarse. Su cabeza estaba hecha un lío.

Durante el desayuno, lady Merritt se preocupó por el aspecto de la pequeña, tenía los ojos hundidos y algo enrojecidos.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Sí; es que he dormido poco anoche —respondió Emily mientras untaba el pan con mantequilla.

—¿Era incómoda la cama? —Lady Merritt se mostró preocupada.

—¡Oh, no! La cama estaba muy bien, es que yo... creo que me desvelé leyendo. —Sonrió.

La dama suspiró meneando la cabeza.

—Si te quedas otra noche más en esta casa, no permitiré que lleves libros a la cama. Después de cenar podrás leer un rato en la biblioteca, pero luego te irás a dormir sin nada entre las manos. Ahora, terminarás de desayunar y te irás a acostar, no permitiré que me acusen de no dejarte descansar.

—En realidad... —balbuceó Emily con el pan en la mano—, quería pedirle permiso para salir, milady. Debo ver al inspector Scubs, he recordado algunas cosas y creo que debo decírselo.

—¡Oh! —dudó la dama, mirándola de hito en hito—. De acuerdo —consintió después de pensarlo unos segundos—, yo misma te acompañaré hasta la comisaría.

¡Oh, no! Si la acompañaba no tendría la misma libertad para hablar. Scubs seguramente le perdonaría la intromisión nocturna en Aldridge House, pero milady pondría el grito en el cielo.

—No, no —dijo sonriendo—, no tendré que ir a la comisaría, el inspector está alojado en una taberna, cerca de la estación.

—¡Una taberna! ¡Qué espanto! Con mayor razón entonces, no permitiré que vayas sola.

Emily suspiró, ni estando lejos de la casa Aldridge podía evitar que la cuidasen. Se sintió agradecida por ello, pese a los inconvenientes que le suscitaba.

—¿Y puedo saber qué es eso tan importante que has recordado? —preguntó Soraya Merritt con aire inocente, mientras mordía un emparedado de queso.

Emily dudó, ¿sería conveniente contarle, al menos algo, de la verdad? Lady Merritt estaba recién llegada al pueblo y no impresionaba como persona chismosa, tal vez podría confiarse a ella.

Omitió su escapatoria nocturna y el allanamiento al baúl del señor Phelps y le contó lo demás.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero eso es terrible! —exclamó la señora—, ¡pobre muchacha! Lamentablemente es algo que sucede más a menudo de lo que a una le gustaría; una joven sirvienta se enamora de un hombre de sociedad y éste se aprovecha de su inocencia, la embaraza y luego... ¡Oh! Disculpa, creo que eres un tanto joven para hablar de ciertas cosas.

Emily se limpió la boca con una servilleta y apoyó la mano sobre el mantel, jugueteando con algunas migas que habían caído.

—Sé lo que significa, milady, se habla mucho de esas cosas entre la servidumbre... La muchacha es despedida y obligada a entregar a su bebé para poder comenzar una vida digna en otro sitio, donde nadie sepa que ha perdido su virtud. Le ruego no juzgue a la hija de la señora Boyle, ellos son muy buenas personas y no me gustaría que usted pensase mal por un error que haya cometido su hija.

—¡Oh, no! ¡Lejos está de mí, semejante cosa!

—Creo que la señora Woods descubrió ese secreto y por eso se enfrentó con Hellen.

—¿Crees que la mató ella?

—¿Hellen? ¡Por supuesto que no! Pero alguien las escuchó. De algún modo se enteró del contenido de las cartas y las usó para... No sé para qué, para obtener información, quizá.

—O para chantajear al padre del bebé —razonó pensativa, lady Merritt—, si es un caballero de alcurnia sería un gran inconveniente que se supiera que embarazó a una sirvienta. Sobre todo, si ahora está casado y tiene otros hijos.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto Emily.

—¿Qué?

—¡Debe tratarse de la señorita Constance! —Lady Soraya la miró, ceñuda, sin comprender—. Ella estaba muy enojada con Hellen hace muchos años, cuando yo recién llegaba a casa de los Aldridge —continuó Emily, hablando a toda prisa—; las cartas dicen que Catherine se enamoró del prometido de una de las señoritas de la casa, ¡tiene que tratarse de lord Riderbown, que estaba prometido con Constance!

Lady Merritt quedó petrificada. La mención del apellido Riderbown le hizo recordar de pronto. ¡El retrato que colgaba en la sala de su amiga Liz! ¡Emily era el calco de Elizabeth Willcott, en su juventud! ¡Y Elizabeth era la madre de Geoffrey Riderbown! ¿Qué había dicho la niña? ¿Que Geoffrey había embarazado a la sirvienta de su prometida? ¿Geoffrey? ¿Esta niña que tenía enfrente era hija de Geoffrey? ¿O ella había entendido todo mal? ¿Era nieta de Liz? ¡No

podía ser! Liz nunca le había hablado de ello. Un momento. ¡Seguramente no lo sabía! El propio Geoffrey, ¿sabría algo? Lo mejor era no decir una palabra hasta estar segura. Según las cartas, la niña en cuestión tendría ahora catorce años y Emily solo tenía trece, aunque no sería la primera ni la última vez que un bebé, nacido en tales circunstancias, fuera anotado con otra fecha, o simplemente, no inscripto. Pero Emily..., no había duda alguna, ¡era idéntica a Liz con cuarenta años menos!

—Lady Merritt, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, es que..., me ha impresionado mucho esa trágica historia... ¿Dónde dices que leíste esas cartas?

Emily abrió los ojos y tembló, ligeramente.

—Las... me las había mostrado Dorothy...

—¿Decían las cartas qué fue de la niña?

—La entregaron en adopción.

—Sí, eso entendí, pero... ¿no saben dónde está ahora?

—Creo que no, pobrecilla, ¿verdad? Y pobre Hellen, que no puede ver a su nieta. ¡Y Stephen! Es el abuelo... ¡qué tristeza!

—Muy triste, sí —murmuró lady Merritt con la mirada perdida.

* * *

Cuando Emily y Soraya Merritt salieron hacia la taberna del Sapo Karli, se encontraron con el inspector Scubs, que partía rumbo a Aldridge House.

Rápidamente y de camino, Emily le contó lo que había descubierto, le enseñó las cartas y cuando el inspector le preguntó de dónde las había sacado, le dijo que prefería contárselo en otro momento. Scubs torció el gesto, pero lo aceptó. Lady Merritt estaba tan confundida que no pronunció palabra.

El inspector decidió cambiar el rumbo. Fueron primero a la comisaría, donde le pidió al jefe Miller que enviara a alguien con una carta para el jefe O'Neill, que redactó rápidamente. En ella le solicitaba la aprehensión de Henry Phelps que, según creía, se hallaba en Aldridge Hall, en Sussex. El cargo era sospecha de asesinato y el mismo sujeto sería, casi con seguridad, el chantajista de lord Riderbown.

Luego se dirigieron, los tres, al 26 de Rose's Path.

Una vez explicados los prolegómenos, Hellen Boyle le pidió a Emily que fuera a charlar con Silvie, Molly y Jennifer, que la habían extrañado esa noche. También se deshicieron de Margaret Clemont y de los muchachos, y se sentaron en la gran mesa de la cocina.

Scubs los miró de hito en hito. Hellen Boyle contenía las lágrimas estrechando un pañuelo contra su boca. Su marido tenía el rostro contraído en un rictus de amargura y Grubber suspiraba con las

manos cruzadas sobre sus muslos.

—Señora Boyle —comenzó Scubs—, usted tuvo, en esta misma cocina, un intercambio de palabras con la señora Elinor Woods, ¿verdad? —La cocinera afirmó con la cabeza, sus ojos reflejaban angustia—. Le ruego no vuelva a repetirme que trataron temas personales —continuó el inspector, mirándola con severidad—, porque estoy convencido de que en esa conversación se encuentra el inicio de todo este desastre. —La cocinera emitió un gemido y apretó aún más el pañuelo—. Necesito que me cuente qué sucedió. ¿Por qué discutieron, señora Boyle?

Hellen miró a su marido y éste negó con la cabeza, la vista clavada en el suelo. Grubber estaba muy serio. Lady Merritt prefirió no intervenir de momento; si estaba equivocada, su metedura de pata sería épica.

—Nosotros no asesinamos a nadie —gimió la cocinera.

—Eso lo sé —contestó el inspector—, pero creo que ese secreto, que guardan con tanto celo, ha provocado una avaricia desmedida en quien lo ha descubierto; tan desmedida que le ha llevado a cometer nada menos que tres asesinatos. Es hora de detenerlo, y para ello debemos probar que lo ha hecho, que tenía un motivo para hacerlo, que tuvo los medios y la oportunidad. Y no puedo hacer mi trabajo si desconozco la historia con la que comenzó esta cadena de muertes horribles.

Stephen Boyle miró al inspector con los ojos enrojecidos de pena.

—Está bien —dijo con voz grave y temblorosa—, se lo contaré.

* * *

El resto de la servidumbre se había reunido en diferentes sectores de la casa, nadie pensaba en trabajar, el clima se olía enrarecido y no todos comprendían por qué Emily había ido a dormir a otra casa ni qué razón podía tener el inspector Scubs para hablar tan secretamente con el señor Grubber y los Boyle; y permitir la presencia de lady Merritt en esa conversación.

Emily, Molly, Jennifer y Silvie charlaban sentadas sobre la alfombra, delante de la chimenea que, aunque apagada, brindaba un confortable rincón donde conversar; no se atrevían a sentarse en los sillones.

—La policía ha enviado a detener al señor Phelps —comentó Emily en tono confidencial. Las otras tres abrieron los ojos como platos, pero no dijeron palabra—, tenía unas cartas en su poder que tal vez prueben que intentaba chantajear a alguien. —No se atrevió a contarlo todo. Si Phelps era inocente estaría manchando su reputación en vano.

—¿Así que también es chantajista? —preguntó Molly con desaprobación.

—¿Cómo *también*? —inquirieron a la vez Emily y Jennifer.

Molly lanzó un suspiro de hastío; Silvie tenía la vista clavada en el piso. Emily le corrió el pelo de las mejillas, que estaban rojas, los labios apretados, parecía a punto de echarse a llorar.

—Silvie, ¿qué sucede?

—Sucedió —corrigió Molly con ojos enfurecidos y llorosos—, ¡ese bastardo de Phelps! ¡Ojalá haya matado a alguien así lo cuelgan en medio de una plaza llena de gente!

—¡Molly! —se escandalizó Jennifer—, ¿cómo puedes decir algo así?

Silvie se había echado a llorar. Emily se le acercó y la rodeó con sus brazos.

—¿Qué te hizo, cariño? —le preguntó con dulzura.

La chica no contestó.

—Nos ha quitado lo más valioso que teníamos —dijo Molly con los puños apretados—. A ella le ha quitado un rosario de oro que le había quedado de su madre y a mí, mis pocos ahorros. Además, siempre se queda con parte de nuestra paga.

Emily y Jennifer se miraron horrorizadas.

—¿Y no se lo contaron a nadie? —preguntó la mayor, acercándose a consolar a Molly que comenzaba a lagrimear.

—¿Para qué? Nos hubieran despedido. La palabra de una criada no vale nada frente a la de un ayuda de cámara que lleva años sirviendo en la casa. Además, ya se sabe, las mujeres siempre hemos de llevar lo peor. Nadie podría probar que el dinero era mío o el rosario de ella, él diría que se lo habíamos robado a él antes, o algo parecido.

Emily abrazó más fuerte a la pequeña Silvie, que lloraba a moco tendido. —Me ha robado también unos pendientes que me había regalado Franky— sollozó.

Franky era el recadero de la policía, un chiquillo de unos trece o catorce años al que le gustaba tontear con las criadas del pueblo, que no eran muchas, por cierto.

Emily comprendió entonces el miedo de Silvie para atravesar de noche los pasillos de los dormitorios, sola. Phelps la abordaba justo cuando se iba a dormir.

22

—Nuestra Cath era una buena chica —murmuró Stephen Boyle, los ojos cargados de tristeza—, se enamoró de ese hombre, lord Riderbown. Y él de ella, se los aseguro.

Scubs sintió que una infinita e indescriptible pena comenzaba a invadirle. Lady Merritt sacó un pañuelo de encaje de su ridículo y se enjugó las incipientes lágrimas. No se atrevía a comentar que conocía a los Riderbown por miedo a que le pidieran que se retirase.

—Sí —agregó Hellen Boyle con la nariz y los ojos enrojecidos —, él la amó también, solo que no les permitieron estar juntos.... Eran muy jóvenes...

—Acababa de comprometerse con la señorita Constance —continuó el señor Boyle—. Él y Cath se conocieron cuando lord Riderbown comenzó a frecuentar la casa. —Meneó la cabeza con amargura—. El muchacho habló conmigo, me dijo que de alguna manera rompería el compromiso con Constance y se casaría con Catherine, se la llevaría lejos para evitar las habladurías y para que nosotros no tuviésemos problemas en esta casa. —Apretó la mano de su esposa, que descansaba sobre la mesa—. Todo estaba acordado y entonces, la señorita Constance se enteró y fue el acabose. Armó un escándalo mayúsculo, pidió que nos echaran a los tres. Pero el señor Timothy se impuso, conoce a Hellen desde que eran unos críos; dijo que ni ella ni yo, ni Cath, teníamos la culpa de que ese hombre, Riderbown, fuese un canalla. De todos modos, la señora Mary Louise logró que despidiera a Catherine, pero el señor la envió a Aldridge Hall sin que su esposa e hijos se enterasen por supuesto; no tuvo corazón para dejarla en la calle, pensaba conseguirle trabajo con otras personas en Londres, entonces supimos que estaba embarazada. —Hellen Boyle lanzó un gemido—. El señor Timothy hizo que los caseros de Aldridge Hall la cuidaran —continuó Stephen—, los Hayden, son buena gente. Hellen fue dos veces hasta allá, poniendo distintas excusas frente a la señora Mary Louise.

—Y en mayo —intervino la cocinera con voz quebrada—, cuando dio a luz, estuve allí, junto a mi niña. Recibí a mi nieta con mis propias manos, inspector, no podíamos acudir a ninguna matrona por temor a que todo el mundo se enterase. Hubiera sido el fin de la esperanza de una vida digna para mi Cathy.

—Por aquellos días —siguió el jardinero—, el señor Grubber acababa de llegar a esta casa, era un jovencito muy serio y educado.

Grubber carraspeó para ocultar su emoción, Boyle le dio una suave palmada en el hombro y continuó.

—Había que dar a la niña en adopción —murmuró con un hilo de voz y lágrimas corriendo por sus mejillas—. Le encomendamos a Andrew que llevase a la bebé a un buen lugar, un sitio del que algún día pudiésemos recuperarla cuando todo se calmara. Catherine debía reponerse y marcharse donde nadie la conociera para poder hacerse una vida lo más decorosa posible o hubiera terminado.... ya sabe. La familia Riderbown también se enteró, por supuesto; la señorita Constance se encargó de ello. Nadie supo lo del bebé, pero sí del engaño; odiaban a Cath sin conocerla. —Limpió las lágrimas con el dorso de su mano—. Tampoco le contamos a lord Riderbown que había tenido una hija. ¿Qué sentido tenía? En aquel entonces era solo un muchacho de veinte años que ya bastantes problemas tenía por su indiscreción. Su familia no le dejaría mover un dedo por Cath y la bebé.

—Para la señorita Constance también fue un problema —mencionó Hellen—, nadie quería casarse con ella... Hasta que apareció lord Blieching y bueno, no le importó lo sucedido, supongo.

—Hizo un buen negocio con el señor Timothy —indicó su marido luego de chasquear la lengua—, pero eso no nos importa —agregó con desdén—. El caso es que el señor Grubber entregó la bebé a un vicario y a su esposa...

—Paul Hattie —interrumpió Scubs.

—¿Lo sabía? —preguntó Hellen, asustada.

—No hasta anoche —repuso Scubs—, alguien, supongo que Henry Phelps, intentó chantajear a lord Riderbown con ese secreto... —Meneó la cabeza.

—¿Lord Riderbown lo sabe? —preguntaron al unísono Grubber y el señor Boyle.

—No todavía, pero tiene derecho a saberlo, ¿no creen?

—¿Para qué? —irrumpió Hellen con furia—: ¡No puede hacer nada! ¡No va a reconocer a la niña estando casado! ¡Y aunque no lo estuviese, admitir que tiene una hija bastarda sería su ruina!

Tenía razón. Scubs sintió que el pecho se le oprimía; sabía de muchas historias similares, tantos hijos abandonados que luego vagaban por las calles, comiendo de la basura o criados para ser explotados por familias inescrupulosas que los tenían peor que a animales. Recordó al chiquillo de la estación y un nudo le atenazó la garganta. Se prometió que lo buscaría y haría algo por él.

—Inspector —dijo en voz muy baja, el señor Boyle—, Emily no sabe nada y queremos que así continúe.

Soraya Merritt abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla, estaba tan confundida que era mejor continuar en silencio antes que meter la pata.

—Sería muy penoso para ella que ese hombre la rechazara —

sentenció Boyle.

—Amaba a Catherine, es cierto —intervino Grubber por primera vez—, pero jamás podrá reconocer a la niña como su hija, aunque quisiera.

—Pero la niña tiene derecho... —intentó protestar Scubs.

—¿A qué? —interrumpió Hellen, furiosa—. ¿A saber que tiene un padre que no puede reconocerla porque lo repudiarían? ¿O que su madre la dejó para poder casarse bien y no terminar prostituyéndose? —Las lágrimas caían a borbotones de los ojos de la mujer—. ¡Porque usted sabe que ése es el camino que le queda a una sirvienta que tiene un hijo sin haberse casado! ¿De qué le serviría a Emily saber todo eso? ¿Eh? ¡Dígamelo!

Scubs suspiró y guardó silencio. Soraya Merritt también calló, tenía la garganta dura, apenas lograba tragar su propia saliva. Conocía muy bien a Elizabeth Willcott Riderbown. Jamás admitiría una nieta bastarda. Desheredaría a Geoffrey si lo supiera, o peor aún, intentaría deshacerse de Emily. Claro que era capaz. Decidió hablar.

—Yo creo que los señores Boyle tienen razón, inspector, es mejor que nadie lo sepa. —Inhaló hondamente bajo el escrutinio de los cuatro pares de ojos, que parecían haberse dado cuenta recién, de que estaba presente—. Conozco a la familia Riderbown —agregó. Hellen Boyle lanzó un corto grito de angustia—. Descuide. —Alargó el brazo para posar su mano sobre la de ella—. Le prometo que no diré una palabra. Justamente, porque conozco a la madre de Geoffrey me lo callaré, es lo mejor para todos.

Scubs accedió con cierta reticencia.

—¿La discusión con Elinor Woods? —preguntó.

—Su sobrina vive en Yorkshire —dijo la señora Boyle, tras gimotear un momento—, y, como si el mundo fuera del tamaño de este pañuelo, mi hija se mudó a su mismo barrio y se conocieron. Catherine se confío a Rosalyn, sin saber que ésta era sobrina de la señora Woods y la ingrata le contó todo a su tía a través del correo. —Secó sus lágrimas y sorbió por la nariz—. La señora Woods siempre sospechó que Cath había tenido un hijo con Riderbown. Y que éste desconocía el hecho. La señora Clemont también lo sospechó, solo que ella es una persona discreta, no se mete en la vida de los demás. Jamás dijo nada al respecto. En cambio, Woods era una víbora, se había encaprichado de Stephen desde que lo vio y, desde entonces, me hizo la vida imposible.

Scubs se echó hacia adelante.

—¡No la maté yo! —se apuró a aclarar Hellen Boyle.

—¿Y por qué discutieron? ¿Qué quería ella?

—¡Que lo admitiese! ¡Que admitiese que mi hija era una...! —No pudo seguir hablando, el llanto se lo impidió. Su esposo la abrazó

con ternura y lloró con ella—. Y que se lo contase a los Aldridge.

Un breve crujido, como un roce de faldas, los hizo voltear hacia la escalera.

—¡Señorita Amelia! —exclamó la señora Boyle.

El inspector Scubs se puso de pie de inmediato.

—Amelia, ¿qué...? La hacía en Londres —dijo, atropelladamente.

Amelia bajó con lentitud los escalones.

—No podía quedarme en Londres sabiendo que habían asesinado a otra criada en mi casa —explicó con aplomo. Luego miró a los Boyle—. ¿Por qué recuerdo a mi hermana con sangre en las manos, aferrando un cuchillo? —interrogó sin preámbulos.

—¡Señorita! —sollozó la cocinera estrujando el pañuelo entre las manos, se sentía aterrada, si Amelia había escuchado todo, los despediría sin más.

—Cuénteme, Hellen. —La voz de la joven sonaba curiosa, no enojada ni aturdida. Solo curiosa. Y suave—. O usted, Stephen, por favor, necesito saberlo.

—Sí, señorita —consintió éste, suspirando. No tenía sentido negar algo—, su hermana amenazó con suicidarse varias veces luego de la ruptura con lord Riderbown.

Amelia se llevó la mano a la boca ahogando un grito. Su mirada se posó, angustiada, en los ojos de la cocinera.

—Se hizo un pequeño tajo, señorita —explicó ésta—, vino a mostrármelo justo cuando usted estaba en la cocina. Creo que solo quería hacerme sentir culpable... Y lo lograba. No se habría matado realmente, créame. —Amelia también lo pensaba—. Cathy no estaba cerca, por eso me lastimaba a mí. Lo hizo durante años, cada vez que podía... hasta que apareció lord Blieching

Amelia contrajo el rostro en un rictus de dolor.

—De modo que Emily...

—Amelia, por favor —dijo Scubs tomándola suavemente por el brazo—, ¿podemos hablar afuera?

—No hace falta, lo escuché todo —aseguró ella, sentándose frente a Grubber—. No diré una palabra a nadie —prometió mirando a la cocinera y a su esposo—. Coincido en que sería doloroso para Emily saberlo, al menos de momento. Aunque más doloroso le resultará algún día enterarse, y caer en cuenta de que quienes más la cuidaron, le mintieron. Pero eso es decisión de ustedes, no mía. Mi padre... ¿lo sabe?

—Sabe que Cath tuvo una niña, no que es Emily —respondió Grubber—. Incluso se la inscribió un año después para ocultarla mejor. Fue idea mía —agregó, sonrojándose—, ahora la pobrecilla cree que tiene trece años cuando, en realidad, tiene catorce.

—¡Con razón es tan avispada! —comentó Scubs y se arrepintió en el acto. Era un comentario estúpido que lo hizo enrojecer.

—No se preocupe señor Grubber —añadió conciliadora, lady Merritt—, a cualquier mujer le gustaría tener algunos años menos; tal vez ahora Emily sea muy joven, pero ya se lo agradecerá. —Sonrió.

—Bien —dijo Scubs—, debo ir a Londres. Seguramente Phelps estará al caer.

—¿Phelps? —preguntó Amelia, algo asombrada. Tal vez no había escuchado *todo*, en realidad.

—Ya se lo contaremos, querida —repuso lady Merritt. Amelia la miró con asombro. Acababa de darse cuenta que la mujer que estaba a su lado era una completa desconocida. ¡Y estaba en su casa! Pensándolo bien, ella misma estaba sentada en los bancos de la servidumbre y ¡en la cocina! Qué curioso.

* * *

Al atardecer, tres agentes y el sargento Flanagan llegaron a la comisaría de Ashcraft Lane con un prisionero esposado. Scubs lo observó con gravedad. No parecía el mismo hombre erguido y casi soberbio que había visto días atrás en Aldridge House. Llevaba la misma ropa y los mismos zapatos, pero ya no lucían impolutos y hasta su cabello se veía ahora más largo, desaliñado. Henry Phelps miró al inspector con desprecio.

Detrás entró Timothy Aldridge, con el rostro transfigurado por el cansancio y la incredulidad.

—¡Esto es un atropello! —vociferó, blandiendo el bastón como si fuera una espada, señalando a Scubs—. ¡Y usted es el responsable! ¡Pagará muy cara su osadía, señor mío! ¡Hablaré con sus superiores!

—Con mucho gusto —declaró el jefe O'Neill, levantando la cabeza. Llevaba un rato sentado en el escritorio de la recepción, aguardando la llegado del prisionero. Se puso en pie—. Soy el superintendente O'Neill, señor, y créame cuando le digo que el inspector Scubs tiene todo mi apoyo, total y absoluto. Ya veremos qué nos cuenta su ayudante de cámara. ¡Llévenlo a la sala de interrogatorios! —ordenó a sus agentes, luego volvió a mirar a Aldridge—, puede presenciar la indagatoria si lo desea, ¿trajo un abogado? —Timothy dudó, se sintió cohibido ante ese hombre que parecía tener su misma edad pero que tenía el doble de su tamaño, igual de alto que Scubs, solo que éste era tan joven que bien podría haber sido hijo suyo, se veía capaz de hacerle frente. Pero el superintendente era otra cosa. Negó con la cabeza—. Puede buscar uno si quiere, pero creo que malgastará su dinero —agregó O'Neill, dándose vuelta hacia la sala de interrogación. Scubs y Flanagan le siguieron. El señor Aldridge, algo aturdido, decidió ir también. Ya

vería lo del abogado. Si Phelps había asesinado a sus tres sirvientas, que lo colgaran sin más, no gastaría dinero en él.

La sala era amplia y mucho más agradable que la de la comisaría de Hillside Bell. Una mesa de madera lustrada, con la tabla herida de filos, punzones y hasta una quemadura en una de sus esquinas, daba cuenta de la dureza de lo que allí se llevaba a cabo. Varias sillas de espaldares y asientos rectos, sin tapizados ni cojines, invitaban a la incomodidad para la que fueron colocadas.

Los agentes sentaron a Phelps, esposándolo con las manos hacia atrás y los grilletes de sus tobillos fueron ajustados. Se ubicaron, uno a cada lado del reo.

O'Neill y Scubs se sentaron enfrente, Flanagan un poco más atrás y Timothy Aldridge, luego de dudar unos segundos también se sentó, con el rostro pálido. Una parte de él se revelaba a ayudar a Phelps si es que resultaba cierto que era un asesino, pero otra parte se sentía fatal por no tender un cable al hombre que había estado a su lado durante tantos años, ayudándolo a vestirse y desvestirse, arreglando su ropa, llevándole el desayuno y planchado sus camisas. Y las de su hijo.

—No pueden interrogarle sin un abogado presente —dijo débilmente—. ¿Puede enviar un agente a buscar al doctor Shaw, en Picadilly? Phelps dibujó una mueca de sorna. A Scubs le dio asco.

—Puedo —contestó O'Neill sin inmutarse—, pero le repito, gastará en vano su dinero. —De todos modos, hizo una seña a uno de los agentes y éste partió en busca del abogado.

—Tenemos suficiente evidencia y testimonios que rebatirán cualquier argumento —agregó Scubs.

—¿Evidencia? ¿Testimonios? —preguntó Phelps, hablando por primera vez desde que llegaran—. ¡No tienen nada! ¡Soy inocente!

Scubs sacó de su bolsillo los tres sobres que le había dado Emily. Phelps los observó muy serio.

—Estas cartas, muy reveladoras, por cierto, estaban entre sus pertenencias.

El sirviente se encogió de hombros.

—Se las estaba guardando a Dorothy Stuart, ella me las dio.

—No, usted se las robó —continuó con parsimonia, el inspector —. Ella le pidió que se las leyera y usted se enteró de su contenido, viendo así una buena oportunidad de conseguir dinero fácil.

—¿Cartas? ¿Cartas de quién? —preguntó Aldridge.

—Las que Rosalyn Tyron, sobrina de la señora Woods, le escribió a ésta, contándole que su nueva vecina, la señora... —Scubs prefirió omitir el apellido de casada de Catherine, debía resguardar lo más posible toda información que pudiera trascender esas cuatro paredes, por Emily—, no es otra que la hija de la cocinera y el

jardinero, Catherine Boyle.

—¿Catherine? —El señor Aldridge estaba atónito—. ¿Qué tiene que ver Catherine Boyle con todo esto?

—Su ayuda de cámara se lo explicará —dijo Scubs con cierta sorna.

—¡La que vio la oportunidad de sacar tajada en realidad, fue Kathy! —aclaró con enojo, el señor Phelps—, Dorothy escuchó la discusión en la cocina y le contó a Kathy, ésta supo entonces de las cartas y ese mismo mediodía se las robó al ama de llaves y luego fueron las dos a mi cuarto para pedirme que se las leyera. Así me enteré yo. —Sonrió—. Urdimos un plan casi perfecto, nos llenaríamos de dinero, pero al otro día, mientras limpiaba esas malditas ventanas, Kathy escuchó a la estúpida de Dorothy intentar sacarle las señas de Riderbown a la señora Woods, incluso le propuso unirse a nosotros, pero la vieja la sacó corriendo, lo único que buscaba ella era que Hellen Boyle sufriera, que sufriera tanto que acabara yéndose, suicidándose o lo que fuera. Que abandonara todo y se marchara con su hija. Le dijo a Kathy que se quitara esas ideas de la cabeza o la despediría.

—Pero ¿por qué estaba ensañada la señora Woods con Hellen? —El semblante de Timothy Aldridge daba pena.

—¡Porque estaba enamorada del jardinero! —Phelps soltó una sonora carcajada—. ¡Loca perdida! Elinor quería doblegar a Hellen, obligándola a admitir que su hija era una cualquiera, una zorra que se acostó con el prometido de su señora para escalar posiciones. Quería obligarla a abandonar la casa.

—¡Dios mío! —murmuró Aldridge.

—¡Y que tuvo una hija! —prosiguió Phelps, casi gritando—. ¡Una hija que regaló para que la prostituyeran!

—¡Basta! —gritó Aldridge, saltando de su asiento con un puñetazo sobre la mesa—. ¿Tuvo usted algo que ver con la muerte de la señora Woods?

—¡Por supuesto que no! Fue la loca de Kathy la que mató a la señora Woods.

—¡Por eso cambió el lugar con Dorothy! —exclamó Scubs—. ¡De verdad quería limpiar los cristales!

—¡Claro! ¡Porque era ella quien debía ir a hablar con la Woods! Sabía que era probable que se negara a hacer un chantaje, pero tenía que conseguir las señas de Riderbown. Lo que no sabían era que yo ya había enviado un anónimo por medio de un conocido. —Largó una estúpida carcajada—. Cuando Kathy supo que Dorothy iba a meter la pata hablando primero con el ama de llaves, se las ingenió para sacar un cuchillo de la cocina en la bandeja del té para Arthur...

—La bandeja que luego se volcó —musitó Scubs.

—Exacto —reconoció Phelps—. La tiró a propósito y aprovechó el lío para meter el cuchillo entre sus ropas y fue a limpiar los cristales. Si la señora Woods no accedía, podía denunciarnos. Al ir ella misma a limpiar los vidrios tenía la oportunidad de ver en todas las ventanas para saber dónde estaba cada uno. La vio en la salita discutiendo con Dorothy y luego, cuando la Woods quedó sola entró, la mató y volvió a salir. Tenía varios cubos con agua, por lo que se mojó la sangre de la ropa y la dejó correr en la tierra del jardín. Después se ensució un poco con barro y nadie se dio cuenta de nada. Este policía —señaló a Flanagan con la cabeza—, casi descubre el truquito cuando se fijó en las marcas de la escalera en la tierra. Por suerte no lo relacionó con que estaban junto a la batea. Kathy apoyó allí la escalera mientras borraba las huellas de sangre.

—¿Y quién la mató a ella entonces? —preguntó aturdido el señor Aldridge.

—¡Fue usted! —gritó Scubs señalando a Phelps—. ¿Por qué?

Phelps se untó los labios con la lengua y echó la cabeza hacia atrás.

—Se estaba saliendo de control; haber matado a la señora Woods pareció enloquecerla, dijo que mataría a Arthur por acosarla. ¡Y Dorothy creía que Arthur se casaría con ella, la muy estúpida! ¡Solo porque se acostaron una vez pensó que era para siempre! —Rio desaforadamente—. ¡Y el muchacho lo hizo solo porque es lo que hacen los hombres! Después andaba detrás de Kathy.

Aldridge estaba rojo de furia.

—Continúe —instó Scubs.

—No tengo más que decir.

—¡¿Por qué mató a Kathy Rhys!?

—¡Porque iba a echarlo todo a perder! Quería buscar a la niña de Catherine y chantajear también a los Boyle y a la familia que la hubiera adoptado. Decía que viviríamos para siempre sin trabajar. Era demasiado ambiciosa.

—¿Y a Dorothy? ¿La mató porque sabía demasiado?

El prisionero levantó los hombros.

—No tenía ganas de compartir mis ganancias con ella. Era tonta de remate, la pobre, metería la pata en cualquier momento. Antes de partir a Londres con *mi señor* —subrayó las últimas palabras con tono de burla—, cambié su tubo de láudano por otro similar pero relleno con un veneno igual de amargo; con que lo tomara una vez moriría. ¡Y lo hizo!

—Si ya había hecho eso... ¿A qué regresó a Hillside Bell esa noche?

—¿Qué?

—¡Usted regresó a Hillside Bell la misma noche que mataron a

Dorothy!

—¿Y usted qué cree? ¿Qué clase de policía es?

Scubs sintió que su cara ardía de vergüenza. O'Neill lo sacó del paso.

—Somos simples policías, señor Phelps —dijo con calma y una ligera sonrisa—, usted es el criminal; sin duda es mucho más inteligente que nosotros, ¿por qué no nos asombra con su astucia y nos cuenta a qué fue a Hillside Bell esa noche?

Phelps volvió a reír.

—A cambiar de nuevo el tubo de veneno por el de láudano.

Un silencio amargo se posó en la sala. Tanta muerte innecesaria.

—¿Y las niñas? —insistió Scubs, al cabo de unos minutos.

—¿Qué niñas?

—Molly y Silvie. Usted les robó lo poco que tenían, y espero que no les haya hecho algo más.

—¡Eeehh! —se atajó Phelps—. ¡Que no soy un degenerado! Solo les quité algunas bagatelas, nada importante. —Una sonrisa cruel se dibujó en su semblante—. ¡Las muy tontas estaban aterradas!

Scubs se puso de pie, O'Neill y Flanagan le siguieron.

—Al matar a Kathy, la libró de la horca, pero nada lo librará a usted.

—Ah, ¿sí? —Los ojos de Phelps se posaron en Aldridge—. Pues resulta que averigüé dónde está la niña, y si usted quiere darle la buena noticia a su amiga, la señora Boyle, me buscará el mejor abogado que encuentre y, una vez que esté libre, le diré dónde encontrar a la hija de Catherine, de lo contrario, me llevaré el secreto a la tumba.

—¿Cómo puede ser tan ruin? -—preguntó Timothy con la voz cargada de impotencia, los ojos llenos de lágrimas.

—Puede llevarse sus secretos donde quiera —desafió O'Neill—. ¡Llévenselo! —ordenó a los agentes.

Timothy Aldridge, con la cara descompuesta miró al superintendente.

—¡Hellen jamás me perdonará si tuve la oportunidad de saber dónde está su nieta y la dejé pasar!

—La señora Boyle sabe perfectamente donde está su nieta, señor Aldridge, quédese tranquilo.

—¡Miente! —gritó Phelps mientras se lo llevaban—. ¡Le están mintiendo para que no me ayude, señor Aldridge!

—¿Lo sabe? —pregunto Timothy, aturdido, O'Neill asintió. Se dirigió luego a Scubs—. ¿Usted también?

—Sí, pero prometí no decir nada. Si los señores Boyle lo juzgan conveniente, ellos mismos se lo dirán.

Flanagan se detuvo junto a Scubs.

—Ese secreto... mire todo el pesar que trajo —murmuró.

—No fue el secreto, sargento; fue la ambición desmedida de esa doncella, Kathy. Ella comenzó todo. A ella se le ocurrió chantajear a Riderbown... y atrajo al infeliz de Phelps que, de otro modo, tal vez nunca se hubiera enterado.

Epílogo

Hyde Park estaba rebosante; niños con sus niñeras hacían rodar aros de madera a los que perseguían alborozados, o cabalgaban sobre enhiestos caballitos de madera. Jóvenes damiselas con gruesos vestidos de colores claros y sombrillas festoneadas, reían cuando varones, tan jóvenes como ellas, las saludaban alegremente levantando el sombrero.

Era domingo y el día se presentaba frío, pero con un sol radiante que invitaba a la aventura y el disfrute.

Scubs vio a lord Riderbown acercarse por el sendero oeste, vestía impecable, con un costoso abrigo cuyo faldón revoloteaba detrás suyo, corbata y camisa de seda y brillantes botas oscuras. Su rubio cabello ondeaba, dándole apariencia de aura. Sus pasos, firmes y enérgicos.

—Espero me tenga buenas noticias, inspector —dijo quitándose un guante para estrecharle la mano.

—Así es, milord, hemos atrapado a su chantajista.

—¡Eso es estupendo! —Riderbown lo invitó, con un gesto, a que caminaran.

—También hemos descubierto otras cosas... —Lord Riderbown asintió con la cabeza; en toda investigación aparecían inconveniencias, él lo sabía. Scubs prosiguió—: Cosas muy delicadas, milord. Tanto que he debido sopesar a solas con mi conciencia para decidir si informarle o no, cuando otras partes interesadas me han pedido que no lo hiciera.

—Me está asustando, inspector.

—Usted fue víctima de un intento de chantaje por parte del ayuda de cámara del señor Timothy Aldridge. —Riderbown se paró en seco. Hacía años que no escuchaba ese apellido. Lo miró interrogante por unos segundos, luego continuaron caminando con paso lento—. Usted mismo me dijo que mantuvo una relación sentimental con una criada de la casa Aldridge —prosiguió Scubs, esperando la reacción de su interlocutor; éste no hizo ni dijo nada. Los recuerdos lo abatían—. Catherine Boyle. No detallaremos los pormenores de la ruptura, simplemente le diré que a Catherine la enviaron a Aldridge Hall hasta que hallaran una buena ubicación para ella, en una buena casa.

Riderbown volvió a frenar su andar. Scubs también se detuvo.

—¿La enviaron a Aldridge Hall? —preguntó el aristócrata, atónito.

—Así es, Timothy Aldridge no tuvo corazón para echarla a la calle sin más, por lo que, a escondidas de su esposa, se la encomendó

a sus caseros. —Retomaron el camino—. Entonces descubrieron que estaba embarazada.

Esta vez, lord Riderbown decidió sentarse en el primer banco que encontró; su respiración se había entrecortado y sus ojos estaban húmedos.

—Continúe, inspector, se lo ruego.

Scubs suspiró.

—Catherine dio a luz una niña. Por razones obvias, la pequeña fue entregada en adopción.

—¡Dios mío! —murmuró Riderbown. El recuerdo de los ojos mansos de Catherine, su sonrisa límpida, lo estremeció formándole un nudo en la garganta. ¡Una hija! ¡Suya y de Cath! Tuvo que llevar las yemas de los dedos a sus ojos y apretar con fuerza para contener las lágrimas. Scubs se sintió profundamente conmovido.

—Al descubrirlo, una de las doncellas intentó chantajearlo a usted, pero necesitaba ayuda así que... arrastró a dos compañeros en su ambición. Uno de ellos, el señor Phelps. En el intento, fueron asesinadas tres personas.

—¡Qué espanto! ¿Y Cath? ¿Ella está bien? ¿Sabe algo de la niña?

—Catherine está casada, viviendo lejos de aquí; por lo que sé, se encuentra bien... En cuanto a la niña...

—¿Qué le sucedió, inspector? Dígamelo.

—Ella se encuentra bien. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Si usted la localizara, si la tuviese frente a frente, ¿le diría que es su padre? ¿La reconocería frente a todos como hija suya? Piénselo bien, milord; si me responde que sí, seguiré hablándole de ella; de lo contrario, creo que es mejor que abandonemos el tema.

—¡Pero tengo derecho a saber dónde está! ¡Acabo de enterarme de que esos anónimos estaban en lo cierto y que tengo una hija, caramba!

—Y ella tiene derecho a no sufrir, milord. A no sentirse rechazada. Tiene catorce años y jamás se ha enterado de quienes son, o fueron, sus padres. Usted piénselo bien. Si me responde que le hará saber, al menos a ella, que usted es su padre, si le permite conocerlo y se permite conocerla, si va a comportarse como un hombre de verdad y a explicarle en la cara por qué no puede darle su apellido ni presentarla en sociedad como hija suya, tal vez le diga dónde encontrarla.

Riderbown bajó la mirada, abatido.

—Yo no..., no puedo hacer eso, inspector. Ni siquiera pensarlo. Mi esposa acaba de perder un embarazo gemelar en circunstancias muy difíciles...

—Entiendo —dijo Scubs. Una oleada de furia lo hizo ponerse en pie.

—¿Es una buena niña? —preguntó Riderbown con semblante desencajado.

—Sí, milord. Es una buena niña. Buenas tardes.

Scubs se alejó. ¿Había hecho bien en contarle? ¿Tendría que haberse callado? ¿Por qué? ¿Para no cargar la conciencia de un lord? ¿Y Emily? ¿Se merecía ser una criada cuando en realidad era hija de un aristócrata? ¿Y él? ¿Tenía derecho a interferir en su vida como acababa de hacerlo?

Caminó sin rumbo durante un buen rato, intentando despojarse de culpas, de contentarse con haber resuelto el caso. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba llegando a casa de su padre; allí estaría él, con su espantosa mujer. Pero era su padre y lo amaba. Lo extrañaba también. Subió los blancos escalones de la entrada y, sin dudarlo, llamó a la puerta.

* * *

La partida de su hijo Arthur a la escuela militar de Berkshire llenó de orgullo a Mary Louise, pese a que su corazón de madre sufría la ausencia y la obligaba a rezar noche a noche para que no estallase otra guerra en la que interviniera el imperio. A su esposo, en cambio, aún le duraba la rabia y la vergüenza por el comportamiento de su único hijo varón; no solo había intimado con una criada, sino que, además, había acosado a otra. Y ambas habían resultado asesinadas en su propia casa. ¡Su insensato hijo no tenía idea de la que se había salvado! ¡La policía podría haber pensado que había sido el asesino!

Todo esto, por supuesto, no podía contárselo a Mary Louise; moriría de pena si lo supiese. Su esposa no había comprendido su apuro por enviarlo a la escuela cuando se podía haber esperado a pasar la navidad e incorporarse en el siguiente semestre, tal como habían sido los planes. Pero Timothy estaba en carne viva. Entre las muertes de las doncellas y el ama de llaves, por un lado; la revelación de que poco faltó para que su esposa se enterase que, quince años atrás había protegido a la amante del prometido de Constance, por otro y, de postre, el saber que Hellen y Stephen habían localizado a su nieta, la insensatez de Arthur le colmó la paciencia. De haber habido una escuela militar más alejada, lo hubiera enviado. ¡En qué infierno se transformaría su vida si Mary Louise llegaba a enterarse de que había protegido a Catherine Boyle y que estaba embarazada de Riderbown! ¡Y qué dolor para la pobre Constance, enterarse que de aquel engaño había quedado una hija!

—Padre...

La voz de Amelia lo sacó de sus cavilaciones. Sonrió al verla.

Tan bonita, tan mundana y frívola a veces, pero tan dulce y honesta. Tal vez la mejor de todos ellos.

—¿Ya está la cena? —preguntó, parpadeando para alejar la humedad de sus ojos.

—Aún no. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. Claro que estoy bien, algo cansado nada más. ¿Necesitas algo?

—No, vine a buscar un libro y te ví tan... pensativo.

Timothy esbozó una sonrisa vacua y retomó la lectura del periódico que tenía en las manos.

Amelia miró la estantería repleta de libros y se fue sin llevar ninguno. Antes de salir se detuvo a mirar a su padre, tenía la vista fija en las páginas, pero no las leía. Ni siquiera había notado que ella no llevaba libro alguno. Ni que se iba.

Caminó hacia el comedor, sintiéndose algo sola; su madre se la pasaba escribiendo cartas, yendo y viniendo de Londres, intentando alejarse de esa casa donde había muerto tanta gente y olvidarse de que Arthur no estaba.

—La cena estará lista en unos momentos, señorita Amelia.

La muchacha se giró y vio a Emily que la observaba con sus preciosos ojos verdes y una sonrisa amable en los labios. ¿Qué diría su madre si supiera quién era, en realidad, aquella niña? ¿Qué haría Constance si se enterase?

—Gracias, Emily.

La criada hizo una ligera reverencia y se marchó. Amelia se acercó al ventanal; el día casi se había ido y hacía frío. Qué cosas raras sucedían, Emily pudo haber sido una muchacha como ella, educada, con finos vestidos, con una doncella que la peinara y la ayudara a vestirse y desvestirse... Y sin embargo estaba allí, siendo una sirvienta porque su madre, no solo había sido también sirvienta, sino que, además, se había embarazado sin haberse casado.

Amelia sintió una pena enorme por su hermana y sus ilusiones destrozadas, por Catherine, a quien apenas recordaba, pero, sobre todo por Emily, porque la vida le había quitado las oportunidades que por nacimiento eran suyas, ya que era hija de un aristócrata. La pobre niña pagaba culpas ajenas. Se prometió a sí misma que la ayudaría cuanto pudiese. Y se secó una lágrima.

* * *

Al día siguiente, Scubs se apeó en la estación de Hillside Bell, sonriendo al ver al chiquillo de siempre que se le acercaba arrastrando sus botas sin cordones.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Fox.

—¿Fox? ¡Qué nombre tan extraño para un niño!

—En realidad soy Ernest, pero lo detesto. «Ernie», ¡puaj!

Scubs soltó una carcajada. La primera en tanto tiempo. Metió la mano en el bolsillo, sacó un chelín y se lo extendió al pequeño que lo tomó con rapidez, no fuera a arrepentirse; lo mordió para verificarlo y lo metió en algún bolsillo de su chaqueta estrecha o de su pantaloncillo atado con una cuerda, Scubs no se fijó bien dónde.

—¿Dónde vives, Fox?

—Por ahí.

—¿Tienes familia?

—No sé, nunca los he visto.

Caminaron lentamente por North Street, Scubs se enteró de que Fox vivía en las calles desde que tenía uso de razón. Lo primero que recordaba era la estación de Hillside Bell, donde pedía limosna aún antes de haber aprendido a hablar.

—Las monedas que juntaba se las daba a un viejo —comentó el chiquillo—, no sé quién era, no recuerdo cómo lo llamaba. Luego murió, la policía se llevó el cuerpo y ya está. —Encogió sus pequeños hombros—. Me quedé solo. Pero sé defenderme muy bien. La gente no es tan mala si uno sabe quedarse en el lugar que *corresn…corres…,* en su lugar, ¿sabe usted? —Scubs asintió, sonriendo—. Ahora, si me fuera a Londres, a juntar tesoros en el *Támsis*, por ejemplo, ¡seguro que tendría *poblemas*! Pero soy inteligente y me quedo aquí, donde todos me conocen y nadie me haría daño.

Scubs sintió una punzada de dolor.

—¿Dónde duermes?

—Donde puedo. A veces en la estación, cuando está el señor Thorndyke. El señor Dorville me saca corriendo, entonces voy detrás de la tienda de pan. En el verano duermo en el bosquecillo, con las ardillas.

—Si yo te diera una habitación, en un lugar caliente y limpio, y dos platos de comida decentes al día, ¿te bañarías más a menudo y te portarías bien?

La mirada de Fox se iluminó.

—¡Por supuesto, señor! ¡No soy tonto!

—Ya lo creo que no lo eres.

Así, Lilly y el Sapo Karli tuvieron un nuevo inquilino en la taberna. Scubs se comprometió a pagar la renta de la habitación y visitarlo a menudo; el niño, a cambio, prometió no volver a pedir limosnas, pero, le explicó, haría pequeños trabajillos por aquí y por allá. No podía perder su clientela. ¿Y si Scubs se moría como había muerto aquel viejo? ¿Cómo se mantendría? Al inspector le pareció una observación razonable.

Fox le contó que solía ayudar a la señora Lee a acarrear la bolsa

de la compra o pulía el escalón de entrada de la señora Pratt. Y también, a veces, hacía de recadero para algún que otro comerciante. Eran buenos trabajos que debía conservar. Se estrecharon las manos y sellaron el pacto. Fox estaba tan feliz que dio unas cuantas cabriolas en el aire e hizo reír al inspector.

Luego de dejar al niño en su nuevo hogar caminó hacia Aldridge House.

La familia ya había regresado, aunque no estaban en casa. Timothy se encontraba en la fábrica y la señora Mary Louise había ido a comprar sombreros a Londres, acompañada de Amelia. Scubs se reunió con Grubber en su salita de estar.

—Yo... —comenzó el mayordomo—, le ruego que me disculpe por no haberle contado todo desde el principio.

—Puedo comprenderlo. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Tristes, señor. Hay demasiada ausencia en esta casa, los señores parece que quisieran huir todo el tiempo, supongo que ya nos acomodaremos.

—¿Las niñas están bien?

—Sí, Jennifer y Emily son las más fuertes y colaboran con todo. Molly y Silvie, algo más sugestionables, aún se sienten atemorizadas con lo sucedido.

—¿Y los Boyle?

—Aliviados de que todo haya terminado, aunque temerosos de que surja la verdad en cualquier momento, están convencidos de que no le haría ningún bien a Emily conocer su procedencia.

Scubs recordó su conversación con lord Riderbown y sintió que el color subía a su rostro; por eso giró la cabeza.

—No hemos recuperado ni el rosario de Silvie ni el dinero de Molly —dijo.

—Es una pena, señor; pero las niñas ya están resignadas al respecto.

—Dígame, Grubber, usted llevó a Emily a casa de los Hattie, ¿verdad?

—Sí, señor. Hellen me imploró que la dejara en algún sitio donde hubiese gente buena y de donde algún día pudiera recuperarla. Tenía la esperanza de que Cath la buscase y quería poder decirle donde estaba su hija.

—Pero Cath no la buscó.

El mayordomo bajó los párpados.

—Creo que no hay que juzgarla, inspector, a veces las heridas son tan profundas que anulan los sentidos. Catherine empezó de nuevo en otro sitio, conoció a un hombre y se casó con él, un hombre que desconoce por completo su pasado. Nadie quiere casarse con una mujer que ha sido mancillada. A no ser claro, una viuda. Cath juzgó

mejor dejar las cosas como están, si la niña no es feliz, nada puede hacer para remediarlo, ningún juez se la devolverá. Hellen intentó contarle de Emily en alguna carta, pero ella fue tajante, no quiere saber nada al respecto. Tal vez sabe que su esposo no lo tolerará y a ella le sería muy difícil....

—Puedo comprenderlo.

—Cuando la señora Hattie murió, el vicario, Paul, no se vio capaz de cuidar de la niña él solo. Ella tenía siete años, bueno, ocho en realidad. Así que fui a buscarla; no le dijimos al señor Aldridge que era la hija de Cath.

—¿No lo sospechó?

—No. —Grubber meneó la cabeza—. Por un momento, en estos días, llegué a pensar que lo sabía, pero luego me di cuenta de que no. Uno ve lo que quiere ver... El señor prefirió olvidar a Catherine y todo lo sucedido, simplemente no pensó más en ello.

—Entiendo. Bien, quisiera hablar con Emily, de ser posible. Debo agradecerle lo mucho que me ha ayudado en la resolución de este caso.

—Por supuesto, señor. La llamaré.

Pasearon por Prickly Wood. Era otro día soleado, aunque algunas nubes grises se dejaban ver sobre el estuario. Emily se había quitado la cofia y colocado un gorro de lana tejido por ella misma, mitones en las manos y una larga bufanda azul que daba dos generosas vueltas alrededor de su cuello.

—Solo quería agradecerte lo mucho que me has ayudado —dijo Scubs, sonriendo—, y que sepas que estaré pendiente de que todo siga bien por Aldridge House.

—Gracias —repuso la niña, ligeramente sonrojada, resultaba extraño que alguien a quien apenas conocía le agradeciera algo—, no he hecho mucho en realidad, hasta creo que..., he in-fri-infrincido...

—Infringido —corrigió el policía.

—Eso, infringido la ley.

—¿Cómo es eso?

—Revisé las cosas del señor Phelps sin su permiso. De hecho, lo hice sin permiso de nadie.

—Los investigadores policiales, a veces, podemos tomarnos ciertas licencias. No te detendré por ello ya que tu accionar aportó las pruebas para atrapar al culpable.

La mirada de Emily se iluminó.

—¡Podría ayudarlo en su siguiente investigación! —dijo, entusiasmada—. Claro, si los señores me permitieran acompañarlo, de cuando en cuando. ¿Se quedará a la celebración? —Scubs levantó las cejas, ella sonrió—. Es el cumpleaños de Silvie, he terminado, a duras

penas, de tejerle una bufanda y la señora Boyle le preparó una tarta de chocolate, su preferida. No haremos mucho ruido por respeto a las recientes muertes... ¿Colgarán al señor Phelps?

—Eso creo, sí.

—Sé que no es un buen hombre y que ha hecho muchísimo daño, pero no deja de darme cierta pena. —Scubs la miró con algo de tristeza. Se parecía a su padre; el mismo perfil aquilino, los pómulos marcados, altos—. ¿Se quedará a la celebración? —reiteró Emily.

—De acuerdo, pero antes quiero hacerte unas preguntas, ¿me permites?

—Claro.

—¿Qué sabes de tus padres?

La niña se asombró, lo miró perpleja.

—Pues..., no mucho, la verdad, mi madre era una sirvienta, con unos amos bastante nefastos, ¿está bien dicho? ¿nefastos? —Scubs asintió—. La echaron a la calle cuando supieron que estaba embarazada; el vicario y su esposa la ayudaron, la pobre falleció unos días después de darme a luz. El vicario, Paul Hattie y Berenice, su mujer, me dieron su apellido para que tuviera uno. Parece que mi madre murió sin decirles cómo se llamaba... Es que acudió a ellos cuando su estado ya estaba muy avanzado, o algo así. Y por supuesto, de mi padre no sé nada.

—Si tuvieras la oportunidad, ¿lo buscarías? A tu padre.

Emily encogió brevemente los hombros.

—No lo sé. Supongo que era alguien de la casa donde trabajaba mi madre, de la familia quiero decir. Si hubiera sido un criado como ella, supongo que la habría ayudado, o tal vez... no lo sé... Creo que tiene que haber sido alguien de la familia para la que trabajaba y la echó a la calle sin miramientos, por lo que no; no tengo ganas de conocerlo, además no hay ni un solo dato de mi madre, no sabría ni por donde comenzar —finalizó, encogiendo los hombros.

Scubs suspiró. Podía preguntarle qué haría si se enterara de que su padre nunca supo que había tenido una hija, que no pertenecía a la casa donde trabajaba su madre y que realmente la había amado. Que se parecía a él.

¿Le correspondía hacer semejante cosa cuando sus abuelos, su propia sangre, se negaban a que lo supiera? ¿Emily no merecía saber que Hellen y Stephen eran sus abuelos? Seguramente sí. Pero no le correspondía a él tomar esas decisiones. De todo ello había hablado con su propio padre, lord Scubs, la noche anterior, después de que su espantosa esposa los dejara a solas, tras la cena. Y se sentía mejor, más liviano. Más sensato. Dobló el brazo para que ella lo enlazara. Y ella lo hizo.

—Buscaré tu ayuda en mi siguiente caso —le aseguró.

—¡Qué bien! ¡Y yo lo ayudaré! Y escribiré la historia, tal vez haya personas a las que les guste leer cómo puede resolverse un caso de asesinato, ¿no cree?

—Seguramente, alguien habrá.

FIN

Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.

Patricia Om

Otras obras de la autora

Kika

Lo imperdonable

Serie Galo Cienfuegos

Una carroza para Belén

La cruz de alabastro